TRILOGÍA ESENCIA

2



GUARDIANES DE LA ESENCIA

VERÓNICA RAMÍREZ HERMOSO

TRILOGÍA ESENCIA

2

VERÓNICA RAMÍREZ HERMOSO

GUARDIANES DE LA ESENCIA



Título: Guardianes de la esencia.
Copyright © 2026 Verónica Ramírez Hermoso.
Esta es una obra de ficción. Los personajes recogidos en ellas son obra de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con la realidad podría ser mera coincidencia.
Diseño de cubierta: Gabriela Antón Rey (@madameardent)
Maquetación: Gabriela Antón Rey (@madameardent)
Corrección: Marian Ruíz Garrido (@marian.ruizgarrido)
Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), sin autorización previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva del delito contra la propiedad intelectual.
1ª edición, marzo de 2026
ISBN: 978-84-09-82254-6
Depósito Legal: TF 104-2026

Dedicado a quienes no solo creyeron en este sueño, sino que lo protegieron cuando era frágil.
Gracias por ser guardianes de su esencia.

Nota de la autora

Esta historia forma parte de una trilogía y corresponde a su segunda entrega. Al final del libro, encontrará un glosario de personajes, concebido como apoyo para la memoria y como referencia para quienes deseen profundizar en sus nombres, vínculos y trayectorias.

Su consulta es opcional y no condiciona para el disfrute y la inmersión en la historia.

PRÓLOGO

El mundo habla de una pandemia. Yo hablo de una culpa que no recuerdo haber cometido.

Mientras la humanidad se hunde en el miedo provocado por la COVID-19, algo en mí comienza a resquebrajarse. No es pánico. Es una certeza incómoda, una sensación persistente de que nada de lo que me rodea es real… o está completo. Me digo que no puede estarlo. Mi vida avanza hacia una aventura que no elegí y cuya lógica se me escapa, como si alguien más hubiera tomado decisiones en mi lugar.

Al principio, todo parecía simple. Trabajaba en el laboratorio del hombre que amaba, buscando una vacuna para salvar millones de vidas. Creía en la ciencia, en los datos, en el orden…, hasta que la realidad empezó a deformarse. Fragmentos de información, silencios incómodos, miradas que duraban demasiado. La verdad no llegó de golpe, sino que se fue filtrando como lo haría el agua entre las grietas de una roca, erosionando cada certeza que tenía sobre mí misma.

No somos personas comunes. Nunca lo hemos sido. Existen otras como nosotras, ocultas entre la multitud, capaces de desafiar las leyes que rigen el mundo. Algunas usan ese poder para proteger; otras, para destruir. Una facción conocida como el Cuerpo Oscuro ha decidido acelerar el colapso, convencida de que la extinción no es el final, sino el inicio de algo nuevo.

Entonces llega la revelación que lo cambia todo y que a mí me da la vuelta: el virus que arrasa con la humanidad lleva mi firma. No solo corrompe cuerpos, también consume almas. Y, aun así, sé que yo misma creé la cura. La solución existe…, pero la mala suerte ha debido querer que se haya borrado de mi mente. No fue un accidente. Alguien —o algo— decidió que yo no debía recordarla. Soy el origen del desastre y, quizá, la única que podría detenerlo, aunque admito, que no sé cómo ni si será posible. Cada minuto pasa

algo que me da la vuelta.

Me observo como a una extraña. ¿Heroína? ¿Villana? En cualquier caso, testigo de una historia que parece escrita por una versión de mí que, si existió, ya nunca volverá a ser igual.

Cuando creo que la locura ha alcanzado su límite, mi madre regresa de entre los muertos. Está viva, pero no es la mujer que recuerdo. Su presencia desentierra verdades que no estoy preparada para enfrentar y confirma mis peores sospechas: la guerra que se aproxima no es solo física, sino mental, espiritual… e inevitable.

No hay salvación sin sacrificio. No hay respuestas sin dolor. El mundo está a punto de cambiar y nosotros con él. Lo único que aún no sé es si lucharé para redimirnos o para terminar lo que empecé.

Incluso en la oscuridad, el amor sigue siendo la fuerza más peligrosa de todas. Y digo *peligrosa* porque desarma la razón, expone las debilidades más íntimas y hasta nos empuja a actuar contra nuestro propio instinto de supervivencia.

Y como dijo Leonard Cohen, «el amor no tiene cura, pero es la única cura para todos los males».

¿Estaría en lo cierto?

Sara

CAPÍTULO 1

Los nuevos hallazgos

SARA

Alguien me abraza y me susurra al oído.

—Todo irá bien.

—¿Me lo prometes? —le pregunto a Óliver.

—Siempre.

Me besa de esa manera que me derrite. Nos separamos, le miro a los ojos, pero solo veo oscuridad en ellos. Se apagan del todo cuando Antonio, mi mejor amigo, le clava un puñal en la espalda. Ahogo un grito. Me lanzo sobre él, desesperada. ¡Esto no está pasando! Su cuerpo se desploma, aún tibio. El aire se vuelve denso, irrespirable y el mundo deja de girar. Mi propio corazón se desgarra y, a mi alrededor, todo se vuelve un murmullo lejano. Solo queda nuestra tragedia suspendida en el aire. Me incorporo. ¡Exijo venganza!

Pero nadie me oye.

Me despierto agitada y sudorosa. Los sueños no cesan y el recuerdo de la muerte de Óliver tampoco. Me levanto con el corazón martilleándome el pecho a gran velocidad. Noa corre a mi lado; desde que descubrió cómo usar su don, tiene la misión de mantenerme tranquila y serena. No queremos desatar el monstruo que vive en mi interior por si me da por crear algo peor todavía y provocar un apocalipsis.

—¿Estás bien? —pregunta.

Se tumba a mi lado en la cama de abajo de la litera que compartimos.

—Ahora sí.

No quiero preocuparla. Con dieciséis años, no debería tener esta responsabilidad.

—Sabes que, a medida que voy controlando mi capacidad, percibo tus emociones. ¿Por qué me mientes? —me recrimina, acurrucándose a mi lado.

Llevo dos días en el cuartel general, cuarenta y ocho horas, dos mil ochocientos ochenta minutos, ciento setenta y dos mil ochocientos segundos. ¿Cómo es posible que sepa esto sin tener que usar una calculadora y no sea capaz de recordar la cura que tanto necesitamos?

El tiempo aquí no puedo medirlo en días, sino en años, y más, desde que Óliver desapareció. ¿Seguirá vivo? Intento asimilar todo lo que está pasando, aunque por momentos querría olvidarlo. Le sigo dando vueltas a la conversación que tuve con mi difunta madre en la sala de juntas. Aún me cuesta digerirla. La angustia y la desesperación se han instaurado en mi pecho y no tienen intención de marcharse. Vivo cautiva en mi propio ser.

—Porque aún quiero protegerte, pero la tortilla se ha girado. ¿En serio sabes cómo me encuentro? —pregunto sorprendida.

Le tengo envidia; ella está evolucionando de forma innata y yo sigo atascada.

—¡No, qué vaaaa!, ¡es un farol, pero he acertado de lleno! Dejémoslo en que ambas nos cuidamos. —Me guiña un ojo y ríe.

—La madre que te parió.

Le lanzo la almohada a la barriga, que sujeta mientras sigue riendo con ganas.

—¿Dónde está papá? —pregunto, aun sabiendo la respuesta.

—Se fue muy temprano a ayudar. Desde que es un jefe más, no para. Todos estamos deseando acabar con esto.

Se levanta de mi lado con la certeza de que mi estado de ánimo ha mejorado.

—Como si fuera tan sencillo… —digo en un susurro.

Sé que hemos perdido una batalla y no la guerra, pero la ausencia de los soldados caídos me carcome por dentro. Debo controlar mis emociones.

—¡Venga, Sara! No te reconozco, no puedes ser tan pesimista. Lo de Óliver es un palo, aunque si creen que hay esperanzas, aférrate a eso. Estamos viviendo una locura, pero deberías emocionarte por ser parte de ello. ¿No lo ves? Tienes al alcance de tu mano una de las piezas claves para resolver el enigma. ¡Increíble, no, lo siguiente!

—¿Cómo puedes estar así de contenta? Has tenido que sacrificar mucho, Noa, ¿no te molesta lo que te han obligado a hacer?

—¡Cómo no me va a molestar!, pero ¿estando enfadada soluciono el problema? Negativo, así que prefiero centrar toda mi energía en lo que puedo hacer para acabar de una puñetera vez y recuperar mi vida lo antes posible.

Me asombra que siga entera y tranquila, después de que la obligaran a cortar con el exterior. Habría jurado que estaría furiosa, rebelde, indignada, y, sin embargo, está emocionada. Desde luego, no comparto su entusiasmo; solo siento tristeza y una sed de venganza incontrolable que intento disimular, por lo visto, sin éxito.

—Me encanta tu optimismo, enana —digo con sarcasmo.

Se vuelve a sentar a mi lado y me toma de la mano.

—No puedo ni imaginar el dolor que sientes, pero dejar de luchar no es una opción, debes seguir por él, por todos. Nada es imposible, seguro que en cualquier momento vuelve.

—Lo dudo.

Esta vez soy sincera.

—¡¿En serio?! ¡Deja de ser tan negativa! Nunca hemos vividoooo una cosa igual y no tenemos ni pajolera idea de cómo funcionan las cosas aquí. —Me mira con el ceño fruncido—. ¡Aj! Me voy a duchar.

Se levanta de nuevo, recoge sus cosas y se encamina al baño. Se para, se gira y añade:

—Por cierto, hoy comienzas la terapia de regresión… ¿Animada?

—Aterrada, diría.

Hasta donde sé, es indolora, una especie de hipnosis, pero temo lo que podamos descubrir.

—No puede ser tan malo.

—¿Y si lo es?

Las dudas me ahogan. Tengo miedo de que la verdad arrase lo poco que queda de mí y desaparecer; tal vez de un modo distinto a

como lo hizo Óliver… o no tan distinto, pero desaparecer. Abrazo la almohada como si me pudiera proteger o dar cobijo.

—Pase lo que pase, lo superaremos; estaré a tu lado, tranquila. —Me lanza un beso volado y se mete en el minúsculo baño sin darme oportunidad de replicar.

Me vuelvo a tumbar y mi cabeza vuela a todo lo ocurrido en las últimas horas, reproduciendo en mi mente cada palabra, cada gesto, cada acción…

48 horas antes…

Sentada en aquella sala que se ha tornado fría, sombría y pequeña, las miro, debatiéndome si huir con papá o someterlas a un tercer grado. Mi respiración se acelera con cada inhalación, las manos me sudan y la cabeza me va a explotar. Todo pasa ante mis ojos en cámara lenta y me consta que he perdido el control de lo que me rodea.

Mi difunta madre, dentro del cuerpo de una diminuta niña, se encuentra junto a Elena —¿no había fallecido?; y, sin embargo, a pesar de su aspecto de quinceañera, la reconozco. ¡Es ella!—. Necesito despertar de esta maldita pesadilla.

—Intenta calmarte. Es mucho que asimilar en poco tiempo —dice tía Elena.

Muestra una ternura y una madurez en sus gestos que no cuadran con su físico. Me pregunto cómo he podido reconocerla si, cuando falleció, yo tenía cinco años y apenas me quedan recuerdos, salvo las fotos en los álbumes y portarretratos de una mujer de treinta y pico con melena lisa y corta, y rostro cansado. Ahora, en cambio, luce una piel tersa y un precioso cabello cobrizo que le llega hasta la cintura. ¡Mi madre y mi tía son ahora mucho más jóvenes que yo!

—Te hemos echado mucho de menos… Quiero decir que les hemos echado mucho de menos, a ti y a todos —añade.

Imagino que habla de su familia. ¡Madre mía! ¿Sabrá que Nati

tuvo un accidente por mi culpa?

—¿Cómo es posible?

—Es complicado, pero intentaremos aclararlo —contesta de nuevo.

Las miro a los ojos para no distraerme con sus apariencias. Es mamá la que toma la palabra. Tía Elena asiente y, con un gesto, la invita a hablar:

—Cuando Elena falleció, sospeché que el Cuerpo Oscuro estaba detrás. Me llevó un tiempo confirmarlo. Durante años, intenté mantenerlos al margen, pero una serie de accidentes comenzaron a rodearme y fue cuando supe que irían a por mí. Aceleré el plan de contingencia. Hablé con papá y lo ayudé a activar su habilidad. Le pedí a Óliver que regresara a las islas, pero cuando lo hizo… era tarde. Yo ya había fallecido —explica.

Su voz denota tristeza y agotamiento. Al observarla, me parece una extraña, salvo cuando me fijo en sus ojos; ahí encuentro mi hogar, la protección que he añorado durante años, pero la lógica me impide aferrarme a ello.

—¿Cómo han vuelto tan rápido? Tenía entendido que no se podía. ¿Quién más sabe que están vivas? ¿Por qué no han contactado antes? ¿Conocen el estado de Nati?

Las preguntas salen de mi boca sin pensar, sin orden ni coherencia. Intento organizarlas, pero la locura me ha invadido y no tengo control.

—Tranquila, cielo. Sabemos que tienes muchas dudas. No te aturulles o no podrás con ello. —Es ridículo: una niña hablando y razonando como una adulta—. Si te saturas, colapsarás y eso nos demoraría. El núcleo nos trajo de vuelta más rápido de lo habitual. Necesita que frenemos la guerra que se está librando. Y, si lo hizo, fue porque somos sus mejores soldados. —Hace una pausa dándome tiempo a entender su relato y continúa—. Nos colocó en familias disfuncionales, a fin de que termináramos en centros de acogida y eso mismo nos diera la posibilidad de desaparecer sin levantar sospechas. Dejó intactas las memorias y vivencias de nuestra última existencia para que todo fluyera. Sin Óliver no hubiésemos podido hacer nada. Es extraordinario: él nos adoptó y

lleva trabajando con nosotras desde que volvió.

Un fuego interior se abre paso en mi pecho y arde con intensidad. Saber que el Cuerpo Oscuro es responsable de la muerte de mis familiares, además de la de Óliver, intensifica mi sed de venganza. Inspiro con brusquedad y tenso la mandíbula.

—¡Joder! ¡Voy a matar a esos malnacidos!, ¡me lo han arrebatado todo!

Me siento como un dragón a punto de arrasar cuanto existe con una llamarada. Mi madre posa su diminuta mano sobre la mía y, no sé ni cómo, surge la magia: mis nervios se calman, el odio se disipa y solo queda un vacío que me desconcierta.

—¿Qué coño haces? —le recrimino sin muchos modales.

—Esa boquita —me regaña—; el odio y la venganza no son la solución. Si lo analizas, es lo que nos ha llevado a la guerra que estamos viviendo.

—Soy consciente de que es culpa mía; no es necesario que me lo recuerdes.

—Cielo, nadie te hace responsable de lo que está ocurriendo. Esto es consecuencia de las malas decisiones que hemos tomado en algún momento de nuestra existencia. No hay remedio, el pasado es inamovible, pero sí podemos luchar para salvar el futuro.

Mis ansias de venganza se han esfumado. En mi cabeza aún quiero derramar sangre y que se haga justicia, solo que mis emociones no me acompañan. Mi madre está manipulándome, igual que hizo Miguel durante la batalla durante de mi rescate. Vuelvo a estar como en una burbuja. Se sacrificó sin conocerme, ¿por qué? ¡Tampoco eso es justo!

—¿Estás controlando mi rabia?

—Sí. Debo hacerlo. Debemos protegerte.

—Miguel también lo intentó y murió. ¿De qué sirve si todos los que me rodean y luchan por mí acaban muriendo?

—Aunque parezca que es el final, no es así. No pierdas la esperanza.

—No puedo perder algo que ya no tengo.

Se miran entre ellas, ¿qué me ocultan? No me sorprende. Esto es una bola descomunal, una gran mentira.

—No hables así —interviene Elena de nuevo—, no puedes tirar la toalla. Sabes que sin ti no podemos ganar

—No tengo la respuesta que necesitamos, lo que he recordado no nos sirve y la única persona que podía hacer que recuperara mis conocimientos ya no está.

Quiero llorar, sé que estoy llena de lágrimas, pero mi madre no me lo permite y eso me enfurece, aunque solo de un modo intelectual o mental, porque no puedo sentirlo. Estoy vacía.

—Deja de manipularme. ¡Joder! Ya no soy una cría.

—Pues no te comportes como tal.

Tras esa apariencia de niña angelical, reconozco a mi madre regañándome. Su paciencia se esfuma y deja la delicadeza a un lado.

—No nos veas como el enemigo. Somos tu familia, queremos ayudarte. Controlar tus emociones es importante; si no, colapsarás. Eres la clave de todo. ¿Qué es lo que no entiendes? —dice Elena.

No tengo fuerzas para discutir y pelear, así que, asiento con la cabeza. Mi destino está escrito y solo me queda claudicar, cumplir y desear que en el proceso acaben conmigo. ¡Y cuanto antes, por favor!

—Es cierto que elegiste a Óliver para ayudarte a recuperar la información que tanto necesitamos, pero tenemos otros métodos. Él nos enseñó cómo hacerlo por si le ocurría algo —explica mamá.

Él sabía que podía morir y, aun así, no dejó de luchar. No puedo creer que ya no esté. Me siento exhausta y a punto de explotar. Mis emociones se han esfumado como mi raciocinio.

—¿No vas a decir nada?

—¿Qué quieres que diga? Que todo es una locura, una sinrazón, que me siento culpable, que no entiendo nada…

—Quizás si lo enfocas desde otra perspectiva, podrás manejarlo mejor —me aconseja Elena.

Resoplo, las miro deseando que con cada parpadeo desaparezca cuanto hay a mi alrededor, incluida yo. En ese instante, detecto una leve fatiga en mi madre. ¿Qué le ocurre?

—¿Estás bien?

—Te resistes a mi don y mi cuerpo aún no está listo para luchar

con tanta fuerza. Mi energía se agota. Por favor, déjame ayudarte.

Sus ojos, esos que he añorado durante los últimos seis años, no mienten: la estoy destrozando y eso me hace parar, frenar al aluvión de pensamientos y permitirle entrar. Su semblante cambia y se vuelve más relajado. Yo dejo de sufrir y la calma se instaura a sus anchas.

—Gracias —dice mamá.

Me acaricia la mano que no me ha soltado desde que estamos aquí.

—Respondiendo a tus preguntas: que estamos vivas, no lo sabe nadie de nuestro entorno. No podemos poner en riesgo a la familia ni la misión. El factor sorpresa con el Cuerpo Oscuro es crucial. Sabemos lo de Nati; el hospital nos informa de su estado. Y no es culpa tuya en absoluto. Debimos hacer caso a Óliver y sacarla cuando empezó a investigar, pero queríamos mantenerla a salvo y nos salió mal. ¿Qué más te gustaría saber? —me pregunta tía Elena.

Necesitaría otros veintiún años para conseguir las respuestas que preciso. Intento organizar mi cabeza y solo alcanzo a decir:

—¿Son Guardianes?

—Así es, cielo, lo somos. Los primeros; por eso se nos permiten algunas licencias. El Núcleo favorece si denota lealtad —contesta.

Mamá mira de reojo hacia la puerta, esperando que el resto de la familia vuelva.

—¿Hablan con el Núcleo?

—No, pero tras tantas existencias hemos creado un vínculo que le permite saber cuáles son nuestras necesidades y llevarlas a cabo sin romper las normas que nos impuso.

—¿Qué habilidad tienes? ¿Existe la telequinesia? Miguel pudo hablar conmigo sin abrir la boca. ¿Es eso posible? —pregunto a tía Elena.

Su don me sorprendió. Óliver no lo mencionó en ningún momento.

—Él era un Empaticus muy especial. Digamos que no todos desarrollan o tienen el don así. Era único; de hecho, no hay nadie que llegue hasta ese extremo. Existen algunas esencias con el don modificado, pero pocos. Lo echaremos de menos —interviene mamá

mirando al suelo.

Me siento responsable de su muerte y de la pérdida de los que dejamos atrás, aunque mis emociones siguen atadas y mi cabeza no para de decirme que cada parte del desastre es culpa mía.

—Cielo, mantén esos pensamientos al margen. No nos ayuda —dice Elena.

¿¡Sabe lo que pienso!? No.

—¿Me puedes leer la mente? —le pregunto inquieta.

—No, cariño, pero te conozco bien, son muchas vidas compartidas y no hay nada que no recuerde o no tenga presente, así que puedo interpretar tu expresión no verbal con facilidad.

Es Memories, como Óliver, y yo sigo pensando que es el mejor don, aunque hablar en la cabeza de los demás es increíble también.

—Sara, voy a ver a tu padre. Volveré enseguida —dice mamá con un deje de preocupación.

Verla tan diminuta y frágil me resulta extraño, aunque si dejo la apariencia a un lado, advierto la determinación y el aplomo de su esencia, mi faro durante el tiempo en que la tuve conmigo.

Sale de la habitación con prisas. Cuando me quedo mirando a nuestro alrededor, veo que estamos solas. Óscar y los guardas se han marchado y nos queda un poco de intimidad.

—Estás preciosa, te he visto en fotos e incluso en aquella videollamada que hicimos con Óliver, pero ahora que te tengo delante, puedo afirmar que eres una mujer guapa, fuerte y segura.

Bajo esa apariencia de cría, reconozco a mi madrina. Me sonrojo y miro al techo, suelto el aire de golpe. No llevo bien los halagos.

—Estamos muy orgullosas de cómo transcurrió aquello. No debió ser fácil salir adelante sin nosotras y ajenas a lo qué había de trasfondo.

Se acerca despacio, posa su mano sobre la mía y, de golpe, siento de nuevo la inquietud que había desaparecido, la angustia comienza a aflorar con fuerza y el fuego interior se intensifica. Me pongo histérica y malhumorada.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Ha notado el cambio tan repentino. Trato de controlarme, pero algo me sube por dentro y me hincha, como si alguien me inoculara

un gas y fuera a estallar.

—No-no sabría decirte… Es-estoy confusa…

Tartamudeo en medio de los esfuerzos que hago por contenerme y que son inútiles, porque me hierve la sangre y la sed de venganza ha vuelto.

—¡¡No, no estoy bien, no entiendo esta actitud pasota, no las veo hacer nada para recuperar a los que quedaron atrás o por acabar con el Cuerpo Oscuro de una vez por todas!! —le grito.

Elena me observa impasible y hace que mi enfado crezca. Voy a arremeter contra ella, cuando una voz gruesa interrumpe mi alegato y me frena.

—En primer lugar, baja ese tono. No te permito que pierdas los modales; no te eduqué de esta manera —dice mamá.

Recorre la estancia y se sienta de nuevo a mi lado.

—¿¡Perdona!? —le grito.

—Perdonada —contesta tajante. O no ha entendido mi reproche o no ha querido entenderlo.

Posa su mano sobre la mía y la calma se vuelve a instaurar.

—No estamos indiferentes ante la pérdida de nuestros compañeros, ni mucho menos. Créeme que hacemos cuanto depende de nosotras por recuperarlos. La mansión ha sido evacuada, de manera que no sabemos a dónde los han llevado. Estamos registrando la estancia en busca de alguna pista. —Su mirada fija, directa, sostenida, me fuerza a prestar atención—. Cielo, es pronto para saber lo que les ha ocurrido. Ten en cuenta que Óliver es muy valioso, que a pesar de lo que vimos, no han acabado con él.

Lo dice con una seguridad que me desconcierta. Se equivoca, pero no quiero pelear con ella.

—No creo que haya sobrevivido. Sus ojos se apagaron tal y como me contó que ocurría cuando matan tu esencia.

Quiero llorar, pero mis sentimientos vuelven a estar amordazados.

—¿Cómo lo haces? —le pregunto a mamá.

—¿El qué?

—Controlar mis emociones. Quiero llorar, gritar, pero me mantienes en un estado neutro, en el que no siento ni padezco.

—Mi habilidad consiste en regular y gestionar las emociones de los que me rodean. Mi cuerpo es pequeño y eso me limita la facultad de controlarlo. Puedo interferir incluso en largas distancias, siempre que esté en contacto con esas personas. Te estoy manteniendo en calma por tu bien y el de la misión. No me gusta, sé que te manipulo, pero debo hacerlo. A veces tenemos que llevar a cabo cosas que no son de nuestro agrado por un bien mayor. Nunca hay que perder la esperanza; con el Cuerpo Oscuro, no todo es lo que parece. Confía en nosotras, Sara querida, llevamos muchos siglos luchando contra Jacobo y Tomás, y sabemos lo manipuladores que son —lo dice con una calma que me exaspera.

Quiero creerla, pero sé que me oculta información.

—¿Puedo preguntarte algo, madre? En realidad, necesito saber tanto que no sé por dónde empezar.

—Dale, querida mía.

—Si el núcleo las tiene en alta estima, ¿por qué no les da la fórmula que yo no consigo recordar? Supongo que la sabrá. ¿Cómo es que nadie la recuerda cuando, además, son Memories? ¿No es ese su talento?

—No, cielo, no te equivoques. Si no lo sabemos es porque nunca la compartiste. Fue una vida complicada para ti —contesta Elena de forma escueta—. El Núcleo nos guía, nada más, pero no nos da las soluciones. Las soluciones es algo que tenemos que conseguir por nosotros mismos.

—¿Y ya está? ¡Pues vaya birria de Núcleo!

Se sonríen por mi último comentario.

—Él solo nos dirige y establece una serie de normas para que podamos sobrevivir. Es bueno y nos está ayudando más de lo que debería. En cuanto a conseguir que recuerdes, me encantaría arrojar algo de luz, pero no debo interferir, no debemos —dice tía Elena mirando a mi madre—, aunque, la verdad sea dicha, tampoco podríamos. Fuiste hermética y poco comunicativa en esa vida. Puede que no te guste oírlo, pero es así.

—Entonces no hay esperanzas de acabar con esta guerra.

—La hay —dice mamá—. Estamos convencidas de que podremos llegar al fondo del asunto. Nuestro cometido ahora es mantenerte

calmada y… someterte a una terapia de regresión.

—¿A una qué?

—Es algo que Óliver nos enseñó para conectar con otras vidas anteriores cuando no tenemos la habilidad de recordar.

Mi cara pasa de la sorpresa al pánico en segundos.

—No te asustes, no sufrirás; es indolora y no dura mucho tiempo. Ya te lo explicaré.

—Esto es un disparate, no sé cómo no se han vuelto locas.

—No haber perdido nuestras últimas vivencias y conocimientos nos ayuda a gestionarlo mejor. Tenemos apariencia de niñas, pero una esencia muy antigua.

—¿Cómo se hace uno Guardián?

Se miran entre sí. Es obvio que la pregunta las ha pillado por sorpresa. ¿Y si son tan buenas actrices y ni siquiera son lo que dicen ser? Dentro de este mundo tan extraño no me sorprendería.

—Es difícil de explicar, llevamos tantos siglos siéndolo que ya no lo recuerdo con nitidez —dice mi tía, pero no la creo.

—Yo no te puedo decir cómo me hice, solo sé que lo soy desde siempre. Elena y yo coincidimos en una de nuestras vidas y la recluté —añade mi madre.

Ella asiente sin añadir más y yo me aburro de que sus respuestas estén vacías y no me aclaren nada.

—¿Dónde está papá? —pregunto.

Hace mucho que no lo veo. Miro a mi alrededor y caigo en la cuenta de que no ha vuelto desde su repentina fuga. Noa tampoco.

—Asimilándolo. No es fácil. Se siente engañado, como tú, pero en tiempos de guerra no hay lugar para lo correcto ni para más pormenores. Hay que hacer lo que se debe sin dudas ni cuestionamientos.

Las miro y no las reconozco. No me refiero a su aspecto, que también, sino a esa frialdad con la que tratan la situación, como soldados bien entrenados.

—¿Está muy enfadado?

—Le costará un poco asumirlo, pero creo que ya no me odia. ¿Lo estás tú?, ¿estás enfadada? —me pregunta mamá.

—¡Claro! Sabes que me tienes atrapada y que no siento lo que

debería; si me dejaras, desataría un infierno contra el Cuerpo Oscuro, no te quepa duda —elevo la voz sin querer.

—Sara, insisto en que esa actitud no nos ayuda. Recapacita, haz el favor, que ya podrás darles su merecido en el momento adecuado. Ahora debemos salvar a la humanidad y dejar a un lado nuestros sentimientos.

Y dale con salvar a la humanidad, como si la humanidad fuera lo único por lo que aún existo y por lo que estoy aquí. Vuelve a hablar la líder de este complejo, no mi madre. Quiere un imposible, porque mi sed de venganza no se aplacará con facilidad. Elena recibe un mensaje en su móvil, se disculpa, me da un abrazo y se marcha. ¿Qué está pasando? Cojo una bocanada de aire para calmar mis nervios —o los que debería tener según mi cabeza— y añado:

—Está bien, lo haré, me centraré en la misión.

No estoy convencida, pero si es lo que quiere oír, la complaceré. Tampoco tengo alternativa.

—Sabes que puedo percibir si mientes, ¿verdad? —dice molesta.

—Supongo, pero ¿qué quieres que te diga?

—La verdad, si no obstaculizas.

—¡Dios! Parece que solo te importa eso… ¿Puedo saber dónde está mi madre debajo de tanta orden y tanta contención? —le digo moviendo mi mano, aludiendo a su nuevo aspecto.

Frunce el ceño, entrecierra los ojos y respira hondo antes de volver a hablar.

—Perdóname, cariño. —«¿Ahora se pone tierna?»—. Es cierto que no está siendo el reencuentro que nos merecemos. Quizás deberíamos parar. Voy a enseñarte dónde te alojarás y cómo funcionamos. El resto puede esperar a mañana. Son demasiadas emociones juntas y, aunque el tiempo apremia, es más importante que te serenes. Esa es la primera tarea.

Su tono se vuelve dulce y cariñoso y yo no puedo evitar escamarme. Recuerdo que se ponía así cuando trataba de convencerme de que todo iría bien antes de llevarme al médico, o cuando había roto algo y quería que lo admitiese, o cuando evitaba contarme la verdad de algo feo que acababa de ocurrir en casa y yo preguntaba… Dudo si mandarla a paseo o dejarme llevar para no

desintegrarme y desaparecer sin sentido. Decido no pensar.

—De acuerdo.

Se levanta y me invita a seguirla. Tras cruzar la puerta, nos esperan unos guardas que custodian la sala. Son soldados profesionales, armados y listos para el combate. El cuartel está lleno de ellos. Solo puedo decir que su presencia impone, pero estamos a salvo o así debería ser, aunque no confío en nadie. Mi madre se dirige a ellos:

—Voy a llevarla a su habitación. No es necesario que nos acompañen. Retírense.

Los soldados hacen un gesto con la cabeza y desaparecen por el largo pasillo. Nosotras nos dirigimos a los ascensores.

Por el camino, vuelvo a preguntarle:

—¿Cómo activaste el don de papá? ¿Necesitó la terapia esa que dijiste?

—No, solo liberé su mente y al hacerlo fluyó de forma progresiva. Sus habilidades fueron coartadas por los guardianes. Tu caso es diferente.

Las paredes están hechas de un material que recuerda al mineral pulido, pero cambia de textura según el ángulo: a veces, es liso y suave como un canto rodado; otras, rugoso como una corteza antigua.

A intervalos regulares entre los grandes ventanales que nos permiten ver a lo lejos, se alzan paneles verticales, que, cuando pasamos junto a ellos, se encienden como si reaccionaran a nuestra presencia. No quiero olvidarme de lo que me interesa y le pido a la niña —a esta madre imposible— que siga.

—Tú naciste así. Óliver nos explicó que la decisión de amarrar tu don la tomaste en tu anterior vida. Es un misterio cómo lo conseguiste. Lo que sabemos es por las instrucciones que dejaste.

—¿Disculpa? ¿Óliver posee unas directrices de mi otra vida?

—No, no las tiene, pero las recuerda por su condición de Memories. En ellas explicabas que si volvías no querías activar tu don, salvo que la humanidad estuviera en peligro, y le dijiste cómo hacerlo en caso de emergencia.

Tengo la mandíbula a punto de desencajarse. Óliver no me dio

tanto detalle sobre este asunto y me cuesta horrores entenderlo.

—¿Cómo las consiguió? ¿Por qué lo hice?

—Recibió un paquete con instrucciones y la cura. No sabemos el porqué de tu decisión. Como te dije, en esa vida estuviste esquiva.

Estamos paradas en medio del pasillo a poca distancia del ascensor. El techo no tiene luminarias visibles. En su lugar, una claridad difusa, blanca con un matiz dorado, desciende desde un punto que mis ojos no consiguen enfocar. Estoy petrificada ante los hallazgos. Lo que daría por poder recordar mi vida anterior desde el inicio hasta el final y aclararme.

—¿Seguimos? —me dice retomando el paso.

Al entrar, le indica al guarda el piso al que vamos. El elevador se pone en marcha. Se hace un breve silencio y le susurro:

—Me parece que tu habilidad y la de recordar son las mejores. No sé qué le ven de especial a la de los Sabius. Me miro a mí misma y no veo que hagamos nada extraordinario.

—Cielo, tu capacidad es tan increíble como las otras. Tienes el don de aprender lo que sea en un tiempo ínfimo. Yo sería incapaz de alcanzar tus conocimientos o los de papá, aunque viviera mil vidas. —Hace una pausa para recordar algo y continúa—. De pequeña, a pesar de tener tu habilidad retenida, destacabas tanto que tuvimos que coartarte para que nadie la advirtiera. Tu don está innato en ti y, aun no sabiendo que lo tienes, has hecho cosas increíbles. No sé si me explico. No pienses que no eres especial… porque lo eres. Y no sabes hasta qué punto.

Las puertas del ascensor se abren a una planta donde hay mucho jaleo. De frente, hay gente sentada, charlando de manera distendida en los sofás dispuestos como los del *hall* de un hotel. La planta tiene forma de U y en su centro hay una inmensa terraza, desde donde debe haber unas vistas increíbles. Impresionan sus dimensiones. ¿Qué hace tanta gente en este cuartel? Mamá me explica que en el ala este está la zona de descanso con las habitaciones, y en el ala oeste se encuentra el espacio de ocio, gimnasio, cafetería, etc.

De pronto, alguien se abalanza sobre mí y me abraza fuerte. Mamá sonríe al vernos a Noa y a mí juntas. Papá aparece tras ella. No lo veo muy entusiasmado; no debe ser agradable descubrir que

tu mujer está viva y, menos aún, que tienen una considerable diferencia en edad; una relación así, en nuestro entorno, tendría muchísimos censores… y con razón. Les queda un largo camino para reconciliarse. Mamá le pide a Noa que la acompañe y nos dice que esperemos en la habitación que nos han asignado.

Papá me guía hasta allí. La habitación se abre como un rectángulo limpio y sin adornos, iluminado por una luz blanca y constante que no proyecta sombras. Las dos literas están ancladas a la pared, a ambos lados de la estancia. Al entrar me sorprende lo sobria que es, pero cómo esperar otra cosa, si estamos en un cuartel. Sobre los cuatro colchones han dejado las sábanas dobladas. Un armario metálico ocupa casi todo el muro. No tiene tiradores visibles: solo una línea vertical que se ilumina cuando alguien se acerca, indicando la apertura automática. ¡Qué moderno! No, mejor aún, ¡qué futurista! Me aproximo y veo dentro la poca ropa que hemos traído dispuesta en perchas. Huele a filtro de aire recién cambiado y a desinfectante neutro. No hay fotografías ni objetos personales; tan solo una silla frente a la mesa que descansa bajo el ventanal.

Papá se sienta con un gesto que denota agotamiento. Me acerco a una puerta cerrada que abro con curiosidad. Es un baño diminuto. Sospecho que este será nuestro nuevo hogar durante un tiempo. No me entusiasma, aunque, si soy sincera, ahora mismo nada me importa. Noa aparece después de un buen rato con una amplia sonrisa.

—Mamá ha tenido que piraaaarse, volverá en cuanto pueda.

Denoto preocupación en su voz.

—¿Estás bien, enana?

—Todo en ordeeeen.

Pero no la creo…

La voz de Noa me saca de mis pensamientos y me trae de nuevo al presente.

—¿Sara? ¿Otra vez dándole vueltas al coco?

Me mira mientras se seca su rubia melena con una toalla.

—Sí, perdona, enana, recordaba la conversación que mantuve con

ellas en la sala de juntas. Se me hace muy raro que estén aquí, entre nosotros.

Me levanto de la cama con tal ímpetu que he estado a punto de golpearme con la de arriba. Tengo que darme prisa en prepararme si no quiero llegar tarde.

—Raro es quedarse corta, pero mola, porque tenemos ventaja sobre los malos.

Qué bien se ha adaptado. A mí me costó un desmayo y unas cuantas discusiones aceptarlo. Creo que aún no lo he hecho.

—¡Espabila! Tú empiezas con la regresión y yo aprendo a llevarla a cabo. ¡Esto no puede ser más increíbleeee!

¡Joder! ¿Qué ha tomado? Tanto entusiasmo me está dando náuseas.

Una vez listas, nos encaminamos al comedor. Nos aguarda el desayuno y no hay opción de saltarse las comidas. Alimentarse en condiciones y hacer ejercicio, como si esto fuera un reformatorio… o como el cuartel que es, claro. Odio este sitio, odio esta mierda de historia. Noa se dedica a saludar; a algunos los conocemos, a otros no, pero tiene la teoría de que debemos ser amables; al fin y al cabo, nos han acogido. No les ha quedado más remedio, digo yo; estoy convencida de que, si les preguntaran, desearían echarme a los leones. Soy la villana de esta pesadilla.

Nos sentamos junto a Marco, el nuevo director del departamento de informática. Al anterior lo perdimos también durante mi rescate. Cuando lo pienso, la angustia me abrasa por dentro, pero no llego a encenderme como al principio; entre los sedantes y mi hermana, me atan en corto.

—¿Qué tal, chicas? —pregunta con su preciosa sonrisa.

Sus ojos, de color verde oliva, nos examinan a través de sus gafas. Su físico desenfadado, alto, pelo castaño alborotado y delgado le da ese aspecto friqui que suelen tener los de su profesión. Nos cayó muy bien el día anterior, que fue cuando lo conocimos, y a mí me asombra lo bien que ha encajado con Noa, como si fueran amigos de toda la vida; o de todas las vidas, que tal

como aseguran que es esto… a ver quién dice que no.

Finalizado el desayuno, nos dirigimos a la sala, donde me someteré a la terapia —«¿cómo han acabado convenciéndome?»—, cuando mi hermana interrumpe una vez más mis pensamientos:

—¿Estás lista?

—No, pero debo hacerlo.

—Seguro que en cuanto veas la sala se te pasan los nervios. Es impresionante: paredes blancas, dos camas de agua, mucha luz, aunque durante la terapia las apagan y se activa un gran espejo que da a otra habitación, que es donde graban lo que va ocurriendo. ¡Es una pasada! Como en una comisaría.

Juro que la quiero, pero si sigue irradiando tanta felicidad, mañana la ahogo en el tazón de leche. No me hago responsable.

Llegamos al área en cuestión. Elena, mamá y papá nos esperan junto a la puerta.

—¡Buenos días, bonita! ¿Has podido descansar? ¿Estás lista? Siempre puedes negarte, no hay prisa ni obligación, lo primero eres tú —me dice papá al oído mientras me abraza. «Sí, ya», pienso yo.

—Sí, estoy mejor. Noa se encarga de ello. No te preocupes —le susurro dándole un achuchón más largo de lo habitual. Al separarnos, digo—: Estoy aterrada, pero lista. Es necesario que avancemos, que no quiero cargar con más muertes.

—No tienes que sentirte asustada. Estamos aquí para acompañarte en el proceso. No vas a estar sola —dice mamá.

Me coge de la mano y me lleva al interior de la sala. Noa entra y cierra. Alguien desde fuera echa el cerrojo. ¿Por qué?

—No te asustes, cielo, es necesario que no nos interrumpan. Cerrar desde dentro compromete nuestro bienestar. Ellos están en la sala contigua observando y controlando el proceso. Si surge cualquier inconveniente, intervendrán.

Mamá enciende un monitor cardiaco para vigilar mis constantes. Yo pienso en lo que ha dicho: ¿comprometer nuestro bienestar? ¿A qué se refiere? Los nervios afloran por cada poro de mi piel.

—De acuerdo, te explico cómo vamos a proceder. Primero, necesito que te descalces y dejes en la bandeja que hay en la mesita cualquier cosa que te distraiga o te incomode.

—¿Mi cerebro? —digo intentando hacerme la graciosa.

No tengo mucho éxito porque me mira con desaprobación. Ha perdido su sentido del humor.

—Tú también, Noa —ordena la general.

—No he traído nada. Tía E… —Mueve la cabeza y se reconduce—: Elena me lo advirtió.

¡Traidora! No me avisó. Tampoco hay mucho que dejar: nos han requisado los móviles al llegar, así que, salvo nuestros relojes, poco tenemos para distraernos.

—Perfecto.

Sigue organizando el operativo en lo que yo me descalzo y me tumbo sobre una de las camas de agua. Me conecta al monitor y añade:

—De acuerdo, ahora quiero que te centres en mi voz y solo en ella. ¿Confías en mí? —pregunta.

Después de un silencio incómodo, contesto:

—Hum…, sí.

—Sara, es importante que lo hagas y te relajes; de lo contrario, la terapia no va a funcionar.

Intentó convencerme a mí misma de que tiene razón, pero mis dudas afloran sin que logre controlarlas.

—Perdona, sí, es que se me hace muy difícil verte de la misma forma, con… con este aspecto, y el hecho de estar encerradas por no comprometer nuestra seguridad no ayuda.

Le miento: su apariencia me da igual. Lo que me preocupa es descubrir qué he hecho y las consecuencias que traerá.

—Entiendo tu confusión, pero no va a pasar nada malo. Escucha mi voz, cierra los ojos y sigue mis indicaciones. Verás cómo sale bien.

Se tumba en la otra cama que está a mi lado, coge mi mano y me pregunta:

—¿Estás lista?

Asiento con la cabeza, sin mirarla.

—Empecemos.

Esas dos palabras hacen que mi corazón se acelere. Mamá indica a Noa que controle mis emociones y, en pocos segundos, me calmo.

—¡Sara!, por favor, concéntrate —dice mamá—. Inicio una cuenta atrás. Tú solo escucha mi voz y deja tu mente en blanco.

No sé si seré capaz, pero así me lo propongo. Después de algunas dudas, me someto a la terapia que lo cambiará todo.

CAPÍTULO 2

El don y la responsabilidad que conlleva

NOA

Desde que entramos en este lugar, me siento como en un sueño o en una película. No me puedo creer lo que está pasando. Esencias ocultas, habilidades, saltos de cuerpo, una guerra por la que luchar; si no estuviera rodeada de gente que lo entiende, me encerrarían en un psiquiátrico. Cuando pienso en todo lo que hemos vivido en las últimas horas, mi corazón se acelera y mi mente flipa.

Dos días antes….

Cuando llegamos al garaje del Cuartel General, donde Óliver nos abandona como si fuéramos colillas, se acerca un soldado que nos acompaña a la clínica para someternos a un examen médico exhaustivo. Pasado un tiempo —nos escudriñan cada rincón de nuestro organismo—, se ve que superamos las pruebas y nos llevan al puesto de control, donde otro soldado —muy sexi— nos da la bienvenida:

—Buenas tardes. Soy el coronel Óscar Cavalli. Bienvenidos al cuartel. Si me acompañan…

Nos cede el paso y cuando miro sus preciosos ojos verdes con esas pestañas tan largas, veo que me observan de una manera que me hacen estremecer, pero como no soy de esas chicas que se achantan ante un repaso, le devuelvo el gesto. Reconozco que me

gusta lo que tengo delante. Que esté a dieta, no significa que no pueda echarle un ojo al menú.

Pasamos a una sala donde hay una pantalla gigante, muchos ordenadores y un ritmo frenético.

—El rescate de su hija está en marcha. Podemos seguirlo a través de la cámara que lleva el equipo táctil —nos explica.

Me fijo en la pantalla y veo a Óliver con un grupo de soldados correr por un bosque hasta llegar a una propiedad que no dudan en allanar. A medida que se van adentrando, una sensación de angustia se apodera de mí.

—¿Podría ir al baño? —pregunto, rompiendo el denso silencio que se ha instaurado.

Papá me mira arrugando la barbilla; me conoce lo suficiente y sabe que es una excusa para salir de allí. Por suerte, el buenorro del coronel me cree y ordena a un soldado que me guíe hasta el aseo más cercano.

Me abre la puerta a un espacio rectangular, sobrio, con una hilera de lavabos empotrados y una grifería que se activa en cuanto me acerco. Me refresco para quitarme la sensación de agobio mientras deseo con todas mis fuerzas que Sara vuelva sana y salva. Al salir, abro la puerta con cautela y descubro con sorpresa que estoy sola. El soldado no me ha esperado. Me embarga de emoción poder moverme a mis anchas por la planta. Miro a ambos lados y a lo lejos hay un par de niñas muy bien escoltadas. No imaginé que habría gente de mi edad o menor incluso aquí dentro. Me animo a acercarme y les grito:

—¡Hola! Soy Noa y soy nueva, ¿les gustaría enseñarme esto?

Las chicas se vuelven sorprendidas por mi intrusión. Acelero el paso para llegar hasta ellas y, en cuanto las tengo delante, me quedo petrificada. Esos ojos no los podría olvidar jamás. ¿Cómo es posible? Intercambiamos miradas desconcertadas. Es un instante lleno de confusión y de sentimientos encontrados. No sé qué decir. Apenas es un lapso, pero se me antoja eterno, y corro a abrazarlas con las mejillas empapadas de lágrimas.

—Pero ¿cómo? —alcanzo a decir entre sollozos.

Ante mí, con un aspecto muy diferente del que guardo memoria,

mi madre y tía Elena me observan aturdidas por mi intromisión.

—Deja que te vea… ¡Estás preciosa! ¡Qué mayor! —exclama Elena con agüilla en los ojos.

Mamá me abraza con su pequeño cuerpo y yo flipoooo en colores. ¿Cómo sé que es ella, que son ellas? No tengo ni idea; bueno, sí, sus ojos. ¡Es ella!, ¡lo sé, lo séé́é!

—¿Qué haces por aquí? No deberías deambular por los pasillos sola —me regaña.

No puedo evitar que se me escape una risita. ¡Es ridículo que una niña de seis años me eche una reprimenda! Me mira con tanta determinación que se me borra la sonrisa de la cara.

—Salía del baño y… me perdí —miento como una bellaca.

—Noa, Noa, no cambiarás en mil vidas. ¿Sabes que detecto las mentiras sin necesidad de utilizar mi don? Anda, no te quedes ahí parada, que tenemos mucho que hacer. ¡Acompáñanos!

De camino, nos ponemos al día, aunque en realidad solo hablo yo; me ocurre a menudo que, cuando estoy nerviosa, me asalta una verborrea incontenible. ¡Madre del amor! Por suerte, me conocen y les hace mucha gracia, de manera que evaden responder al interrogatorio al que las someto.

Recorremos un corto trayecto andando, subimos un piso por las escaleras y llegamos al puesto de mando, donde el bullicio se ha instaurado y se respira nerviosismo. A lo lejos veo al macizo del coronel. «Este chico es como Dios, está en todas partes». Me mira y tensa la mandíbula; por alguna razón, no le hace gracia que esté con mi madre, pero algo más importante ha ocurrido porque no me dice nada. Tía Elena me pide que espere a un lado y el pecho se me oprime. ¿Le habrá pasado algo a mi hermana?

Al poco, el coronel Cavalli abandona las instalaciones en el ascensor. Mi madre ordena a un soldado que me lleve al puesto de control con papá. Me asegura que Sara está bien y que viene de camino.

—Nos vemos luego. No les hables de nosotros, déjanos sorprenderles —me pide mamá y yo asiento mientras me marcho.

Solicito a mi escolta bajar por las escaleras: es absurdo esperar el ascensor para una sola planta. Camino al lugar donde dejé a papá.

No está. El revuelo ha aumentado, así que intuyo que Sara y el resto han vuelto. De pronto, el coronel buenorro irrumpe en la sala. Veo que están alterados: algo no ha ido bien. Pongo atención en lo que dicen y me entero de que la mayoría del equipo táctil no ha vuelto, entre ellos, Óliver. Se me encoge el estómago; Sara debe estar destrozada. Me dirijo al ascensor para reunirme con ella, pero los guardas que lo custodian me lo impiden. Me pongo hecha un basilisco, aunque me consta que la pataleta de una adolescente no les va a hacer cambiar de opinión, así que decido ir a hablar con el coronel. Al girarme, me doy de bruces con él y no caigo al suelo porque me sujeta con firmeza. Me dedica una discreta, pero muy seductora sonrisa. ¡Hormonas, fiiiiirmeeees!

—Estimado coronel, le agradecería que me autorizase a reunirme con mi hermana. Por lo que acabo de escuchar, debe estar abatida, muy… —busco palabras raras de esas que conmueven— desconsolada… y me necesita —digo con tono melodramático. Vale que a veces exagero un poquito, pero la sonrisa se le ensancha y dice:

—¿«Estimado»? ¡Vaya! Me han llamado de muchas maneras, pero nunca así. —hace una pausa reprimiendo una risa y añade—: Lo lamento, señorita, pero tengo órdenes estrictas de no dejarla salir hasta que su familia vuelva. Voy a reunirme con ellos y le puedo adelantar que su hermana sobrevivirá, aun cuando no pueda contar con *su estimada compañía*.

¿Me está vacilando? Denoto un poco de chulería y eso me enfurece. Sin pensarlo, levanto mi brazo derecho con la intención de arrearle un manotazo que bloquea con su antebrazo sin mucho esfuerzo.

—Señorita, no me obligue a arrestarla —me advierte—; manténgase calmada.

Me suelta y yo lo miro con rabia. ¡Joder, qué impulsiva soy! Mamá siempre me decía que el doctor Jekyll y míster Hyde son más estables que yo, y va a tener razón.

—¿Me vas a poner las esposas? ¡Venga, no te cortes! —le digo.

Le ofrezco mis muñecas juntas para facilitarle la tarea. Pone los ojos en blanco, me aparta, entra en el ascensor y me dedica una

sonrisa torcida.

—Manténgala vigilada —ordena a un guarda.

¡La madre que lo parió! Me deja descompuesta y con un novio —¿no es así el refrán? —. Al cabo de unos treinta minutos, vuelve a aparecer, me acerco y en un susurro le pregunto:

—¿Todo en orden? ¿Y mi familia? —Apenas lo miro, me avergüenzo de mi arrebato —. Siento lo de antes, a veces, me entra un no sé qué, que qué sé yo, que ni me reconozco.

Sonríe de una manera que me altera.

—Sí, están bien, pronto podrá reunirse con ellos. Ya pasó el examen médico y ahora debería comer algo. Necesitamos que esté fuerte y serena para reunirse con los líderes. No se preocupe por su arranque; al menos, hemos visto que tiene valor y que puede defenderse.

—Cuando hablas de los jefes, ¿te refieres a mi madre y tía Elena?

—Así es —contesta, mirándome de reojo—. Lo ha encajado muy bien. Sepa que no todo el mundo asimila estas cosas con tanta templanza.

Me ruborizo; no me esperaba un halago después de lo ocurrido.

—Gracias, supongo, no sé, siempre he pensado que me faltaba algo, que mi vida no era completa, y creo que empiezo a obtener respuestas —le confieso.

No sé por qué le cuento tantas cosas, porque sí, soy abierta, pero no tanto cuando se trata de extraños.

—Es usted una jovencita muy valiente e inteligente.

Buenoooo, esto se pone interesante: o yo me he vuelto loca o aquí hay tema que te quema. Al pensarlo, me vuelvo a sonrojar hasta el nacimiento de pelo, lo que provoca que me pregunte:

—¿Se encuentra usted bien?

Me pongo aún más colorada.

—Sí, ya sabes cosas de adolescentes y hormonas.

¡Estupendo, Noa! Tú solita te cubres de gloria. Ahora seguro que ya no le parezco tan lista… ¡Menuda bocaza! Necesito que me trague la tierra, por favor. Un tipo se acerca y le dice al coronel que el paquete está listo —¡salvada por la campana! — y se vuelve a marchar, susurrando un *permiso* antes de desaparecer en el

ascensor.

Aprovecho el momento para ir al baño de nuevo. Me siento abochornada y necesito refrescarme. Y, ya que estoy, entro en la cabina a hacer un pis. El inodoro tiene un sistema de succión silenciosa en lugar de agua corriente. Es guay. Al volver, me comunican que papá y Sara están en la sala de reuniones. ¡Sara! Sin tiempo que perder, subo los peldaños de dos en dos y el guarda que me custodia acelera el paso para no perderme de vista. Me lleva hasta la sala, entro sin pedir permiso y me abalanzo sobre mi hermana. El abrazo es tremendo, como si fuera a hacer zumo con ella. Pero sé que necesita todo el apoyo que le podamos dar.

—¡Menos maaal…! Por fin estás a salvo. ¿Te encuentras bien? —le digo examinándola para asegurarme de que sigue de una pieza.

—No sé qué decir —contesta perfilando algo parecido a una sonrisa—. ¿Y tú, enana?

—¿Dónde estabas? —pregunta papá.

—Vaaan a alucinar cuando sepan lo que he descubierto. Aún estoy flipandooo.

La cara de Sara expresa desagrado. Comprendo que la pérdida de su chico no la deje entender el subidón que tengo, pero estoy ansiosa por el encuentro.

Se vuelve a abrir la puerta y entran cuatro guardias escoltando a mamá y a tía Elena, que llevan gafas de sol. Esto va a ser alucinante. Corro a abrazarlas de nuevo, ante la mirada atónita de mi familia. ¡Que comience el espectáculo! Me acomodo en un lado y le guiño un ojo al coronel.

—Por favor, siéntense —dice Elena—. ¿Cómo te encuentras, Sara?

—He estado mejor. ¿Quiénes son y dónde están los jefes?

¡Vaya! No esperaba una reacción tan brusca.

—¿Nos conocemos? —pregunta papá.

Algo intuye y diría que hasta sospecha, pero ni el nuevo aspecto de mi madre —isu mujer— y el de Elena —ni esas ridículas gafas de pasta son pistas en absoluto. Y, aun así…, algo veo que capta su intuición. ¡Qué listo es el tío! Me río nerviosa. La cara de mamá me indica que no está el tema para risas y me cohíbo.

—Quiero ver a los líderes, por favor. No es tiempo de tonterías —

dice Sara enfadada.

Se respira mucha tensión. Van a flipar cuando sepan que esos cuerpos aniñados con gafas de sol opacas, demasiado grandes para sus caritas, son de quienes son. Nadie diría que las conocemos. Ahora no hablan. Solo observan. O dan la impresión de hacerlo por detrás de las lentes oscuras. Veo que papá y Sara tienen los hombros tiesos y puede que ni respiren. Hay dos guardias inmóviles como estatuas.

Nadie sabe quién debe romper el silencio. Nadie quiere ser el primeroooo....

—Las líderes. Las tienes delante —contesta Elena.

—¿Son ustedes? ¿No son muy jóvenes? —pregunta papá.

Frunce el ceño.

—Lo somos. ¿Aún les sorprende que las cosas no encajen con lo tradicional? —dice de nuevo tía Elena.

A Sara le está costando asimilarlo.

—Si son las que mandan, ¿han enviado un equipo a rescatar a los que se quedaron en la guarida del Cuerpo Oscuro? —pregunta Sara sin rodeos.

—Estamos haciendo todo lo que podemos por ayudarles. En cuanto nos comuniquen alguna novedad, serás la primera en saberlo. Ahora necesitamos hacerte unas preguntas —continúa diciendo Elena.

—No pienso contestar a nada hasta que me expliquen qué está pasando, qué quieren de mí y de mi familia y… ¡y por qué llevan esas ridículas gafas! —Calla un instante y añade: —La confianza es algo que hay que ganarse y yo no las conozco de nada.

—¡No cambiarás nunca!, ¡siempre tan tozuda como tu padre! —interrumpe mamá.

Hasta ahora se había mantenido callada, observando. Ahora hay caras de desconcierto.

—Mi hija tiene razón: si no muestran sus cartas, nosotros tampoco lo haremos. Ya está bien de secretos e historias rocambolescas. Dígannos lo que está ocurriendo y qué necesitan de Sara. De lo contrario, nos marchamos. Entiendo que no estamos retenidos… ¿No es cierto? —dice papá en un tono desafiante.

Me revuelvo en la silla; me incomoda la situación. Cuando sepan quiénes son, se van a arrepentir. No entiendo por qué no desvelan su identidad.

—Esto resultará más difícil de lo que habíamos supuesto —dice mamá—. Óliver les explicó lo importantes que son los recuerdos de Sara. —Hace un ademán con la cabeza mirándola a ella—. Estamos perdiendo muchas partículas inocentes y, sin la cura, la guerra está perdida. Yo puedo ayudarte a activar tu don, si me lo permites. No podemos hacerlo con la calma que nos gustaría, puesto que el Cuerpo Oscuro nos lleva ventaja, pero nos vendría bien saber qué te dijo Jacobo. No te dejes detalle, por favor. Aunque creas que algo no es importante, lo es. Todo es crucial.

—¿Por qué ocultan sus ojos? —pregunta mi hermana con obvia desconfianza.

—Porque no están preparados —contesta mamá.

A Sara se le enciende la cara; la rabia se la está comiendo viva y se va a liar.

—¡Se acabó! No seguiré hablando con personas en las que no confío —dice mi hermana levantándose del asiento de un salto.

El coronel, que permanece de pie, junto a mi madre y mi tía, se mueve hasta la puerta, mientras papá imita a Sara. Yo permanezco sentada con el corazón galopando a mil por hora, deseando que todo acabe bien.

—Siéntate, siéntense. Esto no es necesario —dice tía Elena con una calma chocante. Se levanta de su asiento y hace un gesto con ambas manos, hacia arriba y hacia abajo, intentando transmitir tranquilidad. Como si tal cosa fuera posible en un escenario tan intimidante y con tanto secretismo.

—¡Gafas fuera o nos largamos! —amenaza mi exasperada hermana.

Yo me muerdo las uñas.

—¿Estás segura? Es prematuro… —pregunta Elena.

—Si Noa ha sido capaz de asimilarlo bien, no creo que a ellos les cueste más.

Tía Elena eleva los hombros como asumiendo lo que propone.

Con un gesto elegante, se quitan las gafas; mi familia las mira con

desconfianza hasta que por fin ven sus verdaderos ojos. Las expresiones de asombro de papá y de mi hermana no soy capaz de describirlas. Han palidecido, están atónitos. No median palabra, hasta que Sara exclama:

—¡¡¡No puede ser!!!

Papá se levanta cual torbellino y sale enfurecido. ¡Mierda! No está ocurriendo como esperaba.

—¡Papá! ¿Adónde vas? —le grito.

—¡Vete con él! Yo iré después —me ordena mamá y así lo hago.

Corro tras él; lo encuentro en la terraza de esa misma planta. Me acerco; está apoyado en la barandilla y tiene la cabeza entre las manos. Respira agitado. Cuando nota mi presencia, me mira y me quedo muda. Está llorando, pero parpadea muy rápido para no apurarme. Me siento mal, tenía que haberle advertido. Me acerco y coloco mis brazos alrededor de sus hombros.

—Perdóname, papi. No creí que te lo tomarías así; te podía haber avisado. Lo lamento muchíííísimo —le digo en un susurro.

—Es… difícil esto. Tu madre me preparó para muchas cosas, pero nunca me dijo que volvería tan rápido. ¿Por qué no ha contactado con nosotros?

Sé que tiene sentimientos encontrados y que trata de asumir un desconcierto enorme. Puedo entenderlo. Pero no sé qué decir para aplacar su dolor.

—Sé que es impactante saber que mamá está viva, pero seguro que tiene un buen motivo para no haber hablado antes con nosotros. Permítele el beneficio de la duda. Tú dijiste que nos mantuvieron ajenas a todo para protegernos. Quizás ha hecho lo mismo ahora.

—Noa, no es tan sencillo. Me alegra ver lo bien que lo estás asimilando, lo que has madurado en estos meses, pero… tu madre… es una niña y está viva..!

Alguien irrumpe con ímpetu en la terraza, impidiéndole terminar la frase.

—¡Hola, forastero! —dice con su voz infantil—. Te he echado de menos.

Papá se queda mirándola sin reaccionar.

—Ahora mismo debes de odiarme, tendrás mil preguntas y sé que te costará perdonarme, pero te prometo una explicación como mereces; necesitamos tiempo y tenemos otras urgencias que atender. No estamos en nuestro mejor momento, créeme. No sabemos si recuperaremos a Nati y… resulta que se nos escapa Óliver. Urge que Sara recuerde y disponer de alguna ventaja. Los ánimos cada vez están más bajos. —Hace una pausa, buscando indulgencia en los ojos de papá—. Te ruego que me perdones y que me ayudes a librar esta guerra. Con tu apoyo, lo lograremos. Somos un equipo, lo hemos sido siempre, ¿recuerdas?, y así debe ser.

Mamá lo arriesga todo, recurriendo a las frases que solían decirse. Tras un silencio cargado de mil historias por contar, papá mira al suelo y contesta:

—Parece que no hay alternativa. Lo intentaré.

—Me vale. He de volver con Sara, pero después nos dedicaremos un rato. Te lo prometo.

Gira sobre sus pies y se marcha.

Nos quedamos callados observando la preciosa noche estrellada. La barandilla fría de la terraza nos sostiene mientras observo el complejo desde lo más alto. Desde aquí se aprecia con nitidez la forma de U del edificio, como si la estructura abrazara el barranco en el que se esconde. Nosotros estamos en uno de los extremos, en la azotea más elevada, y justo bajo nuestros pies asoma otra terraza, más amplia, que sobresale en el nivel inferior como un escalón.

Si dejo que la mirada siga descendiendo por la curvatura de la U, distingo una tercera terraza situada en el centro del edificio, dos plantas por debajo de donde estamos.

Frente a nosotros, las copas de los árboles se mueven al compás de una brisa que trae el olor húmedo de la vegetación silvestre que nos rodea. Es un aroma denso, que impregna el ambiente y me recuerda lo escondido que está este lugar del resto del mundo.

A lo lejos, muy lejos, parpadean las luces de la ciudad; pequeñas, casi irreales desde esta distancia. Son un recordatorio de que, más allá de este refugio sigue existiendo una vida normal, previsible, cotidiana… una que, aunque nunca lo creí posible, empiezo a temer que voy a añorar.

Tenemos mucho que asimilar y mucho que perdonar, y no serán las palabras las que sanen, sino, si acaso, los hechos. Nuestro instante de paz se interrumpe con la llegada del coronel Macizo, que así es como lo voy a llamar en adelante. Se me aflojan las piernas en cuanto asoma.

—Si son tan amables y me acompañan, les mostraré su aposento —nos dice.

¿Aposentos? ¿De qué siglo sale este chaval? Me río mientras recorremos de nuevo un trecho hasta el ascensor. Durante el trayecto cruzamos alguna mirada —¿es posible que esté tonteando conmigo? —. «Noa, recuerda que tienes novio», me digo. Llegamos a la planta en cuestión y nos explica que es la zona de descanso y ocio. Nos acompaña hasta la habitación que tenemos asignada. No es la de un hotel de lujo, pero tiene lo suficiente para estar cómodos. Confío en que nuestra estancia aquí sea breve.

—Si necesitan algo, no duden en solicitármelo. Estoy aquí para hacerles la adaptación más sencilla y confortable —nos dice Cavalli.

—Todo bien; muchas gracias, coronel —contesta papá.

—Óscar, puede llamarme así.

—Siempre que me tutees, que ya me siento demasiado viejo.

Creo que por el hecho de haber visto a mamá tan joven le pesan más sus años. Confío en que el *shock* por el nuevo aspecto de ella lo asimile cuanto antes y no se interponga en lo que hemos venido a hacer.

—De acuerdo, Emilio. Que descansen.

Cuando se marcha, salgo tras él y le pregunto:

—Disculpe *estimado coronel* —lo digo con retintín y él me dedica esa sonrisa que empieza a volverme loca— ¿Habría alguna posibilidad de enviar un correo electrónico? Necesito comunicarme con el exterior.

—¿Un novio, quizás?

—No creo que sea de su incumbencia —le digo con un retintín que disipa cualquier malentendido, aunque él no pierde la compostura.

—Tiene razón, señorita. Le pido disculpas. Veré qué se puede hacer —contesta muy formal.

¡Vaya! ¿No ha pillado mi sarcasmo?

—Oye, no te pongas tan serio, que estaba bromeando. Si tanto te interesa, sí, es para un novio que no sé si mantengo. Ya hace días que no sabe nada de mí. —Hago una pausa, le miro a los ojos y añado: —. Pero si te interesa, te mantendré informado.

Le guiño un ojo, lo que le provoca una sincera y bonita carcajada mientras se da la vuelta para marcharse.

—¿Entonces? —insisto.

Se va a ir sin contestarme. ¡Increíble!

—Veré lo que puedo hacer.

Se aleja mientras observo lo buenorro que está incluso de espaldas. ¡Madre mía! ¡Cómo se me va la cabeza!

Vuelvo a la habitación. En cuanto abro la puerta, papá me asalta:

—¿Se puede saber qué te traes entre manos?

Organiza los armarios. Se ocupa de colocar los pocos enseres que hemos traído.

—¿Una servidora?

—No veo a nadie más en la habitación, así que deja de hacerte la loca.

Se sonríe sabiendo que el juego no ha terminado.

—No subestimes el poder que nos rodea, Visto lo visto, quizás haya alguien más con nosotros, aunque no lo veamos —digo con voz enigmática.

Muevo los brazos como un mago cuando quiere despertar interés sobre su truco. Papá ríe con ganas y a mí me quita un peso de encima, después de lo cabizbajo que estaba.

—Sabes que no has respondido a mi pregunta…

—¡Ay, papito lindo! No te agobieees —digo con acento mexicano —. Solo le he pedido permiso para mandar un mensaje a Leo, que debe estar súper preocupado por mí.

—Te he visto tontear con el oficial. ¿A qué juegas?

¡Pillada! A mi padre no se le escapa una.

—Reconozco que está de muy buen ver, papá. Tengo ojos y sé cómo utilizarlos.

Acompaño mi actuación con un movimiento de cejas, provocando una nueva oleada de carcajadas.

—Creo que le parezco resultona, pero yo tengo novio y soy muy muy muy fieeeeel —añado.

Además de impulsiva, no tengo filtros.

—Eres un caso —dice mientras coloca la bolsa vacía en la parte inferior del armario.

Y continúa colocando las cosas o cambiándolas de sitio. Se mueve más despacio y eso significa que está más tranquilo. Me alivia.

Al terminar, le pido que salgamos a relacionarnos con la gente; si vamos a pasar tiempo aquí, debemos irnos integrando. Asiente con resignación, no es el hombre más sociable del mundo, pero es lo que toca. Se acerca a la puerta, me cede el paso y sale detrás de mí.

Entre el gentío que hay en el vestíbulo, veo a lo lejos a Sara y a mamá, corro a abrazar a mi hermana; necesito demostrarle todo mi apoyo. Permanecemos enlazadas un rato y veo a hurtadillas que papá y mamá cruzan una tímida sonrisa. ¡Bravo! Es un primer paso para la reconciliación. Mi madre viene hacia nosotras y se planta delante de mí, de espaldas a mi hermana.

—Cariño —me dice muy tiesa, elevando la barbilla, quizá para compensar la escasa altura—, ¿podemos hablar un momento a solas? —Y se dirige a papá—: Emilio, ¿puedes llevar a Sara a la habitación? Necesita refrescarse y descansar un poco. Luego los veo.

Mi padre y mi hermana se marchan y yo sigo a mamá, que me lleva al balcón buscando algo de intimidad. Salimos a la terraza central, la que acabo de divisar desde lo alto. Desde aquí se ve más imponente: es un espacio amplio, rodeado por grandes cristaleras que permiten ver el interior de la planta con buena perspectiva. Varias mesas con sus sillas están distribuidas a lo largo del perímetro para reuniones, comidas o simples momentos de respiro.

De frente, la naturaleza vuelve a tragarse el edificio con esa facilidad que tiene este lugar. La vegetación se asoma por los bordes y nos envuelve hasta el punto de que, parece que el complejo entero pudiera desvanecerse bajo un manto verde sin que nadie llegara a notarlo.

A mi derecha, el gimnasio me hace detenerme. No es un gimnasio normal, o no se parece a ninguno que yo haya visto antes. Veo a

varias personas entrenando con máquinas que se mueven como si fueran criaturas mecánicas. En las prácticas de combate, los aparatos esquivan golpes con precisión casi humana; en los ejercicios de fuerza, empujan u ofrecen resistencia como si juzgaran la capacidad del que las usa. Es… de locos. No encuentro otra palabra.

Al otro lado de la terraza, una hilera de puertas iluminadas con un tenue resplandor azul aguarda en silencio. Cada una se abre mediante un lector de huella dactilar y conduce a habitaciones idénticas a la que nos acaban de asignar. Todo está pensado, milimetrado, controlado.

A cada paso, descubro algo nuevo, algo que desafía la lógica o la previsibilidad. Y cuanto más veo, más me convenzo de que este lugar es mucho más que un cuartel escondido en un barranco.

—Necesito que nos dejen solas —ordena a varios grupos que hay por allí, reunidos en corros. Todos abandonan la zona sin el menor atisbo de resistencia ante la autoridad que emana mi madre y entran en el edificio.

—Cielo, tengo que encomendarte una misión.

¡Qué emoción! Voy a empezar a ayudar. Quiero ser útil para la causa.

—Claro, mamá, lo que haga falta.

—Tu don está dentro de ti; solo tienes que dejarlo salir, que fluya. A diferencia de tu hermana, no necesitas estimulación, sino creer en ti y en tu potencial —me explica sujetando mis manos entre las suyas. Yo la miro alucinada.

—Suena genial, pero si puedes ser un poco más específica, tal vez lo saque con más facilidad, digo yo.

Creo que olvida que a mí nadie me ha explicado nada sobre las capacidades y, menos aún, sobre las mías. Cuando me criaba, no hacía más que decir que tenía que esforzarme, prestar atención, no despistarme con el vuelo de una mosca. Y ahora resulta que tengo habilidades… o cualidades, o como quiera que se llamen. ¡¡Wal-laaa!!

—Cierto, perdona. Con nuestra habilidad podemos controlar los estados de ánimo de los que nos rodean.

Estoy flipando. Que hacemos… ¿el qué?

—¡Toooma ya! ¿Qué me estás contando? ¡Cómo molaaa! —exclamo arrebatada. Lástima no haberlo sabido antes; ¡la de cosas que habría hecho!

—Es maravilloso lo bien que estás gestionando los cambios, pero necesito que te centres y que mantengas a raya la angustia y la tristeza de tu hermana. No puede seguir así, no es bueno para la misión ni para ella, ¿de acuerdo? Otros aspectos de tu capacidad te enseñaré a desarrollarlos poco a poco.

Denoto prisa en su manera de hablar; me da en la nariz que no piensa alargar mucho la conversación y yo tengo un millón de preguntas. Se gira como para irse y yo la interrumpo:

—Y una cosita de nada, madre: ¿cómo coño pretendes que haga eso si no me enseñas? —le pregunto desesperada. Me pide un imposible.

—Pero bueno, ¡ese lenguaje! —me regaña—. Ya hablaré con tu padre, porque… ¡menudos modales! Eso no lo aprendiste de mí.

—Me parece increíble que me digas lo que tengo que hacer y no cómo. Me ilusionas, pero ¿cómo pretendes que lo sepa, así, sin más?

Resulta que debo llevar a cabo algo importante por primera vez en mi puñetera vida ¡y no me lo explica!

—Cariño, es intuitivo. Al principio necesitarás el contacto con los demás para poder influirles, a través de un abrazo o cogiendo una mano; después, con estar en la misma habitación lo lograrás, hasta que puedas controlarlo en masa e incluso a distancia. Solo debes tener paciencia.

Vaya. La paciencia nunca ha sido uno de mis fuertes. Se detiene esperando un gesto de aprobación por mi parte, pero yo sigo con muchas dudas.

—A mí todavía me cuesta hacerlo sin contacto, y más si hay resistencia; con este pequeño y frágil cuerpo, necesito tocar más de lo que me gustaría. Sin embargo, tú podrás hacerlo más rápido, ya lo verás. Ponle el mismo entusiasmo que le pones a lo que te interesa y fluirá. Ahora tengo que irme, pero mañana comenzamos el entrenamiento y podremos hablar. Díselo a papá y a Sara. Descansa, mi vida.

Me da un abrazo y se marcha. Me quedo unos minutos asimilando la nueva misión y cagándome en todo porque no sé ni por dónde empezar. Vuelvo comiéndome el coco, «confiar, solo tengo que confiar», me digo. Madre mía. Al llegar a la puerta de la habitación, sujeto el pomo, respiro hondo y entro con una de mis mejores sonrisas.

—Mamá ha tenido que piraaaarse, volverá en cuanto pueda.

Digo con entusiasmo fingido.

—¿Estás bien, enana? —pregunta Sara.

—Todo en ordeeeeen —miento.

Cruzo los dedos para que no indague más, porque no soy muy buena en el arte de mentir. Por suerte, estamos agotados con tanta novedad y ocupamos nuestras respectivas literas. Papá, en la litera de enfrente, se gira contra la pared, y la lamparita de la cabecera se apaga, como si el minúsculo panel de luz supiera que ya ha tenido bastante con el día de hoy.

A la mañana siguiente, después de calmar los nervios de mi hermana de la mejor manera que sé, y ver que papá ha debido salir hace rato ¡y de puntillas!, nos levantamos, nos arreglamos y, tras el desayuno, acudimos a una reunión con el alto mando, que nos explicará la nueva rutina y nuestro cometido a partir de ahora.

—¡Buenos días a todos! —saluda mamá muy seria; no habla nuestra madre, sino la líder del cuartel—. Espero que hayan descansado. Tenemos un largo camino que recorrer. A partir de mañana empezamos una nueva rutina: entrenamiento diario en lucha cuerpo a cuerpo. Todos tenemos conocimientos, así que no nos costará ponernos al día y en forma. Emilio, me gustaría que te incorporaras al puesto de mando; tus habilidades nos vendrán bien y toda ayuda se agradece. Sara, te someterás a la terapia de regresión dirigida por mí y supervisada por Elena. Noa, tendrás que estar presente; te ayudará a activar tu habilidad, a mantener a raya las emociones de Sara. ¡Ah! —dice levantando el índice de su mano derecha—. La información que se trate aquí es confidencial. ¿Entendido?

Asentimos. Con la firmeza y determinación con que lo ha dicho, nadie discrepa. Tan pequeñita y tan mandona. Nadie diría que es la mujer que me parió y que me crio durante diez años, tan dulce y amorosa a pesar de lo estricta. Ahora se ve que lo de estricta se le ha multiplicado y que la dulzura se esfumó con el sentido del humor. ¡Sargentonaaa!

—Si no hay ninguna pregunta, damos por terminada la reunión. Hoy pueden tomarse el día libre. Mandaré a alguien que les explique dónde deben acudir mañana y les enseñe el complejo para que no se extravíen.

Cuando creo que ya nos podemos marchar, añade en un tono y con una frialdad que me deja helada:

—Por cierto, hay que cortar toda relación con el exterior. La misión es una prioridad. El Cuerpo Oscuro nos vigila y no podemos arriesgarnos a que nos descubran.

¡Pero qué me está contando! Por supuesto, interrumpo de inmediato:

—Disculpa, algunos tenemos una vida fuera de estas paredes. ¿Pretendes que la dejemos sin más?

—Correcto, aunque complicado, no es imposible.

—Pero, madre, tengo amigas, pareja… No puedes pedirme que rompa con todos ellos sin darles una explicación —digo; aunque, por otra parte, me pregunto cómo haría para contarles algo de esto que es ¡demencial!

—Cuando el Cuerpo Oscuro te involucró, perdiste el derecho a tener una vida normal. No tienes opción, así que deberás acatar las órdenes. Que conste que no eres la única que va a sacrificarlo todo. Óscar las acompañará a la sala de informática para que corten las relaciones sin levantar sospechas y no se generen búsquedas innecesarias.

Quiero quejarme, discutir, pero Sara me aprieta la mano para que lo deje; ambas sabemos que no voy a ganar; no habla mi madre, sino la líder de la resistencia.

—Si no hay más dudas, damos por terminada la reunión.

Nadie hace amago de discrepar. Tía Elena y mamá recogen sus carpetas y se marchan. Papá las sigue y quedamos en la sala mi

hermana, el coronel y yo. Nosotras nos miramos paralizadas; tengo que contener la rabia de Sara y mantenerla, y no sé cómo, porque estoy enfadada. Quiero gritar o pegarle a alguien. En un cruce de cables digo:

—Perdón, *estimado coronel*.

Suena demasiado confianzuda, ¿no? Sara me mira perpleja.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita?

Su media sonrisa delata que le divierte mi juego.

—Vaya… volvemos a los formalismos… Me preguntaba si habría alguna manera de convencer a la general sobre lo de romper lazos.

—Me temo que no, lo lamento. Todos hemos pasado por ese problema; aunque no lo crea, con el tiempo y si quiere salvaguardar la seguridad de sus seres queridos, es lo mejor. Ahora, si me acompañan…

Al llegar a la puerta, se para y nos deja pasar.

—Vaya, pensé que era usted más eficiente —le digo cuando camino a su lado. Sara nos sigue a pocos pasos, cabizbaja.

—Si es algo que depende de mí, lo soy en todos los aspectos.

Doy un respingo ante su respuesta, por la cercanía y el tono cargado de intención. Me dedica una amplia sonrisa y me adelanta unos pasos. ¡Capullo arrogante!

Bajamos por las escaleras a la cuarta planta. Óscar nos explica con paciencia la distribución del cuartel. Dice que el edificio cuenta con cinco pisos: los dos más altos se ven desde la calle por la fachada; el resto queda camuflado y obtiene la luz del sol por el lado que da al accidente rocoso a través de sus terrazas y los amplios ventanales. La fortaleza está escondida al mundo por frondosos árboles y una naturaleza salvaje que nace del barranco, como observé anoche. Nos resulta confuso entenderlo y nos promete un mapa o dibujo para facilitarnos la tarea.

Caminamos por otro largo pasillo del ala este, u oeste, que no me aclaro. Los elevadores están en el centro y conectan todas las áreas. Llegamos a una habitación donde hay miles de pantallas y ordenadores. La mayoría de los presentes se cuadran al verlo, salvo un muchacho con la edad de Sara que se acerca de forma desgarbada hacia nosotros.

—¿Qué pasa, tío? —le dice a Óscar, sin dejar de hacernos una radiografía con ese par de escáneres que son sus ojos.

—¡Hola, Marco! Estas son las señoritas de las que te hablé. Van a necesitar comunicarse con el exterior, pero, ya sabes, supervisa cada mensaje; no quiero problemas —le explica Macizo.

Me pone lo mandón que es. ¿Qué me pasa?

—¿Acaso te he dado alguno desde que me conoces? —digo algo más hostil. Estoy enfadada y quiero que se me note.

Sara pone los ojos en blanco; el tal Marco me mira flipando y el coronel respira hondo, creo que se contiene, ¿de qué?, ¿por qué? No sabría decirlo. Ignora mi último comentario y añade:

—Les presento a uno de los mejores informáticos que tenemos en el cuartel: mi hermano Marco. Les podrá ayudar en cualquier problema o cuestión que tengan en el ciberespacio y sus entresijos —dice con orgullo.

¡Sí es un chaval! ¿Estamos rodeados de niños prodigio o qué?

—¿Tu hermano? ¡Halaaaa! ¡Eres una cajita de sorpresas! —exclamo.

Los observo a ver si encuentro algún parecido. Son guapos, cada uno en su estilo, y comparten una genética envidiable.

—Las dejo en las mejores manos, señoritas… Compórtate, pequeñajo.

Se da media vuelta y se marcha. Me quedo mirándole el trasero, porque, madre mía, ¡qué culo!

—¡Ejem! —interrumpe Marco, incómodo por mi gesto—. Me acompañan, por favor.

Nos lleva a una nueva sala de reuniones, muy similar a la anterior y también forrada de paneles de donde sale la luz. No hay lámparas como las conocemos nosotros ni techos con focos o algún tipo de barras fluorescentes. Todo es amplio, blanco y frío.

—Espérenme aquí, pillo el portátil y vuelvo.

A través de las cristaleras observo cómo le consultan muchas cosas de camino a buscar lo que necesita. Debe ser excelente en su campo.

Mientras esperamos, le tomo las manos a Sara para asegurarme de que sigue bien, aunque en mi estado actual no sé si podría

calmarla.

—Tranquila, enana, estoy mejor. Tu magia está funcionando y no me refiero a tu don, sino a ti: eres maravillosa y con tus ocurrencias me haces olvidar las penas. ¿Cómo estás?

—Cabreada, pero ya oíste a la general, toca fastidiarse. Menuda madre nos ha quedadooo…

Se ríe, me aprieta la mano como intentando infundirme valor para lo que me toca hacer y pregunta:

—¿Qué te traes entre manos con el coronel?

—¿Yo? Nada de nada. No tengo la culpa de que los hombres me deseen —digo cerrando los ojos y elevando la cabeza y acompaño el comentario subiendo y bajando las cejas; a payasa, no hay quien me gane. Mi hermana no puede evitar reír, yo me contagio y nos da un ataque muy tonto. Algo estoy haciendo bien…

—¿Me cuentan el chiste? Aquí no hay muchos motivos para las risas —dice Marco, que ya está de vuelta. Se dirige a un extremo de la mesa y conecta el ordenador mientras se sienta.

—Pues no sé si serás capaz de entenderlo, pequeñajo —le contesto con sorna. Como sea, necesito quitarme esta sensación de desasosiego que me agobia.

—A ver, muñeca, que le tires los trastos a mi hermano no te da licencia para tratarme como un crío, *¿capito?* Que te saco algunos años.

—¡Vaya, vaya! No, si los va a tener cuadrados el friqui este —le digo mirándole a los ojos—. Creo que tú y yo nos vamos a llevar muy pero que muy bien. Yo a tu hermano no le estoy tirando nada. Diría que es al revés.

—Te veo muy sobrada en cuanto a los sentimientos de Óscar; a lo mejor te llevas una sorpresa, preciosa.

Me encanta este tío, me sigue el juego y es lo que necesito ahora, teniendo en cuenta que me obligan a romper con el exterior. No termino de creérmelo. Quizá haya algún modo de distraer la cosa…

—No sabes lo arrolladora que puedo llegar a ser.

—Niños, se acabó el recreo, ¿qué tal si nos centramos?

Nos interrumpe Sara flipando con este primer encuentro. Creo que piensa que he perdido la chaveta y, después de un minuto en el

que el friqui y yo nos retamos con la mirada, nos ponemos manos a la obra.

—¿Con quién quieren comunicarse? —nos pregunta—. ¿Ya han pensado lo que van a decir? Supervisaré los mensajes para que no desvelen nada sensible —nos explica.

—Pues… enviaremos correos a familiares y amigos que estén preocupados por nuestra ausencia —dice Sara—. Por mi parte, la explicación es sencilla: puedo decir que nos reducen las horas de charlas por el proyecto o algo así, pero mi hermana no lo tiene tan fácil.

—La mayoría de nosotros dijo que se nos había reclutado para ayudar en esta pandemia y que teníamos restringidas las comunicaciones.

—No soy un soldado, lumbreras, eso no me sirve —añado.

Me preocupa Leo; no quiero hacerle daño. Es injusto que me obliguen a romper incluso con él. Por un momento, transmito mis emociones a Sara, porque emite un quejido. ¡Mierda! Debo concentrarme y dejar a los del exterior tranquilos. No puedo ponerlos en riesgo y está claro: no hay vuelta atrás.

—Y si dices que papá se ha enfadado contigo y te ha quitado el móvil, que solo te ha dejado avisarles para que no se preocupen… —sugiere Sara.

—Con mis amigas quizás cuele, porque no he sido la más responsable durante los últimos años, pero Leo sabe que he cambiado.

—¿Quién es?, ¿tu novio?

Este tampoco se anda con rodeos.

Sara pone una mueca ante la pregunta y yo le agarro la mano para aplacar los pensamientos que le están viniendo a la cabeza.

—Sí, mi novio.

—¿En serio? Tú no pierdes el tiempo, con pareja fuera y ligando con mi hermano… ¡Agüita con la niña! —exclama tecleando en el portátil mientras resopla.

—¿No crees en las relaciones polígamas? —le vacilo.

—Lo que haga cada uno me parece fantástico.

—Es broma, hombre. Aunque lo más probable es que, después de

un par de días sin saber de mí, esté mirando ya para otro lado. Somos una generación de impacientes. Y métetelo en la cabeza: no estoy ligando con tu hermano, sino que es a la inversa.

—Lo que tú digas.

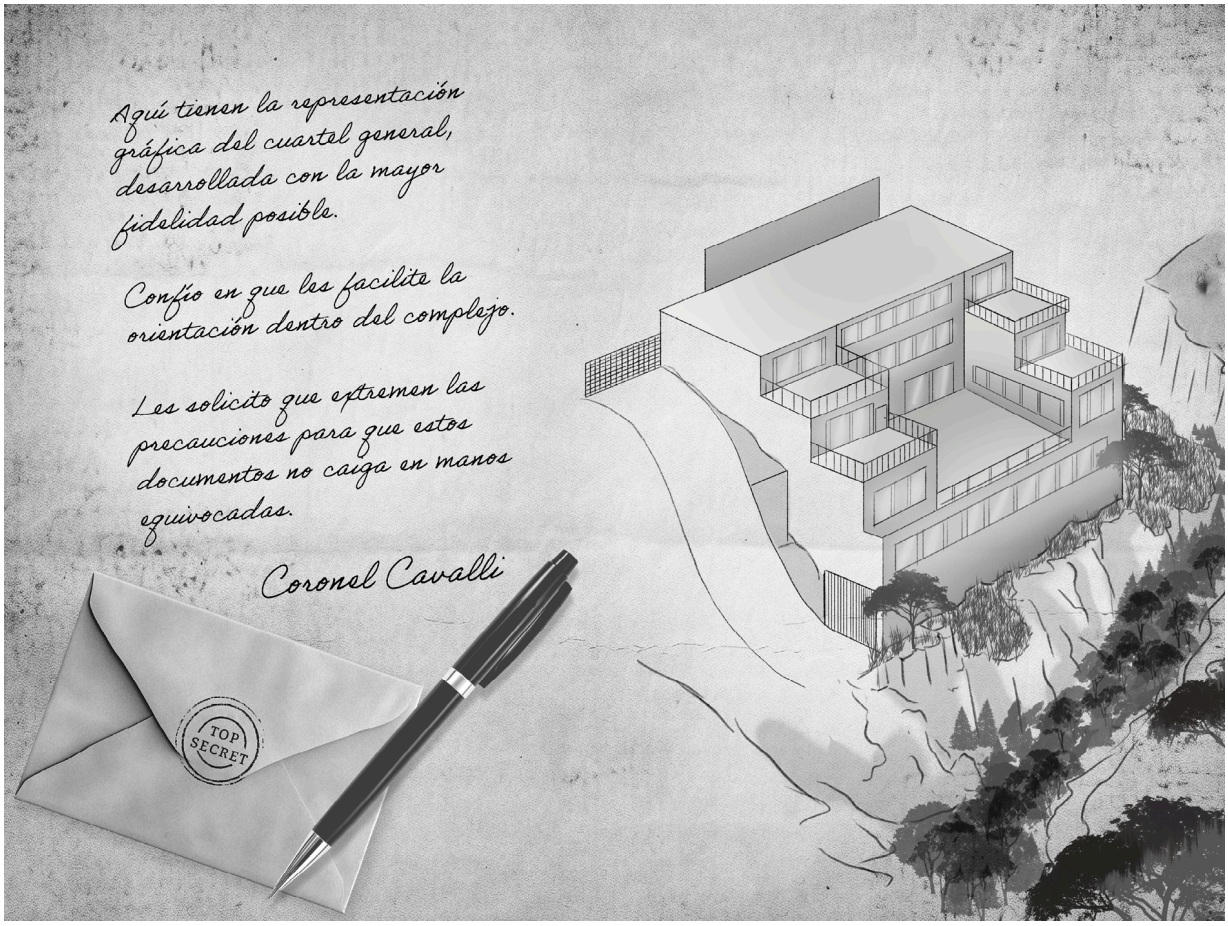
Y me dedica una media sonrisa que me recuerda a la del coronel.

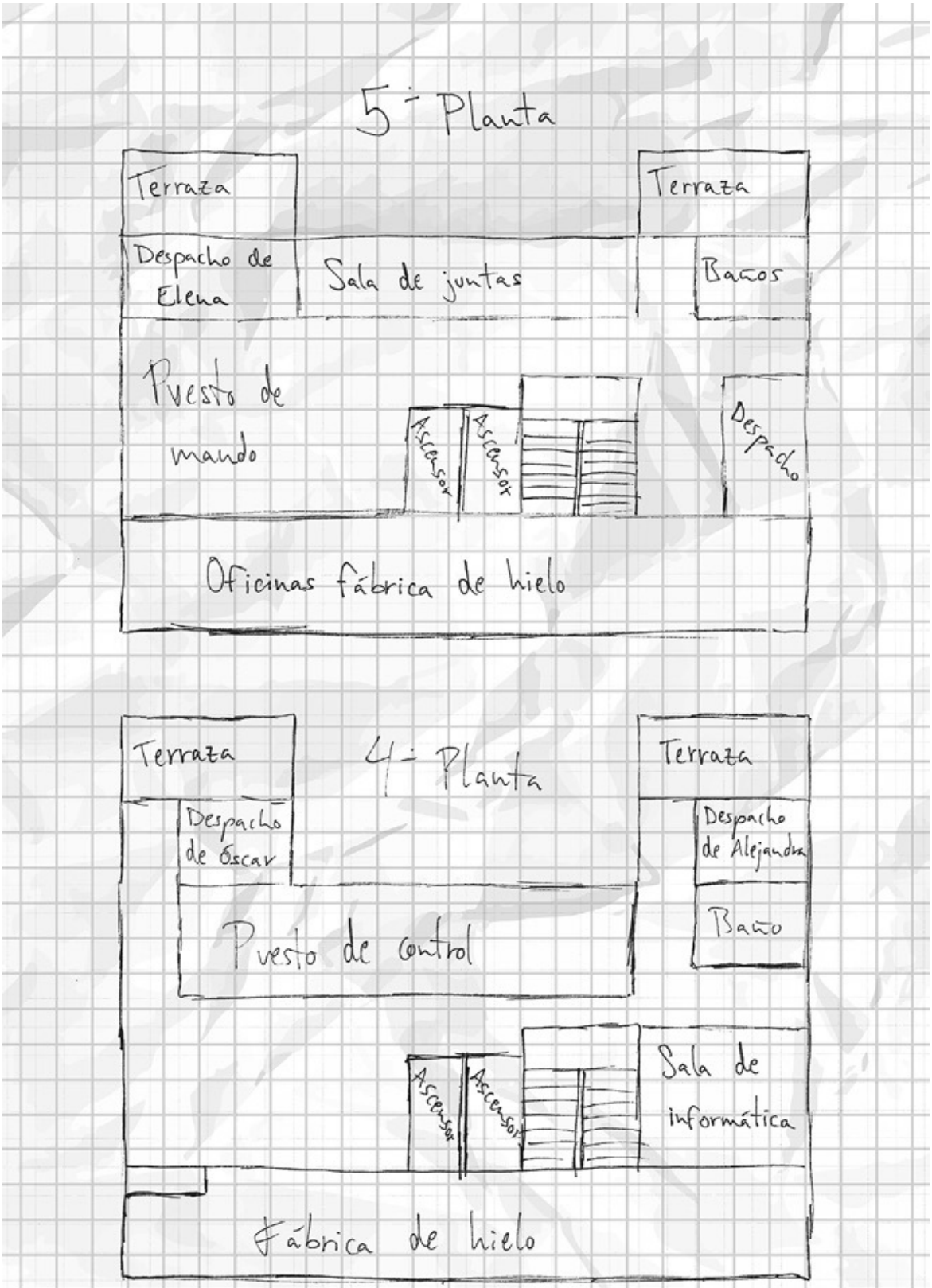
—Lo mejor es que a Leo le cuente que le he sido infiel con Mateo. El pobre sabía que tonteaba con él. Es la manera más segura de cortar lazos. No me lo va a perdonar en la vida. ¡Maldito Cuerpo Oscuro!

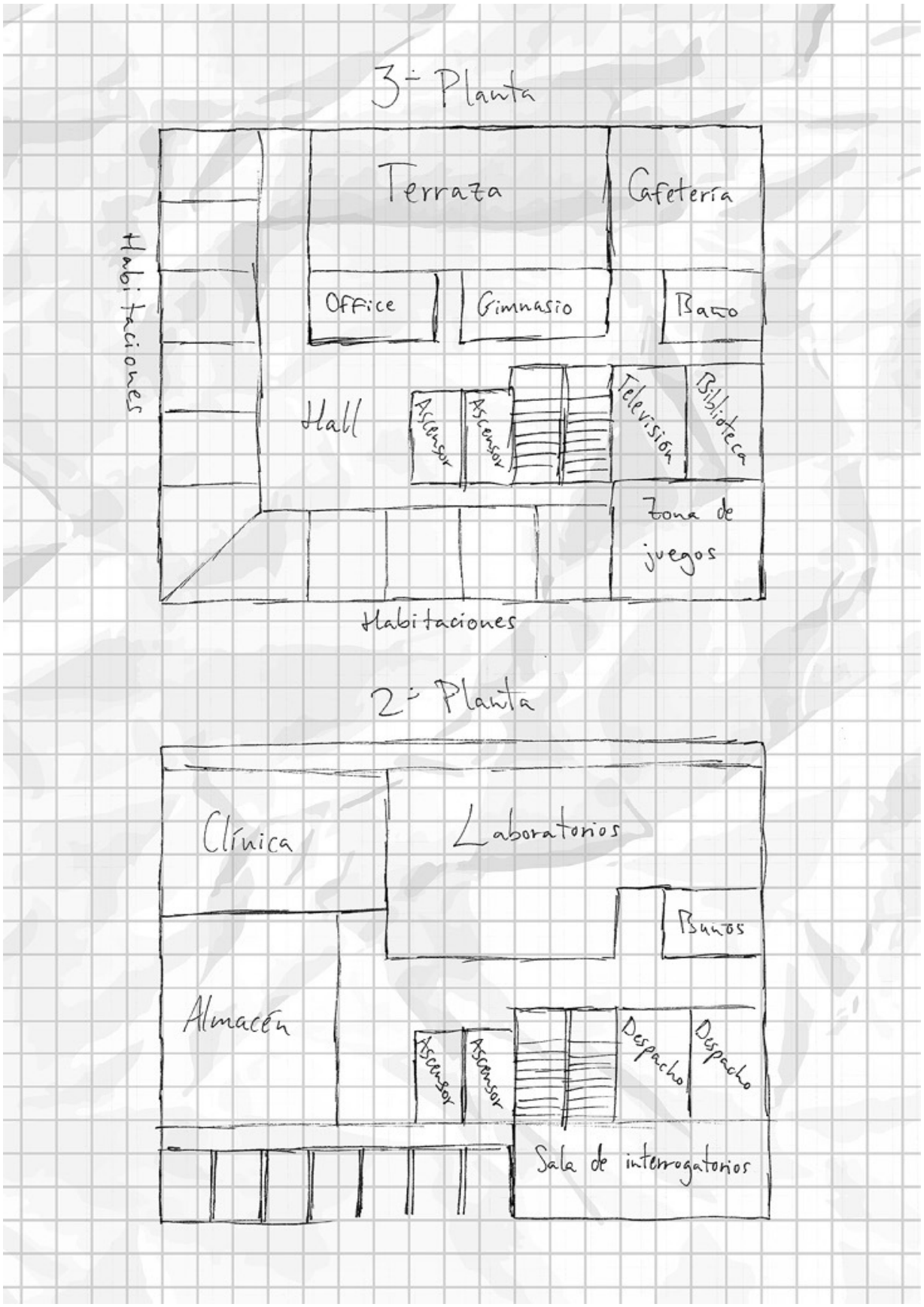
Se hace un silencio incómodo. Sara me aprieta la mano y, con cara de resignación, nos ponemos a la tarea de redactar los mensajes. No me siento bien, pero no puedo demostrarlo. ¡Me necesitan para acabar con la guerra! ¡Y no voy a fallar!

Terminada la primera tarea encomendada, nos despedimos del que creo que será mi mejor amigo aquí dentro y nos dedicamos a socializar y a familiarizarnos con el entorno el resto del día.

Al día siguiente, después de calmar los nervios de Sara, tomar una ducha y desayunar, nos dirigimos a la sala donde nos sometemos a la terapia que cambiaría nuestro destino.


Aquí tienen la representación gráfica del cuartel general, desarrollada con la mayor fidelidad posible.
Confío en que les facilite la orientación dentro del complejo.
Les solicito que extremen las precauciones para que estos documentos no caiga en manos equivocadas.
Coronel Cavalli
TOP SECRET


5ª Planta
Terraza
Terraza
Despacho de Elena
Sala de juntas
Baños
Puesto de mando
Ascensor
Ascensor
Despacho
Oficinas fábrica de hielo
Terraza
4ª Planta
Terraza
Despacho de Óscar
Despacho de Alejandra
Puesto de control
Baño
Sala de informática
Ascensor
Ascensor
Fábrica de hielo


3ª Planta
Terraza
Cafetería
Habitaciones
Office
Gimnasio
Baño
Hall
Ascensor
Ascensor
Televisión
Biblioteca
Zona de juegos
Habitaciones
2ª Planta
Clínica
Laboratorios
Baños
Almacén
Ascensor
Ascensor
Despacho
Despacho
Sala de interrogatorios

CAPÍTULO 3

La terapia

SARA

Noa me mantiene en un estado de tranquilidad que agradezco, porque hasta hace un momento el corazón me iba a mil. El problema es mi cabeza; aunque mis emociones estén controladas, mi mente no para.

—No soy capaz de concentrarme, necesito que me expliques qué demonios vamos a hacer y por qué puede comprometer nuestro bienestar.

Noa pone los ojos en blanco, mamá se incorpora y con mucha calma dice:

—Tranquila, cariño. No te hará ningún daño, solo vamos a ayudarte a recordar. ¿Alguna vez has oído hablar sobre la hipnosis?

¿Hipnosis? ¿Me está vacilando?

—¡Claro! Un truco barato de magos —digo con tono escéptico.

—Quizás no es tan absurdo como parece. Los Guardianes hemos hecho creer que no sirve para nada, sin embargo, es una técnica que nos ayuda a desbloquear o a recordar situaciones que son de vital importancia.

Hace una pausa, esperando algún tipo de respuesta por mi parte. Asiento y prosigue:

—La técnica consiste en conectar con tu chispa y que te lleve a cualquier momento de tus vidas pasadas, como cuando en una película se nos muestran hechos de un tiempo anterior en imágenes o secuencias. Vas a ser capaz de verlo; no puedes influir en ellos, pero nosotros podemos sacar información. Solo tienes que confiar y

dejarte llevar —dice mirándome.

Yo la observo como si me estuviera contando la última película de Spielberg, porque no le veo sentido. Por más que sigo intentando que esta situación cobre lógica, me es imposible.

—¿Me sometí a la terapia en algún otro momento y por eso tengo bloqueado mi don? ¿Me vas a poner en trance o algo así? —la interrogo como si de ello dependiera mi existencia.

—No, no sabemos de qué manera lo anulaste. Es una incógnita para todos. Lo único que entendemos es que esta técnica te va a ayudar. Encerrarnos es por si algo se tuerce. No suele ocurrir, pero a veces lo que descubrimos no nos agrada y podemos despertar inquietos. La idea es mantenernos en un entorno protegido.

Frena su explicación para observarme. Pongo cara de póker, intentando parecer que no me afecta lo que dice, y continúa:

—No, no te voy a poner en trance, sino a guiarte con mi voz. Todo el trabajo lo harás tú, porque eres la única que puede, aunque lo lograrás solo si lo deseas. En esta terapia nunca estás dormida o inconsciente, ni bajo ningún hechizo o el control de alguien, y jamás harás nada que no quieras. Esos son falsos mitos de la hipnosis.

Asiento y no sé por qué. Sé que no me desea ningún mal y que lo que se persigue es un bien a gran escala, pero temo que la verdad arrase con todo.

—Te hablaré en tono bajo, lento y suave con la finalidad de ayudar a concentrarte. Necesito que respires de manera profunda y regular. Puedes mantener los ojos cerrados o mirar a un punto fijo. Relaja tu cuerpo; si eres capaz de llevar a cabo todo lo que te he expuesto, la terapia será muy efectiva y podremos dar con el resultado. Ahora te pregunto, ¿te sientes preparada y estás dispuesta?

Noa pasa de mi cara a la de mamá como si de un partido de tenis se tratara, esperando una respuesta.

—Sí, lo estoy.

Mi cabeza teme nuestro despertar, pero teniendo dos Empaticus a mi lado, no creo que salga mal. Tengo a Óliver tan presente que es como si de algún modo estuviera en la sala, y no, no quiero que su muerte y la del resto sea en vano. Noa suelta de manera brusca el

aire. ¿Puede ser que hubiera dejado de respirar por el suspense? Me vuelvo a tumbar y cierro los ojos.

—Perfecto. Comencemos la cuenta atrás: diez…, escucha mi voz y solo eso. Nueve…, relaja tu cuerpo, que descansa sobre la cama que pesa una tonelada. Ocho…, respira de forma pausada y profunda. Siete…, deja que tu mente vaya más allá. Seis…, permíteme acompañarte en este viaje que estás a punto de hacer. Cinco…, deja que todo fluya y no te condiciones. Cuatro…, solo estás tú y la historia que vas a revivir. Tres…, te ayudaré a situarte en el entorno que necesitamos a través de un relato. Dos…, todo lo que ocurra está bajo tu control y podrás frenarlo. Uno… En cuanto quieras abandonar la terapia, solo di la palabra «final» y te ayudaré a regresar.

De pronto, siento que mi mente no está en mi cuerpo. Es extraño y complejo de explicar. Casi puedo verme tumbada en la cama, junto a la pequeña de seis años que me sujeta la mano, y a mi hermana, de pie, que mira con gran interés mientras me tiene cogida de la otra. Mi madre vuelve a hablar y mi mente obedece de inmediato trasladándose al lugar de su narrativa.

—Estamos a finales de 1939, en el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Somos enfermeras voluntarias. La muerte y la desolación por las ideas paranoicas de un líder sin escrúpulos arrasan el continente y hasta ahora hemos sido eficaces colaboradoras. Digo hasta ahora, porque has empezado a dudar de todo en lo que crees. No entiendes cómo los Guardianes o el núcleo no frenan lo que ocurre. Estás enfadada conmigo, porque no hago nada teniendo la autoridad que poseo dentro de los protectores. Te alejas de nosotros, incluso de Óliver.

Como si de una película se tratase y yo fuera una mera espectadora, me veo vestida de enfermera, con el aspecto de mis sueños, ayudando a un joven médico a frenar una hemorragia. Cuando se gira a mirarme, me quedo helada: es Antonio, mejor dicho, Jacobo. No puedo olvidar esos ojos llenos de rencor.

—La amistad que empezaste a forjar con los líderes del Cuerpo Oscuro a escondidas te llenó de ideas contaminadas por su odio hacia todas y cada una de nuestras creencias. A principios de 1940,

desapareciste de la noche a la mañana. Tu sed de venganza te hizo abandonarnos.

Me veo en una especie de almacén de medicamentos con Jacobo. Estamos charlando y hasta parece que tonteamos. ¡Qué horror! Se me revuelve el estómago solo de pensarlo. Me convence para llevar a cabo una revolución contra el Núcleo. Un plan perfecto que requiere los conocimientos de alguien como yo. Es un manipulador nato, lo sé, pero, aun así, siento que tiene razón y que debo ayudarle.

El siguiente recuerdo que aflora es mi fuga. Salgo a hurtadillas con un petate de la casa que compartimos y corro hacia el lugar que Jacobo me indicó. Debo encontrarme con Tomás en la puerta de una iglesia, no muy lejos de allí. Pero al llegar, veo que no está solo, que lo acompaña… el chico que vi en el laboratorio conmigo en mi último sueño. Mi mente discurre a toda velocidad y me va plantando imágenes, una tras otra, en relación con este muchacho. Estamos juntos en los laboratorios y me espera con los soldados al final del túnel en vez de hacerlo Fran. Y, de pronto, tengo la certeza de que es el amor de mi vida, de esa vida a la que he retrocedido.

Me agito ante las emociones que me genera este recuerdo. Escucho a Noa maldecir y a mamá recriminarle que se centre en silencio, pero yo estoy muy lejos de esa sala. Yo sigo en 1940, huyendo con uno de mis enemigos y con el chico de ojos azules como el mar.

Mamá vuelve a retomar la historia, pero su tono de voz ha cambiado; algo le para, aunque no puedo concentrarme en eso.

—Nos sorprende tu fuga. Jamás pensamos que Jacobo pudiera influir en ti hasta el punto de abandonarnos. Durante un año no dejamos de buscarte. Después de mucho preguntar y de fisgonear hasta en los lugares más insospechados, la familia está convencida de haberte perdido, pero en mi interior sé que sigues viva y que estás en apuros. ¿Puedes centrarte en esta parte? Necesitamos ver más allá.

Me esfuerzo en llegar al momento que me pide, sin tener ni idea de cómo hacerlo.

Ahora me encuentro en un salón elegante con Jacobo, Tomás y el

chico misterioso, que hablan con un señor bajito uniformado, como ellos. Me mantengo en un segundo plano con una mujer a la que observo y me inquieto al reconocerla: ¡es Eva Braun! Converso con ella hasta que los chicos se acercan y me presentan a Adolf Hitler. Me quedo petrificada: es imposible que los haya conocido o que me haya encontrado remotamente en su entorno. Mamá me pide de nuevo que me traslade al momento que necesitamos. Y vuelo a otro lugar.

Aparezco en una especie de cuartel general exhausta, sin fuelle. Los soldados me saludan con mucho respeto. Estoy preocupada y me dirijo al laboratorio. Al llegar, me encuentro con dos personas, el chico de ojos azul profundo y otra muchacha que, aunque me suena, no logro identificarla. Él me mira esquivo y le ordena a ella que vaya a buscar unos tubos al almacén. En cuanto desaparece tras la puerta, se acerca, me abraza y me besa con un ardor desmesurado. Le devuelvo el gesto con la misma pasión.

«—Todo va según lo planeado. Ahora no podemos echarnos atrás o nos descubrirían. Tengo una idea para sacarte de aquí y que vuelvas con tu familia. No te va a gustar, pero es la única solución —dice acariciándome la espalda.

—No quiero irme, no quiero dejarte, te quiero —le confieso con angustia».

No soporto la idea de vivir sin él, pero tampoco puedo amarlo como a Óliver. ¡Es imposible! ¡Dios! ¿Qué me está pasando?

«—Yo también te quiero, pero ya sabes que esto no va de ti ni de mí; en otra vida tendremos la oportunidad de disfrutar de nuestro amor. No es ahora.»

Odio y amo su sentido de la responsabilidad. Está en lo cierto, pero no puedo evitar este desasosiego por tener que separarnos.

«—¿Crees que sospechan sobre el plan? ¿Y también de lo nuestro?

—Saben que has cambiado de opinión, que no estás tan convencida y que podrías estropearles la venganza. Jacobo te teme; eres más lista y poderosa que ellos, y saben que tus conocimientos te llevan a otro nivel, que has creado el arma letal y presienten que harás la cura.

—Lo hemos hecho juntos…

—Ellos no lo saben. Piensan que soy tu ayudante. Amor, no estás a salvo; si Tomás te hiciera algo, tendré que abrir mi tapadera y eso nos condenaría a ambos. Voy a convencerles de que ya no eres útil y te dejaremos en algún sitio donde tu familia pueda rescatarte».

Vuelvo a centrarme en la voz de mamá, que sigue relatando la historia:

«—Tras mover cielo y tierra, te encontramos a finales de junio de ١٩٤١, en el campo de concentración en Banjica, ubicado en el suburbio del mismo nombre en Belgrado, entonces parte de Yugoslavia. Es un centro para albergar rehenes que luego se convirtió en uno de torturas y muerte. Nuestros contactos con miembros del régimen nos facilitaron tu liberación. De ahí nos vamos a Austria, donde pasamos ocultos unos meses».

Y vuelvo a viajar a ese momento. ¡Es increíble lo que estoy viviendo!

Óliver me mira con aires de culpa cuando me levanta en volandas y me lleva al camión donde aguardaban mamá y Fran, fuera del campo de concentración. El olor a muerte y suciedad me llega como si aún estuviera allí. Les preocupa mi estado mental y físico, no me comunico con ellos y la imaginación les hace pensar cosas terribles. No vuelvo a ser la misma. Amo a Óliver, es mi alma gemela, pero estoy enamorada del otro. Me angustia haberlo dejado solo con nuestros enemigos y temo por su vida. La ansiedad por lo que he hecho y por abandonarlo me carcome. A nivel físico, me recupero bien, pero mi estado de ánimo es otra cosa. El Cuerpo Oscuro ha iniciado una guerra mundial, Hitler fue solo un títere de todo su plan y yo fui parte activa de lo que está ocurriendo. Intento pensar en lo único correcto que he hecho con el chico de los ojos azules: la cura. Eso es lo que necesitamos y ese recuerdo es el que tengo que atraer. Me vienen un millón de imágenes de esa época que intento canalizar hasta que llego a la que necesitamos. Nos veo de nuevo en los laboratorios. Trabajamos sin descanso y, de pronto, en mi mente aparece la fórmula. ¡Eureka!

Debo sentirme pletórica por el conocimiento que ha vuelto a mí, pero solo me hace ver que estamos más lejos de lo que nos gustaría

y, sin más, digo:

—Final.

No sé si alguien me escucha. Sigo muy distante de la realidad, del hoy y del ahora. De nuevo suena la voz de mamá:

—Sara, estás lejos y perdida. Escucha mi voz y solo mi voz; comienzo la cuenta atrás: diez…, mi voz es tu guía para volver; nueve…, siente tu cuerpo que descansa sobre la cama; ocho…, respira de manera pausada, deja que el aire entre y salga de tus pulmones; siete…, permite que tu mente recupere la conciencia de tu estuche; seis…, autorízame a que te acompañe a volver con tranquilidad; cinco…, acepta que todo fluya y no te condiciones por lo que acabas de vivir; cuatro…, estamos contigo y lo podremos superar juntas; tres…, comienza a mover tus brazos y piernas; dos…, abre los ojos y sitúate aquí y en este preciso instante; uno…, ya has vuelto y estás a salvo.

Me incorporo muy despacio, aturdida, confundida y avergonzada por lo que acabo de ver. Cuando miro a mi alrededor, me topo con la mirada de Noa y la de mamá; una preocupada y la otra exhausta. Les dedico una tímida sonrisa. La terapia ha sido productiva, aunque el resultado no es el esperado y no podemos hacer más curas: nos falta el ingrediente principal.

Las luces van ganando en potencia y se intensifican. En pocos minutos irrumpen en la habitación papá y Elena; todos esperan una explicación. Papá rompe el silencio diciendo:

—¿Estás bien, Sara?

—Sí, eso creo. He recordado, pero la cura no se puede hacer.

La decepción se implanta en la habitación. Las caras son de desánimo, excepto en mamá; ella permanece pensativa y muy quieta.

—¿Ocurre algo, mami? —pregunta Noa—. Ni que hubieras visto un espectro.

—Cuando mencionaste al chico del que estuviste enamorada durante el año que desapareciste, nunca pensé que fuera él.

¿Qué? ¿Sabe quién es el hombre misterioso? ¿Es imposible?

—No entiendo. ¿Cómo puedes saber lo que he visto? ¿Conocías nuestra relación? ¡Por favor, explícate!, ¿quién es?, ¿cuál es su

nombre? No lo recuerdo… Estoy confusa.

Necesito respuestas o la cabeza me va a estallar.

—De acuerdo, no he sido sincera.

La miro con desconfianza y añade:

—Durante la terapia he conectado con tu chispa y he podido seguir tus pasos y ver todo lo que tú has visto. Me he trasladado contigo, como mera espectadora. Ninguna puede influir en nada, pero viajamos para observar. El viajero, que es como llamamos a la chispa que recuerda, a veces se siente confundido y no se fija en lo que es necesario. El invitado, en este caso yo, puede explorar más allá de tus recuerdos, visitar la habitación de al lado y ver lo que ocurre. Nuestras chispas perciben más de lo que los sentidos humanos nos muestran y, si alguien ajeno te acompaña, ayuda.

La interrumpo enfadada, levantándome como un resorte de la cama.

—¿Disculpa? ¿Es una broma? ¿No has sido sincera? ¡Esto es una invasión a la intimidad! —le grito.

—Sara, cálmate. Si no cambias la actitud, serás un obstáculo para la misión. No te lo dije porque estabas nerviosa y sabía que ofrecerías resistencia.

—Estupendo, ¿esa es tu excusa?

—Cariño, esto no va de ti o de mí. Si no conseguimos lo que necesitamos, morirán muchas esencias y no queremos eso, ¿verdad?

Acaba de usar la misma frase que me dijo el chico misterioso. ¡Me cago en todo! Sabe cómo darle la vuelta y hacerme sentir culpable. Trago saliva y las palabras que se mueren por salir. Sigo necesitando información.

—En cuanto a lo que hemos visto, voy a intentar rellenar las lagunas: cuando te encontramos en Belgrado, no volviste a ser la misma. No conectaste con ninguno de nosotros y solo te abriste conmigo porque te manipulé con mi don. No me siento orgullosa de lo que hice, pero me urgía saber qué te provocaba tal desolación. No ahondaste en detalle y solo repetías que algo terrible iba a ocurrir y, aunque lo intentaste arreglar, no tenías ni idea del alcance de lo que pasaría. Amabas a otra persona que habías abandonado a su suerte y me hablaste de una técnica que nos permitía salir de nuestros

estuches y volver.

—¿Cómo? ¿Yo les enseñé la hipnosis?

—No; como no te creí, no me contaste más —dice como avergonzándose—. Pensé que delirabas por lo desnutrida y deprimida que estabas. Tiempo después, Jacobo y Tomás irrumpieron en nuestra casa. Te habían encontrado, no sabemos muy bien cómo...

La interrumpo porque habla del sueño recurrente que llevo teniendo todo el tiempo. Sigo enfadada, pero ella puede arrojar información a las lagunas que tengo.

—Lo sé, lo recuerdo; es la pesadilla que me asalta. Tuvimos una pelea violenta, pero cuando huíamos, nos interceptaron unos soldados junto al hombre misterioso, ese que está conmigo en los laboratorios. Después desaparecí y no volvieron a verme.

—Así es, no supimos más de ti. Tampoco intenté dar contigo porque sabía que no estabas entre nosotros. Cuando volviste a desaparecer, y ya sin retorno, se lo conté a Óliver. Él estudió e investigó mucho y nos enseñó a los demás a hacerlo.

—¿De veras sabías que había muerto?

Asiente y espera junto con el resto que continúe mi relato.

—El día que me apresaron, me llevaron de nuevo al cuartel, pero esta vez sin los honores que me había ganado; me consideraban una desertora. Me encerraron en un calabozo. Cuando tuvo oportunidad, el chico misterioso vino a verme. Yo estaba destrozada porque me hubiera abandonado; ni siquiera sabía que seguía vivo. Estaba furioso: algún miembro de nuestra familia me había delatado. Sabíamos que era mi final, que Tomás y Jacobo no me permitirían seguir viva. Así que pasó toda la noche intentando enseñarme a abandonar mi estuche para que el veneno que me iban a inyectar no acabara con mi chispa.

«Con la excusa de estar interrogándome, trabajamos sin descanso hasta la mañana siguiente, pero apenas lo conseguí una vez. Una muerte poética: fallecería a causa de mi propia creación. Perdí la cuenta de la cantidad de intentos que hicimos… A primera hora, me llevaron a la sala de torturas; Tomás quería hacerme sufrir y luego inocularme el virus. Jugueteaba con su puñal y Jacobo se esforzaba

en alterar mi estado de ánimo, llenándome de culpabilidad y angustia, aunque de esta última ya iba sobrada. A punto de iniciar la tortura, el chico misterioso irrumpió en la sala, sacó su arma, me apuntó y disparó mientras pude leer en sus labios las palabras «te amo y siempre lo haré». La bala me atravesó el corazón. Después, sobrevino la oscuridad. Me mató porque no quiso arriesgarse a que mi chispa se perdiera. Ahora dinos de qué lo conoces y si sabes dónde está.

—Sé quién es, pero no sé cómo encontrarlo —dice mi madre.

—Venga, mamá, desembucha, que nos tienes en ascuas —dice Noa, siempre tan directa e impaciente.

—Es complicado. No acostumbro a hablar de mi familia original. No soy Memories, pero es un recuerdo que me ha acompañado a lo largo de los siglos. En la que fue mi primera vida tuve un hermano diferente, dulce, listo y con unas habilidades fuera de lo común. Creó la Fracción y los Guardianes, me enseñó cuanto pude saber en aquella existencia. Después desapareció y no volví a verlo, hasta que he vivido la terapia contigo. Sus ojos tampoco podían pasar desapercibidos, aunque su aspecto exterior no fuera el mismo. Aarón, así se llamaba mi amado hermano —explica mamá

—¡La leche, Sara! Te has liado con nuestro tío. ¡Uaaaalaaaa! —exclama Noa con cara de asombro—. ¡Chiquito culebrón!

Mamá la mira como diciéndole que no es momento para bromas y continúa hablando:

—Cuando desapareciste de nuevo, compartí con la familia lo que sabía, omití tu aventura; Óliver sufría por haber vuelto a perderte y no quería empeorarlo. Después de buscarte sin descanso, se convenció de que, si podía conectar con tu chispa más allá, con esa absurda técnica, podría dar contigo. Nos abandonó y recorrió medio mundo para encontrar las respuestas que necesitaba. Quién le enseñó, lo desconocemos; aun siendo Memories, no lo sabe; algo bloquea parte de sus recuerdos de esa vida. Él pensaba que, al igual que tú habías atado tu don, quizás él hizo lo mismo para no sufrir, pero es un misterio.

Apenas se oyen nuestras respiraciones aceleradas. Hemos desvelado tantas cosas que hay un mutismo generalizado.

—Aarón, ese es su nombre —digo para mí misma en voz alta.

—Sí, cariño. Él es diferente, especial. Ahora entiendo que te sintieras confusa por sentir un amor tan profundo por los dos. No comprendo por qué no contactó conmigo en esa vida. —contesta mamá con la mirada perdida.

Se siente confusa y enfadada. Me alegra no ser la única con esas emociones en esta habitación.

—¿Es posible contactar con las chispas a través de la terapia? —pregunto.

Necesito saber más de cómo funciona esto. Quizás podamos conectar con la de Óliver.

—No, cielo. Solo podemos recordar y saltar de un estuche a otro, una técnica habitual del Cuerpo Oscuro. Cómo lo descubrieron es una incógnita más, pero en esta vida no dejan de usarla. —explica mi madre.

—¿Sabes dónde puede estar Aarón? —la interrogo.

Es crucial que demos con él para poder desarrollar la vacuna.

—No; no lo he visto desde mi primera vida. A todo esto, ¿has recordado la fórmula? —pregunta la general cumpliendo con su misión.

Estaba tan centrada en el chico misterioso que no les he hablado de lo más importante.

—Sí, pero sin Aarón, es imposible hacerla.

—¿Por quéééé? —pregunta Noa decepcionada.

—El elemento principal lo extrajo de sí mismo. Me explico: cuando creamos el virus letal, descubrimos que, al contaminar las neuronas de forma masiva, podíamos destruir la chispa de manera eficaz. Nuestra esencia se almacena en las células madre. —Los miro y me aseguro de que lo entienden—. Cuando Aarón me convenció para crear un antídoto, trabajamos sin descanso con lo que teníamos a nuestro alcance. Cada tentativa era inútil. Nada funcionaba. Las chispas fallecían; no conseguíamos salvarlas. Un día apareció con un vial que contenía algo brillante en su interior, una sustancia rosa fluorescente. Probamos a mezclarlo con la cura que regeneraba las neuronas perdidas y funcionó.

—¿Y qué era? —pregunta papá.

—No lo sé, parte de su esencia. Algo que había extraído de su interior a través de las células progenitoras, que son las que poseen la mayor información de nuestra chispa —les explico.

—¿Y si no lo encontramos? ¿No hay esperanza entonces? —pregunta Noa, a la que advierto preocupada por primera vez.

Mamá guarda silencio hasta que dice:

—Quizás esté dentro de ti.

—¿Cómo? —contesto sin entenderla.

—Hay una leyenda que ha pasado de generación en generación.

—No lo dirás en serio, ¿verdad? —interviene Elena—. ¡No fastidies, Vica! Es un cuento de niños.

—¿De qué hablan? —pregunto.

Estoy intrigada. Noa se muerde las uñas y papá nos observa expectante.

—La leyenda cuenta que el elegido o elegida hará un gran sacrificio por amor y derramará su chispa en otra para salvar a la especie humana. Encaja con Aarón.

La general lo dice como si eso de inmolarse y salvar a la humanidad fuera como lavarse los dientes, pero su voz es triste: está cargada de añoranza y melancolía. Yo sigo sin comprenderla.

—Estás diciendo que ¿se sacrificó para salvarme? —pregunto.

—Para salvarnos. Es una posibilidad. Si estuviera vivo y entre nosotros, habría contactado. Tal vez, cuando te disparó, se descubrió y tuvo que entregarse por ti…, por la humanidad.

Me entristece pensar que he amado y me han amado, no una, sino dos veces, y los he perdido a ambos. Si algo me queda claro es que el Núcleo me quiere castigar por el daño que ocasioné y lo está consiguiendo.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Noa—. ¿Nos pinchamos en el cerebro y nos sacamos la chispa?

—No, no es tan sencillo, no sirven todas, solo la de alguien tan especial como él. En su momento llegamos a probar con la mía y la de otros; ninguna servía, la única que funcionaba era la suya.

—Pues qué cagada… con todo lo que hemos avanzado y no hay solución —dice Noa.

—Aarón no nos dejaría a la deriva sin remedio. La leyenda es cosa

de él. Sostengo que es un mensaje para que encontremos la verdad. Deberíamos analizarte, Sara; es posible que derramara su chispa en ti.

—A ver, si se lo pimpló, algo le dejaría dentro, digo yo —dice mi hermana pequeña riendo.

No cambiará nunca. ¡Qué burra! Mis padres ponen los ojos en blanco y la ignoran; no hay lugar para las bromas.

—No es que me haga mucha ilusión que me taladren el cerebro, pero si no queda otra, lo haré. —digo sin mucho convencimiento.

—Esa es la actitud. Necesitamos dar con la solución y acabar con esta maldita guerra —dice mamá con los ánimos renovados.

—Tengo otra duda: mamá, si no eres Memories, ¿cómo puedes acordarte de lo que ocurrió en tus vidas pasadas? —Lo cierto es que no termino de entender cómo funcionan las habilidades.

—Óliver, me sometió a la terapia. Nos preparó y nos enseñó a llevarla a cabo a Elena y a mí, sobre todo a mí porque ella tiene sus recuerdos intactos. Estaba convencido de que yo sabría más de la historia y así era.

Una vez más dejan las frases sin terminar y la información a medias. Papá las observa pensativo. ¿Sabrá algo de lo que hablan? Noa está agotada; mantenerme a raya la ha dejado sin energías y yo necesito salir de esta habitación que, por más que sea luminosa y amplia, me asfixia por momentos.

—Podemos dar por finalizada la sesión. Vayan a comer y a descansar. Esta tarde le extraeremos a Sara un poco de su esencia. Hablaré con Noelia para que ensaye la técnica.

Me aterra pensar que una parte de Aarón ha estado en mi interior y yo no he sido consciente. El otro gran amor de mis vidas pasadas, ese chico con el que he soñado y no he sabido identificar hasta hoy. ¿Hermano de mamá? Es tremendo… ¿Dónde estará? ¿Por qué no ha venido a ayudarnos? Estoy al borde del colapso; no temo que me pinchen el cerebro, pero sí lo que saquen de él.

—Sara, ¿puedes quedarte un minuto? —me pide Elena—. Necesito hablar contigo.

Noa nos mira y, con un gesto, me indica que me espera fuera mientras el resto sale de la habitación. Nos quedamos solas.

—Tengo algo para ti.

Saca del bolsillo del pantalón una pulsera que reconozco de inmediato. Es la de Óliver; el corazón se me acelera y el estómago se me cierra.

—No te pongas en lo peor porque son buenas noticias: si la pulsera ha aparecido, las probabilidades de que siga con vida son muy altas.

—¿Por qué lo crees? Quizás se le cayó cuando arrastraban su…

No puedo terminar la frase; las palabras se me atragantan y estoy a punto de romper a llorar.

—¿Conoces el significado de la pulsera? —me pregunta.

—Por supuesto, una pulsera con un ojo turco es para quitar el mal de ojos o dar buena suerte.

Sonríe de manera disimulada.

—Déjame que adivine —añado—: ¿es otro cuento chino de los Guardianes?

—Es una pulsera de protección, eso es cierto, pero puede actuar tanto a favor como en contra. Las verdaderas son de cuarzo y su ojo está compuesto de gotas del mar muerto, elementos de la naturaleza que, combinados, nos protegen de la negatividad de los estuches y de la energía mala de nuestras esencias. No existen muchas, pero son muy valiosas. Ahora bien, si perteneces al Cuerpo Oscuro, su función cambia y, además de que te dañan, pueden llegar incluso a quemarte: repeler la energía negativa es su cometido, además de proteger a su porteador.

Sujeto la pulsera con delicadeza. Es lo único que me queda de él y me aferro como si de ese objeto dependiera mi existencia.

—¿Entiendes lo que quiero decir? Si se la han quitado, es porque sigue vivo. Quédate con eso.

Me abraza y yo lloro desconsolada, mientras las lágrimas recorren mis mejillas por la tristeza de no tenerlo a mi lado y la alegría de saber que aún hay esperanzas.

—Gracias.

Me pongo la pulsera sin lograr decir nada más, atragantada por la emoción. Me seco las lágrimas y salgo a reunirme con mi hermana.

La cabeza me va a estallar con tanta información, recuerdos y

sentimientos encontrados. Lo único con lo que me quedo es con la posibilidad de que Óliver siga vivo; lo demás puede esperar.

—¿Todo bien? —asiento y dice— Vamoooosssss…, que eres más lenta que una tortuga y estoy muerta de hambre; tanto esfuerzo me ha dejado famélica.

Tira de mí con ganas y me conduce hasta el ascensor.

—¿Esfuerzo? Venga, enana, no exageres.

—¿Perdona? A ver si te crees que te has despertado tranquila porque sí. No te haces una idea de lo complicado que es mantener tus millones de sentimientos angustiosos a raya; eso, sin nombrar el momento en el que te saliste de tu cuerpo, que casi me da un soponcio. Jopé, cuando lo vi, pensé que me iba a desmayar.

¿Qué ha visto, qué?

—¿¡Cómo!? —pregunto alucinada, parándome en seco.

—Pues eso, vi tu esencia flotar. Es la cosa más espeluznante y aterradora que he experimentado en toda mi vida. Por cierto, querida, eres más guapa dentro de tu cuerpo terrenal.

—¡Increíble! No sabía que se podía ver.

—¡Anda, ni yo, no te jode!

Al llegar al ascensor, aprieta en reiteradas ocasiones el botón, como si tal acción provocara que viniera antes. Los guardas la miran de reojo, aunque no le dicen nada.

—Oye, esa boquita… Me muero y no te educo —le respondo. No me entra en la cabeza cómo semejante manojo de nervios es capaz de mantener a raya los míos.

Me acerco y le sujeto la mano para que deje de aporrear el botón. El ascensor se abre y nos encontramos con el coronel Cavalli, o el Macizo, como lo ha apodado Noa. Cruzan una mirada y mi hermana entra contoneándose. Óscar sonríe con discreción y yo paso poniendo los ojos en blanco y dedicándole una mirada cómplice.

A pesar de este caos en el que nos encontramos, me alegra saber que podemos tener momentos de normalidad, cosa poco habitual.

CAPÍTULO 4

Cambio de planes

NOA

Me siento agotada después de la mañana que acabamos de vivir, hasta que he visto en el ascensor al Macizorro. Me yergo, entro moviendo las caderas y atisbo a entrever una leve sonrisa. ¡Cómo me gusta! Espero estar bien peinada.

—¡Buenas tardes, señoritas! —dice sin apartar la vista de enfrente.

Sara y yo nos colocamos al fondo.

—¿Tardes? Aún no hemos comido, *estimado coronel* —le contesto, haciendo énfasis en estimado.

—Vaya, deben estar hambrientas —dice sin mirarnos, sujetando la *tablet* con uno de sus musculosos brazos.

—No lo sabe usted bien. Y, por momentos, el apetito aumenta aún máássss.

Le doy un repaso sin disimulo, aprovechando que no me ve. Sara me da un codazo para que me corte, pero no lo hago.

—¿Disfrutando de las vistas? —pregunta Óscar.

El guarda que custodiaba el ascensor no se inmuta; Sara se sonroja avergonzada, pero a mí me da igual.

—Pues sí, merecen mucho la pena, no tenemos queja —contesto sin dejar de mirarle. ¡Qué guapo es!

Mi hermana quiere matarme; incluirla en mi juego no le ha hecho gracia. ¡Qué aburrida! Yo lo estoy pasando pipa.

—Perfecto, nos proponemos complacer —contesta con un tono seductor.

Se me eriza la piel y suelto un suspiro… ¡Maldición! Mi subconsciente me ha traicionado, me bloqueo y no respondo. El ascensor para y el coronel se baja, pero antes de marcharse, se gira y añade:

—Siempre es un placer coincidir con usted, *estimada señorita.*

Me guiña un ojo, da vuelta sobre sus talones y, en cuanto se cierran las puertas, desaparece.

Sara está molesta por lo ocurrido, pero yo me río y me siento aliviada. Este juego me hace recordar que puedo volver a ser yo, la chica juguetona, la estudiante de bachiller, y no una loca que debe calmar nervios y que ve esencias flotando por todos lados. El guarda nos observa de reojo. Esto va a traer cola, pero no me importa, es la única diversión que tengo aquí dentro y no voy a desperdiciarla. Me reprocho por haberle permitido ganar. Debo afilar mis armas y prepararme mejor para futuras ocasiones.

Al llegar al comedor, llenamos las bandejas y nos sentamos con Marco y algunos compañeros. Saludamos al pasar por su lado a las Vickys, Victoria, rubia, bajita y de complexión ancha, y Virginia, alta, morena y delgada; las doble V, así las llaman, muy majas, superlistas, auténticas friquis. Alfredo y Lidia, parte del equipo que estuvo en el rescate de mi hermana, no se fijan en nosotras cuando nos acomodamos. El primero es reservado; su mirada me intimida, aunque sus emociones son correctas. Es un experto en explosivos que durante el rescate de Sara tumbó una pared sin pestañear, y ella es una máquina en comunicaciones, pero sé que no le caigo bien a juzgar por esos comentarios jocosos que hace cuando hablo. Su energía es hostil. Cuando la conocí, me preguntó que, si era rubia natural o de bote, y no le contesté por no ser borde; al contrario, preferí ignorarla y aún lo hago. Estoy convencida de que le molesta mi amistad con Marco. Por último, sentado en frente está Manuel, un soldado con conocimientos de informática que juraría que tontea conmigo; mi habilidad no me engaña, aunque yo sonrío de sus tonterías y no le hago caso. Desde que estamos aquí, pasamos con ellos el tiempo que tenemos libre. Son increíbles los lazos que hemos estrechado en tan corto plazo.

—¿Cómo va la cosa? —pregunta Marco llenándose la boca.

—Un pasote, tío.

Manuel me da un repaso que me incomoda.

—Cuando creo que no puedo flipar más, ¡pum! Alucino pepino.

Marco se ríe por mi comentario infantil y Lidia me mira con recelo; acabo de quitarle la atención y no lo soporta. Le gusta Marco y le molesta haber dejado de ser el centro.

—Cuéntame más, no sabes la envidia que te tengo. Nosotros tenemos los ojos cuadrados de tanta pantalla —pregunta mi amigo.

—No sé ni por dónde empezar. Mi hermana se ha sometido a una técnica para poder recordar, y se ha salido de su propio cuerpo, como un fantasma, ¿qué te parece? Ni Spielberg en sus mejores películas. Casi me da algo. Ahora me río, pero menudo sussstooo.

Marco se atraganta por mi confesión y le sale el refresco por la nariz.

—¿Cómo dices? —pregunta.

Manuel me observa y no sé qué pensar porque no capto sus emociones. Es raro.

—Enana, no deberías hablar de lo ocurrido, ¿recuerdas? —me susurra Sara.

Entiendo su desconfianza, pero es Marco. Y los demás, si están aquí, es porque deben ser de fiar. Tampoco voy a desvelar nada.

—Tranqui, no voy a dar detalles —le contesto en un susurro.

Aprovecho que Marco está distraído limpiando el desaguisado y que el resto no nos presta atención.

—Solo digo que no podemos confiar a la ligera. Mira lo que me ha pasado a mí, con mi ex mejor amigo —me recuerda Sara.

Es cierto que Antonio nos la coló, pero con las medidas de seguridad que hay aquí,

no creo que tengamos traidores dentro del cuartel.

—No te preocupes, no voy a contar nada importante. —Me giro y digo—: ¿Sabes que mi hermana se lio con nuestro tío? Claro que ella no tenía ni idea de quién era… Esto es un culebrón.

Ahora es Sara la que se atraganta y abre mucho los ojos, mientras Marco me mira boquiabierto.

—Eres un caso, amiga. Entiendo por qué tienes descolocado a mi hermano. Dame más detalles, por favor.

Sara me hinca el codo con disimulo para que deje de hablar de esos temas, pero yo paso de ella.

—Espera un momento, rebobina. ¿Que tu hermano…, qué?

—Bah, es oír su nombre y ya no quieres hablar de otra cosa.

Dice apartando la bandeja de comida hacia un lado. Manuel vuelve a hablar con Lidia. Denoto incomodidad en sus emociones, pero desconozco el motivo. Me incomoda y me intriga a partes iguales.

—No es verdad, lo que ocurre es que un comentario como ese merece un tercer grado. Desembucha o no te contaré nada más.

—Eres mucho, lo sabes, ¿no? —Hace una pausa y añade—: No sé lo que siente, pero sé que le gustas. Mi hermano no es de compartir sus sentimientos, y menos, conmigo; tampoco le he visto nunca con novia, y no le suelen gustar las rubias de ojos claros, así que no te hagas ilusiones. Podrías abrir tus miras un poco más allá de un cuerpazo y de esa chulería que gasta. ¡Ojo! Adoro a mi hermano, pero digamos que me fastidia cómo es a veces con las tías; va de sobrado. Me caes bien y no quiero que te haga daño; no me gustaría que mi hermano nos joda la amistad. Siendo egoísta: si esto no prospera, mejor.

Lidia y Manuel nos observan con semblante serio; es como si se hubiesen tragado algo desagradable. Menuda estirada es ella. En cuanto a él, me descoloca, porque a veces no puedo interpretar sus emociones y eso no me gusta.

—¡Vaya cortarrollos! —le digo haciendo un mohín—. Porque me caes bien, no te lo voy a tener en cuenta. La cosa es que tu hermanito no ha conocido a una mujer como yo, de ahí que sea un solterón.

—Que eres diferente, no te lo discuto. Lo de mujer, aún te faltan unos años, y del resto, me reservo el derecho a opinar.

Me guiña un ojo y me dedica una sonrisa torcida muy similar a la de Óscar. Qué guapo es también, pero no me atrae de esa forma. Diría que es más parecido a ese hermano que no he tenido. Le lanzo un trozo de comida y sigo relatándole algunas cosas que han ocurrido a lo largo de la mañana, sin dar detalles y sin dejar de pensar en lo que ha dicho Marco sobre el Macizo.

Finalizada la comida, nos despedimos del grupo para ir a nuestra habitación a descansar antes de que Sara se someta a la intervención. Las pruebas quirúrgicas, me ponen nerviosa, por lo que decido ir a la biblioteca y coger un libro con el que distraerme.

Me coloco los cascos y pongo mi iPod en marcha. Es una reliquia, pero es lo único que no me han requisado junto con el resto de los dispositivos que traíamos al llegar. Me encamino hacia el ala oeste mientras escucho, *Enemy* de Imagine Dragons. De repente, a la altura de las escaleras, tiran de mí al interior. Estoy confusa. Me colocan en un rincón oscuro y grito enfadada.

—Pero ¿qué cojones te crees que haces? —le recrimino a Manuel, cuando caigo en que es él, e intento zafarme de su mano que me sujeta con fuerza un brazo mientras me quito los cascos.

—¿A dónde ibas?

Me suelta, arrinconándome contra la pared, pegando su cuerpo al mío. ¡¿De qué va esta mierda?!

—¿Qué quieres? —pregunto tensa.

No me siento cómoda con su cercanía y miro a mi alrededor para comprobar qué vías de escape tengo. El muy cabrón se ha situado conmigo en el punto ciego de las cámaras. Esto no me gusta. Sus emociones no me transmiten nada bueno.

—Quería preguntarte algo que has comentado en la comida.

—Si quieres hablar, no hace falta que me arrastres hasta aquí, y menos, que te me pegues como una lapa. Me asfixias. ¡Suéltame!

—Estás muy tensa, yo podría solucionarlo.

La propuesta me pone en alerta. Si lo entiendo bien y sus emociones mandan lo que hay en su entrepierna, estoy en un aprieto. Es demasiado fuerte para quitármelo de encima, pero no soy de las que se achican.

—¿De verdad que esto te funciona con otras?

Dicen que la mejor defensa es un buen ataque… o yo soy una loca kamikaze.

—¿Eso es un no? Porque percibo nerviosismo en ti y no sé si te estás haciendo la estrecha. Tú me gustas y yo a ti, somos jóvenes, solteros…, ¿qué te lo impide?

Me aprieta cada vez más y mis nervios escalan. ¿Es Empaticus?

Juraría que había dicho que era Sabius, pero su comentario me confunde. Me desea y creo que no va a ser fácil convencerle de que no le correspondo. No tenía que haberle reído las gracias. Soy estúpida y estoy en un lío tremendo.

—Si tu don son las emociones, he de decirte que te lo revises, porque no te funciona. Si me gustaras, lo sabrías porque soy un libro abierto y deberías saber que lo que he hecho contigo es ser amable, ¡gilipollas! —le grito sin dejar de forcejear.

Lo empujó con ganas, pero sin suerte.

De repente, alguien se abalanza sobre él, lo pega contra la pared contraria poniendo su brazo en el cuello y lo inmoviliza. Se gira para mirarme con los ojos inyectados en sangre.

—¿Está bien? —pregunta Óscar entre dientes.

Asiento con la respiración entrecortada y el corazón acelerado.

—¿Qué ocurre aquí, soldado? —le pregunta con tono amenazante.

—Nada, señor —contesta Manuel.

Ambos son altos y corpulentos, pero Óscar lo supera en fuerza y destreza.

—Vuelvo a preguntarle, soldado, ¿qué está pasando?

Me mira para asegurarse de que me encuentro bien y no he sufrido ningún daño.

—Suéltalo, esto no es necesario, estoy bien. Ha sido un malentendido —le digo.

Por otro lado, me siento culpable; quizás si no le hubiese seguido el juego, no me habría interpretado mal. Quiero ir a mi habitación, estoy agobiada, y se me han quitado hasta las ganas de leer. Óscar suelta a Manuel y le da una orden:

—Si le vuelvo a ver cerca de la señorita, pasará mucho tiempo en el calabozo. ¿Le ha quedado claro?

Manuel asiente y se pone firme.

—Quiero oírle alto y claro, soldado.

—¡Señor, sí, señor!

—Retírese.

Manuel corre escaleras arriba como si le persiguiera el diablo y cuando Óscar se cerciora que se ha marchado, vuelve a mirarme y me pregunta:

—¿Seguro que está bien? ¿Qué ha pasado?

Su tono es serio; yo no estoy de humor para sermones.

—No lo sé, pero tenía la situación bajo control, créeme; no necesito que nadie me rescate.

Estoy tan enfadada conmigo que la pago con él.

—Cuando intervine, no me pareció que la tuviera controlada.

Su comentario me hierve la sangre, porque tiene razón y me siento una inútil.

—Si lo que quieres decir es que es culpa mía, ya lo sé. No debí ser amable cuando tonteaba conmigo. Lección aprendida. ¿Puedo retirarme?

Lo aparto sin delicadeza y me dirijo a la salida. Sara debe estar en la habitación, quizá papá está con ella y yo… Yo necesito estar sola y poner en orden algunas cosas.

—¿A dónde va? No hemos acabado.

—No me apetece hablar. No ahora. Gracias por tu ayuda que no era necesaria.

Cuando me dispongo a salir del hueco de la escalera, Óscar me toma de la mano y con un tono conciliador dice:

—No deje que ningún hombre le haga creer que lo ocurrido es culpa suya. Su actitud, señorita, era clara: rechazo e incomodidad ante un tipo que se ha sobrepasado. Usted no ha hecho nada incorrecto.

Intento convencerme de que tiene razón, pero aún estoy en *shock*. No entiendo qué le llevó al capullo de Manuel a pensar que podía tratarme de esa manera.

—No permita que nadie ni nada le haga sentir que ha obrado mal. ¿Entendido?

Me observa esperando algún tipo de reacción. Respiro hondo; sus palabras han aplacado parte de mis nervios y alcanzo a decir:

—Sí, de acuerdo… y gracias.

Sonríe y, sin decir nada, salimos al pasillo. Cada uno sigue su camino, y nos dedicamos una última mirada cargada de muchas cosas por decir. Me voy a la terraza a calmar los nervios antes de volver junto a mi hermana. No quiero preocuparla con lo ocurrido. Someterse a una intervención de ese calibre es más que suficiente.

Tras un breve descanso, un guarda nos viene a buscar. Sara debe someterse a la prueba y el soldado nos lleva hasta la clínica. De camino, le cojo la mano y percibo tensión; no es para menos, tiene que ser un poco extraño enterarte de que la esencia de tu ex, que además es tu tío, está dentro de ti. Mira que llevo bien lo que nos pasa, pero esto es demasiado.

Al llegar, mamá aguarda en la puerta del quirófano junto a Noelia, a la que saludamos con un achuchón; hace bastante que no la vemos. También está el doctor tan majo que nos atendió a la llegada. Juraría que se llama Pedro.

—¿Todo bien, Noelia? —pregunta Sara.

—Sí, no te preocupes. Ahora repasaré contigo la técnica que he estado estudiando y llevaremos a cabo la intervención. El doctor Suárez me ayudará a lo largo del proceso.

—Cielo, puedes tomarte un respiro. Yo me encargo —me dice mamá.

¿¡Perdona!? ¿Me está echando? Resulta que tengo un cometido importante y ahora sobro.

—Pero es que quiero estar con ella. Sé que puedo hacerlo.

Necesito ayudarla para sentirme útil

—No dudo que eres capaz, pero mejor me encargo yo; —insiste.

En ese momento aparece Berta, la enfermera, y pide a Sara que la acompañe. Noelia se despide con un gesto y le ruego que cuide de mi hermana. ¿Por qué me aparta? Estoy enfadada y, antes de que mi madre desaparezca, le digo:

—No entiendo por qué me dejas fuera. Yo creo que tengo una conexión excelente y puedo mantenerla a raya, tanto a su cuerpo terrenal como a esa esencia… que… que es fea a rabiar —me mira como si fuera a perpetrar el asesinato de mi hermana, y rectifico—, o sea, que aunque da un miedo que flipas…, la quiero igual.

Sueno a niñata con pataleta, pero necesito intervenir; después de lo ocurrido con Manuel, me urge distraerme. Claro, que no puedo ir contando por ahí lo que me acaba de pasar, pero mi madre, con lo hábil que es… ¿Cómo no lo advierte?

—¿Cómo dices? —pregunta mamá girándose a mirarme—. ¿Viste la esencia de Sara durante la terapia?

—Claro, ¿tú no?

—Sí, pero yo estaba en el proceso con ella; lo que has visto tú no es habitual. ¿Qué más puedes decirme?

—Yo qué sé, nada, creo… Vi una especie de luz amarilla, espectro o lo que sea, que salía de su cuerpo, flotaba por la habitación a sus anchas, se elevaba, bajaba y yo no podía dejar de mirarla con una mezcla de asombro y de… y de susto. Hubo momentos en que dejaba de verla, cuando se agitaba, y luego volvía. Y luego ya, cuando le pediste que volviera a despertar del trance, se metió en su estuche, así, sin aspavientos, y aquella… cosa desapareció.

Suena de locos y, si no estuviéramos en esta situación, nadie me creería.

—Esto… esto cambia las cosas… —dice.

Puedo percibir nerviosismo y emoción a la vez; no sé si alegrarme o asustarme.

—Pero ¿para bien o mal? —pregunto.

—Es bueno, es fantástico. Tu habilidad es mejor de lo que pensábamos. Vamos paso a paso. Voy a reunirme con tu hermana y Noelia; después hablamos. Necesito que no te alejes y que no se lo cuentes a nadie, ¿entendido?

Pongo mi mejor cara de disimulo y asiento con la cabeza. Cuando desaparece tras las puertas abatibles, suelto el aire que he retenido sin querer y me doy cuenta de que necesito encontrar a Marco con urgencia. Si le cuenta a alguien que veo las esencias, mi madre me escacha.

Corro al ascensor y vuelvo a aporrear el botón. Echo de menos mi móvil; si lo tuviera, no tendría que buscar a mi amigo por todo el complejo. ¡Mierda de restricciones!

Necesito dar con Marco antes de que lo cuente, por su bien y el de nuestra amistad. Espero que haya tenido el pico cerrado.

Voy a la tercera planta, donde está su puesto de trabajo; confío en encontrarle allí. Paso por la sala de control sin fijarme en nada; debo cumplir un objetivo y no tengo mucho tiempo. Cuando llego al laboratorio de informática, hago un repaso general y, para mi

desgracia, no está. ¿Dónde diantre se ha metido? Pregunto a algunos de los compañeros y me dicen que ha ido a la terraza. Salgo como un torbellino y me choco con alguien robusto que me hace rebotar y perder el equilibrio; por suerte, me sujeta antes de que me desplome. Al levantar la cabeza me encuentro, cómo no, con Óscar y con cara de preocupación. ¡Ay, Dios!, ¡ahora no!

—¿Está bien? —pregunta.

Aún me sujeta por los hombros.

—¿Me ves con pinta de estarlo? —contesto más brusca de lo que quería.

¡Maldita sea! ¿Dónde está, Marco? Me zafo de sus brazos para caminar hacia la terraza, pero me bloquea el paso.

—¿Ha vuelto a tener un desencuentro con Manuel?

—No, no tengo ni idea por dónde anda y me la suda.

Estoy pasándome de la raya y en cualquier momento me va a mandar a freír monas.

—No está de buen humor. Solo quería ayudarla. Me disculpo.

Cuando se va a marchar, me siento mal por mi comportamiento y le digo:

—Tienes razón, perdona… Estoy siendo muy antipática y lo único que has hecho es intentar ayudarme. Lo siento. No habrás visto a tu hermano, ¿verdad?

—Una disculpa sincera, sin ironías, esto sí que es nuevo. ¿Ha ocurrido algo? Está un poco rara.

—Querido, soy muy rara, deberías haberte dado cuenta ya.

Camino hacia la terraza para no perder más tiempo. Necesito volver a la clínica antes de que termine la intervención.

—Cierto, pero no me ha contestado. ¿Ocurre algo? ¿Puedo ayudarle?

Habla mientras me acompaña con paso firme.

—Esto… no, no es nada, solo necesito encontrarle.

—¿Le ha hecho algo?

—Nooooo, tranquilo, con el incidente anterior, creo que es más que suficiente por hoy. No seas tan malpensado y menos aún de tu hermano. Debo hablar con él sobre algo que le conté y que no debe compartir con nadie.

—Mi hermano tiene muchas virtudes, pero la discreción no es una de ellas.

—¡Mierda! ¿Dónde se ha metido? ¡Hombres! Nunca están cuando los necesitas.

En la terraza no hay rastro de él tampoco.

—No todos.

—Cierto, algunos son como una mosca cojonera: te los encuentras siempre.

—Veo que vuelve a ser usted misma.

Sonríe de esa manera que me emboba y añade:

—Voy a llamarlo.

Saca de uno de los múltiples bolsillos de su pantalón con estampado militar el móvil y pulsa marcación rápida; suena sin respuesta. Entonces oigo un sonido alejado, una melodía. Óscar corre hacia el ruido. Lo sigo y veo que recoge algo del suelo.

—Es el de Marco.

La mano que sujeta el teléfono está manchada de sangre. Mi imaginación trabaja a toda máquina y me angustio pensando millones de causas por las que el móvil de mi amigo está ensangrentado.

—¡No estamos a salvo!, ¡hay una brecha en la seguridad! —exclama alarmado.

Óscar me agarra con fuerza y me arrastra al interior del complejo. Le grito pidiendo alguna explicación, pero no me hace caso. Tira de mí. ¡Me arrancará el brazo de un momento a otro!

Al entrar, coge su móvil de nuevo, abre una aplicación, pulsa y se activa un bloqueo general en las instalaciones. Todo comienza a cerrarse a nuestro paso, suena una alarma ensordecedora; llegamos a un despacho y veo que también aquí se bloquean las puertas. No paro de preguntarle qué ocurre, pero no me contesta. Su móvil suena, descuelga y en un perfecto inglés dice:

—Alejandra, tenemos una brecha en la seguridad. El móvil de mi hermano estaba en la terraza del ala este de la cuarta planta en el suelo, y en la pantalla... Te mando una captura. Envía a las unidades alfa y beta a examinar el complejo, que revisen cada rincón. ¡Encuentra a los traidores!

Me estremezco al escucharle; mi preparación para los títulos de Cambridge me permite entender lo que acaba de decir. Ha utilizado un tono duro, severo, el del soldado bien entrenado que es. ¿El Cuerpo Oscuro ha accedido a nuestra fortaleza?

—Tendrás que supervisar la inspección, yo no podré hacerlo. Estoy en tu despacho con la señorita García, con quien hice el hallazgo del móvil. Voy a revisar las cámaras, pero pide a Virginia que busque si nos han jaqueado. No entiendo cómo han podido penetrar en el cuartel.

Escucha a su interlocutora, su mano derecha, una mujer afroamericana apodada la «Soldado de Hierro», antigua agente de la CIA.

—Ahora le enviaré un mensaje al alto mando por la vía segura. ¡Joder! ¡No lo entiendo!

Puedo entender su desconcierto. Es el responsable de nuestra protección; que haya una brecha no lo deja en buen lugar. Me muerdo las uñas y pienso cómo puedo ayudar estando encerrada aquí dentro. Me preocupa mi hermana y su intervención, ¡Dios mío! ¿Y Marco? ¿Lo habrán atacado por lo que le conté? Vuelvo a llenarme de culpabilidad.

Me mantengo de pie junto a la puerta. Estoy asustada y necesito respuestas para aplacar mi temor, pero no sé cómo abordarlo sin alterarlo más. ¿Y si puedo ayudarlo con mi habilidad? Lástima no poder usarla sin contacto. Respiro hondo y le digo:

—Disculpa, ¿puedo preguntarte si te has comunicado con mi familia?

—Sí, puede estar tranquila. Todo está en orden.

No me mira al contestarme; sigue tecleando quién sabe qué en uno de los portátiles de la sala.

—¿Seguro? Mi hermana estaba en algo muy delicado.

—Estoy al tanto de todo lo que pasa aquí. Confíe en mí.

—De todo, todo, diría yo que no, porque, si no, no estaríamos encerrados.

No he estado muy fina con el comentario. Tengo incontinencia verbal cuando estoy nerviosa. Su mirada no desprende fuego porque no tenemos la habilidad; de lo contrario, me habría calcinado.

—Perdona, no quería decir eso.

No me responde, sigue concentrado.

—Está todo bien, créame cuando le digo que no hay nadie del alto mando en peligro. Su madre y su hermana están encerradas en la clínica y es lo mejor, dadas las circunstancias. Su padre está junto con Elena en la sala de controles supervisando nuestro trabajo.

—Con las medidas de seguridad tan modernas que hay en este lugar, ¿cómo puede haber penetrado alguien sin ser detectado? —pregunto.

—Me han traicionado desde dentro, mis propios soldados en los que confiaba. Pero esto no quedará así: acabaré con ellos, aunque sea lo último que haga. Se lo aseguro.

—¿Hay alguna posibilidad de que me tutees? No hay nadie más en la habitación y, cuando me tratas con tanta formalidad, creo que estás hablando con mi madre.

Vuelve a mirarme, pero percibo que su tensión ha bajado un pelín; medio sonríe y devuelve la atención a la pantalla del ordenador.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No, manténgase… Mantente tranquila, por favor, yo me encargo.

—Entiendo que lo tienes bajo control, pero me vendría bien estar ocupada. Mi mente se está imaginando un montón de teorías conspiratorias que no me ayudan.

—Ahora no tengo tiempo para ocuparme de tus inquietudes. Disculpa.

Vaya, no esperaba una respuesta tan cortante. No le respondo y me siento en el extremo opuesto de la mesa. La idea de utilizar mi don vuelve a instaurarse; quizás podría calmarle para que pueda gestionar la situación con otro talante.

Me levanto y me acerco despacio. Voy a influir en sus emociones. ¿No es eso lo que tengo que afinar? Es mi nuevo objetivo. El único problema de mi plan, es que necesito mantener algún tipo de contacto físico con él. No sé cómo se lo va a tomar, pero tengo que intentarlo. Veo que, a medida que me aproximo, me mira de refilón, y una vez que me he acercado lo bastante, me siento a su lado y

poso mi mano sobre el brazo izquierdo que tiene libre. Su reacción es la esperada.

—¿Qué demonios haces? ¡Déjate de juegos!

Aparta su brazo de inmediato.

—No seas engreído, solo quiero ayudarte a calmar los nervios. Estando tranquilos, las cosas se ven de otra manera. Pretendo colaborar y es la única forma que tengo de hacerlo, pero mi don no funciona aún sin contacto físico. ¿Quieres que te ayude o no?

Me mira y percibo dudas. Es buena señal. Sabe que no estoy tonteando y que va en serio lo que digo.

—De acuerdo, pero tendrás que tocarme algo que no sean las manos, las necesito, y nada de tonterías; si me distraes, te aparto.

Madre mía, qué borde. Espero poder mejorarle el humor.

—¿Puedo tocar lo que yo quiera?

Le guiño un ojo y consigo sacarle una leve sonrisa, acompañada de un gesto de negación con la cabeza.

—Estás loca, no cambiaras, ¿verdad? —dice poniendo los ojos en blanco.

—Si lo hago, dejaría de ser yo y de gustarte.

Se me está yendo la cabeza y le acabo de decir que no le distraería. Me centro en la misión, poso mi mano sobre su bíceps y… ¡menudo bíceps! Esto va a ser más difícil de lo que creía. «Céntrate, Noa», me digo.

En unos minutos, noto que su respiración se acompasa y deja de estar acelerada. Me lo agradece con la mirada y sigue atento a las imágenes de las cámaras de vigilancia. Me mantengo en silencio y me fijo en la pantalla.

En el vídeo se ve a Marco salir a la terraza con Alfredo. Al poco, alguien se reúne con ellos. Se ve que conoce la ubicación de las cámaras porque se oculta bien, lleva la capucha de la sudadera puesta lo que nos impide reconocerlo. Se colocan en un punto ciego durante unos minutos y poco después se ve al extraño y a Alfredo llevándose semiinconsciente a mi amigo. Óscar resopla y caigo en que me he puesto nerviosa y he descontrolado sus emociones en el peor momento. Consigo calmarnos a los dos; lo noto en su respiración, que fluye de forma rítmica, como la mía. Aparta sus ojos

de la pantalla para mirarme y dice:

—¿Qué fue lo que le dijiste a mi hermano?

La pregunta me pilla por sorpresa. Con el susto, se me había olvidado mi asuntillo con Marco.

—Se supone que no debo contarlo, de ahí que buscara a tu hermano con tantas ansias.

—Estoy autorizado a conocer información confidencial. Puedes confiar en mí.

—Antes le dijiste a tu mano derecha que no se fiara de nadie. ¿Cómo puedo estar segura?

Le sorprende que haya entendido la conversación, pero continúa:

—Te aseguro que no traicionaría a la Fracción, ni haría daño a la única persona que me importa en este mundo.

Oh, vaya. Su confesión me descoloca porque percibo que no se siente cómodo exponiendo sus sentimientos.

—De acuerdo. Esta mañana mi hermana fue sometida a una técnica, una especie de hipnosis.

—Terapia de regresión. Estoy familiarizado con ella, aunque no la he experimentado. Prosigue, por favor.

—Durante el proceso pude ver cómo su esencia abandonaba su cuerpo.

—¿También estabas sometida?

—No, qué va, solo intentaba que ella no se descarrilara con sus sentimientos negativos. Y, de repente, cuando entra en trance, veo cómo su esencia abandona el cuerpo… Eso fue tremendooo. Mi sorpresa fue saber que nadie puede ver algo así y, por eso mismo, la general me ordenó no contarlo. Es por lo que necesitaba ver a Marco —le explico como si fuera un niño pequeño.

—Es algo inusual. Eres… más especial de lo que creía.

—Sabía que te iba a impresionar. Me has subestimado.

—Ya lo habías hecho antes, pero debemos tenerte bien vigilada. Si esto llega a oídos del Cuerpo Oscuro, estarás en peligro. ¿Pudo alguien escucharlos?

¡Ay, madre! ¿Su hermano ha sufrido un ataque por mi enorme bocaza?

—Diría que no, compartimos mesa con varias personas, pero

juraría que no nos prestaban atención.

—Necesito nombres.

—Las doble V, Manuel, Lidia, Alfredo, Sara y yo. ¡Mierda! Todo es culpa mía por no mantener el pico cerrado. ¡Mira que mi hermana me lo advirtió!

—No, no te sientas mal. Si alguien es responsable de lo que ocurre, soy yo. No he detectado la brecha de seguridad ni a los traidores.

—Lo lamento, Óscar. No quería comprometer la misión ni a nadie.

—Créeme que, si ruedan cabezas, la mía será una. Tenemos un topo y no lo he visto venir. Confié en estos soldados y me han traicionado.

Aprieta los puños y aparta la mirada, la vena del cuello se le infla y vuelvo a percibir un torrente de rabia en su interior. Poso ambas manos sobre su brazo y digo:

—Es culpa mía; no tenía que haber dicho nada. Menuda boca que tengo.

Respira hondo, algo ha cambiado en sus sentimientos y con voz ronca dice.

—Grande y bonita —me dice

Su mirada pasa de mis ojos a mis labios. El ambiente se enrarece, la tensión se intensifica, yo pierdo el poco raciocinio que tengo y el autocontrol que me queda.

—No lo hagas. No ahora. Controla tus emociones y tu don. No es el momento —me ordena.

Sus pupilas están dilatadas y su respiración acelerada. Estoy a punto de abalanzarme sobre él, pero hago acopio de un hilo de la fuerza de voluntad que me queda y alcanzo a decir:

—Tú tampoco me lo pones fácil.

Sonríe, resopla, cierra los ojos y, cuando los vuelve a abrir, suena el teléfono, devolviéndonos a la realidad.

—Dame buenas noticias, Alejandra —dice en un perfecto inglés.

Yo espero impaciente.

—¿Está bien? De acuerdo. Llévalos a los calabozos, avisa al doctor para que examine el cuerpo. Enseguida me reuniré contigo. Desbloquea el cierre y pon al día al alto mando. Por último, envía a

alguien para vigilar a la señorita García, no debe estar sola.

Cuelga y siento alivio en sus emociones. Me tranquilizo porque, al hablar de un cuerpo, me pongo en lo peor.

—¿Han encontrado a Marco?

—Sí, está magullado, pero a salvo.

—¿Han cogido a los que lo han atacado?

—Correcto.

—¿Puedo preguntar quiénes son y quién ha fallecido?

—Puedes, pero no te lo voy a decir. De hecho, no debes contarle a nadie lo que hemos visto en los vídeos de vigilancia. ¿Entendido?

—Señor, sí, señor.

—Me marcho, ¿estarás bien? —Asiento con la cabeza—. Te acompañarán a donde tengas que ir; no quiero que estés sola en ningún momento. ¿Me has entendido?

—Claro, *mi estimado coronel*.

—Te veré luego. Mantén los ojos bien abiertos —me advierte.

—Sí, tranquilo. Vete. Dale un beso de mi parte y dile que lo siento.

—No hables con nadie que no sea tu familia. ¡Con nadie!

Me dice antes de salir por la puerta desbloqueada.

—Tranquilo, yo controlo; vete ya, pesadito.

Y con la media sonrisa que tanto me gusta, se marcha, dando paso al guarda que me va a vigilar.

Le ordenan llevarme a la clínica de nuevo. Me espera una bronca épica. Cuando llego a la planta de la clínica, mi madre no está para fiestas.

—¿Todo bien? ¿Sara sigue viva? —intento desviar la atención sin mucho éxito.

—Sí, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Eres consciente de que nos has puesto en peligro? Cuando te digo que hagas algo, debes hacerlo. Esto no es un juego, Noa.

Está muy enfadada, pero yo estoy cansada y no me quedo callada. Vuelve a hablarme la soldado que no reconozco, la líder con un plan que cumplir.

—No lo hice adrede. He aprendido la lección. Me ha quedado claro que lo importante es la misión y que el resto somos

prescindibles.

Respira hondo y nuestras energías cambian. Me está manipulando; cuando voy a protestar, dice:

—Entiendo que no es fácil y que están ocurriendo muchas cosas que se escapan a la lógica. Pero necesito que luchemos juntas y no entre nosotras.

Tiene razón, aunque sigo ofuscada por la situación.

—Vete con tu hermana, que necesita descansar. Cuídala. Ya hablaremos con calma.

Sara sale agotada y triste; su muestra no sirve: tal y como nos adelantó en la sesión, el ingrediente especial de Aarón no está dentro de ella. Volvemos a estar estancados.

Tras el incidente, todo cambia: las rutinas, las normas, incluso las relaciones entre nosotros. El Cuerpo Oscuro nos ha golpeado desde dentro y no será fácil recuperarnos.

CAPÍTULO 5

El sueño

SARA

Estamos en junio: ha pasado un mes y medio desde mi primera regresión, el incidente de Marco y la punción en mi cerebro. Los ánimos escasean. Mamá, esa criatura con voz de capitán general, sigue escudriñando mis recuerdos una y otra vez, obsesionada con encontrar la clave. Noa entrena sin descanso: el hallazgo de su recién descubierto don no le da ni un respiro. Es el nuevo conejillo de indias del alto mando.

Tía Elena intenta organizar el papeleo que la nueva normalidad exige. Comienza la desescalada para que la población vuelva a sus puestos de trabajo con restricciones y la obligatoriedad de la mascarilla: es como termina el confinamiento en los hogares. Los laboratorios deben volver a su rutina sin Óliver y la fábrica que nos esconde tiene que estar en pleno rendimiento. En el cuartel se respira intranquilidad. Permanecer ocultos ante el mundo será arduo. La situación debe parecer la de siempre, como si no hubiera pasado nada, aunque sea una locura.

Nos hemos convertido en autómatas de nuestras propias vidas. Nos someten a exámenes físicos como si fuéramos astronautas de la NASA, nos proporcionan alimentos saludables, practicamos nuestras habilidades y ensayamos ejercicios en defensa propia. Nos queda poco tiempo para nosotros y eso nos hace mella. No somos soldados bien entrenados, por más que se nos trate como a tales.

Marco, desde el ataque, ya no es el chico desgarbado y despreocupado que conocimos: el incidente lo ha cambiado. La

muerte de Alfredo y la detención de Manuel y Lidia han sido un golpe para la Fracción. No sospechábamos lo cerca que teníamos al Cuerpo Oscuro. Nuestro amigo solo habla con mi hermana por voluntad propia y con mamá por obligación. Los juegos entre Noa y Óscar han cesado por ahora, y no por falta de interés de alguno de los dos, sino de tiempo. Él está enfrascado en sacarles la verdad a los presos a costa de lo que haga falta. Estamos tan concentrados en prepararnos para dar el siguiente golpe a nuestro enemigo que no tenemos siquiera tiempo de vivir ni de involucrarnos en actividades que nos permitan distraernos.

He perdido la esperanza de recuperar a Óliver y al equipo de rescate. No hemos vuelto a saber de ellos y es como si se hubiera abierto una sima y los hubiese engullido. De los líderes del Cuerpo Oscuro tampoco hay rastro: o se han marchado del archipiélago o su escondrijo es bueno, mejor de lo que podíamos haber supuesto. En lo que a mí respecta, he dejado de estar triste y enfadada; ahora solo pienso en cómo acabar con el enemigo, con esta guerra y con volver a mi vida de siempre, esa que quedó interrumpida y que tanto anhelo y valoro ahora.

Tras someterme a la terapia de regresión —tan dolorosa en lo más íntimo de mi ser—, he vuelto a tener sueños. Son diferentes a los anteriores, pero me generan ansiedad de nuevo. Cuando Noa interfiere en mis emociones y me calma, pregunta la causa de mi desasosiego. Siempre le miento. Me da pudor contarle lo que experimento cada noche. ¿Cómo le cuentas a tu familia el *affaire* con Aarón, que fue, a fin de cuentas, tu tío carnal en otra vida?

En el sueño, veo que estamos en el laboratorio en plena Segunda Guerra Mundial, trabajando sin descanso en la cura. Es tarde y los ánimos están alicaídos porque no logramos resolver el enigma, aunque no dejamos de intentarlo. Hoy ha venido con una muestra de color rosa flúor que no sé de dónde ha salido. Dudamos si funcionará, pero probamos; no nos queda otra.

—Traigan al sujeto —ordena Aarón a uno de los guardas que custodia el laboratorio.

—Sí, señor.

Se marcha y unos minutos después aparece con un pobre hombre

judío, desnutrido y sin asear.

—¡Retírese, soldado!

Cuando nos quedamos solos, le inyecto el veneno y, en cuanto vemos que se nos va, que estamos a punto de perderlo, Aarón le administra la cura con un nuevo pinchazo. Lo observamos expectantes con las respiraciones contenidas. Y el milagro que tanto ansiábamos se hace realidad. El preso vuelve en sí y está bien.

—¡Lo hemos logrado! —exclama eufórico Aarón.

—Por fin… —digo con la voz entrecortada—. Es… es un milagro.

El chico de los ojos azules como el mar se acerca y planta sus labios sobre los míos llevado por la euforia del momento, aunque quizá son ganas contenidas; o, quién sabe, tal vez lo hace solo por celebrarlo. Es nuestro primer beso, ese que llevo deseando tanto tiempo. Le devuelvo el gesto y replicamos el beso, hasta que caemos en que no estamos solos y en que el sujeto de la muestra se queja, confundido, y se aleja. ¡Pero no puede salir! No puede exponerse …

—Debemos sedarlo y sacarlo de aquí o lo matarán. No podemos permitirnos más muertes. ¡Tenemos que ayudarlo! —le suplico.

—¿Nos la vamos a jugar por un preso? —pregunta Aarón.

—No. Lo haremos por cambiar el transcurso de la historia —le contesto muy seria.

Me mira, sonríe y asiente.

Aarón va tras él, lo detiene y le aplica un calmante que le ralentiza las pulsaciones hasta el punto de sostenerlo para que no caiga y se desnuque. Lo recuesta en el suelo y me acerco: parece muerto. Una camilla destartalada nos sirve para transportarlo tras quedar cubierto de pies a cabeza con una sábana. Abandonamos la estancia.

—¡A la sala gris! —dice sin dirigirse a nadie en especial y para que lo oigan los soldados. «La sala gris», un eufemismo para referirse a la morgue.

—Señor, nos podemos encargar —ofrece uno de los soldados.

—No se preocupen, lo hacemos nosotros… Necesitamos estirar las piernas y disfrutar de otro triunfo. Sé que lo entienden. —Les guiña un ojo mientras me dirige una mirada de soslayo.

Los soldados se sonríen. Me miran, pero no a la profesional que trabaja en el laboratorio, sino con otras miradas que me tensan y me cambian el humor.

—¡Sí, señor! —contestan entre risas, propinándose codazos.

Cuando nos subimos en el montacarga, me giro y le digo:

—Pero ¡cómo te atreves! Me ha costado labrarme el respeto entre los soldados. Y tú les das motivos para que me miren de otra manera. ¿Por qué? ¡Es imperdonable! —le grito enojada cruzando los brazos.

—¿Quieres bajar la voz y tranquilizarte? Era una maniobra de distracción; mañana lo arreglo, no te pongas así. Estamos de celebración, ¿recuerdas? Por fin lo hemos conseguido. ¡Tenemos la cura! ¿No te alegras?

Me sujeta por la cintura y se arrima a mí.

—Sí, claro que me alegro —digo a regañadientes—, por supuesto, pero las mujeres no estamos a salvo, y si me expones, se creerán con unos derechos que no tienen. ¡Maldición, Aarón! Ya tengo que lidiar a diario con Tomás, y ahora… esto.

—Cierto, perdóname. Soy un estúpido y te pido disculpas. Fue lo primero que se me ocurrió con esas cabezas huecas. Mañana lo soluciono. Como a alguien te ponga una mano encima, lo mato. Vamos a liberar a este pobre hombre y a celebrarlo. Nos lo merecemos —añade dándome un beso sutil en los labios.

—Gracias. —Respiro hondo.

No quiero que nuestro triunfo, el trabajo de meses, quede disminuido o pierda importancia por mi enfado. Necesitamos una alegría con esta guerra que no debería estarse librando. Olvido lo que ha pasado y me animo a mí misma

—¡Lo hemos conseguido! —digo emocionada—. Es increíble, pero ha sido gracias a ti. Eres tú quien lo ha hecho posible. Por cierto, ¿de dónde has sacado esa muestra? Nunca he visto algo así; nunca en todos estos meses. ¡Es algo… insólito!

—Todo a su debido tiempo, preciosa.

En cuanto el elevador se detiene, salimos, saludamos a los guardas con los que nos cruzamos y entramos a la morgue. La habitación tiene una puerta trasera que se abre a un horno

crematorio, pero también cuenta con otra que da al exterior y que nos proporciona una vía de escape para nuestro paciente. Nos apuramos en cubrirlo con algo de ropa. Se ocupan de él dos ayudantes que lo pondrán a salvo. Deben ser Guardianes de la Esencia.

Corremos al interior, entre nervios y excitación, por haber recuperado una chispa.

—Deberíamos descansar —sugiere Aarón.

—Sí, ha sido un día duro, aunque satisfactorio también —contesto.

De camino a las habitaciones, estoy nerviosa por las expectativas de lo que pueda ocurrir. Aarón no dice nada y a la vez dice mucho al clavarme esos ojos azules que me traspasan el alma y me devoran con ansia.

Llegamos a mi cuarto y lo dejo pasar. No tengo dudas: le quiero. Lo que ocurre entre nosotros es increíble, algo así como tocar el cielo. Sé que es una comparación manida, pero no se me ocurre nada más acertado ni cómo ofrecer una imagen mejor. Óliver es el mejor amante que he tenido, pero con Aarón es diferente; un impulso más primitivo, más potente y salvaje. Lo que sentimos no es su prioridad, no es amor puro, sino una necesidad urgente, casi voraz, que nos arrastra sin pedir permiso. Con Aarón, todo es más intenso e instintivo; no buscamos refugio el uno en el otro, sino una chispa que nos incendie. Y, aun así, en medio de ese caos, hay momentos en que casi parece amor…, casi, pero no lo es. No es como con Óliver. Solo puedo decir que el sexo con él es inolvidable.

Nos hemos quedado tumbados, envueltos en un abrazo. Entre arrumacos y besos, me confiesa de dónde ha sacado la muestra:

—Me he extraído un poco de mi esencia —se toca la cabeza y me guiña uno ojo—, de la que circula por aquí.

—¿Cómo sabías…? Jamás había escuchado algo así. ¿Cómo te has punzado el cerebro sin desmayarte? —le pregunto.

Como científica, no alcanzo a entender sus hallazgos ni su extraña metodología. Aarón y sus peculiaridades: siempre un pasito por delante.

—Si te dijera que podemos abandonar nuestro estuche por

voluntad propia, ¿me creerías?

—Imposible —contesto. ¿Es una broma? ¿Ahora me toma el pelo? No sé a dónde quiere ir a parar.

—Es posible: lo he hecho —me confiesa.

—Aarón, si no quieres contarme la verdad, lo entiendo, pero no inventes; no es necesario —le digo.

Me observa en silencio y algo me dice que no me miente, pero mi cabeza racional se niega a creerle.

El sueño debería hacerme sentir bien porque revivo cada noche una historia de amor increíble. Sin embargo, lo que me turba es lo que ocurre después. Estoy tumbada junto a Aarón, pero no es él, sino Óliver, en la misma habitación, acurrucados como es nuestra costumbre, pero no es él, sino mi difunto novio, y, sin embargo, es tan real como imposible. Me desconcierta y me genera ansiedad. Estoy en una especie de duermevela entre dos mundos cuando oigo que me susurra:

—Llegará el momento en que encontrar la solución al problema sea un dilema, un rompecabezas inviable. —Es Óliver quien habla, pero debería ser Aarón… ¡Esto lo viví con él! ¿O no es un recuerdo? Hace una pausa y continúa—. Dile que conecte con su Esencia Original, que acepte de dónde viene, que haga las paces con su pasado y todo se resolverá. Confía en mí.

No hay lugar para réplicas o explicaciones, porque me despierto. Estoy nerviosa y confusa. Sé que no es una vivencia pasada, sino que alguien la ha colocado ahí y no sé cómo interpretarlo. ¿Qué significa? ¿De quién habla? ¿Por qué veo a Óliver en vez de a Aarón? ¿Me estoy volviendo loca? No se lo he contado a nadie. ¿Cómo podría? Me avergüenza que mi madre me vea en esa situación con su hermano, y si se entera, va a querer someterme a la terapia y mirar más allá. No, no puedo compartirlo con ella, no aún. No es fácil cargar sola con esto, pero ¿a quién se lo cuento? ¿Y si es la clave para avanzar? Necesito contárselo a alguien que no me juzgue y me escuche. Tengo que atreverme. Mientras terminamos de arreglarnos para comenzar nuestra rutina, se lo digo a la única persona que puedo:

—¿Qué opinas? —le pregunto.

—O sea que te acuestas con nuestro tío, pero al final ves a tu novio para no sentirte culpable. Tú sí que sabes… —dice.

—¿En serio, Noa? ¿Esa es la conclusión que sacas?

—Veeengaaa, perdona, es que, si no lo digo, reviento. —Me dedica una sonrisa gamberra y añade—. Es peculiar, desde luego. No sabría decirte qué significa. Deberías informar al alto mando. ¿Quién mejor? Seguro que ellos lo descifran.

—Vaya, no se me había ocurrido. Tenemos a la doble de Einstein en la familia; mira tú qué afortunados. No, gracias. ¿Alguna otra sugerencia? ¿No te choca lo de Óliver?

—Puuueeeesss sí, pero quizás tu subconsciente te la juega. Entre las ganas de que siga vivo y la culpa, te sale un sueño muy curioso.

—No, no son cosas de mi mente. Sé que esto es un mensaje. No puedo explicarlo, pero no es un recuerdo, y tampoco es producto de mi imaginación —le digo con absoluta certeza.

—Entonces, debes contarlo. ¿No has pensado que a lo mejor habla de mamá? Son hermanos y quizás es la clave que la general lleva buscando estos meses —explica mi hermana.

Analizo sus palabras y me digo que podrían tener sentido, pero no estoy convencida de compartir la información. No quiero que me sometan y ser el nuevo juguete con el que experimentar.

—Si se lo cuento, va a querer hacer la terapia… y no es un recuerdo que me apetezca que vea. Es incómodo; no solo incómodo, sino ¡violento! ¡Dios! ¡Qué raro es todo esto! ¿Crees que él sabría de nuestro parentesco? —le pregunto.

—Cosas más extrañas se han visto, hija —dice peinándose con esmero.

Imagino que se arregla con la esperanza de tropezar con el Macizo.

—Eso sería… —No termino la frase.

—Inusual, atípico, infrecuente, anormal —dice, aplicándose rímel.

—¿Te tragaste un diccionario? —No estoy acostumbrada a que mi hermana se descuelgue con ese tipo de respuestas. ¿De dónde saca tanto adjetivo?

Hace con su boca una mueca torcida mientras pone los ojos en blanco.

—¡Qué tonta eres! Si lo piensas bien, la de relaciones que habremos tenido entre nosotros… Quién sabe, hasta es posible que en otra vida Óliver fuera tu hermano o tu hijo. No me digas que el Núcleo no es un poco capullo al enviarnos así, a lo loco. Y, claro, luego el azar hace de las suyas. Agradezco no tener el don de la memoria, la verdad, porque estaría traumatizada con estos giros de la vida —explica Noa sin dejar de mirarse en el espejo.

Me fastidia reconocerlo, pero tiene razón. ¿Cómo podemos descartar un idilio con una persona con la que hemos tenido un vínculo familiar en otra vida? Si las conexiones son tan potentes que no se pueden desligar, no estamos libres de las relaciones turbias que surjan.

—¡Toma ya! Acabo de justificar tu aventura con el hermano de mamá, en un pispás.

—Así no me ayudas. No sé para qué me molesto en contártelo si no te lo tomas en serio.

—Vale vale, perdona. Es que me sentía muy culpable por fijarme en un tío mucho mayor que yo después de mi ruptura, pero con lo tuyo se me pasa.

Me guiña un ojo y yo quiero matarla.

—Me encanta ser objeto de tu diversión, pero no tengo paciencia. Me largo.

Me levanto de la litera. Estoy enfadada porque sigo igual, sin una solución que pudiera aliviarme la carga que arrastro.

—¡No, espera! Discúlpame, hermanita… La verdad es que llevamos unas semanas muy duras, que la vida nos ha cambiado de la noche a la mañana y ya ni siquiera nos parecemos a quienes éramos antes de entrar aquí.

Se levanta y se acerca a mí. Me mira y, sí, es ella, Noa, la Noa que conozco, mi peque, aunque juraría que en este tiempo ha madurado.

—Lo siento —dice—. Solo pretendía cortar la tensión, peeerooo ya veo que no estamos de humor, así que me voy a poner superseria. Yo creo que se refiere a mamá, no le veo otro sentido; ella dijo algo de su primera familia, ¿no fue así? Y aquí nada pasa por casualidad… Seguro que hay alguna conexión.

—Lo que no entiendo es qué tiene que ver mi sueño con esto de ahora. ¿Cómo vamos a conseguir la cura?, ¿cómo?, ¿haciendo que mamá confíe en sí misma? Entre tú y yo, ¿crees que es insegura?

—No sé, Sara, aquí las cosas pasan con un fin. ¿Insegura? Si te fijas en su aspecto, puedes pensar cualquier cosa, pero no busques la lógica porque te volverás loca. Si tienes miedo a la terapia, oponte, no te puede forzar, pero yo creo que es importante que tengan la información.

—¿Crees que mamá me dejará tranquila?, ¿crees que no me obligará? Lo dudo. Desde que supo quién era Aarón en mis recuerdos, se ha obsesionado. No la reconozco, tenemos conversaciones pendientes… Nos debe muchas explicaciones, ¿no lo ves? Y lo único que hace es darnos largas. No ve más allá de la misión. Nos trata como soldados o como instrumentos para un objetivo. Ya… ya no somos sus hijas.

—Cierto, te doy la razón, se ha convertido en un muermo insensible y se lo está contagiando a papá. ¡No hay quien los aguante! A veces pienso si de verdad ellos son ellos…

Se queda pensativa. De repente, se sonríe como si tuviera una buena idea y dice:

—Oye, ¿organizamos una comida familiar? Solo los cuatro, y aprovechamos para contárselo a mamá, pero fuera del rollo jefaza.

No se me había ocurrido y me parece viable; si lo planteo como algo informal, quizás logre que no me agobie.

—¿Por qué no? Nos vendrá bien sentarnos juntos y hablar. ¿Sabes qué? A veces eres muy lista.

—¿Solo a veces? Me subestimas, querida —Me guiña un ojo y continúa—. Yo me encargo de avisarles. Ya sabes que nadie me supera tramando encuentros incómodos. Encárgate tú del lugar y de la comida —me ordena.

«Como si hubiera mucho donde elegir», me digo. Mi hermana vuelve a ser la niña que es.

—¡Oye! ¿Quién te ha puesto al mando? —le reclamo.

—Mi idea, mis condiciones.

Y sin permitirme discutir, sale de la habitación. Así es ella: impulsiva y mandona. Me levanto y corro para sujetarla y que no me

deje con la palabra en la boca.

—¿Qué voy a hacer contigo, enana? —le pregunto agarrándola del brazo.

—Aguantarme; no te queda otra.

Pongo los ojos en blanco. Se abren las puertas del ascensor y, cómo no, allí está el anhelo de mi hermanita, su «estimado coronel».

—Señoritas… —dice con una leve sonrisa.

La devora con la mirada y yo me sonrojo. A Noa acaba de envolverle una nube de felicidad. O de lujuria, sería más acertado decir. Entra contoneándose y mueve la melena que tanto se esmeró en cepillar.

—Vamos a tener que dejar de vernos así. ¿¡Qué van a pensar!? —dice Noa al coronel con tono burlón.

Nos colocamos al fondo, como es habitual en sus escasos encuentros.

—A usted no le afectan demasiado las opiniones ajenas —le responde Cavalli.

Le sigue el juego. Advierto que no solo no se corta, sino que le encanta participar.

—Hum… ¡Correcto! Por una vez, vamos a estar de acuerdo —dice mi hermana distraída.

Los ojos de Noa se desvían hacia su coronel. Viste camiseta negra ajustada que remarca su musculoso tórax, unos pantalones del mismo tono llenos de bolsillos y una pistola enfundada, cruzada a la espalda. Su postura recta e impecable, podría decirse que es ajena a todo, pero a mí no se me escapa que es una provocación para que mi descarada hermana lo mire más.

—¿Hay algo que la distraiga? —pregunta sin mirarla.

—Así es, las vistas siguen siendo inmejorables —contesta Noa con absoluta desvergüenza.

Su tono es jovial. Yo voy saltando del uno al otro, con los brazos cruzados, incrédula. Por lo visto, les da igual que estemos rodeados de otros soldados. La discreción ha pasado a mejor vida.

—Me alegra ser partícipe de lo que la distrae —dice el coronel.

—Curioso que hoy estemos de acuerdo en casi todo… Muy curioso. —Noa disfruta con cada palabra que suelta.

El ascensor para, el Macizo se baja y añade:

—Como siempre, un placer.

—Esta vez, el placer ha sido mío —dice mi hermana sonriente.

Él le dedica una amplia sonrisa y se marcha. Me quedo en silencio durante unos minutos hasta que digo:

—Ejem… ¿Cuál es el plan?

Intento que dejemos atrás ese episodio y nos volvamos a centrar en lo que tenemos que hacer.

—¡Ains! —Suspira—. Primero, buscas a tía Elena para que te ayude a encontrar un sitio apropiado; después, vas al comedor y les dices que nos preparen algo rico y que lo lleven allí. ¡Porque me niego a comer en el comedor! Necesitamos un lugar reservado. Yo me encargo de liar a mamá y a papá para que estén en el sitio y a la hora que me digas cuando me confirmes la ubicación.

Tiene una capacidad de improvisación increíble; apenas ha tenido tiempo para pensar, y menos, después del encuentro o tonteo con su… con el coronel Cavalli.

—¡Señora, sí, señora! —le digo cuadrándome. Hay que ver qué mandona se ha puesto.

—Muy graciosilla…, pero tú cíñete al plan. Si sale bien, pasaremos una velada inolvidable y, si no… también.

Me hace una seña para que la siga; estamos en la última planta, la del alto mando, donde confiamos en que encontraremos a nuestros progenitores y a tía Elena.

Acierto. La encuentro fácil: está en su despacho y muy concentrada tras una pila de papeles. Entro sin pedir permiso.

—¡Hola, Elena!

—Hola, cariño. ¿Qué te trae por aquí? —me pregunta.

Se levanta y se acerca a abrazarme.

—Necesito tu ayuda, pero miro tu mesa y…, madre mía, ¿puedo ayudarte?

—No, no te preocupes, la burocracia siempre es un lío y la nueva normalidad trae mucho trabajo administrativo que debemos tener al día. ¿Qué necesitas? Me encantará salir de la rutina.

Si algo caracteriza a tía Elena, es que siempre está dispuesta a ayudar; su predisposición es maravillosa y tiene una energía tan

bonita como contagiosa.

—Mi pequeña y liante hermana está organizando un encuentro familiar. Queremos tener un momento los cuatro. Desde que estamos aquí, no hemos podido hablar con tranquilidad, pero no sé qué sitio sería bueno...

Cierro la boca y me quedo pensando en lo egoísta que ha sonado. Ella está sola, sin su familia, con la preocupación de Nati, que sigue hospitalizada sin saber si volverá y sin poder acercarse a ella y a Fran, su marido. Su familia está confinada y ajena por completo a esta locura. Me siento fatal.

—¡Ay, Elena! ¡Qué mal! No debí acudir a ti. Soy una estúpida quejándome con lo que tú estás pasando.

—No seas boba, cariño. Si yo pudiera, también lo haría. No me molesta, al contrario, me encantará colaborar.

—Muchas gracias. Eres… eres un sol. Verás…, necesitamos un sitio, algo privado para vernos a solas.

Las palabras se me atragantan. Qué falta de delicadeza la mía.

—Sin problema, ahora aviso para que pongan a disposición el *office* de la planta de las habitaciones. No se usa. Es un buen lugar donde reunirse sin interrupciones. ¿Algo más?

—Sí, claro; que te pases por allí y compartas ese ratito con nosotros. Eres parte de la familia.

Le pongo cara de lástima y hasta le hago pucheros. Se sonríe y añade:

—¡Hecho! Iré, pero más tarde, para que tengan un rato a solas. —Descuelga el teléfono y ordena que habiliten la sala—. ¿A qué hora? —me pregunta.

—Sobre las dos y media, ¿te parece bien?

Asiente y se lo comunica al interlocutor. Me despido de ella y busco a Noa. Debo avisarla de que mi parte del plan está hecha. Cruzo los dedos para que salga bien.

El encuentro comienza con una notable tensión. Nuestros padres aún no han arreglado sus cosas y eso no ayuda. Es enrevesado relacionarse como antes, dada la diferencia de edad y el hecho de

que tengamos que considerar a la criatura de seis años que tenemos delante como nuestra madre… y como la esposa de papá. ¡Tiene seis años! Estamos en medio de una situación compleja y estresante que no es fácil para ninguno.

Después de unos minutos de silencio incómodo y un par de caras interrogantes, Noa hace su magia, aunque nada tenga que ver con su don; es más: ella misma puso la norma de no utilizarlas, de dejar ese tipo de habilidades fuera de esta reunión en la que todo debe ser lo más «normal» posible.

—¿Recuerdan la última vez que estuvimos los cuatro juntos? Yo sí, es un acontecimiento que me ha acompañado estos seis años; yo era una cría, Sara tenía mi edad, el pelo de papá no era tan canoso y, mamá, tú eras un poco más alta.

—¿Solo un poco? —añade mamá sonriendo.

«Bien, Noa, bien», digo para mí, y mi hermana continúa:

—Cuando moriste, rezaba cada noche para que pudiéramos estar de nuevo juntos y ahora que mi deseo se ha cumplido, estamos aquí con cara de amargados y sin dirigirnos la palabra. ¡Increíble!, ¿no? Entiendo que la misión es una prioridad, pero por una vez, ¿podríamos volver a ser una familia… normal?

Nos miramos como hace tiempo que no hacemos, nos sonreímos y nos cogemos de la mano. Durante un rato hablamos de anécdotas de nuestra infancia, de lo peliagudo que fue para nuestro padre hablar de sexo con nosotras, de cuánto hemos añorado a mamá, y hasta nos permitimos alguna carcajada con las ocurrencias de Noa. Por fin, la tensión desaparece.

—Mamá, necesito preguntarte algunas cosas de lo que está ocurriendo —le digo cambiando de tema.

—Claro, cielo, te diré lo que pueda.

—¿Los abuelos también fueron Guardianes? ¿Cómo sabes que eres uno y cómo fue que te hiciste? ¿Por qué Óliver no lo es? —pregunto sin parar.

Necesito saber tantas cosas que las palabras salen de mi boca sin control y hasta con urgencia.

—¡Vayaaa! Algunas cosas, dice, loca, son un montón de preguntas, dale un respiro —me recrimina mi hermana.

—Tranquila, cariño, no pasa nada, vamos por partes. —Hace una pausa para ordenar las ideas y añade—. No, los abuelos, o sea, mis padres, no fueron ni han sido Guardianes. Tenían una fe ciega en el Núcleo y sus normas. Digamos que, con la crianza de los primeros niños con habilidades especiales, no podían asumir más responsabilidades.

Llaman a la puerta y mamá da su permiso. Un soldado entra con un carrito y la comida repartida bajo tres cúpulas. Mamá, con un «retírese; nos ocuparemos del servicio» da las gracias y el asistente sale. Destapamos los platos y el olor a raviolis con salsa pesto, algo que había olvidado, lo envuelve todo. Mi hermana se relame y, aunque mi estómago ruge, mi hambre de información es más potente.

—En cuanto a tu segunda pregunta: me hice Guardián para proteger la perpetuidad de la especie; si algunos no nos dedicásemos a preservar el secreto, hace tiempo que no habríamos extinguidos. No, no recuerdo cómo y cuándo me hice Guardián. No soy Memories, aunque conserve alguno de mis recuerdos, pero este no es uno de ellos. Imagino que me convertí en el instante en que Aarón me enseñó lo que sé. Los Guardianes estamos y somos gracias a él. ¿Cómo sé que lo soy? Es innato, igual que nuestras habilidades. Llega un momento en que surge. Con respecto a Óliver, podría haber sido uno de los mejores guardianes, pero nunca quiso atarse al Núcleo. Aunque defiende lo que se nos impone, cuando viajó por el mundo para descubrir la terapia, algo o alguien le hizo cambiar su percepción de lo que nos rodea y ya no volvió a ser el mismo.

Papá no dice nada. Solo atiende cada palabra que sale de la boca de la niña que es su mujer.

—Pero Jacobo dijo que había hecho algo contra el Núcleo, que le hizo pensar que podría ser un gran aliado —explico.

Recuerdo la conversación que tuvieron Óliver y Jacobo cuando fueron a rescatarme. Fue un destello, pero se me pasó por la cabeza que podía ser un traidor, un posible aliado del Cuerpo Oscuro. Pero mi Óliver no; él no era malo.

—Cielo, no creas lo que dice, Jacobo es un embaucador y juega a

ponernos en contra. Confía en mí cuando te digo que Óliver nunca ha hecho nada que pusiera en riesgo su permanencia en la Tierra.

¿Confiar en ella? Es complicado teniendo en cuenta lo que nos oculta. A menudo estoy tentada de darle la razón a Noa sobre si no serán todos una panda de impostores.

—No me pareció que Óliver estuviera en desacuerdo con las palabras de Jacobo, madre. ¿Es posible que no te lo haya contado?

—No, no lo creo. Desafiar al Núcleo supone no volver y él sigue estando con nosotros.

—De eso no estamos seguros —digo con amargura.

—No pierdas la esperanza —contesta ella.

Es la primera vez que suena sincera, que suena a una madre que quiere consolar a su hija. Es como si se hubiera abierto una brechita que me permite reconocerla.

—Me parece increíble que estemos en guerra porque unos tipos se sintieron solos y abandonados en una de sus vidas —interviene Noa.

—No es tan sencillo, hijas. —Mira a papá, que ladea la cabeza a uno y otro lado y aprieta los labios—. Tienen que saber que lo que se cuenta no se ciñe a la realidad pura y dura —explica mamá.

—¿Y cuál es? —pregunta mi hermana.

—No… no puedo hablar de ello ahora —contesta la general.

Poco ha durado su lado tierno y dulce.

—Me fastidia que nos dejes siempre a medias. Haces igual que Óliver —contesto molesta.

—Lo siento, hija. Algún día, cuando esta guerra acabe, te lo contaré. Te lo prometo —dice mi madre.

Quiero gritarle que estoy harta de sus verdades a medias, pero Noa, que intuye que voy a estropear el momento, me interrumpe.

—Me toca preguntar. Tengo una curiosidad: la gente que ha estado a punto de morir y que no lo hace asegura ver una luz al final del túnel. ¿Es el Núcleo lo que ven?

Mi hermana y sus preguntas ocurrentes que ahora me despiertan la curiosidad también a mí. Papá observa a mi madre con atención mientras pincha los cuadraditos de pasta como si en ellos se escondiera un mensaje en clave. También aguarda una explicación

convincente.

—No, no lo es. Si lo fuera, no volverías de nuevo. Solo lo vemos cuando dejamos nuestra vida terrenal. En realidad, esa luz es la del hospital o la del lugar donde nacemos de nuevo.

Las caras de «no entendemos nada» son tan claras que mamá retoma la palabra y continúa relatando:

—Ya saben que cuando morimos viajamos a la velocidad de la luz. Es cierto que, para nosotros, como chispas, dura un pestañeo, pero en la Tierra se traduce en años que nos aseguran no coincidir con los seres queridos con los que hemos compartido la última existencia. En ocasiones, parece que el cuerpo humano hubiera llegado a su fin; lo abandonamos con calma y, si no hemos violado ninguna regla, volvemos de inmediato. La luz que vemos es del lugar al que regresamos en cada nuevo nacimiento. En ocasiones, cuando ya hemos abandonado el cuerpo que creemos inservible y estamos a punto de nacer en otro, un médico revive el antiguo y, puesto que seguimos ligados a él, volvemos. Esa es la explicación de la luz al final del túnel.

—Y el cuerpo del recién nacido ¿quién lo ocupa? —pregunta Noa.

—Por desgracia, nadie. Sería un parto infructuoso y un bebé fallecido en el momento de su nacimiento. Al Núcleo no le da tiempo de enviar a otra esencia en un instante tan ínfimo.

—El Núcleo me parece un ente inútil. Si no nos evita el sufrimiento, ¿para qué nos sirve? —le digo mosqueada.

—No hables así, Sara —dice muy seria mi madre—. Sin él no existiríamos, no lo olvides —contesta con una fe inquebrantable.

Me asombra que no se cuestione nada sobre algo que nunca ha visto. Yo no tengo convicciones tan claras con todo esto que está pasando. Me como un trozo de la pasta que nos han servido y que, para mi asombro, está delicioso. Seguro que tía Elena les ha pedido que se esmeren. La comida aquí no es mala, pero no destaca. A menudo sabe toda igual.

—No entiendo que sientas orgullo por ser Guardián. Mienten, engañan, ¿y para qué?, ¿cómo estás segura de que haces lo correcto?

Mi padre interrumpe la conversación. Dice lo justo, pero apoya a

su mujer.

—Aunque no lo entiendas, debes respetarlo y apoyarlo.

No es una sugerencia, sino que suena a orden directa. Nunca imaginé que mi padre compartiera tal devoción. Lo miro sorprendida.

—¿De veras opinas así, papá? —le pregunta Noa.

—Quiero acabar con esta situación para que ustedes puedan volver a sus vidas. Eso es lo único que me importa —contesta.

Nos quedamos callados reflexionando sobre lo que acaba de decir. No habla mucho, pero cuando lo hace nos deja sin palabras.

—Estamos atascados, ¿verdad? —pregunta Noa a mamá.

Yo me tenso porque temo que me toque abrir mi cajita de Pandora y contar ese sueño que guardo con recelo.

—No estamos avanzando lo que nos gustaría, pero hay buenas noticias: sepan que hemos localizado a la cúpula del Cuerpo Oscuro y que pronto asaltaremos su nuevo escondite.

Me sorprende que mamá nos cuente los hallazgos; no es de mostrar sus cartas, y menos, a nosotras.

—¿En serio? ¡Fantástico! Por fin les llevamos ventaja —dice Noa con ese entusiasmo suyo que lo envuelve todo—. Sara, no vas a tener que contarles nada; si los atrapan, se acaba la guerra, ¿no?

Mis ojos se abren mucho y en mi mente aparecen mil formas de cómo matarla. ¿Es posible que me la haya jugado de esa manera? Que me sujeten, que la reviento.

—¿Hay algo que quieras decir? —me interroga la general.

Si quedaba algún resquicio de la madre que fue, se acaba de esfumar y solo queda la soldado que lleva dentro. Papá me observa sin decir nada; Noa quiere que la tierra se la trague y, de pronto, llaman a la puerta. Elena se queda parada en el umbral, detenida por nuestras caras largas, que evidencian una situación tensa.

—¿Interrumpo? —pregunta.

—No, pasa, has llegado a tiempo de ver cómo Sara me atraviesa con la mirada. Estoy a punto de saltarme la norma de no usar mi don para calmarla —dice Noa, y no puede ser más explícita. Juro que la amordazaría para que no pudiera hablar más en la vida.

Elena cierra la puerta y se sienta esperando que yo diga algo.

—Sara, no tenemos toda la noche —ordena mi madre de forma

indirecta.

Tengo la garganta seca. Se avecina una tormenta y no me he traído la protección. Cuando proyectamos este encuentro, no imaginé semejante encerrona.

—De acuerdo, sí, pero antes de desvelar mis últimos hallazgos, prométeme que no me obligarás a someterme a la terapia —le pido a mamá.

—No puedo prometerte nada hasta no saber lo que es —contesta con voz de mando.

Por ahí no paso. Puedo ser tan terca como ella.

—No es negociable: o me lo aseguras o no te lo cuento —le contesto.

—Sara, estamos en tiempo de guerra y tenemos que hacer cosas con las que no nos sentimos cómodas —insiste ella.

—No, no me vas a convencer, lo tomas o lo dejas —le digo cuando estoy a punto de perder la paciencia.

—Vica, no la presiones. Asegúralo; siempre tendrás tiempo de negociarlo —le sugiere tía Elena.

Mi padre interviene en mi defensa. Si no fuera porque los nervios me tienen atrapada y porque la situación es extraña, lo abrazaría sin dudar.

—Sara ya es adulta —dice dirigiéndose a su mujer—; supongo que es difícil de recordar porque no has estado a su lado en estos últimos seis años. Respétala y no la manipules.

No me gusta que peleen y menos por mí, pero agradezco tenerlo de mi parte. Les queda mucho para una verdadera reconciliación. Ella lo mira impasible, aunque me consta que las palabras que le ha dicho la han dañado. Me mira y dice:

—De acuerdo, cuéntame.

Les explico el sueño, sin detallar las partes sexuales, mientras sigo atenta cada una de sus reacciones. Elena se queda pensativa; intuyo que intenta analizarlo desde sus recuerdos. Papá está en alerta por si tiene que volver a protegerme. Noa mira de un lado a otro esperando una respuesta y mamá, tras un breve silencio, se levanta de golpe de su asiento.

—¿Estás bien? —pregunta papá.

—Sí, muy bien. Ya sé lo que debemos hacer.

—¿El qué? ¿Eres tú a la que se refiere? —pregunta Elena.

—Sí, así lo creo. ¿Cómo me pides que no indague? Podría ser la clave.

—No, ya te he dicho que no. Además, la última parte no es un recuerdo; alguien lo puso ahí. Estoy segura.

—De acuerdo, pues hagámoslo —nos dice mamá.

—¿Hacer el qué? —le pregunta Noa.

Estamos confusos, no entendemos nada. La miramos esperando una explicación que no parece que vaya a llegar.

—Lo sé, pero no hay tiempo; no podemos entretenernos. Tenemos que ir a la sala de terapia. Ahí debo hacer algo y no lo lograré sin ayuda.

Abandona la habitación dejándonos con las mismas dudas y con la sensación de que tras mi sueño está la clave que tanto necesitamos y que quizás nos dé la jugada para terminar con esta maldita guerra.

CAPÍTULO 6

El secuestro

NOA

Seguimos a mi madre a la sala de terapia. Ella pide a papá que grabe desde la sala contigua el proceso de lo que sucederá. Sara, Elena y yo entramos con ella. Cerramos desde dentro pulsando un mecanismo que bloquea la puerta. Estoy ansiosa por saber lo que ocurrirá. Entiendo que acerté al intuir que la persona del sueño, esa que debe lidiar con su pasado, no es otra que mamá.

—Voy a someterme a la terapia —dice mi madre.

Nos miramos sin entender lo que quiere lograr, pero nadie la interrumpe.

—Elena, me guiarás como en otras ocasiones. No entres; solo ponme en trance con tu voz. Quiero estar sola, debo hacerlo sola. Cuando esté lista, regresaré. ¿Entendido?

Tengo ganas de pedirle explicaciones, de gritarle que lo que hace y dice no tiene sentido. Si no fuera por esos ojos tan familiares y por la convicción de quienes me rodean de confiar en ella, no creería que es mi madre. Se ha convertido en una soldado con una misión que cumplir, y la mujer protectora, cariñosa, que me crio y me enseñó a amar la vida, ha desaparecido junto con su antiguo aspecto. ¿Por qué nadie se opone? ¿Soy la única que se siente confusa con esta situación? Me contengo de soltar lo que me ronda la cabeza por miedo a que me eche de la sala sin remordimientos. ¿Qué tendrá que arreglar o hacer? Respiro hondo para sosegar mis emociones y asiento como el resto de los presentes.

Ejecutaremos sus órdenes sin rechistar. Si algo hemos aprendido en el tiempo que llevamos aquí, es esto: cuando quiere cumplir un objetivo, nada ni nadie se lo impide.

—Noa, vigila mi chispa. Obsérvame; si en algún momento algo no va como debería, indícale a Elena que me traiga de vuelta. Solo en ese caso; por lo demás, no interfieras. Sara, ¿podrías hablarme de Aarón, de tus recuerdos? Necesito conectar con los míos, que están bien enterrados. Confío en ustedes. Concéntrense. Si sale bien, estaremos más cerca de ganar esta guerra.

Hace una pausa, mira al espejo y añade:

—Emilio, atenúa las luces. —Las luces del techo se apagan y quedan solo las de los paneles retroiluminados que rodean la sala—. Comencemos.

—Disculpa, madre. ¿Qué sería algo extraño? Es la segunda regresión a la que asisto —interrumpo. Estoy confusa.

—Si mi esencia cambia o desaparece, entonces no está saliendo como debería. Confía más en tu potencial. Puedes hacerlo.

Da la conversación por terminada al tumbarse en una de las camas de agua y mirar a Elena para que comience con la cuenta atrás.

—Diez… Escucha mi voz y solo mi voz. Nueve… Relaja tu cuerpo…

Mientras Elena lleva a cabo su cometido. Sara le habla:

—Recuerda a Aarón…, tu hermano mayor y al que siempre has admirado. Sus ojos azules como el mar te miran y te traspasan el alma. Su presencia y su aplomo llenan cualquier espacio. Es fuerte, valiente y tiene la misma determinación que tú…

El proceso está en marcha. Al igual que en la terapia de Sara, su esencia se eleva y flota por la habitación. No me acostumbro a verla tan brillante, dorada y sin una forma clara. No puedo evitar un repelús mientras me digo que debo ir encajándolo, que esto es así. La observo sin pestañear; no quiero perderla de vista ni puedo fallar en mi cometido, aunque no sepa muy bien cuál es.

Durante unos instantes el silencio se instaura y solo lo interrumpen nuestras respiraciones aceleradas. Ellas no apartan los ojos del cuerpo de mamá ni yo de su esencia. De pronto, veo que se agita. Sara y tía Elena se inquietan; yo percibo una lucha en su

interior y decido tomarla de la mano para aplacar lo que sin duda le provoca un gran sufrimiento.

Entonces ocurre algo insólito. La chispa de mi madre no está sola: junto a ella, hay otra de color rosa flúor. Flota alrededor de la amarilla, como si la atosigara. Me asusto y pido a tía Elena que la traiga de vuelta. Sara me pide explicaciones, pero yo solo puedo prestar atención a la lucha que se inicia. Tía Elena reanuda la cuenta atrás, pero mamá está atrapada en la otra dimensión con ese ente contra el que se ha puesto a pelear con todas sus fuerzas.

—¡¡Sácala de ahí!! ¡¡Yaaa!! —le grito.

La escena es angustiosa y la agonía me devora. Quiero ayudarla, pero no sé cómo. Entretanto, observo con impotencia cómo la esencia de mi madre va perdiendo terreno. La forma intrusa la engulle y el cuerpo de mamá se agita a pesar de los esfuerzos que hago, pero su conflicto es poderoso y me supera.

Tía Elena insiste en traerla de vuelta. Papá golpea la puerta con fuerza, exigiendo que alguien le abra. No debimos cerrar por dentro y los nervios le impiden atinar con el modo de desbloquearla. Sara exige una explicación que nadie le devuelve. Yo estoy petrificada viendo cómo las dos luces se funden y un haz de luz deslumbra la estancia, dejándome ciega por unos instantes. En un acto reflejo, me tapo los ojos y mi hermana corre a mi lado temiendo que me hayan herido. Tía Elena abre la puerta, mi padre entra, se acerca y me examina. Oímos que tía Elena exclama varias veces:

—¡Vica!, ¡Vica…! Vica, ¿estás bien?

Sus emociones me ponen en alerta. Es obvio que no confía en el ser que está frente a nosotros. Papá y Sara la observan con recelo. Ese ser menudo que es mi madre se incorpora, se sienta y nos sonríe. No hay hostilidad en sus sentimientos, sino una tranquilidad inusual. Algo ha cambiado y no solo en su esencia, sino también en sus ojos. Ahora son de un verde claro tan intenso que brillan como si llevara incrustadas partículas de diamantes. ¡Es… imposible!

—¿Mamá, eres tú? ¿Qué les pasa a tus ojos? —pregunta mi hermana sin dar crédito a lo que ve—. Son… son como los de Aarón.

—Yo no estaría segura de que siga siendo nuestra madre. Vi que otra esencia absorbía la suya —digo.

Los empujo alejándolas de la niña que nos observa con una paz interior tan desconcertante que me hace desconfiar de sus intenciones. Papá se coloca delante de nosotras, lleno de dudas y a modo de escudo. No sabemos a qué nos enfrentamos.

—Tranquilos…, soy yo.

Admito que la voz sigue siendo la de mi madre, pero a mí no me engaña.

—¡Imposible, sé lo que vi! —contesto casi a gritos. Los nervios me traicionan.

—Demuéstralo —dice mi padre.

Ignorando nuestras palabras, se acerca al espejo que hace de ventana con la sala contigua y se observa con cautela. Se toca el mechón que le cae sobre la frente, de color gris plata ahora, y sonríe para sí.

Si no hubiese presenciado la lucha entre las esencias, esa sonrisa me parecería inocente, incluso dulce, pero estoy segura de que no es ella, de que la forma hostil la ha parasitado. ¡Acabaré con ella! Permanecemos inmóviles, esperando una respuesta. Confío en que tía Elena sepa discernir si ese ser sigue siendo la líder de este lugar y no la chispa intrusa.

—Soy yo, deben creerme.

—Ni de coña, vi cómo otra esencia devoraba la forma de mi madre. ¿Quién mierda eres?

—Esa boquita… No sé desde cuándo hablas así. No te eduqué para que fueras una ordinaria.

Eso suena a una de las reprimendas a las que me tiene acostumbrada. Esta nueva esencia es muy buena impostora.

—No me ha devorado nadie. Es solo que he conectado con mi chispa original. Todos la tenemos, incluso tú, pequeña, aunque no lo sepas. Lo que viste fue mi lucha interna hasta que logré aceptar y asumir mi pasado.

¡Venga ya! ¿Se cree que somos idiotas? Esta imitadora de pacotilla no sabe con quién se las va a ver.

—Vica, si eres tú, demuéstralo —insiste tía Elena mientras toma del brazo a mi padre.

Sara y yo observamos la escena sin mediar palabra y nos

mantenemos en la retaguardia de papá, que sigue a la espera haciendo gala de esa paciencia que no he heredado de él.

—Muy bien. Mi palabra debería ser suficiente…, pero estoy de acuerdo. —Se sitúa delante de tía Elena, eleva la barbilla y le dice—: Tu peor recuerdo es tu muerte durante la Segunda Guerra Mundial. Siempre me has dicho que la crueldad y la tortura que sufriste te servirán para recordarte que hay que hacer las cosas mejor.

Elena traga saliva y asiente.

—Te creo —añade.

O yo me he vuelto muy escéptica o no lo entiendo. No me parece una prueba sólida.

—¿Ya está? Te suelta esa tontería y… ¿la crees? —pregunta Sara.

—Nadie, salvo tu madre, conoce esta información.

—Quizás haya tomado sus pensamientos prestados, como el resto. Si hubieras visto lo que yo, no estarías tan segura —añado.

Mi madre, o el ser que la posee, me mira y percibo franqueza, pero sus ojos me hacen desconfiar.

Cuando hace ademán de acercarse a nosotras, papá habla:

—No des un paso más.

Es una orden tajante. Me alivia saber que él no la cree.

—Emilio, no hagas esto. No vuelvas a darme la espalda. Habíamos avanzado y tu desconfianza hacia mí retrasará la misión. Ambos queremos terminar con la guerra y que las niñas vuelvan a la normalidad.

—Que no te haga… ¿qué? Sabes lo difícil que ha sido aceptar tu nuevo aspecto, creer que bajo esa apariencia de niña está mi mujer. Tus preciosos e inconfundibles ojos eran lo único que daba cordura a esto y ahora… ¡Ahora no los reconozco! Tendrás que darnos algo más que un recuerdo de Elena si quieres que volvamos a confiar en ti.

Mamá lo mira y no dice nada.

—Yo confío en ella. No puedo explicarlo, pero, si miras sus ojos, a pesar de esa luz intensa, verás que siguen siendo los de Vica.

Me fijo en ellos con precisión, como si estuviera analizando la escena de un crimen, y quizás, si no viera esos tonos verdes como un prado, podría atisbar los inconfundibles ojos de mi madre. Pero

sigo sin creer que sea ella.

—Noa, diles que puedes percibir mis emociones; si no fuera yo, lo sentirías —me dice mi madre.

—Es cierto que no siento hostilidad, pero puedes estar fingiendo. —No tengo la templanza de papá y estoy a nada de perder la poca que me queda—. Creo que eres una farsante —le respondo.

—Emilio, cuando te descubrí lo que estaba ocurriendo, cuando te ayudé a recuperar tu don, te advertí que pasarían cosas más allá de la lógica y que, si algún día dudabas de mí, recordaras estas palabras que solo tú y yo dijimos: «Aunque el espejo me muestre diferente, el amor que te tengo sigue siendo el mismo. No importa cómo cambien mis ojos o mi piel, mi alma sigue siendo la que conociste y la que nunca te ha dejado de amar».

Las emociones de mi padre cambian: de estar tenso y a la defensiva, pasa a sentirse vulnerable. Diría que la cree y, al hacerlo, afloran en mi interior muchas dudas. Si papá ha claudicado —con lo desconfiado que es—, no quedará más remedio que aceptar a esa presencia como la nueva versión de mi madre.

Sara y yo nos miramos sin saber qué hacer o qué decir. Ya no estamos a la defensiva, ya no queremos pelear con ese ser que había engullido a mi madre o que quizá solo lo pareció. Solo quedan las dudas que se van disipando y mamá sonríe satisfecha.

—Ha sido duro y muy complicado, pero también necesario. Aarón estaba en lo cierto: conectar con mi pasado, perdonar y aceptar lo ocurrido me ha hecho conectar con mi esencia más pura y genuina. Ahora ya podemos hacer la cura; por fin tenemos el ingrediente que nos faltaba. Ha estado siempre en lo más recóndito de nosotros mismos y no lo sabíamos —explica mamá con ese tono autoritario, haciéndonos ver que la general sigue atrapada en ese diminuto cuerpo.

—Perdón. No entiendo nada —dice Sara.

—Aarón tenía razón cuando decía que al conectar con mi verdadera esencia volvería a nacer. Se ha disipado la nube que tenía en mi cabeza. Sé que ahora mi chispa sirve para la cura y que mi don es más fuerte, a pesar de este cuerpo menudo. Ahora sí que

estamos más cerca de ganar la guerra.

Su comentario nos suscita dudas y emociones contradictorias. Aún no confío en ella, pero si tenemos la solución a nuestros problemas y podemos aplastar al Cuerpo Oscuro, si ella es la clave para terminar y volver a casa, dejaré mis titubeos a un lado y lucharé por recuperar mi vida.

—Sara, vamos a los laboratorios; debes extraerme mi esencia más pura. La producción de la vacuna debe ponerse en marcha ya. Elena, acompáñanos. Necesitaré que me pongas en trance hasta que descubra cómo hacerlo por mí misma. Noa, vete a ver a Marco.

—¿Yo?, ¿a Marco?

—Tú, sí. Es presa de una gran inestabilidad emocional y eso me impide avanzar con sus recuerdos del día del incidente. Emilio, ve al puesto de mando y supervisa que la situación esté controlada.

Sin duda, la general ha vuelto y no tiene tiempo que perder.

Sara, tía Elena y mamá se dirigen al laboratorio. Papá sigue con sus quehaceres y yo voy en busca de Marco.

Sigo inquieta por lo que acabamos de vivir, así que, subo por las escaleras para quemar la adrenalina acumulada. ¡Qué fácil sería la vida con un móvil! No tendría que recorrer todo un cuartel para encontrar a alguien.

Tras los incidentes, en las zonas donde no hay cámaras o hay puntos muertos debemos ir acompañados por guardas. Es un rollo, pero son órdenes del macizo. Voy subiendo los peldaños de dos en dos, cuando una idea absurda pasa por mi cabeza y digo:

—¡Oye! ¿Qué tal si pasas delante? Tengo la sensación de que me estás mirando el culo y no me siento cómoda.

El soldado me observa con asombro y sin saber qué decir. Por muy profesional y bien entrenado que esté, mi comentario lo ha noqueado. Cuando creo que va a contestar, se cuadra y saluda a alguien que está detrás de mí.

—Señorita, estamos adiestrados para hacer nuestro trabajo sin cometer ningún desliz, por muy tentadora que pueda ser la distracción —dice «mi estimado coronel»—. Retírese, soldado. Yo me ocupo —añade sin dejar de mirarme.

El soldado desaparece y el Macizo me dice:

—Sabes que estás loca, ¿verdad? ¿Cómo le puedes decir eso? —Sonríe y pone los ojos en blanco—. ¿Podemos hablar?

—Hola, yo también me alegro de verte. ¿Acabas de decir que mi culo es tentador? —le pregunto.

—¿Cómo? Madre mía, eres increíble. ¿Puedes centrarte cinco minutos?

Intenta parecer serio cruzándose de brazos. Creo que, en ocasiones, le frustra mi forma de ser.

—Yo me centraré cuando me respondas a la pregunta. Por cierto, me encanta que me tutees —le confieso.

—No lo vas a dejar estar, ¿verdad?

Me encara, me clava los ojos y acorta la distancia entre nosotros. Yo me crezco.

—Sabes que no. Si lo hiciera, sería muy aburrida y no lo soy. Por eso te gusto, ¿no? —le provoco acercándome más a él. Creo que he perdido la poca cabeza que me quedaba y me pongo a coquetear a pesar de este follón que estamos viviendo.

—Cierto —me contesta sin dejar de mirarme con esos ojos que me devoran.

—¿Entonces? —insisto.

Me humedezco los labios y noto cómo el gesto le tensa. El ambiente se enrarece y todo me dice que esta vez el juego va a traspasar los límites.

—¡Qué paciencia hay que tener contigo! Me gustas, me enloquece la forma que tienes de retarme. Eres diferente.

—Pero no eres de novias, por lo que dice tu hermano.

—Primero, Marco es un bocazas; segundo, no he estado interesado en una relación romántica porque nadie me ha despertado ese lado…

Me acorrala contra la pared. Me excito. Solo quiero que se abalance sobre mí y está claro que él también me desea.

—Vaya, tu sinceridad me parece sexi y apetecible.

—Sabes que no podemos pasar esa barrera. Eres una cría y yo… no debería.

Se está conteniendo, pero yo no quiero que lo haga, así que sigo apretando.

—¿Una cría? ¿De qué siglo eres, chaval? Unos años de diferencia no te hacen mi padre. ¡Venga ya! Además, en nada cumpliré diecisiete.

La distancia entre nuestras bocas es cada vez más corta. Siento su aliento y ansío que acabe con esta tortura.

—No me lo pongas más difícil —me susurra.

La lujuria se ha apoderado de mí y ya no puedo parar. Le cojo por la cintura y aprieto nuestros cuerpos. Jadeo.

—Si cruzamos la línea, no habrá vuelta atrás y tus padres me matarán. No debo.

Cierra los ojos y apoya su frente sobre la mía. Intenta recuperar el autocontrol, pero no quiero que lo haga, así que me tiro a la piscina sin pensar.

—No, si no se enteran…

¿Estoy dispuesta a tener una relación a escondidas? ¿Me he vuelto loca?

—¿Segura?

Su excitación ha vuelto y la contención se ha ido de vacaciones. Asiento porque ya no puedo ni hablar.

Respira hondo y abre los ojos que arden de deseo. Me agarra por la cintura, para subir juntos las escaleras que nos separan del piso de arriba. Me pide que le siga marcando una distancia entre nosotros. Al doblar la esquina, pasa su tarjeta de acceso en un panel casi imperceptible, que abre una puerta oculta. Entramos en una especie de almacén oculto, quién sabe destinado a qué, pero es lo que menos me importa en este momento. La cara me arde y me arde el cuerpo entero.

El Macizo cierra pulsando una clave. Se gira y me atrapa contra una de las pocas paredes sin estanterías. Me besa con ansias y yo me dejo llevar. La habitación se llena de suspiros y gemidos y nos vamos devorando como si fuera el último día de nuestras vidas. A juzgar por lo que ha dicho, esto debe estarle prohibido. ¿Y si lo pierdo de veras? ¿Eso es lo que ocurrirá? ¿No repetiremos? Las dudas afloran y lo aparto de sopetón.

—¿Pasa algo? —me pregunta desconcertado.

—No me malinterpretes. Te deseo desde que te vi la primera vez,

pero no quiero ser una muesca más en tu cartuchera.

Me alejo de él y me siento sobre la única mesa que hay para tratar de recobrar mi cordura. Su mirada cambia: el fuego de sus ojos ha pasado a ser de varios grados bajo cero.

—¿De verdad? Después de lo que te he dicho, ¿crees que lo arriesgaría todo por un polvo?

Ha pasado de la excitación al enfado. Se mete la camiseta dentro de los pantalones y se aparta furioso.

—Lo siento. Marco dijo que nunca te enamoras y que utilizas a las chicas. No quiero que juegues conmigo. Me gustas mucho.

—Esto no me ha pasado antes. No arriesgaría mi carrera si no quisiera más. Mi hermano es un imbécil. Diría que tiene sus propios intereses con respecto a ti.

Lo miro desconcertada. ¿Insinúa que su hermano quiere tema conmigo? ¡Está loco!

—¡Venga ya! Marco y yo solo somos amigos. Él sabe lo que siento por ti. No tendría sentido que albergara esperanzas.

—¿Y qué sientes por mí? —pregunta muy serio.

Se acerca de nuevo y me acaricia la mejilla. Ya no está enfadado y vuelve a tener ganas de jugar.

—¿Hace falta que lo diga?

Tiro de su camiseta, le rodeo la cintura con las piernas y le beso con una intensidad desconocida para mí. Durante unos instantes me hace olvidar el encierro, la guerra y las esencias flotantes. Solo existimos él, yo y esta emoción intensa que compartimos. Pero el universo me odia y su móvil comienza a vibrar.

—¡Ah! Debo volver al puesto de mando —dice exasperado.

Sus labios rozan los míos y deseo que no se alejen nunca.

—Si no queremos que nos descubran ni que sepan que estamos juntos, tenemos que ser cautelosos —me explica.

—¿Estamos juntos? ¿Vamos a intentarlo? —le pregunto ilusionada.

—Cada día, cuando me subo al ascensor, espero que, al abrirse, estés al otro lado, lista para retarme y darme vida. Esta situación, esta maldita guerra contra la que luchamos es dura, y solo tú la haces más llevadera. No eres un juego, eres especial, despiertas en

mí…

No termina la frase. Le cuesta mostrar sus emociones y no le fuerzo; lo que ha dicho es suficiente.

—Gracias por ser honesto. Percibo que no te resulta fácil abrirte y eso hace que tenga más valor y que me gustes más.

Vuelvo a besarle. Me levanta en volandas y me lleva hasta la puerta del almacén. Me deja en el suelo y la diversión llega a su fin. Antes de salir, le pregunto:

—Por cierto, ¿dónde estamos?

Las dudas regresan. ¿Será este el lugar al que trae a otras?

—Es un almacén de supervivencia. Solo se utiliza en situaciones extremas. No debes contarle a nadie que has estado aquí. Solo lo conocemos tu madre, tu tía y yo. Si se enteran de que te lo he enseñado…

No termina la frase porque mis labios se lo interrumpen. Saber que nunca ha traído a nadie más aquí me tranquiliza. Se aparta y me dedica una sonrisa sincera.

—Vamos, señorita, la acompaño a su destino.

Óscar se asegura de que nadie nos vea salir. Caminamos en silencio. Me gustaría tomarle la mano, pero no debo. Me sonrojo al pensar en lo ocurrido y trato de serenarme: no podemos levantar sospechas. Él se muestra imperturbable, como si nada hubiera pasado. Admiro ese dominio que tiene de sí mismo.

—Antes quería preguntarte algo —dice de pronto—, pero me distrajiste.

—Claro, ahora resulta que es culpa mía. ¿Qué voy a hacer si no puedes resistirte a mis encantos?

—Admitido. ¿Podemos centrarnos?

El coronel ha vuelto y la diversión desaparece.

—Vale, dispara. Por cierto, ¿sabes que tienes un culo muy firme? Me gustaba antes y ahora me enloquece.

Se detiene en seco, niega con la cabeza y sonríe.

—Es imposible hablar en serio contigo.

—Reconoce que mi locura te pone. Vamos, pregunta, que te dispersas.

—Eres…¿Cómo ves a mi hermano? —pregunta serio—. Desde el

incidente está muy cerrado conmigo y me preocupa.

—Tiene el orgullo herido. Se siente un inútil por no haberse defendido bien cuando sus amigos le atacaron. Se compara contigo siempre y se siente inferior. Le he dicho que cada uno es diferente, pero hay algo que no termina de contarme.

—Joder, no imaginé que estuviera tan afectado. Es absurdo que se compare conmigo. Debo hablar con él.

—No, no… —le ruego—. Si sabe que te lo he contado, dejará de confiar en mí. Déjamelo a mí. Te prometo que cuidaré de él. De hecho, iba a verle cuando me interrumpiste…

Dejo la frase en alto. Hemos cruzado puertas que se abren tras breves pulsos de luz y controles silenciosos hasta llegar a mi destino.

—Mantenme informado de tus avances con mi hermano. Yo vuelvo a mi deber.

Cuando creo que se va a marchar, se acerca a mi oreja y me susurra:

—Esta vez ha sido un placer encontrarse con usted.

La piel se me eriza y un escalofrío, como una corriente eléctrica, recorre todo mi ser. Respiro. Debo centrarme en mi misión: encontrar a mi amigo y calmarlo.

Entro en este anfiteatro tecnológico en el que miles de pantallas se apilan en muros curvos, con cifras, mapas, secuencias y señales en constante cambio. El zumbido grave de los servidores sustituye al silencio anterior y a esa especie de burbuja en la que hemos venido envueltos mi coronel y yo. Una luz azulada baña el rostro de quienes trabajan allí. Marco está enfrascado en su ordenador en la sala de informática. Sonríe en cuanto me ve.

—¡Hola, friki! ¿Te tomas un descanso para hablar con tu mejor amiga? Vamos, que no tengo todo el día.

—Ya voy, impaciente. No sé por qué te aguanto…

Me guiña un ojo, cierra el archivo con el que trabaja y se levanta. Veo que los demás están concentrados, que ni siquiera han advertido mi presencia. Imagino que vigilar a la cúpula del Cuerpo Oscuro debe ser un trabajo extenuante.

—Te veo muy guapa —me dice examinándome de arriba abajo.

—Sí, claro, me he depilado el trasero. Venga, déjate de tonterías.

No puedo decirle que me acabo de liar con su hermano y que desprendo sexualidad por cada poro de mi piel.

—¿Qué quieres hacer? —le pregunto.

—¿Puedo elegir? ¿Lo que sea?

—Esto… sí, supongo; mientras no sea ilegal…

¡Qué raro está! Además, sus emociones me confunden. ¿Está excitado?

—¿Dispuesta a todo?

Usa un tono de voz que no reconozco en él. Intento no trabarme. Lo que dijo el coronel sobre las segundas intenciones de su hermano me hace ver en sus gestos lo que quizá no es. «Relájate», me digo; seguro que son boberías.

—¿Todo bien? Estás muy raro —le pregunto.

—Esto… He debido malinterpretar…

No acaba la frase y su estado de ánimo cambia.

—¿Qué ocurre?

Le doy un codazo en el costado.

—Bah, no me hagas caso. Apenas he dormido y estoy hasta los huevos de esta situación. A veces creo que tanto sacrificio no merece la pena. Estamos perdiendo nuestra juventud por una guerra que no debería ser cosa nuestra.

—Vaya, hoy te has levantado con la regla, nene.

Lo siento tristón, frustrado y apático y pruebo a ver si con mis bromas se anima.

—Vete un poco a la mierda, pesada —contesta.

Está peor de lo que creía. Paso mi brazo alrededor de su cintura a modo de abrazo. Quiero hacerle sentir bien, sin manipular sus emociones.

—Perdona. Sé que a veces soy una mala amiga. No habría dicho que estabas tan mal. ¿Qué puedo hacer por ti? Pídeme lo que sea.

—¿Segura? —me agarra pegándome a él.

Sus emociones son como una montaña rusa: pasa de la tristeza a la euforia en segundos. Me desconcierta y vuelvo a tensarme. ¡Jolines!, ¿qué me ocurre? Es Marco, mi amigo, mi confidente.

—Mientras no nos metamos en líos… me apunto.

—Te has puesto algo tensa. Tranquila, que no te voy a proponer

nada indecente… por ahora.

¡¿Pero qué les pasa a los hermanos?! O me he levantado arrebatadora o que alguien venga y me lo explique.

—Decídete ya o lo haré yo, petardo.

—Vayamos a un lugar donde no haya testigos a hablar —me dice en susurros.

El gesto me pone en alerta, porque al pasar frente al puesto de mando, me cruzo con los ojos de Óscar y no le gusta lo que está viendo. Me siento atrapada y, ¿qué hago? Actuar sin pensar, mi especialidad.

—¡Anda! Ahí está el buenorro de tu hermano.

Lo saludo enviándole un beso volado. Y en un pispás, los dejó a ambos descolocados. ¡Hala! Dilema resuelto. No sé qué consecuencias me traerá.

—¿Me he perdido algo? —pregunta Marco. No hay duda: está molesto.

—¡Qué va! Es para mortificarlo. Madre mía, estás superraro. No te sigo, vamos abajo y charlamos —le digo.

Recorremos el pasillo en silencio hasta llegar al ascensor. Le propongo tomarnos algo en la cafetería, pero declina mi oferta y me lleva a los sofás situados en el vestíbulo.

—Desembucha, colega. Hoy te ganas la palma al más raro del cuartel.

—Joder, dame un respiro —masculla malhumorado—. Llevo un par de noches soñando con lo que ocurrió. No es agradable recordar cómo dos de tus colegas te atacan y ver cómo uno de ellos es abatido. Y no me resulta fácil volver a confiar en los que me rodean. Estoy muy rayado porque no me perdono no haberme dado cuenta. Resulta que los consideraba mi familia y eran del Cuerpo Oscuro. ¿Cómo te recuperas de eso? Me gustaría hablar con ellos y exigirles una explicación. Esto me mata por dentro.

Se quita las gafas, se recuesta sobre el respaldo del sillón *beige* y se cubre el rostro con las manos. Le aprieto la pierna para que sienta que no está solo. A nuestro alrededor se oye el murmullo de quienes entrenan en el gimnasio y al fondo llega el bullicio de la cafetería.

—No creo que sea buena idea que te acerques a ellos. Tienes que perdonarme: no me había parado a pensar en lo mal que debiste pasarlo cuando mataron a Alfredo. Si te sirve de consuelo, yo tampoco los detecté… y eso que soy Empaticus.

Me arrimo a su lado, le sujeto la mano y me acurruco en su hombro. Se gira y me planta un beso en los labios. Me quedo petrificada. Cuando siento que el beso se va a alargar y profundizar, lo aparto sin delicadeza.

—¡¿Qué estás haciendo?! —exclamo.

—¿Qué? Esto… No sé…, pensé que tú también querías.

Se queda cortado, se coloca las gafas y se pasa las manos por su bonita cabellera, típico en él cuando está nervioso.

—Loco, ¿en qué momento has pensado que era buena idea?

Intento decirlo con despreocupación. Lo último que quiero es que nuestra amistad se estropee.

—Tienes razón, disculpa. No… no sé… Me siento solo, tú me gustas y supuse que yo a ti también.

Su confesión y dudas no se corresponden con sus sentimientos. ¿A qué juega?

—Somos amigos. Creo que hoy te has levantado confuso; no creo que yo te guste.

—¿Y si fuera así…? —Parece que se lo piensa mejor porque calla —. Déjalo… Veo que el sentimiento no es mutuo. Una vez más, mi hermano gana.

—A ver, Marco, eres un tío increíble, guapo, inteligente y superdivertido, pero no eres mi tipo.

Vuelvo a sacar mi locura a pasear a ver si salvamos el bache.

—Por cierto, ¿lo de llamarte Marco, sin s al final, es porque a tus padres les daba pereza?

Me mira incrédulo. Mi salida de tono lo ha dejado sin palabras, pero atisbo a ver una pequeña sonrisa que me dice que no está todo perdido.

—¡Estás como una cabra! —Al poco, añade—. Joder, perdona. Eres increíble, en vez de enfadarte me haces reír. No me extraña que Óscar esté loco por ti. Lo de mi nombre: es italiano, en honor a mi abuelo paterno, tonta del culo.

Y ahí resurge de nuevo mi amigo: el de las puyas, el que me da la vida. Sus sentimientos de vergüenza y culpabilidad se van desvaneciendo. Qué alivio.

Charlamos sobre cosas sin importancia durante un par de horas. Cuando veo que está tranquilo, me marcho a mi habitación. Estoy agotada; es tarde y mañana hay que madrugar para seguir con esta puñetera historia.

Los días pasan deprisa. Óscar y yo nos vemos en el almacén a escondidas siempre que podemos. Marco no ha vuelto a intentar nada y, aunque sigue con cambios de humor, comienza a ser de nuevo él, el Marco que yo conozco, mi amigo. Los encuentros con mamá le están ayudando. Me gustaría saber qué hacen, pero no suelta prenda.

Una tarde, en el vestíbulo de la planta de las habitaciones —nuestro lugar de encuentro—, le digo:

—Venga, hombre, cuéntame qué te traes entre manos con la general.

—No puedo, es confidencial. Si lo hiciera, tendría que matarte —bromea.

—Tú no matarías ni a una mosca. Eres demasiado bueno.

—No me subestimes; igual te sorprendo.

—¿Cómo estás hoy? —le pregunto.

—Mejor, pero aún no lo supero. Hay algo que no me deja avanzar.

—¿De qué hablas?

—Me gustaría tener una conversación con ellos, que me expliquen el porqué.

—No es buena idea.

—Eso dice mi hermano. ¿Tan débil parezco?

—No, no lo eres. ¿De veras crees que te ayudaría?

—Sí.

—Hablaré con Óscar, a ver si lo convenzo.

—No, con él no, porque va a querer estar presente y prefiero que no.

—Pues lo tienes crudo, amigo.

—¿Y si se lo preguntas a tu madre? Me gustaría hablar con ellos a solas y, quizás, si se lo pides, me deja.

—¿Y por qué no lo haces tú? Te ves con ella a solas y ni siquiera yo tengo ese lujo.

Mi madre, o su nueva versión, está tan ocupada que apenas me habla. Envidio a mi amigo por el tiempo que pasa con ella.

—No me atrevo —me confiesa mientras se frota las manos. Está nervioso.

—Buf, no sé si mamá me hará caso… —Nuestra relación hace tiempo que dejó de ser la de madre e hija. Si sigo diciendo «madre» y «mamá», es por pura inercia.

—Si alguien puede conseguirlo, eres tú —insiste.

Maldito embaucador. Me mira con cara de pena y detecto en él un batiburrillo de emociones. No me queda otra: me levanto, me acerco a la recepción y solicito que me comuniquen con ella.

Al principio pone mil y una pegas, pero después, por fin, accede. Soy mejor negociadora de lo que pensaba.

Marco está contento y, aunque sigue siendo un manojo de nervios, parece más animado, o quizá es más exacto decir más aliviado. Para que luego digan que nosotras somos las de temperamento variable… ¡Madre mía, quien los entienda que los compre! Me pide que lo espere: necesita pillar algo de su habitación.

Al regresar, lo acompaño a la planta de la clínica, donde se han improvisado unos calabozos y salas de interrogatorio. Quiere ir solo, pero no se lo permito. Mi negativa le disgusta, pero a mí me da igual. No voy a cambiar de opinión. El guarda nos deja pasar a la sala donde nos encontraremos con ellos.

—Por favor, márchate, necesito hacerlo solo.

—Ni de coña. Tengo que recordarte que casi te matan.

—No exageres. Además, quien me atacó fue Alfredo y ya no está.

—He dicho que no.

Murmura: «Lo vas a estropear todo», o algo así. Cuando voy a preguntarle a qué se refiere, los traidores irrumpen en la sala de piedra, provista de una mesa metálica y cuatro sillas, y sin una

puñetera ventana.

Lidia está igual de guapa; por ella no pasan los estragos de la prisión. ¡Qué tía! Me mira con disgusto y sus emociones me dejan claro que sigo sin caerle bien. Manuel me incomoda con su energía —puedo sentir su excitación—, lo que me pone en alerta. Espero que no se alargue mucho o acabaré repartiendo guantazos y quedándome a gusto.

Ambos se sientan en las sillas que hay al otro lado de la mesa. Marco hace lo mismo y se coloca frente a ellos. Yo me quedo de pie, observando.

Mi amigo sigue nervioso; no debe ser agradable reencontrarse con quienes le hicieron daño. Yo estoy deseando que empiece el espectáculo.

—¿Estás bien? —le pregunta a Lidia.

Hay dulzura en su tono, lo que me desconcierta.

—Sí, lo estoy. ¿Por qué has tardado tanto en volver? ¿Qué hace ella aquí? Nos va a estropear el plan.

Me quedó helada al escucharla. No entiendo nada. ¿Volver? ¿Ya ha estado aquí?

—Lo siento, preciosa. He intentado venir antes, pero desde que mi hermano me descubrió, ha reforzado la vigilancia. Ella ha conseguido mi pase. No quería que viniera, pero se ha empeñado.

La sangre que circula por mis venas se ha condensado y, en lugar de venas, siento cuerdas que tiran de mí y están a punto de desmembrarme. Mi amigo, el que creía leal y confiable, me está traicionando delante de mis narices y habla de mí con un desdén que me rompe en mil pedazos. Le agarra la mano y se la besa. El estómago se me revuelve; tengo ganas de vomitar.

—Ya me ocupo yo de ella —dice Manuel.

Me dedica una sonrisa lasciva que me pone en guardia. Me preparo para luchar. Me he metido en la casa de mis enemigos y no sé cómo salir ilesa.

—¿Qué coño pasa? Marco, dime que es una broma —le digo, elevando la voz.

—Noa, tranquila, te lo voy a explicar. —contesta el traidor de mi amigo.

—¿Estás con ellos? —le pregunto.

—No tenías que haberla traído. Lo va a joder todo —dice Lidia.

—Yo me encargo. Puedo convencerla; es cosa mía —responde Marco, y se dirige a mí—: No te pongas histérica. No te mentí cuando te dije que necesitaba hablar con ellos, pero no de lo que tú crees. La primera vez que vine estaba furioso: los consideraba mis amigos y me traicionaron. Después los escuché, porque en todas las historias hay dos versiones, y comprendí que Lidia me quiere y que no desea en absoluto hacerme daño. Si supieras lo que ellos me han contado, quizás no lucharías con la Fracción. Ni los buenos son tan buenos ni los malos tan malos.

No puedo creerlo, la ansiedad me puede e hiperventilo. Nos traiciona y encima piensa que lo ayudaré. Me pego contra pared fría. La habitación me asfixia. La falta de ventanas y sus presencias me generan una angustia insoportable.

—Eres la misma mierda que ellos. ¡Qué ciega he estado! Dios, vas a matar a Óscar del disgusto. ¡¡Me das asco!! —le grito.

—O acabas esto o lo hago yo —amenaza Manuel.

—Mantente al margen. Recuerda que ahora estoy al mando —le advierte Marco.

No reconozco a este chico duro y firme. Sus emociones siguen siendo contradictorias… No percibo esa seguridad que aparenta.

—Marco, joder, va a poner el plan en peligro —le dice Lidia—. Deja que Manuel lo solucione.

Entonces me doy cuenta de que hay una cámara muy pequeña en la sala. ¿Por qué no han intervenido? ¿No nos ven? ¿No nos escuchan?

—Nadie va a hacer daño a nadie. Es mi única condición. Sé que puedo convencerla; es una tía abierta de mente y muy valiosa para la causa —les explica mi amigo como si yo no estuviera allí siendo testigo de todo.

Lo flipa si cree que voy a cambiar de bando.

—¡¡Quiero salir de aquí!! —grito de nuevo.

Estoy furiosa; mejor dicho, colérica. Golpeo la puerta exigiendo que me dejen salir, pero nadie responde.

—Noa, por favor, escúchame. No me hagas forzar la situación —

me advierte Marco.

—No te acerques ni me toques. ¿Tú te escuchas? ¿Sabes lo que dices? Estás tarado, tío. Eres un traidor y yo una imbécil.

Lo digo mirando a la cámara y gesticulando con desesperación. Necesito que alguien me ayude.

—Las he desconectado y el guarda es de los nuestros.

El corazón se me acelera. Había olvidado lo buen *hacker* que es. ¡Joder! He sido un peón en su plan perfecto. Por primera vez, siento miedo: no estoy segura de que me vayan a dejar marchar.

—Eres un mierda —le escupo con rabia.

Me giro y golpeo con todas mis fuerzas la puerta mientras grito auxilio.

—Confía en mí, todo saldrá bien —me susurra Marco al oído.

Entonces lo siento.

Una aguja atraviesa mi piel. El líquido frío se extiende por mis venas.

Me giro para mirarlo y solo encuentro vacío en sus ojos.

No podrán salir de aquí. Es una fortaleza vigilada, repleta de soldados dispuestos a pelear

Ese es mi último pensamiento antes de que todo se vuelva oscuro y mi cuerpo se desplome.

CAPÍTULO 7

La desaparición

SARA

Han pasado setenta y dos horas desde que Noa, Marco, Lidia, Manuel y un guarda desaparecieron, y de que se generara un revuelo inusual en el cuartel. Se ha revisado cada rincón del complejo y todas las imágenes captadas por las cámaras, pero no hay pistas ni rastro alguno. No sabemos dónde están.

¡Es terrible! Estoy desesperada, desalentada… Cada vez que parece que nos acercamos al final, ocurre algo que nos devuelve a la casilla de salida. Estoy harta de este maldito juego del que necesito huir y no puedo: mi hermana se ha esfumado —y no por voluntad propia, estoy segura—. Mi objetivo es encontrarla.

Setenta horas después y escudriñado cada rincón, el alto mando nos convoca a una reunión. Confío en que tengan buenas noticias o, al menos, alguna pista por la que empezar. Al entrar en la sala de juntas, veo a tía Elena y a mamá en la cabecera de la gran mesa de cristal que ocupa casi toda la estancia. Papá se sienta a la derecha. Esas ojeras, profundas y marcadas, revelan a gritos que no ha dormido desde la desaparición de mi hermana. Al fondo, Óscar y Alejandra permanecen de pie, hablando en susurros. Las doble V, Vicky y Virginia, están sentadas en el lado izquierdo. Me acerco y me acomodo junto a ellas.

—¿Qué tal? ¿Alguna novedad? —les pregunto. Es una pregunta retórica, porque sus caras lo dicen todo.

—Por desgracia, no —contesta Virginia.

El ambiente está cargado de nerviosismo, tensión y dudas.

Acabamos de tomar asiento; tan solo el coronel y su mano derecha se mantienen de pie y la reunión comienza.

—Tras recopilar toda la información disponible, hemos confirmado que las cámaras y accesos fueron manipulados. Desconocemos por dónde salieron y cuál fue su rumbo —nos informa la general.

¡Mierda! No hay un puñetero avance. Los gestos de disgusto se multiplican y la inquietud se vuelve palpable.

—Me parece increíble que después de tres días no tengamos nada —dice tía Elena.

—Estamos trabajando sin descanso, pero así es: de momento, los resultados son nulos —responde Virginia golpeando la mesa con los dedos. Está al límite.

—No olvidemos que, aparte de Eric, Marco es el informático más brillante. Puede borrar cualquier rastro —añade Victoria, intentando justificar su trabajo.

—Deberíamos haber encontrado algo… salvo que forme parte del Cuerpo Oscuro —acusa papá.

Está enfadado, frustrado y agotado. No suele lanzar acusaciones sin pruebas, pero la situación le ha superado. Su diplomacia se ha evaporado, igual que mi hermana. ¿Dónde te has metido, Noa? ¡Maldita sea!

—Mi hermano no es un traidor. Han tenido que coaccionarlo. Lo conozco y es leal a la Fracción —responde el coronel, furioso.

—Tranquilo, Óscar, solo estamos planteando algunas hipótesis. Es extraño no encontrar nada. Lo normal es que Marco hubiera dejado una pista, por pequeña que fuera, ¿no crees? —interviene tía Elena.

—Quizás lo hizo, pero no son capaces de verla.

Aprieta la mandíbula y las mira con desprecio. Está afectado, y sospecho que no solo por su hermano.

—Coronel Cavalli, contrólese o le apartaré de la misión —interrumpe la general, que hasta ahora se ha limitado a observar—. Si no puede manejar sus emociones, retírese o me veré obligada a expulsarlo. Sé que es su hermano, pero también mi hija está implicada. Si no actuamos como profesionales, el Cuerpo Oscuro habrá ganado.

Nadie se atreve a replicar. Desde que hizo las paces con su alter

ego, está distinta. Y no hablo solo del color de sus ojos, de su mechón plateado o de su apariencia de cría; es la calma con la que afronta todo, una serenidad que podría desesperar a cualquiera.

—He hablado con Marco en varias ocasiones y no creo que nos haya traicionado. Lo habría notado. Tiene que haber una explicación… y, para encontrarla, necesitamos la mente fría.

—Tiene razón. Le pido disculpas. No volverá a ocurrir.

Se sienta en un extremo de la mesa. Aunque su postura sigue siendo defensiva, el tono ha cambiado. No le conviene que lo aparten de la misión; hay demasiado en juego, y no hablo solo de su hermano.

Me abrazo a mí misma, aunque no es por frío: la sala está en la última planta del complejo y el sol se proyecta con fuerza a través de los ventanales. A pesar de su sobriedad —paredes de piedra gris y líneas austeras—, las vistas son impresionantes. Me muestran esos lugares que añoro, donde la vida sigue siendo normal, y me recuerdan que aún hay esperanzas. Sin embargo, el ambiente aquí dentro es gélido. No hay sonrisas, ni gestos amables; solo rabia y enfado.

—Debemos mover ficha. ¡Ataquemos! Sabemos dónde están. Dejemos claro que no les tenemos miedo y que podemos golpear donde más les duele —dice papá, dando un puñetazo en la mesa.

Lo miro sorprendida. Sé que es él, su rostro, sus ojos me lo confirman, pero está tan furioso, tan consumido por las ganas de venganza, que me resulta inquietante. Nunca lo había visto así.

—Estoy de acuerdo con Emilio. Ahora que tenemos la cura, podemos luchar —añade la teniente coronel Alejandra, apoyándolo.

Desde que le extrajimos a mamá el elemento que nos faltaba, el tratamiento está a pleno rendimiento. Podemos producirlo en masa. Es lo único que ha salido bien y es, cómo no, nuestra pequeña ventaja.

—Cuidado. La existencia de la cura no debe saberse. Salvo los presentes, Noelia y los técnicos del laboratorio, nadie tiene constancia de ello. No podemos fiarnos de nadie. ¿Entendido? — advierte tía Elena.

Asentimos algo más aliviados. La mochila que lleva cada uno,

cargada de culpa y preocupación, pesa un poco menos.

—No habrá más infiltrados. Hemos interrogado a todo el personal con la ayuda de varios Empaticus seleccionados por la general. Quienes no han superado el proceso están fuera —explica el coronel Cavalli.

Fuera… ¿cómo? ¿Expulsados o encerrados? No sabía nada de los interrogatorios. ¿Es todo más grave de lo que parece o, como siempre, me ocultan información?

—No podemos permitirnos más brechas en la seguridad. Cada incursión nos debilita —añade tía Elena.

—No volverá a pasar. Te lo aseguro —afirma Alejandra.

Lo dice con dureza y determinación. Su mirada impenetrable y sus gestos demuestran que nada la frenará si tiene un objetivo claro que cumplir.

—¿Por qué la llaman la Sargento de Hierro? —le cuchicheo a Victoria con disimulo.

—Es metódica, leal, tiene una fortaleza física y mental que no pasa desapercibida. Cuentan sus subordinados que nunca falló en las misiones que se le encomendaron durante los servicios que prestó a la CIA. Dejó la agencia tras la muerte de su pareja. No debía confraternizar con compañeros, pero, según dicen, fue amor a primera vista; eso sí, lo llevaron en secreto. Cuando ella murió, no pudo soportarlo y se marchó. Desde entonces, vive por y para la Fracción.

La miro con admiración y lástima por su pérdida.

—Dejemos de divagar y centrémonos en cómo resolver esto —dice tía Elena. Guarda silencio un segundo y me mira—. Sara, ¿qué opinas?

La atención se centra en mí. Me remuevo en mi asiento antes de responder.

—Estoy angustiada. Sé que Noa no se habría marchado sin avisar, así que está claro que algo les ha pasado a ella y a Marco. En medio de este tinglado que tenemos, nadie se habría ido por voluntad propia.

Óscar me lo agradece con la mirada. Yo tampoco creo que su hermano sea un traidor. No encaja. Marco es buen chico.

—Planteemos la hipótesis de que el Cuerpo Oscuro los ha secuestrado. Probablemente se dirijan a Gran Canaria, a pesar de que no hay registros en aeropuertos ni puertos. Debieron salir en yate, porque los aviones privados también declaran a sus pasajeros. A estas horas, estarían ya con los líderes. Organicemos uno o dos equipos de asalto y vayamos a plantarles cara. Es hora de contraatacar —explica Alejandra con ese acento que nos recuerda su origen americano.

—Estoy con ella. Démosle su merecido —dice papá, con una euforia desmedida.

—Afirmativo. Si llevamos la cura, tenemos ventaja. ¡Aprovechémosla! —añade Óscar.

—De acuerdo, si estamos todos conformes, atacaremos —confirma mamá.

La energía cambia por completo. El deseo de poner fin a esta guerra nos empuja a dar el siguiente golpe. El aire se llena de ansias por aplastar al enemigo y rescatar a los nuestros.

—Preparemos los equipos de asalto. Al menos tres. Hay que prever la extracción de los retenidos y de nuestros familiares. Yo lideraré uno —anuncia mi madre.

—¡Ni de coña!

Todos giramos la cabeza hacia papá. Además de estar más hablador de lo habitual, hoy ha perdido cualquier filtro.

—No te estoy pidiendo permiso. Es hora de enfrentarme cara a cara con ellos.

—Pero ¡qué dices! No es buena idea, no… no lo es. —Se lleva las manos a la cabeza—. Tú… ¿tú te has visto? ¡Si ni siquiera tienes la envergadura de un adulto! No deberías ponerte en riesgo.

Pese a sus diferencias, el instinto protector de mi padre sigue ahí. Me conmueve, aunque sé que servirá de poco. La general es implacable.

—Cielo, agradezco tu preocupación, pero no voy a quedarme de brazos cruzados. Aunque mi cuerpo parezca frágil, nunca me he sentido tan fuerte.

Papá resopla. Mamá lo mira, buscando en sus ojos la complicidad de otros tiempos. Yo me muerdo el labio y cruzo los dedos para que

lleguen a un acuerdo. Nunca me gustó verlos discutir, y menos ahora.

—No quiero provocar una discusión mayor, pero debo decir que estoy de acuerdo con Emilio —interviene tía Elena con su tono conciliador—. Ten en cuenta que, sin ti, no podemos producir la cura.

Mamá la mira molesta. Eso de que le lleven la contraria y que quienes lo hacen sean su marido y su mejor amiga es algo que no entra en sus planes. Aun así, fiel a esa calma que me desespera, sonríe y añade:

—Volveré a someterme a la extracción y dejaré más muestras. Aunque no será necesario porque no pienso irme a ningún sitio, pero lo haré para tranquilidad de todos. Cada miembro del equipo llevará consigo la cura.

—Si tú vas, yo también —dice papá—. Lideraré otro equipo.

No es una petición. Y si hay alguien tan tozudo como mi madre en esta sala, es él.

—Deberías quedarte aquí con Sara. Hay que proteger el fuerte.

¿Perdona? ¿Quién ha decidido que yo no participe?

—No. Siempre juntos —responde papá mirándola a los ojos.

Mamá se queda descolocada. Papá acaba de usar toda la artillería emocional y la ha dejado sin réplica. No habrá más discusión: ambos irán.

—Yo lideraré otro equipo —dice Óscar.

—Todos queremos luchar, pero alguien debe quedarse y proteger el cuartel y a nuestra gente —recuerda mamá.

—Yo iré. Alejandra se queda. —afirma el coronel Cavalli.

Alejandra no protesta. Como la soldado disciplinada que es, acata la orden, aunque no le guste. Todos ansiamos la revancha, vengar a los compañeros caídos.

—Yo también voy —digo en un susurro. Van listos si se creen que me dejaré cuidar como si fuera una cría de teta.

Se giran y me observan como si me hubieran salido cinco ojos.

—Ni hablar —dice papá.

Los demás asienten. La sangre me hierve, pero me da igual lo que digan: no pienso quedarme atrás.

—No estoy pidiendo permiso —digo muy seria, empleando las mismas palabras de mi madre—. Soy mayor de edad y tomo mis propias decisiones.

—He perdido una hija. No voy a arriesgarme a perder a la otra —sentencia mi padre.

—Detengámonos un momento antes de lanzarnos —interviene tía Elena, intentando calmar los ánimos—. Alejandra y yo nos quedaremos en el cuartel. Un equipo lo liderará Vica; otro, Óscar, y el último, Emilio. Falta decidir si Sara interviene como dice que quiere, y quién de estas dos irá con ella.

Se refiere a las doble V, que ponen cara de pánico. Si alguien en esta sala tiene claro que no quiere ir, son ellas.

—Virginia, tengo entendido que tienes nociones de defensa personal. Te elijo a ti.

Ella traga saliva con dificultad, nos dedica una sonrisa tensa y responde:

—De acuerdo… Pero adelanto que mi formación militar no es que sea inexistente, pero sí muy escasa.

—No te preocupes. Te protegeremos, aunque sea lo último que hagamos —dice Óscar.

—¿En qué equipo voy yo? —insisto.

Si creen que ignorándome voy a rendirme, van listos. Nadie en esta habitación tiene más motivos que yo. Nadie ha perdido al amor de su vida, ni ha sido traicionado por su mejor amigo, ni le han secuestrado a su hermana. Así que sí: estoy lista. Y estoy dispuesta a arrasar con todo.

—¿De verdad quieres ir? Tú también eres importante para la misión —dice tía Elena.

Papá se remueve en su asiento. Le molesta que siga insistiendo, pero ya no puede decidir por mí, y yo necesito este enfrentamiento tanto como respirar.

—Estoy segura y preparada. Me he cansado de esperar. Además, ahora tengo más control y conocimientos.

Mira a mi madre y yo rezo por dentro para que me dé luz verde. Si alguien puede frenarme, es ella.

—Está bien. Virginia y tú estarán en los equipos de Emilio y Óscar.

Cuando tengamos el plan definido, volveremos a reunirnos. Hasta entonces, queda prohibido hablar del contenido de lo que aquí se trate. Nada de nada fuera de estas cuatro paredes. ¿Entendido? —ordena la general—. Antes de terminar, quiero entregarles algo.

Saca una bolsa con varios llaveros. Son redondos: una esfera transparente que contiene un líquido de distintos colores. Llaman la atención al instante.

—Cuídenlo como si les fuera la vida en ello. Es la cura.

Nos quedamos mirándolos incrédulos. ¿Ahí dentro? ¿Qué ha sido de su color rosado y su forma original? ¿Cómo no lo sabía? Se supone que Noelia y yo estamos a cargo de los laboratorios y de todo lo que se hace en ellos… Así lo creía.

—La hemos camuflado en forma de llavero para que sea indetectable a nuestros enemigos. Cada persona que se enfrente al Cuerpo Oscuro llevará uno. No queremos más bajas.

—¿Cómo nos la inyectamos, si se da el caso? —pregunta papá.

—Ya no hace falta. Ahora es de administración oral. De momento, solo nosotros tenemos acceso a ella —explica mi madre.

—¿Cómo no he sabido nada de este cambio? Creía que era la encargada del laboratorio —pregunto molesta.

—El desarrollo se ha llevado a cabo en las instalaciones de Óliver y lo ha llevado a cabo Noelia. Es información clasificada. Nadie más puede saberlo —responde la general.

No discuto, no servirá de nada. Aun así, me fastidia que, una vez más, me hayan dejado al margen. La curiosidad acaba imponiéndose al enfado y me quedo fascinada ante la obra maestra que tengo en mis manos. Miramos el llavero con atención, impresionados por tener la cura a nuestro alcance.

—Si durante el enfrentamiento alguien resultara infectado, debe ingerir el contenido de inmediato… o todo estará perdido —advierte la general—. Y si alguien revelase esta información a alguna persona no autorizada, se le arrestará en el acto. No toleraré más errores. Es hora de poner fin a esta locura. Pueden retirarse. Se les convocará cuando el plan esté listo.

Asentimos y nos levantamos. Al salir, intercepto al coronel Cavalli y le pido hablar a solas. Por una fracción de segundo, detecto un

leve tic en su rostro, como si mi petición le incomodara. Algo esconde.

Nos dirigimos a la terraza. Abre la puerta y me invita a pasar. Estamos solos.

Una ráfaga de viento alborota mi cabello. El aroma del aire a tierra húmeda y hojas me transporta a recuerdos de la infancia, a las excursiones familiares que hacíamos por las laderas de Acentejo, por el parque natural de Anaga, por Las Medianías. Añoro los momentos normales y… ¡Dios!, necesito que esto termine ya. El sol nos calienta, pero la brisa lo atempera y reduce el calor del mediodía. La ciudad, vista desde aquí, es una maqueta ordenada y distante. Qué ajenos están a la amenaza que se cierne sobre todos nosotros.

—Usted dirá. —Endereza la espalda y el pecho adquiere trazas de escudo.

—Tranquilo. No soy Empaticus, pero no tiene por qué ponerse a la defensiva. No voy a decir nada sobre lo que ocurre entre Noa y usted.

Es un farol. Mi intuición me dice que así obtendré más respuestas acerca de lo que tiene o deja de tener con mi hermana que preguntando directamente. Le sorprende que lo sepa, por más que, como buen soldado, lo disimule. Maldita Noa: algo así no debió ocultármelo.

—Solo le diré que su hermana significa mucho para mí. Estoy furioso porque las dos personas que más me importan en este mundo han desaparecido, pero lograré traerlas de vuelta, cueste lo que cueste. Se lo aseguro.

—No se preocupe. No le hago responsable de lo ocurrido.

—Parece que es la única. Siendo el encargado de la seguridad, no entiendo cómo no me han echado ya.

Me resulta extraño que, con lo estricta que es mi madre —mejor dicho, la general—, no lo haya sancionado o reubicado tras los incidentes. Coincido con él: tampoco esto encaja.

—Deje de culparse —le aconsejo—. No le ayuda ni a usted ni a la misión. Por propia experiencia, sé que es difícil detectar a los miembros del Cuerpo Oscuro.

A mí me engañaron y no estoy convencida de que no vuelva a

ocurrir.

—Por más que esté bien entrenado…, nos llevan ventaja, tenemos que admitirlo —añado—, como hemos de tener muy claro también que la culpa solo nos debilita. Necesito que se centre en recuperar a nuestros familiares.

—Agradezco sus palabras. No me siento culpable, pero sí responsable de lo ocurrido. He estado un poco distraído, lo admito, y es algo que no puedo permitirme —responde el coronel.

—Si la distracción a la que se refiere tiene nombre y apellido, créame, no habría podido evitarlo. Cuando se empeña en algo, es tenaz, tozuda y cabezota —le contesto.

Sus ojos se iluminan al hablar de Noa. Me reconforta comprobar que sus sentimientos son reales y que luchará por recuperarla con la misma determinación que yo.

—Gracias.

Guardamos silencio unos segundos hasta que aparece un soldado. Lo saluda con respeto y anuncia:

—Señor, le requieren en el puesto de mando.

—Iré enseguida. Puede retirarse.

El soldado se marcha. Óscar hace lo mismo, pero antes se gira hacia mí:

—Agradezco esta conversación. Nos veremos luego. Con permiso.

Asiento y lo veo alejarse. Aprovecho la soledad para pensar. Las vistas son increíbles; con todo el caos, no me había detenido a mirarlas. El barranco está cubierto de una vegetación frondosa y, a lo lejos, la ciudad funciona ajena a la guerra que se está librando. ¿Por cuánto tiempo?, me pregunto. Respiro hondo. Necesito calma, tomar perspectiva.

Saco el llavero de mi bolsillo y lo observo: ¿así ve Noa nuestras esencias? Es hipnótico y ¡no puedo apartar la mirada! Pienso en mi hermana y confío en que esté bien.

Un sonido me saca de mis pensamientos: un mensaje en el móvil.

Se me hace raro volver a tener el dispositivo, pero tras las brechas, el alto mando decidió ponernos teléfonos para tenernos más controlados, como si estar aquí encerrados fuera poco; solo les falta meternos un chip por el trasero; mejor no doy ideas. Saco el

móvil del bolsillo de mis vaqueros y abro el WhatsApp.

Tu enclenque culo en el gimnasio, en diez minutos.

Es Ramón. Seguro que ya sabe que voy a participar en la misión y quiere seguir machacándome en combate cuerpo a cuerpo. Nuestra relación ha mejorado desde que nos conocemos. Después de rescatarme y de que sus amigos junto con mi novio perecieran en el proceso, su odio hacia mí ha disminuido, así que no puedo por menos que agradecer que al menos uno de los dos me haya perdonado. Yo no puedo hacerlo, ni podré mientras siga cargando con esa losa. Esa es mi condena: jamás superaré esa pérdida. Y no merezco tanto sacrificio, sobre todo teniendo en cuenta que soy la villana de esta historia.

Al principio me exprimía en los entrenamientos, esperando que abandonara para no tener que verme la cara. Pero soy tozuda, se ve que esto nos viene de familia, y terminé ganándome su respeto. Ese grandullón de casi dos metros no imaginó nunca que podría llegar a cogerme cariño.

De camino al ascensor, el móvil vuelve a vibrar. ¡Genial!, qué popular estoy hoy.

Las puertas se abren y el corazón me da un vuelco al ver al coronel dentro, rodeado de otros soldados. Si estuviera Noa aquí, tendríamos un espectáculo entretenido. Al cruzar la mirada con él, percibo que también añora sus juegos. Nos saludamos con un leve gesto de cabeza y me coloco al fondo por costumbre. Le indico al guarda mi destino y vuelvo a consultar el móvil. Lo que leo me deja helada:

¡Hola, rubia! ¿Me echabas de menos? Yo a ti muchísimo. Un detalle sin importancia; si quieres volver a ver a tu hermanita con vida —y no me refiero solo a su estuche—, tendrás que hacer lo que te diga durante las próximas horas. Ni una palabra a nadie, o Noa lo pagará. Recuerda que te estamos vigilando. Besitos de tu Brujo Marujo.

—¡La madre que lo parió! —grito sin pensar.

Estoy furiosa. Colérica, como si fuera a arder por combustión espontánea. Me siento observada y tardo un segundo en recordar que no estoy sola en el ascensor. Todos me miran desconcertados.

—¿Ocurre algo? —pregunta el coronel.

—Perdón… No. Nada —respondo, intentando recomponerme.

Estoy en *shock*. ¿Cómo es que tienen mi nuevo número? ¿Me vigilan? ¡Joder! No estamos a salvo. No puedo confiar en nadie. ¿Ha fallado otra vez el coronel… o es que también forma parte de ellos?

—¿Seguro que se encuentra bien? —insiste Óscar, observándome con atención.

—Sí, gracias. Voy a entrenar y no sé si es buena idea… con todo lo que está ocurriendo. —¡Qué mal se me da mentir! Estoy segura de que no se lo cree.

—¿Quiere que hable con Ramón? Aunque, si va a participar en la misión, debe estar preparada.

—Tiene razón. Canalizaré mi desengaño pateándole el culo a ese grandullón.

¡Vaya...! Soy mejor actriz de lo que pensaba. Creo que se lo ha tragado. Asiente y vuelve a mirar al frente.

Cuando llegamos a la planta del gimnasio, el coronel me deja pasar y se baja también. Camina unos pasos detrás de mí. Puede que solo sea paranoia, pero juraría que me vigila.

—¿Va a entrenar? —le pregunto.

—No. Mi cometido es evaluar su rendimiento y el de Virginia. Debemos saber el nivel de protección que necesita cada una.

—¡Estupendo! —respondo con evidente mala leche—. No solo me considera débil, sino que también van a comprobar lo inútil que soy.

—Disculpe, está malinterpretando…

No le dejo terminar. Mi enfado va en aumento y no quiero descargarlo con él, aunque quizás ya lo haya hecho. Me dirijo al fondo del gimnasio, donde veo a Ramón con Virginia. Los saludo a ambos de lejos y voy directa a los vestuarios a cambiarme.

Necesito pensar. Trazar un plan. No puedo poner en riesgo a mi hermana, pero… ¿qué demonios quieren de mí? Cuando regreso, el bullicio lo inunda todo. Algunos luchan contra androides, otros

levantan pesas y los más motivados hacen cardio. Analizo cada rincón, buscando al intruso, al que me vigila y está encargado de pasar información al enemigo. Solo hay una persona que no me quita los ojos de encima: el coronel Cavalli. Hasta la forma que tiene de mirarme me mosquea.

Empiezo a dudar de su lealtad.

Mi instructor me llama para que me acerque. ¿Será él del Cuerpo Oscuro? Joder, ahora todos me parecen sospechosos. Camino hasta el tatami, donde están Ramón y Vicky. ¿Van a hacernos pelear? ¡Genial! Es un momento idóneo. Ya les vale.

—No entiendo a qué viene esto —protesto.

—¿La princesita no está de humor hoy? —se burla Ramón.

Si mis ojos lanzaran fuego, estaría hecho cenizas. Odio que me llame así.

—Canaliza esa ira en el combate. Te vendrá bien.

Así es él: práctico hasta el extremo. Los sentimientos le importan una mierda.

—No quiero hacerle daño.

—No la subestimes. A pesar de esa pinta de ratón de biblioteca, juraría que puede patearte fuerte. ¡Adelante!

Se aparta del tatami y se coloca a un lado junto al coronel, observándonos.

Virginia pelea con ganas, pero estoy tan enfadada que, pese a las dificultades, consigo tumbarla. Ramón tiene que intervenir y sacarme del tatami porque he perdido el control y sigo golpeándola incluso después de que marque rendición. La furia me ha cegado.

—¿¡Qué coño te pasa, princesita!? —me grita mi instructor, fuera de sí.

—Lo-lo… siento. Me he dejado llevar.

Me suelta y me mira con desaprobación. Pongo los ojos en blanco. No tengo tiempo para sermones. Necesito el móvil; seguro que ya ha enviado instrucciones. Quiero largarme de aquí. Me siento expuesta y observad. No confío en nadie. Solo pienso en cómo salvar a Noa.

—¿Que lo sientes? ¿Se te ha ido la cabeza? Está bien que apliques lo aprendido y que uses la rabia contenida, solo que, sin autocontrol,

no sirve de nada. ¡De nada!, ¿me oyes? El control lo es todo. Debes dejar los sentimientos a un lado. Ya lo hemos hablado. Si quieres participar en la próxima misión, aprende a dominarte.

—Tienes razón. Perdón. Te doy mi palabra de que no pasará otra vez —respondo sin mirarlo.

—No me pidas disculpas a mí, sino a Virginia. ¿Seguro que no te pasa nada? Mira que eres rara, pero hoy estás…

—No soy rara, soy diferente. La gente mundana como tú no puede entenderlo.

Sonríe y niega con la cabeza.

—Mujeres… ¡Quién las entenderá! Venga, diez vueltas alrededor del gimnasio. A ver si así te relajas.

Se marcha a comprobar cómo está Virginia, mientras yo echo a correr como un caballo desbocado, intentando quemar la rabia y sin dejar de escudriñar cada movimiento a mi alrededor.

Nadie me presta la atención suficiente como para pensar que me vigila y, aun así, tengo la sensación de estar rodeada de traidores y escoria. Estoy perdiendo la cabeza. Necesito centrarme y cumplir lo que el loco de Jacobo quiere.

Cuando termina el castigo, vuelvo al vestuario a recoger mis cosas. Necesito desaparecer sin levantar sospechas. No puedo permitir que me descubran y poner en riesgo la vida de mi hermana. Saco el móvil del pantalón que dejé en la taquilla y veo que tengo un nuevo mensaje. El corazón se me acelera. Temo cuáles serán las exigencias del líder de mis enemigos:

Ahora que ya has calentado, pongámonos en marcha. Necesito que me traigas una muestra de esa cura que has diseñado. ¿Te sorprende que lo sepa? Yo lo sé todo, rubia, no lo olvides. Ya te enviaré indicaciones de cómo y dónde vernos. Recuerda que este es nuestro secreto, pequeña.

Corro a mi habitación. Me urge estar sola para trazar un plan… imposible. ¿Cómo voy a salir sin que me detecten? Y encima quiere una muestra de la cura. Me está pidiendo lo impensable.

En un arrebato, cojo el móvil y le escribo:

Eres más indeseable de lo que creía. Si quieres que cumpla tus planes, tendrás que decirles a tus secuaces que me ayuden. No es tan sencillo.

Espero la respuesta. A los pocos minutos lo veo en línea, escribiendo, hasta que aparece su mensaje:

Tan guerrera como siempre. Me encanta que seas una luchadora. Tendrás que usar tu ingenio. Nadie te ayudará. Eres muy capaz, aunque la gente que te rodea no te lo diga. Cuando estés lista, te facilitaré el transporte. Hasta pronto, mi rubia favorita.

—¡Eres un capullo! —gruño.

Le escribo de inmediato, pero no obtengo respuesta. Doy vueltas por la habitación tratando de hallar una vía de escape indetectable. Es una misión suicida. ¡Maldito Jacobo!

Entonces, una idea me golpea. Mi hermana salió de aquí de alguna forma. No atravesó paredes. Si alguien sabe cómo hacerlo, son las doble V. Me arreglo y salgo a buscarlas. Tengo la excusa perfecta: disculparme con Virginia por lo ocurrido en el gimnasio.

Por la hora que es, deben de estar en el comedor. Los horarios de entrenamientos y comidas son estrictos. Somos demasiados y no debemos coincidir; o los respetamos o nos metemos en problemas.

El comedor está a tope. Las mesas que se alinean a lo largo del lado izquierdo del espacio están llenas, me deslumbro con la luz que entra a través de los ventanales que dan a la terraza central. Me sitúo en la fila a la derecha para servirme la comida que se dispone el en bufet. Cojo una bandeja y me resigno a esperar. Hay variedad. La pega es que todo es tan saludable y bajo en grasas que sabe igual: insípido y aburrido. Echo de menos los guisos de papá.

Mientras aguardo, busco entre la gente mi objetivo. Por suerte, las chicas siguen en la cola. Tendré tiempo de sentarme con ellas. Después de un buen rato, con la bandeja llena, me dirijo hacia mi objetivo.

—Hola, chicas —saludo mientras me siento frente a ellas—. Perdona por lo de antes —digo mirando a Virginia—. Estoy estresada

y me dejé llevar por tantos reveses. Lo siento.

Victoria me mira desconcertada.

—Bah, no te preocupes. Me vino bien para espabilar y hacerme una idea de lo que nos espera —dice Virginia, y luego mira a Victoria —: Esta mañana me dio una paliza épica.

—No te va a pasar nada. Tenemos protección —digo buscando tranquilizarla.

—Me alegra que lo tengas tan claro. Desde luego, no es mi caso y, aun así, debo cumplir…, aunque me cueste la vida.

Tiene miedo, y es normal. Con todo lo que hemos perdido, cualquiera lo estaría.

—Esto va a sonar fatal. Verás: agradezco que te haya elegido a ti. Yo no tendría ninguna oportunidad. Te quiero, amiga, y confío en que volverás de una pieza —añade Victoria, aliviada.

—Tranquila. Yo también lo celebraría si fueras tú —le guiña un ojo Virginia antes de seguir comiendo.

—¿Cómo van las investigaciones? ¿Hay algo nuevo? —pregunto aparentando normalidad.

—Estamos atascadas. Marco es muy bueno y ha borrado cualquier rastro de lo que hizo —me explica Virginia.

—Seguro que encuentran alguna pista. Hay algo a lo que no dejo de darle vueltas: no entiendo cómo pudieron salir sin que ningún guarda los viera. Sé que Marco saboteó las cámaras. ¿Por qué? Con toda la vigilancia que hay, resulta extraño.

Cruzo los dedos para que sepan algo, cualquier cosa que me ofrezca la salida que tanto necesito. De lo contrario, estoy perdida.

Intercambian una mirada que me hace pensar que voy por el buen camino.

—Sí, sabemos por dónde salieron —responde Victoria con total despreocupación.

Virginia le da un codazo y añade de inmediato:

—Te lo diríamos si no fuera información clasificada.

Mierda. Tengo que forzar un poco más.

—No pasa nada. Luego se lo preguntaré a mi madre. Ella me lo contará.

Vuelven a mirarse. Finalmente, Victoria suspira.

—Te lo diré, pero ni una palabra. Si se entera de que lo he mencionado, nos caerá una bronca… o algo peor.

—Tranquila. Soy una tumba.

Se toma unos segundos para pensarlo. Mi corazón vuelve a acelerarse; si no consigo estas respuestas, me da algo.

—En el garaje, donde aparcan los furgones grandes, hay una puerta, una salida que no aparece en los planos. Solo la conocía la general. Está tan bien camuflada que no la verías, aunque pasaras por delante —explica Victoria.

—¿Cómo pudieron acceder si nadie sabía que existía? —pregunto.

—Espera, que hay más —añade.

A Virginia se le nota la incomodidad. No le gusta nada que su compañera esté soltando tanta información; su expresión lo deja claro. A mí, en cambio, me viene de maravilla.

—La puerta se abre con un código. Suponemos que lo puso tu madre.

—Entonces Marco lo descifró y salieron…, pero una vez fuera del edificio, ¿cómo es que nadie los vio? El cuartel está vigilado por todo el perímetro.

—La salida da al barranco, a la zona más profunda. Hay una rampa en espiral que baja varios niveles y desemboca fuera, completamente oculta por el terreno boscoso.

—Es increíble. Parece sacado de una película —digo—. Imagino que ahora la puerta estará controlada, ¿no?

Virginia me mira sin pestañear. Diría que empieza a sospechar que estoy tramando algo. Tengo que ir con cuidado.

—No tanto. Solo añadieron una alarma que avisa si se abre. La general cambió el código y ya está. Nadie más sabe que existe; de hecho, poner guardias levantaría sospechas.

Me dan ganas de abrazarla. Sin querer, acaba de resolver mi primer gran obstáculo. Solo necesito averiguar el código. Si lo ha puesto mamá, no debería ser demasiado complicado.

—Los del Cuerpo Oscuro tenían un plan muy bien pensado —digo aliviada por dentro.

—Desde luego —responde Virginia sin apartar los ojos de mí.

—¿Y la clave? ¿Cómo pudieron conseguirla? Marco es un *hacker*

brillante, pero ¿de verdad es tan fácil? —pregunto, rozando el límite. No puedo seguir apretando o me descubrirán.

—Solo hay dos opciones: conocer la clave o desencriptarla con ciertos dispositivos. No te aburriré con tecnicismos —contesta.

Dejo el tema ahí. No puedo arriesgarme más.

Cuando terminamos de comer, me retiro a mi habitación. Siguiente paso: ir al laboratorio y conseguir la muestra. Después, avisar a mi familia fingiendo que me encuentro mal para ganar tiempo sin interrupciones.

Y, por último, bajar al garaje… y huir.

De camino a los laboratorios, el móvil vuelve a vibrar. Me pongo nerviosa. Sé perfectamente quién es y temo lo que me va a exigir.

El transporte te esperará a tres kilómetros al norte de tu ubicación actual a medianoche. Súbete en la parte trasera, pero lanza el móvil antes de hacerlo. Si no apareces, tu hermanita no volverá a ver la luz del sol.

Replico:

Necesito más tiempo. No es tan sencillo. Te odio.

No tardo en recibir respuesta:

Rubia, te subestimas. Hasta medianoche, preciosa.

Entro en el laboratorio con nervios. Ser la creadora de la cura me brinda una ayuda adicional: mi presencia no llama la atención. Observo quien se encuentra allí. La sala es enorme y ocupa casi toda el ala este del complejo. Se dividide en varios cubículos con paredes de cristal, una forma clásica de controlar el trabajo de cada técnico… y una dificultad añadida para llevarme una muestra sin que nadie lo note.

Cada lote producido queda registrado. Tendré que borrar el código de la muestra que consiga para no dejar rastro. Podría entregar mi propio llavero, pero necesito conservar uno por si acaso.

Me coloco el EPI y entro.

—Buenas tardes, equipo —saludo.

—Hola, jefa. No la esperábamos. Pensábamos que estaría liada con otros asuntos —dice Nil, el más joven, sin apartar la vista del microscopio.

—Necesito mantener la mente ocupada. La desaparición de mi hermana me tiene muy alterada.

—Es normal —responde Cristina, concentrada en añadir los reactivos.

El desarrollo de una nueva fórmula de la vacuna responde a una realidad conocida: no siempre se podrá actuar a tiempo ni administrarse en momentos delicados.

—Si podemos ayudarla en algo, díganoslo —añade Laia antes de volver a su trabajo.

—Gracias, chicos.

Salgo del área principal y me quito la protección. Confío en que, sabiendo que estoy allí, no se fijen en mí y poder sacar la muestra sin llamar la atención.

Me dirijo a al final del pasillo donde hay un pequeño despacho. Me siento frente al ordenador y busco información sobre los dispositivos que permiten descodificar paneles de seguridad. Si trato de hacerme con uno, además de la cura, necesito saber cómo es.

El plan B es probar combinaciones al azar, pensando en mi madre y en el tipo de clave que habría elegido. Solo espero tener más de una oportunidad.

No tengo ni idea de dónde conseguir el aparato, así que me centro en lo urgente. Accedo al sistema y elimino el registro de la muestra que voy a llevarme. Luego me dirijo a la nevera más alejada del equipo, asegurándome de que nadie me observe, y la guardo.

Objetivo cumplido. Ya queda menos.

Me marcho alegando dolor de cabeza. Mi coartada tiene que ser consistente desde ahora.

De vuelta en mi habitación, envío un WhatsApp a mi familia diciendo que me echaré un rato porque tengo una jaqueca insoportable. Es tarde y no les parecerá raro. Solo espero que papá llegue de madrugada, como suele hacer, o todo mi plan se irá al

traste.

En menos de una hora debo estar en el garaje.

Me visto con ropa oscura, preparo una mochila y salgo con cuidado hacia las escaleras. Tengo suerte: no hay ningún guarda vigilándolas. ¡Qué raro!. Bajo los peldaños de dos en dos.

En el garaje me cuesta encontrar la puerta, pero ahí está. El panel es más complejo de lo que esperaba; la pantalla es casi transparente y apenas distingo los números.

—¡Maldición…! Estoy tardando demasiado.

De pronto, oigo pasos. Alguien se acerca. Me escondo tras uno de los furgones, rezando para que no me vea. El corazón me golpea el pecho con tanta fuerza que parece que va a salirse.

—Tiene que aprender a camuflarse mejor —dice una voz a mi espalda.

Es el coronel Cavalli.

¿Cómo me ha encontrado? ¿Es el topo? ¡Lo sabía!

—¿Qué cojones hace aquí? ¿Está con ellos? ¡Mierda! —le pregunto con la certeza de que es un traidor

—Vengo a ayudarle —contesta.

—No le creo —digo—. Si está aquí es porque forma parte del Cuerpo Oscuro.

—No lo soy. Sé sus planes porque le he clonado el móvil.

Saca de la mochila una mini *tablet* y un aparato que no se parece a nada de lo que vi en internet. Lo conecta al panel del código y, tras introducir varios algoritmos, el cacharro empieza a descifrar los números que tanto necesitamos.

—¿Qué ha hecho el qué? ¿Quién se ha creído que es?

—La persona que la va a sacar de aquí sin que el alto mando se entere, y la que le ayudará a liberar a nuestros hermanos.

Dudo. No termino de creerle, pero la seguridad con la que se mueve y la convicción en sus actos me dicen que, con él, tengo más posibilidades de cumplir mi objetivo.

—Si ha leído los mensajes de Jacobo —le digo—, sabrá que, si me ven acompañada, matarán a Noa.

—Tranquila. Estoy entrenado para esto. Nadie sabrá que voy en la sombra, se lo prometo. He tomado todas las precauciones. Soy

hermano de uno de los mejores *hackers* y, además, Sabius, como usted, así que algo he aprendido. Cuando salgamos, caminará sola y yo la seguiré a distancia. He dejado una moto oculta cerca del punto de encuentro. Y, si todo fallara, en mi mochila hay una jeringuilla con un chip. Necesito que se lo inyecte en un lugar poco visible para poder rastrearla si la pierdo.

No sé si dice la verdad, pero necesito ayuda para salvar a Noa. Perderla también a ella no entra ni por asomo en mis planes. Me arriesgo.

—Podría haberme dicho que lo sabía. Me he dejado la cabeza intentando cumplir todo lo que me exigían. ¿Cuándo me clonó el móvil?

—En el ascensor reaccionó de forma extraña. En el combate estuvo demasiado agresiva. Mi instinto me dijo que no era la misma chica con la que hablé en la terraza… Mi única salida era intervenirle el teléfono.

—¿Y cómo sé que no es el topo? Es absurdo… Tampoco me lo confesaría.

—Sara, confíe en su instinto. Sabe que digo la verdad. No me lo ponga difícil y déjeme trabajar. Los guardas volverán en tres minutos.

—Ese trasto tarda demasiado. ¿Y si no lo consigue a tiempo?

—La dejaré sola para distraer a los soldados durante la ronda. Usted huirá y yo la rastrearé con el chip. ¿Ya se lo ha inyectado… o lo hago yo?

—Ni hablar. Yo puedo.

—Coja también la linterna frontal. No podrá atravesar el bosque sin luz.

No había caído en ese detalle. A oscuras, es difícil recorrer un lugar que no se conoce.

Me agacho y saco la jeringuilla y la linterna de la mochila. Antes de inyectarme, pienso que, si me está mintiendo, puede que este sea mi final. Cierro los ojos. Prefiero morir intentando salvar a mi hermana y, sin pensarlo más, me clavo la aguja detrás de la oreja y presiono el émbolo.

—¿Nadie sabe que está aquí? —pregunto mientras noto el líquido

recorrerme los surcos craneales.

—Sujéteme esto. Y no, no sé en quién confiar. Ni siquiera tengo claro que la general no esté implicada.

—Ella es la más leal a la Fracción. A veces, no la reconozco; está tan obsesionada con ganar la guerra que ha olvidado que somos sus hijas. Es imposible que sea el topo.

—No me refiero a eso. Es la única que conocía esta salida y ha mantenido varias reuniones con mi hermano, de las que sabemos muy poco. No creo en las casualidades. De algún modo, su madre le habló a Marco de esta puerta. ¿Por qué? Es algo que pienso averiguar. En un minuto estaremos fuera.

De pronto, suena un pitido. El panel translúcido se ilumina en verde y la puerta se abre.

Corremos por la rampa en espiral hasta llegar a un portón sin código que da al exterior. Nada más salir, me coloco la linterna en la cabeza y, guiándome con el GPS del movil, me dirijo al punto de encuentro. Corro tan rápido como puedo. Estoy sola… o eso parece, porque no hay rastro del coronel.

Llego sin aliento. Me detengo a recuperar la respiración y entonces lo veo: un BMW M3 negro, con el motor en marcha y sin luces.

—Cenicienta, ahí tienes tu calabaza —murmuro.

Miro el móvil y antes de lanzarlo con ganas, le doy a enviar al mensaje que deje preparado. Me subo en la parte trasera, tal y como me indicaron, me abrocho el cinturón y, al ver al conductor, solo puedo soltar:

—¿¡Qué coño haces tú aquí!?

Sonríe con ironía, se gira hacia el volante y arranca.

Solo espero que el coronel Cavalli esté cerca.

CAPÍTULO 8

El Cuerpo Oscuro

Noa

Me despierto aturdida. He perdido la noción del tiempo. Tengo la boca pastosa y la visión borrosa, pero, sobre todo, estoy muy cabreada y alguien va a pagarlo. Necesito respuestas, explicaciones, y las obtendré de un modo u otro.

La luz me deslumbra. No logro enfocar bien, parpadeo varias veces. La cabeza me da vueltas y me obligo a moverme calculando muy bien cada movimiento. Me incorporo y observo mi entorno. Estoy sobre la cama de un camarote: el ojo de buey que hace de ventana me da la pista. Veo el mar y me asalta la pregunta: ¿en qué momento me subí a un barco?

Analizo lo que me rodea. Hay un bulto en la otra cama. Parpadeo de nuevo y consigo distinguirlo. ¿Cómo es que está aquí? La última vez que estuve con él fue en mi casa, antes de que me secuestraran. Me levanto y lo zarandeo.

—Mateo, ¿estás bien?

Se despereza y me mira con una amplia sonrisa.

—¡Hola, bella durmiente! Por fin te despiertas.

Parece tranquilo. Demasiado. Debe ser uno de ellos. ¡Jolineeesss! Mi detector de traidores está fundido: primero Antonio, digo…, Jacobo, después Marco y ahora Mateo. No sé si podré volver a confiar en alguien. ¡Gentuza!

—¿Qué haces aquí? ¿Eres uno de ellos? Seguro que planeaste mi primer secuestro… y el segundo también. ¡Fijo!

—¿De qué hablas? Yo tampoco recuerdo cómo llegué a estar en

manos de esta gente. Llevo mucho tiempo encerrado.

Este tío es idiota si se piensa que me voy a creer semejante sarta de estupideces. No sabrá que soy Empaticus y que detecto sus emociones… que no encajan con alguien retenido contra su voluntad. Me hago la tonta: es mi única salida si pretendo obtener información.

—¿Dónde estamos? —le pregunto.

Miro a través de la ventana, pero solo alcanzo a ver el infinito mar.

—En un barco. No hay que ser muy listo para saberlo.

—No te recordaba tan gracioso —respondo, molesta.

Pone los ojos en blanco como respuesta y añade:

—Ni idea. Solo sé que estamos en un yate.

Está disfrutando al interpretar su papel. Yo pierdo la paciencia por momentos y me contengo para no darle una bofetada.

—¿¡Y cómo son los secuestradores!? ¿O me dirás también que no tienes ni idea? —le pregunto, exasperada.

—Es difícil de saber. Llevan la cara tapada. Parecen… jóvenes.

De repente, sin venir a cuento, Mateo se acerca y me abraza. No le correspondo. Sus emociones se vuelven extrañas y me pongo más nerviosa aún. Recuerdo el incidente con Manuel y, antes de que vuelva a suceder, me separo de forma brusca. Echo a caminar de un lado para otro dentro del estrecho habitáculo en el que nos encontramos.

—¿Qué haces? —pregunta.

—Buscar una salida.

El camarote no es amplio, aunque tampoco nos asfixia. Las dos camas ocupan gran parte del espacio, una especie de escritorio elegante con su silla de caoba esta al otro lado dejando un pequeño pasillo,

al fondo una puerta que da al baño y otra que, no es difícil imaginar, es la de salida. La acciono y veo que está cerrada.

—Ya lo había intentado.

—Bueno, cuatro ojos ven mejor que dos, ¿no crees? —Hago esfuerzos por ganar tiempo y paciencia.

—Y, luego, ¿qué piensas hacer?, ¿echarte al mar y ponerte a

nadar? Ni siquiera sabes por dónde navegamos.

Estoy que trino porque se lo está pasando en grande, lo que confirma mis sospechas: es otro enemigo.

—Yo hago por ver cómo escapar.

—Lo he intentado, de verdad.

—No te creo —le suelto sin pensarlo. Mi impulsividad y mis nervios me superan. Me obligo a respirar despacio.

—¿Por qué?

—Llámalo intuición, pero estás mintiendo.

—Quizá es que me ves tranquilo y, sí, lo estoy. Me hace feliz verte y dejar de estar solo.

Lo peor es que sus emociones encajan con sus palabras… hasta que cambian de golpe, como si alguien girara un interruptor.

—No sé en quién puedo confiar. Demasiadas decepciones.

—En mí —responde—. Soy de fiar.

Se acerca y me abraza. Dudo apenas un segundo antes de corresponderle, pero algo vuelve a alterarse en su interior. Lo siento con claridad: es deseo. Lujuria. Me aparto justo cuando intenta besarme.

—¡Estás tonto! —le grito empujándolo.

—Perdona.

Finge arrepentimiento, pero su apetito sigue ahí, intacto, repugnante.

—No es verdad, no tienes remordimientos.

—Pensé que tú también querías —dice sin vergüenza—. Has tonteado conmigo durante el encierro y ahora estamos solos. Tu novio no lo sabrá.

Vuelve a acercarse y yo me pongo en posición de combate.

—Si me tocas, te reviento.

—Noa, soy tu amigo.

—No lo eres.

Un escalofrío recorre mi cuerpo. Quizás han ocupado su cuerpo. No puedo creer que Mateo me hiciera algo así.

—No entiendo esta desconfianza.

—Tengo mis motivos.

—¿Has recuperado tu habilidad?

Lo miro helada. ¿Cómo lo sabe?

Y entonces empieza a aplaudir. Sonríe. Sin embargo, lo hace con una sonrisa que no le pertenece.

—Eres lista —dice—. Ya le advertí que no te lo tragarías. Pero tenía que intentarlo.

—¿De quién hablas? —pregunto.

—Mi hermano te ha subestimado. Y, como le adelanté, tu don está activo. Si no, no habrías detectado mi actuación. ¿Estoy en lo cierto?

—¿Tu hermano?

—Todo a su debido tiempo, nena. Vamos, salgamos de aquí. Necesito aire fresco.

Golpea la puerta y la abren.

Dudo un instante antes de seguirle. ¡Será cabrón! No sé qué hacer, pero enseguida me digo que fuera tendré más opciones de huir. Caminamos por pasillos interminables, flanqueados por puertas cerradas. Otros camarotes, imagino. El yate parece enorme, lujoso, casi obsceno. Subimos un par de niveles por debajo de la cubierta. A nuestro paso, nos encontramos con guardas vigilando, algo que, desde luego, a él no le importa lo más mínimo. Sabe dónde está. Mi situación es muy otra y ya voy viendo que escapar será imposible. Sé nadar, pero ¿en medio del océano?, ¿dónde está la costa?, ¿por dónde navegamos?

Me dará un ataque si sigo haciéndome ese tipo de preguntas, y, sin embargo, ¿cómo podría dejar de hacérmelas?

—¿Te gusta? —pregunta señalando el barco—. Nos lo ha prestado alguien muy especial. Pronto lo conocerás.

Me habla como si nada hubiera pasado. Como si aún fuéramos colegas. Lo fuimos. Ahora solo quiero patearle el culo por mentirme. Estoy rodeada de farsantes y empiezo a odiarlos a todos, aunque disimulo, como si todo esto fuera natural también para mí.

Entramos en un salón amplio y excesivo: lámparas de cristal, madera pulida, mármol por todas partes. Ostentoso. Y bien vigilado.

En uno de los sillones están Lidia y Marco, demasiado juntos. Ella se recrea en cada caricia, aun cuando sabe que la siento, así que lo hace a propósito. Me revuelve el estómago. Aún me cuesta creer

que después de jugarse la vida por rescatar a mi hermana, nos haya traicionado. Nunca me gustó, pero jamás pensé que fuera del otro bando. Su trabajo siempre ha sido impecable. ¿Qué le habrá llevado a cambiar de bando? Dudo que accediera a explicármelo teniendo en cuenta el tipo de relación que nos une. Manuel permanece de pie, a un lado. Sus emociones siguen siendo las mismas que la última vez que estuvimos a solas y me revuelve el estómago. La traición de él no me sorprendió tanto, sobre todo, después de nuestro desencuentro y sus cambios de emociones. No era trigo limpio, o no advertí nada en él que me dijera lo contrario. Nunca ha destacado mucho en el cuartel y, por más que hiciera bien su trabajo, pasaba desapercibido. Son un par de grandes farsantes.

Entonces lo veo.

Antonio, quiero decir, Jacobo, está acomodado en un sillón individual, como si fuera el único trono que le corresponde por naturaleza.

Las piezas encajan de golpe.

Mateo no es Mateo.

Es Tomás.

¡¡Dios, es Tomás!! El otro líder del Cuerpo Oscuro y hermano del supuesto mejor amigo de mi hermana.

Esto es un desvarío total y absoluto. El frío y el desconcierto me calan hasta los huesos.

—Hola, Noa —dice Jacobo, dando un sorbo a su copa—. ¿Enfadada? ¿Molesta? ¿O solo intrigada?

Me estudia de arriba abajo, atento a cada minúscula reacción de mi ánimo y a cada gesto que le indique por dónde tirar.

—Percibo asombro —continúa—. Deduzco que acabas de atar cabos. ¿Me equivoco?

—Ha recuperado su don —añade Mateo…, es decir, Tomás—. Te lo dije.

—¿Enfadada? —repito—. Eso se queda corto. Me siento utilizada, traicionada, engañada… y podría seguir. Pero ahora quiero respuestas.

—¡Qué carácter! —dice Jacobo con una sonrisa ladeada—. No te recordaba tan… peleona.

—Siempre ha sido así, hermano —interviene Tomás—. Acuérdate: por eso estuvo a nuestro lado en su última vida.

—Mientes —le espeto.

—Nena, soy Memories —responde Tomás—, y sé cosas de ti y de tus gustos que te dejarían sin aliento.

Me tenso. Sus palabras vienen cargadas de una emoción densa, viscosa, con un matiz sexual que me da asco. Lo ignoro y clavo la mirada en el líder.

—¿Qué hago aquí? —le pregunto. No puedo disimular que reclamo una respuesta. Que se dejen de rodeos ya y me cuenten en qué mierda me han metido.

—Respira, Noa. Relájate —dice Jacobo, o sea, Antonio—. Nadie te hará daño. ¿Quieres tomar algo? No somos tan malos como parece. Confía en mí.

Qué difícil me resulta cambiarle el nombre después de tantos años siendo el mejor amigo de Sara, el que acogimos como uno más en casa, aquel entrañable Antonio que ahora es… Gentuza.

—¿Tomar algo? ¡Claro! —respondo, irónica—. ¿¡Y por qué no invitamos a mi familia y hacemos una barbacoa, todos juntos!? ¿Pero tú te escuchas? ¡Estoy aquí contra mi voluntad, cabrones! Dejen de drogar y secuestrar a la gente, porque si no quieren parecer los malos, tengan claro que por esta vía no lo consiguen.

La rabia me quema por dentro. Tengo ganas de saltarles encima, de partirles la cara… pero, de pronto, esa necesidad se diluye. Demasiado rápido. Jacobo está interviniendo.

—Deja de controlar mis emociones —le exijo—. No tienes derecho.

—Mi dulce Noa —dice con falsa ternura—. Te tengo mucho cariño y no permitiré que te ocurra nada. Solo escúchame. Cuando conozcas la verdad, tu percepción cambiará.

—Cuéntame lo que quieras —respondo—. No me persuadirás.

—Noa, escúchalos, por favor —interviene Marco.

La sangre me hierve o eso querría, pero mis emociones están secuestradas como yo.

—No me hables —le gruño—. Estás muerto para mí. No quiero ni imaginar cómo se sentirá tu hermano cuando se entere. ¡Sabandija

asquerosa!

—La terquedad es un rasgo familiar —dice Jacobo con calma—. Pasan los siglos y ahí sigue. —Da otro sorbo a su copa—. No sé qué te habrán contado de nosotros, pero toda historia tiene dos versiones; eso seguro que lo sabes. Lo que no parece que sepas es que, en otra vida, la nuestra te pareció la más coherente.

—No me interesan tus mentiras —respondo—. Tu fama te precede. Eres un experto manipulándonos. Basta con ver cómo nos tienes ahora mismo: controlados y en contra de nuestra voluntad. Juro que te arrancaría los ojos.

Clavo la mirada en Marco. Se remueve en su asiento y percibo su nerviosismo. Lidia le aprieta la mano y se fija en mí. Nos miramos con mutuo desprecio. Que no nos soportamos es más que evidente.

Los sentimientos de Manuel vuelven a desaparecer otra vez. Es algo que hacía con frecuencia estando en el cuartel. Y me pregunto cómo demonios lo logra. Me desconcierta.

—Noa —dice Jacobo, serio—, solo tienes dos opciones: me escuchas o te encerramos de nuevo sin respuestas. ¿Qué prefieres?

Aprieto los dientes. Está claro que no tengo alternativa, así que contengo la irritación que me trastorna porque no la puede sentir y digo:

—De acuerdo. Habla.

Si me llevan abajo, no tendré ninguna oportunidad de escapar. Escucharé…, aunque cada palabra que salga de esa sucia boca me queme por dentro.

—Tráele un vaso de agua. Que no se diga que no somos hospitalarios.

Manuel se levanta con evidente desgana, lo sirve de una bombona invertida que hay en un rincón y me lo entrega sin mirarme.

—Imagino que sabrás que esta lucha comenzó hace mucho tiempo —empieza diciendo Jacobo—, en nuestra primera vida. Cometimos atrocidades de gran calibre. Actos de los que nos arrepentimos…, al menos, de algunos de ellos.

—Habla por ti —interrumpe Tomás.

Jacobo le lanza una mirada de desaprobación, molesto por la

interrupción, y continúa:

—Si conociéramos el secreto de la vida, la posibilidad de regresar una y otra vez junto a aquellos que amamos y que nos fueron arrebatados sin piedad ni explicación, quizá no actuaríamos con tanta crueldad. Piénsalo, Noa. Los peores horrores de la humanidad se han cometido siempre en nombre del amor: a un dios, a una familia, a una patria. Si el mundo conociera el secreto que los Guardianes custodian con tanto recelo, además de hacer cosas asombrosas, también cambiaría la forma de vivir. ¿No lo crees así?

No respondo. Está justificando el mal que ha causado y cargando la culpa sobre la Fracción. No estoy dispuesta a permitirlo.

—¿Por qué solo unos pocos tenemos el privilegio de poseer aptitudes especiales? —pregunta para proseguir con su argumentación—. El Núcleo es egoísta. Nos mantiene atados a sus normas, nos concede una falsa libertad y, si nos desviamos un centímetro, nos castiga. Nos quiere dóciles. Sumisos. ¿No te parece injusto?

Me observa, esperando alguna reacción por mi parte. Intento procesar la cantidad de barbaridades que va soltando. Son sandeces… ¿O no? Por una brechita, la duda asoma, pero algo me dice que la está sembrando a propósito. Lucho contra su control, más fuerte de lo que me gustaría admitir.

—Percibo confusión —dice Jacobo—. Eso es bueno. Significa que empiezas a entendernos. Como la última vez.

—No —respondo, firme—. Lo único que sientes es tu manipulación sobre mí. Si de verdad quisieras que el conocimiento y las habilidades fueran para todos, no matarías chispas, no ocuparías estuches ni envenenarías a la gente. Tu discurso no se sostiene. Tal vez en otra vida fui estúpida y te creí…, pero entérate de esto y apúntatelo bien: ya aprendí la lección.

—Preciosa —replica Jacobo—, desde que he empezado a hablar he dejado de interferir en tus emociones. Lo que sientes ahora es solo tuyo.

Me desconcierta, pero sé que miente. No puedo permitirme dudar de los míos ni de lo que creo, pero estoy hecha un lío: la rabia, intensa y violenta, ha regresado con fuerza. De ninguna de las

maneras puedo estar de acuerdo con él.

—No has contestado —insisto—. No puedo confiar en ti ni creerte después de las atrocidades que has cometido.

—¿Conoces ese dicho de que «el fin justifica los medios»? Es de mi querido Nicolás, un fiel discípulo —me explica Jacobo—. A veces, hay que hacer cosas que no gustan para alcanzar el objetivo correcto.

Se inclina ligeramente hacia delante.

—Los cuerpos que ocupamos suelen estar en coma. —Arrugo el entrecejo, perpleja, y se muestra como un maestro compasivo ante una alumna inteligente pero respondona—: No hay chispa en ellos. Les damos una segunda oportunidad y permitimos que sus seres queridos los recuperen. Tus adorados Guardianes los dejan vacíos y redirigen las chispas a humanos recién nacidos, dejando que los estuches primeros se marchiten, hasta que mueren, prolongando así el sufrimiento de sus familiares. En cuanto a los cuerpos con chispa que ocupamos cuando no dominábamos los saltos…, debes saber que fueron bajas necesarias. Errores del pasado. Ahora somos más cuidadosos, pero nuestra fama nos persigue. No nos juzgues con los ojos de la Fracción. Usa tu propio criterio.

Me pone de los nervios. Si cree que ha logrado convencerme, está loco. No traicionaré a mi familia, a mi gente. No me conoce.

—Estamos sometidos a un ser que no nos da nada y nos quita mucho —el líder de mis enemigos continúa con sus declaraciones—. Si lo eliminamos de la ecuación, seríamos imparables. Excelentes. ¿No lo ves?

—Genio —le respondo—, si acabas con el Núcleo, nos matas a todos.

—¿Eso te han contado? —Sonríe—. Me temo que te han mentido. Lo único que perderíamos sería la cárcel de la que salimos. No regresaríamos a él, al Núcleo, ¿y qué? Saltaríamos de un cuerpo a otro. Incluso siendo recién nacidos. Con nuestro conocimiento, lo lograremos sin depender de una entidad que nos limita.

—Si existen reglas —respondo—, será porque las necesitamos. Igual que necesitamos al Núcleo.

—Noa, abre la mente —dice Marco.

—Tú no me hables. Ni me mires, chaval, que tengo unas ganas muy serias de arrancarte esos ojitos tan lindos que prometen lo que no es —le escupo a mi examigo.

—Vamos, Noa. No seas terca —insiste.

—¿Qué parte de *no me hables* no has entendido? Tan listo para tus mierdas informáticas y el riego no te llega.

Estoy furiosa. Su estupidez me exaspera. Quiero gritarles, pegarles… Quiero volver a casa y olvidar toda esta locura.

Lidia, que ha permanecido callada hasta ahora, desea darme una paliza, lo noto, pero Jacobo la frena con un gesto. Me satisface verlo. Perrito faldero. Le sonrío solo para fastidiarla. Funciona, me tiene ganas, pero no desafiará a su jefe.

—Si no quieres que interfiera en tus emociones, cálmate y piensa, haz el favor —dice Jacobo—. Además, tengo una sorpresa para ti…

—¿Sorpresa? No, gracias —lo corto—. Ya he tenido suficiente para varias vidas. No esperes que te dé la razón. Cuando tenga *toda* la verdad, cuando conozca las distintas versiones de la historia, decidiré a quién unirme. Tus actos te definen, y no me gustan ni me gustas tú. Estás perdiendo el tiempo.

—Para alcanzar la grandeza, hay que hacer sacrificios —replica Jacobo—. Los débiles se quedan por el camino. Siempre ocurre. En cualquier guerra es así.

Se recuesta en el sillón, satisfecho. Tomás me observa como si su físico fuera suficiente para doblegarme. Yo solo quiero largarme de allí.

—¿Te escuchas?, ¿de veras lo haces? —le pregunto como si fuera una psicóloga entrenada; ni se imagina lo que me cuesta no escupirle—. Criticas al Núcleo, pero no eres mejor. Te crees un dios, decides quién vive y quién no, impones tus reglas. Estás loco.

Me sonríe. Esa sonrisa me hiela la sangre. La frialdad que emana es pura crueldad. Si el mal fuera persona…, sería él.

—Nos costará que te unas a nosotros —dice—, pero Roma no se construyó en un día. Entrarás en razón.

—Cuando luches de frente, sin drogas, secuestros ni coacciones, quizá te ganes mi respeto. Hasta entonces, prefiero volver al camarote antes que seguir rodeada de escoria.

Silencio. He hablado de más. Lo sé.

—No olvides con quién hablas, preciosa —responde Jacobo—. No estás en posición de desafiarnos. Hermano, acompáñala.

Me levanto. Le dedico una última mirada cargada de veneno a Marco antes de salir. Lidia y Manuel me ignoran y eso me satisface. Recorro el mismo camino hacia mi jaula memorizando guardias y puertas. Tomás me guía en silencio. Sus emociones me inquietan.

Al llegar al camarote, me cuelo dentro y me giro de inmediato para impedirle entrar. No le gusta mi reacción.

Reconozco que está bueno, al menos en lo tocante al estuche. Moreno, ojos de color verde claro, atlético. Sin duda, acostumbrado a ganarse a las mujeres con un pestañeo. No lo logrará conmigo.

—Ya me suplicarás que me meta en tu cama —dice marcando ese hoyuelo tan irritante.

—Ni en tus mejores sueños —le respondo.

—No pensabas eso en tu última vida —me contesta levantando una ceja.

—Entonces estaría borracha, drogada o manipulada. Alguien tan despreciable como tú jamás podría gustarme. ¡Pírate! —le digo en un tono más alto de lo habitual.

—Todo a su debido tiempo, nena.

Me lanza un beso y se marcha. Cierran con llave desde fuera.

Me quedo temblando de rabia. ¿Cómo pude liarme con alguien así en otra vida?

Espero unos minutos y me pongo a buscar una salida, palpo las paredes, el techo, el suelo. Prefiero nadar hasta el agotamiento antes que seguir atrapada con esta chusma. Media hora después, la esperanza se evapora. Estoy en una cárcel.

Decepcionada, me dejo caer en la cama. Me vuelve a la cabeza la conversación con el examigo de Sara.

Las teorías de Jacobo, aunque retorcidas, tienen cierta lógica. ¿Por qué solo unos pocos somos especiales? Necesito respuestas de la Fracción. Confío en que mi madre me ayude a disipar las dudas que se han instaurado en mi interior. Mis pensamientos saltan entre traiciones, teorías absurdas y reproches. Me enfurezco con la general por haberme arrebatado mi don durante tanto tiempo. Si lo hubiera

tenido, no me habrían engañado.

Estoy tan crispada como lo estaría un león enjaulado. Vuelvo a mirar, a palpar, a rebuscar cuando ya sé de sobra que no hay escapatoria posible. Quizá hay un dispositivo oculto que pudiera accionarse desde el interior… Horas después, agotada, me tumbo boca arriba. No sé qué hago aquí. Mi impulsividad lo ha arruinado todo.

De repente, la puerta se abre. Temo quién pueda entrar por ella. Un guarda me ordena seguirlo. Subimos a un nivel superior al de mi encuentro con los indeseables y salimos a la borda. Jacobo me espera ante una mesa repleta de comida. El estómago me ruge. No imaginé que tuviera tanta hambre.

—Siéntate. Come algo —me ordena.

—¿Planeas envenenarme? —pregunto.

Quizás ya no le sirva para la misión; quizás mi cabezonería le haya exasperado y haya decidido acabar conmigo de una forma poética.

Se ríe.

—Me alegra que mis posibles muertes te hagan tanta gracia —le digo haciendo una mueca.

—Siempre me gustó tu espontaneidad —dice—. Eres valiosa para la causa. No tengo intención de acabar con tu existencia.

Sin garantías, me sirvo hasta arriba y devoro sin pudor.

—Vaya, tenías hambre —dice.

—¿Para qué me has traído? —pregunto con la boca llena. Si mi madre me viera…

Pienso en mi familia y me pregunto si me estarán buscando. Confío en ello, pero ¿cómo van a dar conmigo en medio del Atlántico? Entonces, otra voz que se abre paso en mi garganta me dice que tienen recursos, que lo lograrán de algún modo. Es mi única esperanza de salir de aquí.

—Marco me ha hablado de tu nuevo don —dice—. Ver esencias no es algo común. Nos vendría muy bien. Además, según mi hermano, nunca lo tuviste antes.

Mi examigo, además de traidor, es un cobarde y un bocazas.

—No creas todo lo que dice ese friki —respondo quitándole importancia.

—Buen intento —sonríe—. Pero no muestras sorpresa, sino ira. No cuela.

—¿Y si no quiero unirme? —le pregunto—. ¿Romperías tu promesa?

Lo miro a los ojos. Los mismos que antes eran hogar y en los que ahora solo veo oscuridad.

—Tendré que pensar qué hacer contigo —responde—. Puede ser divertido.

Psicópata, malnacido. Esa sonrisa que antes me parecía dulce y preciosa se ha vuelto maquiavélica y retorcida hasta el punto de aterrorizarme. No le daré el placer de que lo advierta y le suelto con chulería:

—Vas apañado. Soy terca como una mula. Si sabes contar, no cuentes conmigo.

—Me encantan los retos —susurra acercándose—. Siempre tengo un plan B. Es hora de que veas a alguien.

Hace un gesto al guarda para que se acerque y le ordena:

—Dile que venga.

—¿Otro hermano secreto? —ironizo.

Levanta las cejas como si mi pregunta le pillara por sorpresa.

—Si aceptara ayudarte…, ¿qué haría?

Lo cierto es que me mueve más la curiosidad y el hecho de retarlo que otra cosa. Tengo tan claro como que me llamo Noa, que no cambiaré de bando, que tan solo es una pregunta hipotética a través de la que no pretendo sino obtener información.

—¿Te lo estás planteando? —pregunta, y noto que lo recorre una oleada de emoción.

—No alucines. No soy tan fácil de comprar —sonrío. Qué iluso es.

—Sin lealtad, no hay respuestas —dice molesto—. ¿Tan imbécil me crees?

No le contesto. Me centro en el mar, que es lo único que se ve a nuestro alrededor. Solo se oye el golpe rítmico de las olas contra el casco. El mundo se reduce a ese rumor. Pienso en lo feliz que sería sin conocer el secreto de la vida y todos sus entresijos. Por un momento, me engaño creyendo ser una joven normal paseando en un yate increíble, pero Jacobo me vuelve a la realidad cuando me

interrumpe con esa voz que se me antoja el graznido de un cuervo.

—No he logrado convencerte —dice entonces el líder del Cuerpo Oscuro—, pero quizá *él* sí.

No me había dado cuenta de que tenemos compañía. Alguien se nos ha unido. Jacobo se aparta.

Al alzar la vista, se me corta la respiración.

—Madre del amor hermoso… —alcanzo a decir mientras clavo mis ojos en esos otros tan… familiares.

Óliver me mira y sonríe.

CAPÍTULO 9

Sorpresas inesperadas

SARA

De todas las personas que hay en el mundo, la mandan a ella. No me sorprende que sea del Cuerpo Oscuro. Nunca me gustó; no solo por la rivalidad que teníamos con Óliver, sino porque mi intuición me decía que ocultaba algo. Esta vez, acerté. Fue ella quien sacó a Jacobo de los laboratorios.

Estoy nerviosa porque, en el trayecto que llevamos, no he visto ninguna moto pasar. ¿Dónde se habrá metido el coronel?

El par de ojos —azules como hielo viejo— me observan a través del retrovisor con una sonrisa que le borraría de un porrazo, pero no estoy en posición de hacer ningún gesto que comprometa el bienestar de mi hermana.

—¿Sorprendida? —pregunta.

«Beatriz, ¿por qué te has unido a ellos? Creí que eras una mujer inteligente y talentosa. Qué equivocada estaba».

—De tu traición, no; siempre supe que eras una zorra. De que seas el chófer, sí. Pensé que te valorarían más.

Mi comentario es hiriente, pero no puedo guardarme esta rabia que me consume. No puedo creer que me sintiera amenazada por ella ante Óliver. Es una mala persona y él nunca se habría fijado en alguien así.

—No soy la recadera de nadie. Me ofrecí voluntaria y ¿sabes qué? Ha merecido la pena. Tu cara de estúpida al subirte al coche ha sido lo mejor del día. No habrá nada que lo supere.

Suelta una carcajada.

—Te conformas con poco. A mí me haría feliz que desaparecieras de nuestras vidas para siempre —le respondo con tono burlón.

—El sentimiento es mutuo. Si no fuera por ti, Óliver aún estaría vivo —me suelta.

Ha sido un golpe bajo. Un remolino de rabia se apodera de mí y pierdo los papeles.

—¡Sabía que eras una perra, pero no que fueras una insensible hija de puta! —le grito, desquiciada—. Confío en que la vida me dé la oportunidad de acabar contigo y con todos los del Cuerpo Oscuro. Y no me hables, porque te juro que te mato.

Si vuelve a pronunciar su nombre, le daré una paliza hasta acabar con su existencia. Me da igual si tenemos un accidente: acabaré con ella como se le ocurra volver a mencionar a Óliver.

—Haré lo que me plazca. Recuerda que no estás en posición de amenazar, niñata mimada. ¿Quieres que tu hermana sufra por tu insolencia? No querrás cargar con más muertes, ¿no? Tu madre, tu tía, tu mejor amiga, tu novio…, y ahora, también tu hermana. Eres la parca para los que te rodean.

La crueldad que desprenden sus palabras me deja sin aliento. No pensé que existiera alguien tan despiadado. Me odia, no me cabe duda. Cuando voy a replicar, para el coche en el arcén y me interrumpe:

—Te voy a dar dos opciones: o te inmovilizo las manos con unas esposas, te tapo la cabeza con este saco y te tumbas en el sillón, o te inyecto un tranquilizante. Conste que te haría cosas peores, pero tengo órdenes de permitirte elegir —me dice.

La melena cobriza se agita describiendo un arco brusco en el aire antes de caerle de nuevo sobre la espalda.

—Ni siquiera te dejan decidir algo tan sencillo. Eres una pringada.

Esta situación no acabará bien. Nos tenemos demasiadas ganas y, si no terminamos con esta tensión, es porque ambas estamos coartadas por las consecuencias.

—No me provoques o tu hermana sufrirá.

¡Mierda! Estoy tan enfadada que he olvidado por qué vine.

—La opción uno —digo, sumisa.

Prefiero ir maniatada que dormida. Me da la posibilidad de

guiarme y de saber adónde me llevan. Se baja del coche y viene a la parte trasera para ejecutar lo que he aceptado.

—¿Qué don tienes? —le pregunto.

La pillo por sorpresa; se remueve y contesta a la defensiva:

—¡¿Y a ti qué coño te importa?!

—Eres una novata —me río y añado—. Déjame pensar: el de la empatía no será porque está claro que careces de ella. Tampoco veo que seas de las que lo saben todo, así que más vale que tengas buena memoria, porque, si no, la llevas clara.

Estoy disfrutando y eso la enfurece. Me aprieta las esposas hasta dañarme las muñecas. Me sorprende que la pulsera protectora de Óliver no le haya quemado al rozarla. O la tía Elena está equivocada y no funciona como dice, o no es tan mala como parece.

—¡Cierra tu puta boca! No quiero oír ni una sola palabra más hasta que lleguemos —me grita, colérica.

Me tapa la cabeza con el saco y me empuja para que me tumbe. Cuando vuelve al asiento delantero, le digo:

—Por primera vez, estamos de acuerdo en algo.

—¡Que te calles! —me grita, pisando el acelerador a fondo.

—Alguien está nerviosa… —digo con un tonito de cantinela—. Cuidado, no vaya a pararte la policía por exceso de velocidad. Me encantaría ver cómo explicas lo de llevar a una persona atada y con la cabeza tapada.

Vuelvo a reír y ella acelera aún más. Conduce de forma agresiva y pienso que acabaremos dándonos un leñazo. Tiene tantas ganas de perderme de vista como yo a ella.

Después de unos quince minutos —quizá menos—, aparca. ¡Increíble! Hemos llegado ilesas a nuestro destino, donde quiera que sea.

—No te muevas ni hables —me advierte antes de bajarse.

Durante los minutos que tarda en regresar, aguzo el oído, atenta a cualquier sonido que pueda darme una pista de nuestra ubicación. El ambiente es tranquilo y la oscuridad no me ayuda a percibir nada a través del saco. Ojalá el coronel Cavalli esté cerca.

Alguien se sube al vehículo y conduce marcha atrás. No es Beatriz: un perfume masculino delata a quien se ha hecho con el

volante. Por un momento, mantengo la esperanza de que sea el coronel, pero se desvanece cuando oigo que maldice en ruso.

El coche se detiene de nuevo y el desconocido me saca sin una pizca de delicadeza. Me conduce al interior de una vivienda. Percibo algo a través de la tela gracias a las luces. El suelo de madera cruje a cada paso. Entramos en una habitación, me quitan las esposas y me ordenan que retire la capucha cuando oiga que la puerta se ha cerrado con llave.

El sonido del cerrojo me indica que ya puedo respirar y, de un manotazo, me la quito. Estoy acalorada y agobiada. Inhalo con fuerza. Me duelen las muñecas, marcadas por la presión de las esposas. ¡Será zorra!

Examino el entorno: solo hay una cama, una mesilla, una mecedora y una ventana con rejass imposibles de abrir. Sin embargo, una pequeña rendija deja pasar el olor a mar y algunas luces de refilón: me dan la pista de que podríamos estar cerca de un muelle. Por el tiempo que ha durado el trayecto, calculo que la ubicación debe ser Radazul o Candelaria.

Tras intentar abrir las contraventanas sin éxito, me tumbo. Necesito descansar, ahorrar energías y prepararme para mi encuentro con Jacobo. Me han arrebatado todas las pertenencias que llevaba conmigo, salvo el llavero; llevarlo colgado del cinturón ha hecho que pase desapercibido. Espero que el coronel siga mi rastro.

Mañana será un día tenso. Me reuniré con mi ex mejor amigo y, pese a los nervios por lo que pueda ocurrir, el cansancio me vence y me quedo dormida.

Al amanecer, Beatriz entra con una bandeja y la deja sobre la mesilla. Me incorporo y le digo:

—Además de chófer, camarera. ¡Qué suerte! Vas ascendiendo de puesto poco a poco. Tú confía —agrego con muy mala leche—, que llegarás lejos.

—Estás disfrutando, ¿verdad? No imaginas las ganas que tengo de que la fastidies y que sumes otra muerte más a tu colección. Si

algo he aprendido desde que te conozco, es que no piensas en las consecuencias de tus actos. Si así fuera, no estaríamos librando una guerra.

Esta vez no me irrito. Busca hacerme daño, pero me pilla sin ganas de pelear. Prefiero reservar mis energías para el líder de su grupo. Debo pensar antes de actuar y, por una vez, le doy la razón: tengo que ser cautelosa a partir de ahora.

—Con tu experiencia y tus conocimientos, es una pena que te tengan de recadera. Una verdadera lástima —le respondo.

Aunque nunca me ha gustado, me sorprende que con su potencial no la aprovechen para tareas de mayor calado. El tiempo que la tuve como jefa en los laboratorios, demostró una gran capacidad de organización y una notable solvencia técnica, aunque algo había en ella… Que fuese buena gestora no significa que tuviera que caerme bien o que tuviéramos una vibra compatible.

—¡Cállate! —me grita—. Soy un miembro importante de la organización. Estoy aquí porque me ofrecí. Sé que Tomás me lo agradecerá.

Me resulta increíble que haya cedido a los encantos de ese miserable. Qué bajo ha caído.

—¡Puaj! ¿En serio? ¿Estás liada con él? ¡Si podría ser tu hijo! —le digo de mala gana.

Ha sido un golpe bajo por mi parte, pero solo imaginarlos juntos me repugna.

—¡Serás zorra! Tienes envidia porque él no se ha fijado en ti. No todos caen rendidos a tus pies como Óliver.

—Nunca me has gustado —respondo—. No solo porque deseabas al amor de mi vida, sino porque no eres trigo limpio. Y ahora siento lástima por ti. ¿Cómo puedes estar con Tomás? A él le gustan todas. Tú puedes aspirar a algo más. No entiendo por qué te conformas con las migajas. Créeme que no lo digo con maldad. De mujer a mujer: valórate. Eres inteligente y guapa y muy buena gestora. No permitas que te humillen.

Me mira desconcertada; no esperaba el menor gesto de amabilidad por mi parte.

—Cuando adquieras tu don, asegúrate de que te ayuden a

desarrollarlo para hacer lo correcto. Piensa en qué lado de la historia quieres estar. Yo me equivoqué y bien que lo estoy pagando —añado con franqueza.

Se mantiene a la defensiva y no me quita los ojos de encima, pero el azul de hielo viejo se ha transformado y ha pasado a ser agua en movimiento. He sido sincera: no quiero hacerle daño y es cierto que aún tiene la oportunidad de cambiar de bando. Ojalá alguien me hubiese hecho una advertencia así en mi anterior vida. Tras unos minutos de incómodo silencio, habla con un tono conciliador:

—Come. Vas a necesitar fuerzas.

No hay cinismo ni malas formas. Su actitud también ha cambiado y eso me hace creer que aún hay esperanza. Cuando se dirige a la salida, la detengo:

—¿Puedo preguntarte algo?

Mira hacia fuera para asegurarse de que no nos escuchan, y asiente.

—¿Mi hermana está bien?

Uno de los hombres se asoma para vigilarnos.

—No lo sé ni me importa —responde; de nuevo, con una grosería insufrible.

En cuanto el hombre se da la vuelta, asiente con la cabeza. Se lo agradezco con un gesto. Sale y cierra la puerta.

Doy buena cuenta de la comida. Por un momento, pienso que podría estar envenenada, pero aun así me la zampo. Ella misma lo ha dicho: necesito estar fuerte. Quién sabe cuándo volveré a alimentarme.

Con la luz del sol puedo ver a través de las tablillas de la ventana. Estamos cerca del muelle deportivo del Puertito de Güímar, más lejos de lo que creía. Los rayos se reflejan en el agua y comprendo que el día está espléndido. Quién pudiera zambullirse entre las olas o tumbarse al sol como hacíamos con papá y mamá. Ojalá este infierno no dure mucho más. Me tiene agotada y cada episodio de esta historia se me antoja una terrible alucinación.

Horas después, Beatriz vuelve. Está menos hostil; al colocarme las esposas, no las aprieta. Parece que tenemos una tregua. No me cubren la cabeza. Me ponen un abrigo sobre las manos atadas para

ocultar los grilletes.

Caminamos por el paseo marítimo como cualquier viandante, con las mascarillas puestas. No hago amago de pedir ayuda; sé de sobra que, si lo intentase, matarían a Noa. Me lo dejaron así de claro antes de salir.

Nos detenemos frente a un yate que me deja con la boca abierta. Me ordenan subir. El barco se llama Amor Verdadero y me pregunto si no será una ironía. Es grande; calculo que mide unos treinta y nueve metros de eslora y ocho de manga. Me sorprende que las cifras aparezcan en mi mente con absoluta certeza. Aún no me acostumbro a esta habilidad de tener las respuestas de cosas que nunca he estudiado, o no en esta vida.

En la segunda cubierta se despliega un salón elegante y lujoso. Veo a Jacobo sentado al fondo. Me sonríe. Antes me gustaba esa sonrisa; ahora la detesto.

—Hola, rubia. ¿Has tenido un buen viaje? —pregunta.

—Fantástico. Me encanta que me aten y me tapen la cabeza. Es el sueño de toda mujer —respondo, mosqueada.

—No te lo creerás, pero hay a quienes eso les pone muy a tono… —bromea.

Ni puñetera gracia tiene. Se lleva una botella de cerveza a la boca y le pega un trago. Luego se pasa el dorso de la mano para secarse.

—Déjate de mierdas, Antonio. ¿Dónde está Noa? ¿Se puede saber qué quieres?

No tengo tiempo de juegos. Necesito saber con total certeza que mi hermana sigue viva y que se encuentra bien. Me preocupa que el coronel no esté cerca, porque lo cierto es que ha tenido tiempo de llegar. ¿Lo habrán atrapado? Me angustia pensar que se nos hayan comido la poca ventaja que teníamos.

—¡Vaya, vaya…! Parece que no estás de buen humor. Tendré que arreglarlo. Por cierto, preferiría que me llames Jacobo. Odio tener que usar nombres falsos para no levantar sospechas. Quítenle las esposas —ordena a un guarda—. Es nuestra invitada, no una rehén.

Uno se acerca y me libera.

—¿Mejor? —me pregunta.

—No me ablandarás con el gesto. Quiero ver a Noa y que me

expliques para qué estamos aquí —le respondo.

—No soy el monstruo que crees. Tu hermana está bien, descansando en su camarote. Pronto te reunirás con ella.

—No sé si creerte.

Después de engañarme durante seis años, no puedo aceptar nada de lo que dice sin cuestionarlo.

—Vamos, me conoces desde hace mucho, y no hablo solo de esta vida. Sabes que no miento. Puedo ser un canalla y un manipulador, pero no un mentiroso. Me crees, lo siento, lo sé: las emociones no engañan.

Aguarda una reacción por mi parte. En ese momento aparece Tomás con el labio hinchado, se acomoda junto a Beatriz y la besa con ganas. La escena me da grima y me giro con cara de asco. A Jacobo le hace gracia, pero capta mi incomodidad y los manda al camarote. Se levantan casi al unísono y se marchan.

—¿Me vas a contestar de una vez? ¿Por qué estoy en este barco? ¿Para qué quieres la cura? ¿Qué necesitas de mi hermana?

Las preguntas salen de mi boca sin orden, apresuradas. Busco respuestas y las necesito ya.

—Te he hecho venir porque quería que habláramos tranquilos. Hasta ahora, siempre nos hemos visto con muchas interrupciones. Echaba de menos tenerte para mí solo. Creo que aquí, en medio de la nada, sin nadie que te influya, me escucharás y entenderás mi punto de vista. Como la última vez.

Acabo de darme cuenta de que el barco ha zarpado y de que navegamos a gran velocidad. El muelle quedó atrás y nuestro rescate se ha convertido en un imposible. Los nervios se apoderan de mí.

—Yo no te he echado de menos. Si pudiera, te juro que te borraría de la faz de la tierra. Pero aquí en medio de la nada, como dices tú, ¿qué otra cosa puedo hacer? Habla. Cuanto antes acabemos con este teatrillo, antes podré reunirme con mi hermana.

—Todo a su debido tiempo. ¿Sabes qué? Te tengo reservada una sorpresa.

¿Sorpresa? No, gracias, no me gustan las sorpresas, y menos todavía si provienen de un miembro del Cuerpo Oscuro, y no de uno

cualquiera, sino del puto líder.

—Tranquila, rubia, que te va a gustar. Estoy feliz de que estemos tú y yo, como en los viejos tiempos, y eso que no me remonto a otras vidas, sino a cuando estudiábamos en tu habitación escuchando música y solo importábamos nosotros. Anhelo esos momentos, ¿tú no?

—No, porque ya no eres esa persona —me desquicia con sus vaivenes—. Habla de una puñetera vez.

Estoy empezando a perder la paciencia; no he venido a recordar lo bonita que era nuestra amistad, esa que murió en el instante en que me traicionó.

—¡Qué borde! Con lo nostálgica que eres… y estás en modo *¿dónde está mi hermana?* —dice con retintín—. Relájate, mujer.

—Te recuerdo que no he venido porque quisiera. Si no te hubieses llevado a Noa, no estaríamos en esta situación. No tengo nada que decirte, ni quiero saber qué planeas ni participar en tus proyectos. Aunque no soy Memories, lo recuerdo todo. En otra vida fui mezquina por dejarme enredar por ti, pero no volveré a cometer el mismo error —le contesto.

—Interesante. No sabía que te habías sometido a la regresión. Pensé que Óliver era el único que la hacía. Veo que tiene algún pupilo que se nos ha escapado —dice en voz baja, como para sí, sin dejar de acariciarse la barbilla y permitiendo que yo lo oiga.

Escucharle pronunciar su nombre me enfurece de tal manera que me abalanzo sobre él y le aprieto el cuello. Le hago daño no solo por la fuerza que ejerzo, sino por la pulsera que le quema la piel. No era un mito.

—¡Maldito hijo de puta!, ¡asesino! ¡No te atrevas a decir su nombre! —grito sin freno.

Los guardas corren a su rescate y me inmovilizan.

—Vamos, rubia, cálmate.

De pronto, siento un vacío, como cuando mamá influye sobre mis emociones, y sé que Jacobo está haciendo lo mismo. Mis ganas de matarlo se esfuman. Se toca el cuello y respira. Me alegra ver que lo ha pasado mal, aunque tampoco puedo sentirme feliz. ¡Maldita sea!

—Deja de manipularme —le advierto.

—Lo siento, no me dejas otra opción. Aprecio mi cuello y no quiero más ataques sorpresa. Por cierto, ¿con qué me has quemado?

—Las ganas permanecen a pesar de tu manipulación, que lo sepas, solo que tus guardas no me dejarán. Eso sí, recuerda que algún día tendré mi oportunidad y no la desaprovecharé.

Omito revelarle lo de la pulsera. Por lo visto, no está al tanto y es mejor que siga ignorante de ello.

—¡Oh! ¡Cuánta hostilidad! Háganle venir —ordena.

No entiendo nada, pero si cree que Tomás va a convencerme con sus encantos, es que no me conoce. Echo una mirada al mar y me acomete un violento deseo de zambullirme en él y de olvidar estos últimos meses.

Oigo pasos que se aproximan. Me vuelvo hacia la puerta y no doy crédito a lo que veo. Entra en el salón. Me quedo lívida. ¿Es un fantasma? ¡No me fastidies! ¿Cómo es posible? Lo vi perecer, pero ahí está, guapo a rabiar, el amor de mi vida.

El mundo se me detiene.

Lo vi morir. Y, sin embargo, ahí está: vivo, real. Las lágrimas han roto cualquier dique y brotan sin control. Siento alivio y desconcierto y… me sobreviene un cabreo indescriptible. Está vivo… y no ha contactado conmigo en todos estos meses.

No puedo reaccionar. Si hablo, me romperé.

—Por fin, los tortolitos están juntos —dice Jacobo.

—¿Qué coño hace ella aquí? Teníamos un trato y Sara no entraba en él. Diles que se aparten.

Está enfadado y no le gusta que los guardas me vigilen tan de cerca.

Yo sigo en *shock*.

—Venga, Oli, no te pongas así. A veces no queda otra que saltarse las normas para que las personas funcionen mejor y los planes salgan bien —se burla.

No puedo moverme ni mediar palabra; si lo hago, romperé a llorar y no podré parar. No les daré esa satisfacción.

—Déjate de historias, Jacobo. No estás en posición de negociar. Recuérdalo —le advierte un furioso Óliver.

—¡No me amenaces! Si quieres que las chicas y tu equipo sigan a salvo, tendrás que acatar mis órdenes, por mucho que te cueste —le responde el líder del Cuerpo Oscuro.

—¡Maldito seas! —sisea entre dientes.

—En fin, hostilidades aparte. Puedes llevar a Sara a su camarote o al tuyo; me es indiferente. Convéncela. Seguro que, con tus encantos, lo conseguirás.

Se levanta, me guiña un ojo y se marcha.

Óliver y yo nos miramos. No decimos nada. Su actitud impasible hace que pase del alivio a un enojo visceral y me vuelco sobre él para darle una buena tunda. Se defiende tomándome por las muñecas para inmovilizarme. Esta vez estoy mejor preparada y lo esquivo. Comenzamos una lucha a cuerpo que él no busca y que, sin embargo, no puede evitar. Me supera en fuerza, aunque yo soy rápida.

—¿Has estado entrenando? —pregunta mientras sigue esquivando mis golpes.

—Tenía que entretenerme para no pensar en tu muerte. Ahora veo que ha sido una pérdida de tiempo. Estás muy… vivo.

—Entrenar nunca lo es —responde sin parar de luchar y con un tono divertido.

—Está claro que como cómico no tienes precio, ¡gilipollas! —digo, aunque no le veo la gracia.

—Esa boquita, nena.

Una pena que no esté muerto, porque las ganas que me han entrado de cargármelo no son normales. He llorado y me he sentido triste por él y… ¿para qué?

—No te recordaba tan paternalista, capullo arrogante. ¿Sabes lo mal que he estado? —le recrimino.

Se me quiebra la voz al pensar en el sufrimiento que he pasado durante todos estos meses. Me distraigo y Óliver aprovecha para inmovilizarme, pegando mi espalda a su pecho y sujetando mis brazos en cruz. Forcejeo con ganas, hasta que su aliento en mi oreja me desconcierta.

—No quiero hacerte daño. ¡Para! —me ordena.

Noto cómo se le escapa un leve gemido por nuestra proximidad.

El contacto, tan íntimo, me estremece y mi cuerpo me traiciona. No puedo ser tan facilona.

—No te resistas, no merece la pena. Hablemos en un lugar más... tranquilo —me sugiere.

Sigo furiosa y no quiero ir con él, pero necesito saber qué pasa, cómo es que está vivo.

El soldado que nos vigila y que ha presenciado nuestra pelea se tensa. Me jugaría el cuello a que es porque no puede oír la conversación que mantenemos. ¿Creerá que estamos conspirando? Cuando se acerca para separarnos, asiento con la cabeza. Óliver me suelta y avisa al guarda que nos marchamos. El oficial se coloca de nuevo en su lugar sin dejar de mirarnos con una más que evidente desconfianza.

Me acompaña escaleras abajo. En la cubierta inferior, me indica que lo siga hasta un camarote. La estancia es amplia: en el centro, hay una cama de matrimonio; en la pared de la izquierda, un armario empotrado y, justo enfrente, una puerta que llevará al baño. Me giro para plantarle cara, cuando avanza con paso firme y dice:

—¡Dios! ¡Cómo te he echado de menos!

Me besa con pasión, me empuja contra la pared y me levanta a horcajadas. El gesto inesperado me descoloca y pierdo el poco raciocinio que me queda. He soñado desde su muerte con volver a tenerlo entre mis brazos y ahora no puedo controlarme. Hacemos el amor, aunque no se parece en absoluto a lo que compartimos en la cabaña. Ha sido más salvaje y primitivo. Las ganas contenidas, supongo.

Mientras me visto, me siento avergonzada. Estamos en guerra, mi hermana secuestrada y yo… no sé ni lo que hago. Se me ha ido la cabeza del todo. Ahora estoy enfadada con él y conmigo misma.

—Necesito respuestas. A pesar de lo que acaba de ocurrir, sigo cabreada. Me has hecho pasar un infierno. ¿Qué pasa?, ¿ahora trabajas con el enemigo o es que siempre has sido parte de ellos? No me sorprendería, desde luego. Cada vez que confío en alguien, me traiciona.

—¡Joder! Tienes razón, lo siento, nena, me he dejado llevar. No, no pertenezco al Cuerpo Oscuro. ¿Cómo puedes pensarlo? Es

complicado de explicar, aunque lo haré, pero antes quiero saber por qué has venido.

—No empieces con tus mierdas de responder con preguntas. Vine bajo la coacción de que matarían a mi hermana. ¿Cuál es tu excusa? Si no estás con ellos, ¿por qué no has contactado conmigo? —le pregunto mientras me cruzo de brazos.

Estoy a la defensiva. «¡Y es normal!», me digo.

—¿Saben los líderes de la Fracción de tu secuestro? —pregunta.

—¿En serio? No voy a decir nada más hasta que me expliques qué ocurre.

Mis ganas de patearle han vuelto y, si no habla, le daré una paliza para que desembuche. No confío en él. Vuelve a abrazarme fuerte mientras me susurra al oído:

—Es mejor no hablar ciertas cosas aquí. Dime que confías en mí.

No, no lo hago. Es la necesidad de respuestas la que me lleva a mentirle y a asentir con la cabeza.

—Bien, que no te asuste lo que va a ocurrir, por favor. Tú solo déjate llevar —me advierte.

Todo esto es desconcertante y, sin embargo, no me queda otra. Le sigo la corriente. Se separa de mí, me tira sobre la cama, se tumba sobre mí y vuelve a besarme. Aunque mi deseo por él sigue latente, no estoy dispuesta a caer de nuevo bajo sus encantos. A punto de resistirme, ocurre algo insólito.

—Déjame entrar —me pide, pero sus labios siguen devorando los míos.

Me habla en la cabeza, como Miguel. Entonces caigo en la cuenta: ¡si me aseguraron que nadie salvo él lo tenía! ¿Cómo es posible que Óliver…? La confusión hace que lo mire porque creo que me he vuelto loca. Sus ojos brillan y no puedo verlo con claridad. ¿¡Qué demonios pasa!? Vuelve a comunicarse en mi mente.

—Nena, no tenemos mucho tiempo. ¿Alguien de afuera sabe que has venido hasta aquí? —me pregunta desde el interior de mi mente.

—¿Qué ocurre? ¿Desde cuándo puedes hacer esto?

Mis respuestas resuenan con más fuerza en mi interior y él las escucha. ¡Es una locura!

—Te lo contaré todo, pero dime que hay alguien que sabe que estás aquí, por favor —insiste—. Temo por tu bienestar. Necesitamos ayuda de la Fracción si no quiero destaparme.

—Sí, el coronel Cavalli. No sé por qué no ha venido aún —le confieso al final.

—Estupendo. –Hace una pausa y dice—. Desde que volví de la otra dimensión, tengo nuevas habilidades. No puedo explicar cómo regresé. Solo recuerdo que abandoné mi cuerpo antes de que el veneno me alcanzara.

No respondo, no puedo, soy incapaz de coordinar mi cabeza. Me besa con tanta pasión que mi cuerpo está a punto de colapsar.

—Estando en esa conciencia no material, vi a mi alrededor un millar de chispas que vagaban sin rumbo, perdidas, confundidas. ¿Sabes lo que eso significa? Las esencias que creíamos muertas no lo están. Solo se trata de una ruptura del vínculo con el Núcleo. Puedes estar tranquila: no has matado a nadie. Lo que les inyectamos las hace salir rápido del cuerpo y perder el rumbo. Es una buena noticia, porque hay esperanza de recuperarlas.

—Madre mía, ¿en serio? No soy una asesina… —digo para mí misma, aunque él también lo escucha.

Las lágrimas brotan de mis ojos cerrados y lloro de felicidad por primera vez desde que empezó esta locura.

—No, amor, no lo eres —contesta—. Nunca lo hemos sido.

Me abraza fuerte y a mí me parece increíble que pueda controlarse en ambos planos. Sigo abrumada con tenerlo dentro de mi cabeza mientras no para de besarme y toquetearme. ¡Es demasiado!

—¿Por qué colaboras con ellos? —alcanzo a preguntar.

—Cuando volví, me encerraron durante un tiempo. Diría que me temían. Me torturaron y me drogaron para sacarme información. No entendían cómo había vuelto. Pero no lograron su objetivo. Con mis nuevas habilidades y controlando la conciencia inmaterial, soy capaz de soportarlo. Aunque no contaba con que me fueran a violentar con mi mayor debilidad. Tú, sí, tú. Ahí me quedó más remedio que colaborar. ¡Ah!, pero ahora… Ahora tengo un plan.

No sé cómo logro soltar una palabra pero lo hago y digo:

—Si ya eres tan poderoso, ¿para qué nos quieren a Noa y a mí?

Como no se detenga, como no salga de mi cabeza o deje de besarme, me va a dar un síncope. No creo que pueda aguantar mucho más.

—No tienen conocimiento de lo que soy capaz. Les he contado lo justo. Les confesé que las chispas seguían bien en la otra dimensión con la idea de truncar sus propósitos, pero trazaron una nueva estrategia. A Noa la necesitan para que guíe a esas esencias perdidas a volver a renacer u ocupar cuerpos vacíos. Ella puede verlas. Yo debo ayudarla a que se comunique con ellas. En cambio, tu cometido lo desconozco. Dime, ¿solo te trajeron bajo la amenaza de Noa? —me vuelve a preguntar. Cada vez me cuesta más darle una respuesta.

—Me pidieron que trajera un vial con la cura.

—¿Y lo hiciste?

Asiento. Por alguna razón, me cuesta cada vez más mantener la mente clara.

—Querrán replicarla. Saben por sus esbirros que tenemos el veneno y buscan protegerse. Además, están al tanto de que la cura vuelve a conectar las chispas con el Núcleo. Imagino que la estudiarán para combatirla con un veneno que las destruya de manera definitiva. Te querrán para que les elabores el veneno definitivo.

—Jamás lo volveré a hacer. Si me matan por no colaborar, moriré con la conciencia tranquila. No quiero ser de nuevo la villana de la historia.

—Voy a salir de tu cabeza o te desmayarás —me dice—. ¿Estás lista? Tenemos un plan —insiste—, pero debes fingir que me odias. Aunque amenacen con matar a tu hermana, no colabores. Yo las protegeré.

Apenas puedo pronunciar palabra y asiento porque me estalla el cerebro. Reventará si no lo hago.

—Sé que tienes más preguntas. Te prometo que buscaré otro momento para darte las respuestas. Ahora debo dejarte, amor, o no lo superarás.

Cuando su presencia abandona mi mente, apenas puedo

mantenerme despierta. Se tumba a mi lado y me abraza hasta que me recupero. Nos incorporamos para ponernos en marcha.

—Nena, pase lo que pase, cíñete al plan. Esto no va de nosotros, sino de cumplir con el objetivo por un bien superior.

Me cuesta reconocerlo con esta nueva actitud. Nunca ha sido tan pragmático.

—No sé cómo puedo hacer para simular que te odio. Jacobo se dará cuenta —le respondo.

—Piensa en cómo te sentiste al verme. Agárrate a eso cuando estés con ellos. Yo me encargo del resto.

—Por cierto, tengo algo que es tuyo.

Me mira confuso. Me extraña que no haya reparado en su pulsera. Me la quito para entregársela. La observa como si fuera la primera vez que la ve y añade:

—Quédatela. Prefiero que la tengas tú.

Asiento, me la coloco de nuevo, salimos del camarote y me conduce hasta donde se supone que está mi hermana. El guarda que custodia la cabina abre la puerta y me deja pasar. Óliver me hace un gesto frío con la cabeza y se marcha.

En cuanto entro, cierran con llave. El camarote es pequeño en comparación con el otro. Está oscuro. Como puedo, busco a Noa y la encuentro sentada, hecha un ovillo. Nuestras miradas se cruzan.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta.

CAPÍTULO 10

Verdades inconfesables

NOA

No puedo creerlo: Óliver está vivo. Siento un subidón repentino, porque con él recobro la esperanza de encontrar una salida o una solución. Sara lo va a flipar.

—Hola, Noa —dice el que fue el gran amor de mi hermana, remarcando mi nombre.

A pesar de que sonríe y de que su aspecto y sus ojos parecen los mismos, algo no encaja, no es el Óliver que conozco. Percibo odio en él, en particular, hacia mí, y me pregunto por qué iba a albergar tales sentimientos. ¿¡Por qué!?, ¿qué razones tiene? Sin pronunciar palabra alguna —se me han atragantado y pesan como una piedra —, le devuelvo el gesto.

—Debes colaborar o tu familia correrá peligro, querida. No querrás traicionarlos como en tu última existencia, ¿verdad? —añade con un tono que no reconozco.

¿De qué habla? Procura parecer afable y, sin embargo, bajo esa fachada hay una hostilidad nueva, inquietante. ¡Y nunca me ha llamado «querida»! ¿A qué juega?

—No sé a qué te refieres —respondo confusa.

Se afana en explicarse:

—Claro. Perdona. Eres Empaticus. Por suerte, yo lo recuerdo todo y me encantará contártelo.

Cada palabra suya es un dardo envenenado.

Me pongo nerviosa, tanto por lo que puede decir como por el regocijo que percibo en Jacobo. ¿A qué juegan uno y otro? La

comida que acabo de engullir se me revuelve en el estómago. Miro al mar, ese que hace un momento me reconfortaba y que ahora me ahoga porque no tengo escapatoria. Estoy en medio del Atlántico, en un yate de lujo y rodeada de gentuza. Que me echen a los tiburones sería un alivio.

—En tu última vida delataste a tu hermana —me recrimina Óliver —. Ese sueño que ella nos contó, en el que los líderes del Cuerpo Oscuro la descubrían en Austria… La delatora fuiste tú. Tu envidia y tu codicia te llevaron a ser desleal con los tuyos.

—¡Mientes! Nunca traicionaría a mi familia.

¿Cómo puede pensar tal cosa? No me conoce. No conoce a los míos ni tiene la más remota idea de que somos una piña, un bloque compacto.

—No lo hago, y lo sabes. Puedes percibir mis emociones —me dice convencido; por supuesto, es lo que estoy haciendo.

Juro que me cuesta respirar, procurar que mi mente no colapse, porque de lo más profundo de mí surge una certeza insoportable: dice la verdad. No es posible. No pude ser tan mezquina. Se me cierra la garganta, como si una mano invisible me la ciñera. Mis esfuerzos por tragar algo de saliva apenas dan resultado. No les daré el placer de verme caer. Ante mi falta de respuesta, sigue lanzando puñaladas con esa chulería de narciso miserable:

—Los asesinaste. Tomás los sometió a las peores torturas. La verdad es que siempre le ha dado placer provocar dolor y sufrimiento. Tú le detallaste cómo querías que lo hiciera: ese fue tu deseo. Tuviste suerte de que tu madre suplicara para que te dejara volver al mundo terrenal. No lo merecías.

Óliver está siendo cruel. Quizá me lo merezca, pero ¿por qué ha cambiado? El Óliver que conocí en la cabaña era dulce, amable. ¿Por qué ahora quiere hacerme daño? ¡No lo entiendo! Sigo callada; si lo hago, me romperé y sabrán que he tocado fondo. Van listos si creen que les daré ese placer.

—¿No vas a decir nada? —Jacobo y su aire de general romano. ¡Cómo lo aborrezco!

Niego con la cabeza y vuelvo a tragar saliva con dificultad.

—En otra vida no te parecíamos tan canallas —sigue diciendo el

líder del Cuerpo Oscuro—. Fuiste como nosotros y…, créeme, volverás a serlo. Solo necesitas tiempo y la estimulación adecuada. Recuerda que, si no nos ayudas, tu familia sufrirá las consecuencias. ¡Vaya! Al final volverás a ser la culpable de su sufrimiento.

Entonces, Óliver vuelve a intervenir para cerrar el asunto:

—Déjala ir a su camarote y que recapacite.

El guarda me levanta de la silla como si me tomara por un muñeco. Antes de marcharme, le escupo en la cara al judas de mi excuñado. Ni se ha inmutado; sencillamente, se limpia con un clínex. Le arrancaría los ojos. «Mejor dejarle ese placer a mi hermana. Seguro que querrá matarlo cuando sepa que también es un desertor. Menuda decepción. Está claro que aquí no se salva nadie.

En el camarote doy mil vueltas a la cabeza. He subestimado a la madre naturaleza y al universo. Me siento confusa, avergonzada, cabreada… ¡Joder! Estoy desbordada. Quiero llorar y no puedo. ¿Cómo es que Jacobo consigue albergar tanta maldad? ¿Por qué me hace esto?

Todos nos la juegan. Estoy en una encrucijada: no quiero ayudarles, y si no lo hago, alguien sufrirá. Tampoco entiendo por qué mamá luchó por mi vuelta. No la merezco. Debería volver al Núcleo y quedarme quietecita; es ahí donde tengo que estar.

Después de un tiempo, el yate atraca. A través de la pequeña ventana veo varios barcos varados alrededor. Soy idiota. Si les hubiese seguido el rollo, quizá aún estaría en cubierta, con alguna posibilidad de escapar.

Oigo la llave girar en la puerta del camarote. Tal vez me trasladen. Tal vez aún tenga una oportunidad. Me acerco… y, al verlo, doy un paso atrás. Tomás entra y ordena que cierren.

Me pongo a la defensiva. Sus intenciones son claras… ¡Ah, no! Ni de coña va a tenerme.

—¿Qué quieres? —le espeto.

Me alejo al otro extremo de la estancia y me preparo.

—He venido a recordarte quién eras y lo bien que lo pasábamos juntos —me dice poniendo ojitos.

¿En serio le funciona? A mí solo me provoca náuseas. Se acerca hasta arrinconarme contra la pared y me digo y me repito que no podrá conmigo, no como Manuel. Ahora estoy preparada.

—Después de lo que te contaron, ¿no te apetece rememorar viejos tiempos?

Hace además de pegar su cuerpo al mío, pero le freno. Aun así, se abalanza sobre mí dispuesto a besarme. Con una furia desconocida, le muerdo el labio y le pateo en la entrepierna con tal fuerza que cae al suelo, retorciéndose de dolor. Me mantengo en guardia aguardando represalias.

—¡Serás hija de puta! —me grita.

—No, soy hija de mi madre, engreído de mierda. No a todas se nos caen las bragas al verte. Que sea la última vez que me tocas. ¡Capullo! —le grito fuera de mí.

—¡Te mataré, lo juro, perra! —exclama con el rostro rojo de ira.

Temo que lo haga. Leo en sus emociones que está más fuera de sí de lo que creo. Por primera vez, temo por mi vida y no me queda otra que jugar las únicas cartas que me quedan: me acerco mientras sigue agazapado y le toco para apaciguarlo. Es arriesgado, lo sé, como sé también que es mi única posibilidad. Sus ganas de acabar conmigo se van disipando; solo le queda el dolor que la patada le ha provocado.

—Por desgracia, mi hermano te quiere de una pieza. Cuando cumplas tu cometido, acabaré contigo y lo disfrutaré. Te lo prometo. Pronto tendrás compañía —me dice con los ojos inyectados en sangre.

Me alejo de él. Al poco, su mirada vuelve a ser fría y despiadada. Se incorpora como puede, golpea la puerta y sale encorbado. Me quedo sola de nuevo.

Me siento sobre una de las camas, me acurruco y lloro. Estoy desgarrada, desesperada, abatida. No ganaremos; nos llevan ventaja y somos títeres de su juego. Sueño con irme a casa, con olvidar lo ocurrido; echo de menos mi vida, mis amigos y a Leo. Me gusta Óscar, pero no lo que le rodea. Entregaría mi don por volver a ser normal. Añoro la vida donde no existían esencias ni cuerpos oscuros ni ninguna de estas mierdas.

Después de que Tomás se marche, un guarda entra para dejarme una bandeja con comida. Esta vez no me dejan subir a cubierta. No pruebo bocado. Cuanto me rodea me da asco. Pienso en la última frase que dijo el sinvergüenza de Tomás. ¿Quién vendrá? No tengo fuerzas para pelear ni quiero más sorpresas. Necesito un aliado, alguien que me apoye y me diga que todo saldrá bien. Estoy agotada.

El tiempo pasa despacio, el sol cae y el atardecer se instala en su recorrido hacia la noche. Seguimos varados. No enciendo las luces y me quedo boba contemplando el juego de colores que nos regala la huida del sol. Necesito dejar de pensar y calmarme. Pero la tranquilidad no dura mucho, porque el cerrojo de la puerta vuelve a sonar. Me pongo en alerta, aunque no me muevo hasta que la veo. ¿Cómo ha llegado? No sé si saltar de alegría o llorar otra vez; sin embargo, me quedo quieta, sin decir nada. ¿Sabrá la verdad? ¿Estará con ellos? ¡Joder! Es Sara, mi hermana; es imposible. Estoy confundida. La veo examinar la habitación en la oscuridad, hasta que me descubre.

—¿Qué haces aquí? —alcanzo a decirle.

Mi voz es seca y estoy afónica de tanto estrés y tanta incertidumbre.

—Jacobo me coaccionó. Si no venía, aseguró que te haría daño —responde.

—Gracias. No era necesario. Sé cuidarme —le contesto. Estoy a la defensiva. Después de tantos palos, no puedo reaccionar de otra manera.

—No lo dudo, enana, pero ¿cómo evitarlo? Además, juntas somos lo más. ¿Estás bien? ¿Por qué no has venido a darme un abrazo? —pregunta, y tiene razón.

Me levanto y corro a fundirme en un fuerte, cálido y necesario achuchón.

—¡Es muy fuerte todo lo que está ocurriendo! —termino de decirlo y rompo a llorar como una niña pequeña.

Sara me acaricia el cabello y la espalda. Me consuela como solo ella sabe, como la madre que no he tenido estos seis últimos años. Me reconforta.

—Lo sé, cielo. Tranquila. Estoy aquí. No estás sola. Lograremos escapar.

—¿Sabes que Tomás es mi enigmático amigo Mateo? Joder… Todos me la cuelan —digo lagrimeando—: Antonio, Marco y ahora Mateo. Pobre Óscar; se morirá cuando sepa que su hermano lo vendió, aunque quizá él tampoco se libra y pertenece también al Cuerpo Oscuro… Al final, no queda nadie fuera. Y el colofón…, Óliver. ¿Lo sabes?

—Sí —responde, escueta.

Sus emociones pasan de la alegría al nerviosismo. Si es consciente de la traición, ¿por qué no está furiosa? ¿Qué pasa?

Me siento en la cama más cercana a la ventana y me abrazo las rodillas.

—Jacobo cree que cooperaré. La lleva clara. ¡Ni de coña! Prefiero morir antes que ser parte de sus sucias estrategias —digo.

—Ya. Yo tampoco le ayudaré. No sé muy bien qué quiere que haga, pero paso. Ahora estamos juntas, y ese ha sido su gran error. Juntas podemos con lo que venga —dice, escrutando cada rincón del camarote—. Me parece increíble que Marco esté con ellos. Albergábamos la esperanza de que lo hubieran coaccionado.

Veo que insiste en mirar en cada recoveco, en palpar cada superficie por arriba y por abajo.

—No hay manera de salir, salvo por la puerta. Ya lo he mirado mil veces. Dime, ¿has hablado con Óliver? ¿Qué te ha contado?

No puedo evitar que la voz se me quiebre. No creo que sepa las atrocidades que cometí en el pasado; si fuera así, no querría estar encerrada aquí conmigo.

Deja de analizar el entorno y vuelve a fijar la atención en mí.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te preocupa? —pregunta.

Aunque no es Empaticus, me conoce demasiado bien. ¿Será verdad que no sabe por qué estoy así?

—Si preguntas, es que no lo sabes —respondo.

Siento cómo su corazón se acelera. Si no conoce mi oscuro secreto, ¿qué es lo que le inquieta? Estoy harta de que me mientan y de que me oculten cosas.

—Sea lo que sea, suéltalo —me dice.

—Si no te habló de mí…, ¿de qué hablaste con él? —pregunto.

Es extraño que no le haya dicho lo que hice.

—Ahora te lo cuento, pero antes dime qué es lo que te carcome por dentro.

Está esquiva y me pongo a la defensiva: esa actitud me intriga. Esconde algo y parece olvidar que puedo detectarlo.

—¿Notaste a Óliver diferente? Porque el que habló conmigo era cruel, despiadado, borde. ¿Estamos seguras de que es él? Quiero creer que lo han poseído, porque, si no, no entiendo ese cambio.

—¿Qué quieres decir? —pregunta.

Noto cómo sus nervios se intensifican en esta especie de juego absurdo en que una y otra nos bombardeamos queriendo saber. Seré yo quien le saque la verdad, cueste lo que cueste.

—No sé… El chico que conocí en la cabaña no se le parece en nada. Es como si fuera otra esencia. Fue tan cruel que me cuesta creer que sea él.

—Maldita sea, Noa, ¿qué fue lo que te dijo para que dudes de él?

La miro con desconfianza. Mi hermana no suele perder los papeles tan rápido y, además, ¿por qué no despotrica contra él? Algo no encaja.

—¿Cómo puedo estar segura de que eres tú? —pregunto.

No parece Sara. Su aspecto es el mismo, pero su forma de actuar es extraña y contradice la manera de ser de mi hermana.

—¿Te has vuelto loca? ¡Claro que soy yo! Ay, por favor…, estoy cansada de que todos me respondan con preguntas. Eso es lo que hizo Óliver y me enfadó mucho. La he pagado contigo. Disculpa.

Es sincera, lo capto; aun así, sigue sin decirme lo que sabe.

—Hagamos un trato: yo te lo cuento y tú me dices lo que te está consumiendo por dentro.

Intenta disimular su sorpresa, y no cuela: la conozco tanto como ella a mí y, además, percibo sus emociones. Está ocultando algo y se le da fatal. Asiente con la cabeza. Yo no sé por dónde empezar.

—Venga, dímelo. No puede ser tan malo —dice, exasperada.

—En realidad, lo es. Soy un ser despreciable.

La vergüenza me quema por dentro. Me tapo la cara con las manos y contengo las ganas de llorar.

—Noa, nada es peor que crear un virus que ponga en peligro nuestra existencia. No te juzgaré. No podría.

—En resumen: soy la culpable de que el Cuerpo Oscuro te encontrara y te llevara presa cuando huíamos por el túnel en nuestra vida anterior.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres? —pregunta, confundida.

—¿Recuerdas el primer sueño? Ese en el que estábamos en un salón elegante y, tras la trifulca con Jacobo, escapábamos. Nos encontraron porque yo los delaté. Todos murieron por mi culpa.

Apoyo la cabeza sobre las rodillas, oculto el rostro entre los brazos. No quiero que me vea.

—Ay, Noa… No seas tonta. Eso pasó en otra vida. Cometimos errores; ten en cuenta que por los míos aún estamos pagando.

—Digamos que esta es la versión reducida. Si profundizo, quizá no te guste lo que oigas y dejes de quererme. Soy un ser despreciable.

—Eso nunca va a pasar. No somos perfectas. Hemos hecho cosas terribles y no solo nosotras. Ahora, si aprendemos de ellas, aún podemos redimirnos. —Se acerca y se sienta a mi lado.

Me coge la mano y la aprieta. Luego pasa un brazo por mis hombros y me abraza.

—¡Soy un monstruo! Yo planifiqué cada ejecución de los miembros de nuestra familia. ¿Quién en su sano juicio haría algo así? Deberías odiarme… No sé cómo podré volver a mirar a la cara a la tía Elena cuando se entere. Su peor recuerdo fue su muerte en esa vida… y yo soy responsable de su sufrimiento.

Rompo a llorar. He intentado mantenerme entera, pero ya no puedo más. Soy una miserable.

—Cielo, tranquila. Sigo aquí y no te voy a abandonar ni Elena dejará de quererte, estoy segura. Si necesitas llorar, hazlo, solo con una condición: no permitas que sus historias te debiliten. Es exactamente lo que pretenden. Ya sabes: divide y vencerás. Buscan separarnos, enfrentarnos, y no podemos permitirlo. Somos más fuertes. Respira. Todo saldrá bien. Te lo prometo.

Se acurruca a mi lado y me deja llorar. El barco ha vuelto a zarpar y, a través de la ventana, solo se distingue la luna reflejada en el

mar.

Cuando logro calmarme, Sara me pregunta:

—¿Para qué te contó Óliver lo que hiciste? ¿Estaban solos cuando hablaste con él?

—No. Jacobo estaba presente. Me subieron a cubierta y, como tu examigo no consiguió disuadirme, trajeron a Óliver. Su crueldad me dejó muda. Claro, no me mostré receptiva, así que me devolvieron aquí para que reflexionara. He estado sola hasta que llegaste tú. Bueno…, miento. Tuve la desagradable visita de Tomás.

Levanto la mirada.

—En su mente retorcida creyó que, al saber que estuvimos juntos en otra vida, me apetecería volver a aquello de algún modo… En fin, puedes imaginarte cómo. Se fue con un labio hinchado y con la entrepierna hecha polvo. Jolines…, para elegir amigos, no tenemos precio. Vaya mierda.

Su expresión cambia. Frunce el ceño y aprieta la mandíbula.

—Será cabrón. Lo voy a matar. ¡Te juro que de esta vida no pasa sin que yo acabe con ellos! —dice, colérica.

—Estoy de acuerdo. Tenemos que terminar con esta guerra de una vez. Eso sí: hagamos lo posible por no derramar más sangre. Ya hemos causado suficiente dolor.

Me siento tan mal que no quiero provocar más desolación a mi alrededor.

—Estoy harta de ellos y de que sus planes siempre salgan bien. No sé por qué Óliver te contó eso; solo tengo claro que nos dejó tirados, que es un falso y que no le importamos lo más mínimo.

Miente. Lo percibo. ¡¿Por qué lo hace?!

Quiero gritarle que lo noto, pero necesito sacarle información antes de que se ponga a la defensiva. Si eso ocurre, volveré a sentirme sola.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunto, agobiada—. Estoy en blanco. No se me ocurre cómo escapar o avisar de que estamos aquí.

—No te preocupes. No he venido con las manos vacías. Alguien sabe dónde estoy y traerá refuerzos.

—¿En serio? —Incrédula, abro mucho los ojos. ¿Será cierto? Me cuesta creer que, por una vez, no esté todo perdido—. Eso… eso es

estupendo.

—¡Oh, sí!, solo espero que no tarden mucho.

El barco gira y me pregunto hacia dónde nos llevarán. Sara me cuenta las peripecias que tuvo que pasar para cumplir las exigencias de Jacobo y quién la trajo hasta aquí. Ambas hemos tenido un día agotador. El cansancio nos vence; nos acurrucamos en una de las camas y nos dormimos abrazadas.

La luz se cuela por el ojo de buey y nos despierta anunciando un nuevo día. Abrimos los ojos con los ánimos renovados, sin saber qué nos depararán las horas siguientes. Seguimos en el archipiélago, varados; hemos navegado durante la noche, así que no podemos haber ido muy lejos.

Sara se levanta y se asea. Yo sigo tumbada, aunque mis ganas de luchar están renovadas.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Se te ha ocurrido algo? No puedo quedarme esperando a que nos rescaten —le digo con ganas de comerme el mundo.

Se acabó la Noa pesimista y derrotada. Me han dado la oportunidad de hacer las cosas bien y no estoy dispuesta a desaprovecharla. Acabaré con esta guerra; ese es mi nuevo objetivo. Debo redimirme y pagar todo lo malo que hice.

—Me encanta tu entusiasmo, enana, pero no te precipites. Pronto nos trasladarán y, cuando salgamos, haremos lo que haga falta para escapar —dice mientras se arregla el pelo frente al espejo del baño.

—¿Me vas a contar de una puñetera vez qué te ronda por la cabeza? No entiendo cómo puedes estar tan tranquila después de saber que tu novio es un impresentable y que los líderes del Cuerpo Oscuro planean algo turbio. ¡No te reconozco!

—No es que me dé igual. Es que, si lo analizo, me derrumbo. Ya lloré bastante su falsa muerte como para sufrir también su traición. Además, necesito toda mi energía para luchar contra estos indeseables.

No la creo. Puedo sentir sus mentiras bloqueándome la boca del estómago y, cuando estoy a punto de echárselo en cara —¿por qué

no es transparente? —, el cerrojo de la puerta gira. Ambas nos ponemos en guardia.

—Recojan sus pertenencias. Abandonamos el barco —dice Marco.

Evita mirarnos a los ojos y percibo sus inseguridades. ¿Dónde quedó el chico que planificó una huida y un secuestro tan perfectos? No entiendo nada.

—Solo llevo lo puesto. No he tenido tiempo de hacer la maleta. ¿Se te olvidó que me trajiste sin mi permiso? —le contesto; ojalá el veneno que destilo fuera capaz de fulminarlo—. ¡Y lo de abandonar el barco te viene que ni pintado, traidor malnacido!

Estoy cabreada. Quiero que responda y busco enfrentarme a él. Sara me da un codazo y me regaña con la mirada. He vuelto a perder de vista el objetivo de la misión. Huir es lo que necesitamos. Mi parte visceral es muy fuerte y reconozco que a veces me cuesta dominarla.

—A mí me confiscaron todo lo que traía, así que podemos irnos cuando quieras —dice Sara, mucho más conciliadora que yo.

—Por favor, acompáñenme —dice mi examigo.

Nos hace una señal para que pasemos delante de él. Antes de hacerlo, Sara se detiene y pregunta:

—¿Sabes qué ha pasado con el resto del equipo de asalto que vino a rescatarme?

—Están bien. Es lo único que sé. No hacen daño adrede. Ojalá fueran capaces de escucharlos.

Juro que me esfuerzo en contenerme y centrarme en lo que debo hacer, por más que me encienda cada palabra que sale de su boca.

—¡Madre mía! Con lo listo que parecía… y le han lavado el cerebro —digo, enfadada.

No contesta. Se limita a girarse para que salgamos.

En la cubierta superior encontramos a Jacobo, Tomás, Manuel, Lidia y una tía espectacular que no reconozco y que, deduzco, es la exjefa de mi hermana, por lo que me contó anoche en el camarote. Menuda cara de estreñida tiene. También está el cínico de Óliver acompañado por unos cuantos guardas.

—¿Las princesas están listas? —pregunta Tomás, relamiéndose.

—Sí. Cuando quieras, te dejo la cara como el labio —le contesto

con chulería.

Mi comentario le molesta. Jacobo suelta una carcajada, la modelo se remueve incómoda y noto que Óliver disfruta del momento. ¿Por qué? ¿No debería estar de parte de ellos?

Un soldado avisa a los líderes de que los coches nos esperan. Bajamos por la rampa y pisamos tierra firme. Nunca me había alegrado tanto de poner los pies sobre asfalto. Hemos llegado a Gran Canaria, la isla vecina. Reconocería el muelle de Mogán con los ojos cerrados. Pasamos muchos veranos aquí con mis abuelos maternos. Es un lugar precioso y tranquilo… o lo era.

Observo los alrededores. La vigilancia es extrema. Huir no será fácil.

Nos esperan cuatro *jeeps* Wrangler 4xe Plug-in de color plata. Esta gente tiene buen gusto para los coches. Nos separan, aunque nos oponemos con fuerza. A mí me toca ir con Jacobo; a Sara, con el oportunista de su exnovio. La modelo y el bastardo de Tomás van juntos. El resto ocupa el último vehículo.

—¿Has meditado mi oferta? —me pregunta Jacobo.

—Sí, y mi respuesta sigue siendo no. Prefiero morir antes que ayudarte —contesto sin mirarlo.

Contemplo el contraste de las áridas montañas con las verdes palmeras; me recuerda el encanto que tiene cada isla.

—Preciosa, olvidas que puedo sentirte. Incluso las dudas que te asaltan al pronunciar esas palabras. No me engañas… ni deberías —responde con satisfacción.

—A lo mejor te estás haciendo mayor y te fallan los sentidos. Ni loca sería cómplice de nuevo. Me dieron una segunda oportunidad y no la voy a desperdiciar. Si albergabas alguna esperanza de que te ayudara, se esfumó con los recuerdos que Óliver me mostró. ¡Manada de tarados!

—Te lo recordamos para que sepas que, si no entras en el juego, nos cargaremos a tu familia y tú serás la responsable. Así de sencillo. Es una pena que desaproveches tanto potencial; la última vez lo hiciste bien. ¿Cuándo te volviste una cobarde?

—¿Potencial? ¿Cobarde? ¿En serio? Ser la causante de la muerte y del sufrimiento de mis seres queridos no me hace brillante; al

contrario: me convierte en una asesina. Como tú, ni más ni menos. ¿De qué infierno has salido? —escupo cada palabra.

—Querida, yo vivo en el infierno. En una prisión. Y solo pretendo liberarnos de la esclavitud a la que nos somete el Núcleo. ¿No lo ves? ¿Por qué una sola energía decide quién vive, quién muere, quién es libre? Si nos impone reglas, ¿por qué no nos programa con límites? En lugar de destruirnos, ocultarnos secretos, dejarnos sufrir, permitir que unos vivan en su máxima potencia mientras otros llevan vidas triviales, las cosas podrían ser de otra manera. ¿No te parece injusto?

Puedo percibir su ansia, su necesidad de que me una a él.

—Desde que descubrí el gran secreto —añade— he intentado comprender qué pretende el todopoderoso Núcleo. Mira a tu alrededor y fíjate: solo nos coarta, nos limita, nos hace débiles y dependientes. Dime que, en el fondo, no piensas como yo —dice convencido.

—Puedo aceptar que la vida no sea justa y que nadie entienda al Núcleo —respondo—, pero jamás estaré de acuerdo con tus métodos. Estás poniendo en riesgo nuestra existencia por vengarte de algo que ocurrió hace siglos. Te dieron una oportunidad de volver y hacerlo mejor… y elegiste consumirte en tu odio.

Lo miro por fin y digo:

—No cometeré tus errores. No desperdiciaré esta segunda vida que me ha concedido el Núcleo. Lo haré bien o moriré en el intento.

Desvío la mirada hacia el paisaje. ¿Para qué querría ver la decepción que lo recorre y se le sale por la jeta? Aunque no puedo evitar sentirla.

—Eres una estúpida —dice, perdiendo la calma—. Si no accedes por las buenas, lo harás por las malas. Apúntatelo bien: llevarás a cabo mi plan. Te lo aseguro.

Su paciencia se ha evaporado, igual que su falsa amabilidad. Lo ignoro y no volvemos a hablar durante el resto del trayecto.

Treinta minutos después llegamos a Patalavaca. Aparcamos frente a un chalé rodeado de palmeras. Los coches se detienen en la entrada. Un guarda se acerca a Jacobo y le informa de algo en voz baja. Se tensa al instante.

—Dentro. ¡Ahora! —ordena.

Nos meten con prisas en la vivienda. Percibo la inquietud en los guardas, la rigidez de sus posturas, la tensión creciente que me eriza la piel…

Se colocan en posición, prevenidos, listos para una lucha que podría estallar en cualquier momento. Sara y yo nos agarramos de la mano, mirando a nuestro alrededor con los ojos muy abiertos. ¿Qué es esto?, ¿qué pasa? Cada respiración me pesa y cada movimiento ajeno lo siento como un potencial disparo.

—¿Cómo lo has hecho? —le pregunta Jacobo a mi hermana. Su voz está cargada de incredulidad y amenaza.

Tira de ella por el brazo, haciendo que Sara se tambalee.

—¡Suéltala! —le grita Óliver, avanzando hacia ellos con los puños tensos y la mirada despiadada.

Un guarda lo apunta con su arma. Óliver se acerca más, la pistola queda pegada a su frente y puedo ver sus ojos encendidos. Se me acelera la respiración, el miedo y la desesperación me recorren el cuerpo como latigazos eléctricos.

—¡No me toques! —exclama Sara.

—¿Cómo nos han encontrado? ¿Tienes un dispositivo de rastreo? —insiste Jacobo mientras la cachea.

Sara forcejea y los guardas tratan de contenerla. Jacobo le arranca de su cinturón un llavero que le resulta extraño. Lo lanza al suelo con intención de pisarlo, pero Sara le pone una mano en el brazo y algo le hace reaccionar como si hubiera sufrido una quemazón. La mirada de Óliver se endurece más todavía y percibo que no está dispuesto a ceder. Cada segundo se vuelve un minuto y sé que cualquier error puede ser fatal.

De pronto, un estruendo similar a un derrumbe retumba en el chalé. Una de las paredes explota en mil fragmentos, levantando polvo, escombros y humo que llenan el aire. Los guardas nos empujan hacia el suelo. Óliver se coloca frente a Sara mientras los demás se esconden detrás de lo que queda de los muros.

El silbido de las balas me corta la respiración y, paralizada por el miedo, me hago un ovillo en el suelo. Los intrusos se despliegan a lo largo del perímetro, rodeándonos por completo. Nos superan en

número. El miedo y la desesperación aceleran mis latidos.

Cuando la humareda empieza a disiparse, consigo verlos con claridad. Mi corazón da un vuelco. Son los nuestros. ¡Han venido a rescatarnos! Una mezcla de alivio y adrenalina me impulsa y me incorporo, lista para pelear.

Jacobo grita un alto al fuego y mi madre hace lo mismo, con la calma y autoridad que la caracterizan. Nos mantenemos en guardia, fijos los unos en los otros, esperando cualquier movimiento que pueda desencadenar un enfrentamiento.

Entre los nuestros, aparecen caras conocidas que me llenan de fuerza: no solo mamá, sino papá, Óscar, Ramón, Virginia… y muchos más. Por fin, la balanza se inclina a nuestro favor.

Lo que me sorprende es la reacción de Jacobo. No hay miedo en él. Solo un regocijo frío, como si disfrutara de la situación. ¿Esperaba algo así todo este tiempo? No lo sé, pero su aplomo me inquieta.

Nos mantenemos en silencio, tensos, en alerta, hasta que la voz del líder del Cuerpo Oscuro corta el aire:

—¿Berenice, eres tú? ¡Por fin sales de tu escondite y das la cara!

CAPÍTULO 11

Reencuentros

SARA

«¿Quién es Berenice?», me pregunto. La duda se interrumpe por un grito desgarrador. Giramos la vista hacia el origen del sonido y vemos a Marco que abraza a Lidia entre lamentos y quejidos de desesperación. Ella yace sin vida en sus brazos. De la cabeza mana sangre que ya forma un charco en el pavimento.

Miro en el entorno. Cuerpos inertes cubren el suelo y la escena me estremece. Óscar vigila a Marco, inmóvil, cuyos ojos van de mi hermana a su hermano, atentos y calculadores. Los demás permanecemos congelados, atrapados entre la confusión y el pánico. Nadie se mueve, nadie se acerca a socorrer a Lidia.

—¡Cállate! —le grita Jacobo con un vozarrón que trata de sofocar los gritos cada vez más desgarradores de Marco—. ¡Que alguien se encargue del estropicio!

Me desconcierta su crueldad y su absoluta falta de humanidad. Nunca debí considerarlo mi amigo y me pregunto a cada momento cómo fue que pude hacerlo. Lo desprecio y deseo que desaparezca de nuestras vidas para los restos. Nunca tuve una relación muy cercana con Lidia y, aun así, lamento su pérdida, aunque no fuera uno de nosotros. No puedo olvidar que arriesgó su vida por rescatarme y que era una profesional eficiente.

—Si lo tocan, los mato —advierte Óscar con la voz tensa.

—¿En serio? ¿Vas a defender a uno de los míos? Qué detalle…, aunque no deja de ser una auténtica pérdida de tiempo —responde el líder del Cuerpo Oscuro en tono burlón.

El coronel mira a su hermano, esperando que se defienda. Marco cruza una mirada con mi madre, como si aguardara instrucciones, pero la general permanece impasible. La confusión en Óscar es palpable. Veo la decepción instalada en su rostro y, sin embargo, una lealtad inquebrantable lo empuja a seguir defendiéndolo.

Jacobo, aburrido de tanto drama, retoma la conversación.

—¿Cómo has vuelto tan rápido, Berenice? —dice con tono calculador—. Por primera vez, te has saltado una de las normas de tu querido Núcleo. Hasta donde sé, no puedes entrar en contacto con tus familiares y aquí estás, en cambio, rescatando a tus hijas. Eres demasiado predecible, querida. Sabía que vendrías a por ellas. Hubo un tiempo en que creí que habías muerto…, ya sabes; todos dijeron que el accidente de coche había sido mortal. Después supe que aún seguías viva y pensé que estabas escondida. Y ahora lo veo claro: alguien no ha jugado limpio.

Noa y yo nos miramos sorprendidas. Habla con mamá, pero ¿por qué la llama así?

—No he venido a darte explicaciones —responde mi madre—. Solo quiero que liberes a mi gente. Entonces te permitiré vivir… hasta que llegue tu hora y regreses al lugar del que nunca debiste salir. Y me llamo Vica, que lo sepas.

—Estás diferente —replica Jacobo escudriñándola a conciencia, como si fuera un objeto raro—. Y no lo digo por tu aspecto infantil. Tus ojos… ¿Qué les pasa a tus ojos? ¿Es casualidad que conserves tu nombre original? Berenice es Verónica en griego. Seguro que al Núcleo le divierten estos juegos de palabras.

—Jacobo, por tu bien y por el bien de los que te rodean, obedece.

¿Por qué llama a mi madre con ese nombre? ¿Soy yo o esta conversación es de besugos? Cada uno sigue con su discurso sin responder con coherencia al otro. Nos miramos intrigados por entender lo que está ocurriendo.

—Me temo que no va a ser posible, cariño —contesta Jacobo tras una breve pausa—. Después de tanto tiempo, ¿aún no me conoces? No me caracterizo precisamente por obedecer. Y, si no lo recuerdas, eso es lo que nos ha traído hasta aquí, Berenice querida.

Tomás se coloca al lado de Jacobo y juguetea con su navaja. Nos

mira de uno en uno y se detiene al llegar a mi padre.

—¡Emilio, qué ganas tenía de volver a verte! Lo digo en serio. Nuestro último encuentro fue muy fugaz —dice con sorna—. Espero que terminemos lo que dejamos pendiente.

—Lo estoy deseando —responde papá, tenso—. No soy hombre de hacer las cosas a medias.

—Yo tampoco —añade Tomás—. Cuando acabe de poner orden aquí —dice con el mejor eufemismo que ha encontrado—, lo celebraré con Noa por todo lo alto.

El cabrón sabe cómo calentar el ambiente. Papá, Óscar y yo nos colocamos en posición de combate.

—Sigue soñando, estúpido engreído. Pensé que la tunda de ayer te lo había dejado claro —contesta mi hermana, que se ha venido arriba. Es como si cada palabra la llenara de valentía.

Los nuestros ríen ante el comentario. Tomás se gira, dispuesto a encararse, al tiempo que Óliver y yo nos colocamos delante de ella. Los Guardianes le apuntan, mientras mamá advierte:

—No te muevas, Tomás. No te conviene provocarnos. Podemos resolver esto de forma pacífica… o no. Depende de ustedes. No queremos hacer daño, salvo que sea necesario. Esto tiene que terminar aquí y ahora.

—Mira, estoy temblando —se burla—. No puedo tomarte en serio con ese aspecto.

—Me es irrelevante cómo lo hagas —responde ella—. Solo hazlo. No tengo tiempo para más tonterías ni amenazas ridículas, y mi paciencia, entiéndelo bien, empieza a agotarse. Desprecias mi aspecto, pero sabes bien quién soy yo.

—Nos debes un respeto, Berenice… —Ya me parecía a mí que Jacobo estaba tardando en intervenir—. Por lo que fuimos, por lo que ocurrió. Tú sabes mejor que nadie que todo lo hicimos por ustedes, por amor, y que, a pesar de todo, nos abandonaron —le recrimina.

¿Cómo? ¿Él y mamá…?

La idea me sacude por dentro.

—No —responde ella con firmeza—. No me hagas responsable de tus actos. Todos cometimos errores, sí, y se nos dio una segunda

oportunidad. Asuman que ustedes la desperdiciaron.

—¿En serio? ¿Crees que se nos dio en igualdad de condiciones? —sonríe con amargura—. Déjame mostrarte la verdad, hermanita.

¿Hermanita?

Un murmullo recorre a ambos bandos. Nadie se mueve. La confusión es palpable.

—Interesante —continúa Jacobo, recreándose—. Percibo asombro y sorpresa entre los miembros de tu equipo, incluida tu familia. ¡No eres más que una patética mentirosa! ¿Cómo es que siguen ignorantes de lo que pasa, de lo que pasó? ¿Es ese el amor que les tienes?

—Yo no miento —replica mamá—. No somos nada. Tal vez lo fuéramos en nuestra primera vida, pero tu comportamiento ha demostrado que no volveremos a serlo. Y los míos, descuida, que no son asunto tuyo. Cada cosa, a su tiempo.

—¿Quizá te sientes amenazada por lo que pueda contar? No me trago eso de que prefieres hacerlo tú… Te falta honestidad. ¡Ten coraje por una vez

, Berenice! Diles la verdad, no esa historia edulcorada que tus Guardianes han difundido durante años.

—Da igual lo que diga ahora —responde ella, cansada—. Lo distorsionarás como haces con todo lo que tocas. En lo que a mí respecta, hice las paces conmigo misma y estoy aquí. Por esa relación fraternal que tuvimos en una de nuestras vidas, les recomiendo que hagan lo mismo antes de cruzar al otro lado.

El silencio es absoluto. Queremos respuestas. Necesitamos la verdad que se ha ocultado durante tanto tiempo —¿y que mi propia madre nos ha escondido?; nos resistimos a creerlo— y que está por ver si explica esta locura.

—Hace mucho mucho tiempo… —empieza diciendo Jacobo con ese deje socarrón que no abandona—. Bla, bla, bla. Todos conocen la historia de la familia perfecta arrasada por una terrible enfermedad. Lo que al parecer no saben es que hay matices que se han mantenido ocultos y que voy a desvelar. ¡Hoy es el día y este es el momento!

Hace una pausa teatral. Claramente, disfruta como un verdugo

mientras tensa la cuerda.

—Además de nosotros, hubo dos supervivientes: mi hermano mayor, el incomparable Aarón, y tú, Berenice, la pequeña de la familia. —Se dirige a nosotros con los ojos encendidos, saboreando su triunfo—. Fueron acogidos por una familia acomodada y no pasaron las penurias que vivimos Tomás y yo. Porque fue así: Tomás y yo tuvimos que morder el polvo. Años después, cuando ya éramos líderes del ejército, nos invitaron a una fiesta. Parte de los anfitriones eran ellos: Aarón y Berenice.

Mi estómago se encoge. No puede ser. Jacobo sigue con su relato:

—Sentí un regocijo indescriptible. Podríamos reencontrarnos con quienes creíamos muertos, solo que… Aarón nos repudió. Se avergonzaba de lo que éramos… y tú también, Berenice. ¿Sabes lo que duele eso? No, no tienes ni puta idea. A ti, el Núcleo te lo ha venido poniendo todo en bandeja, vida tras vida, así que no me vengas con monsergas.

El revuelo crece. La historia no encaja con lo que conocemos… Lo malo es que suena tan peligrosa como real. La incomodidad de mamá me confirma que algo de verdad hay en ello.

¿Mi madre, hermana de los líderes del Cuerpo Oscuro? Esto se ha convertido en una locura de bucle infinito.

—¡Mientes! —objeta ella—. No hubo tal encuentro en esa vida ni yo supe nada de ustedes hasta las siguientes. ¡Ríndete o atente a las consecuencias!

—Él no lo recuerda —interviene Tomás—, pero yo sí. La mirada de desprecio de Aarón me destrozó.

—¡Joder, Berenice! —continúa Jacobo—. Estás tan cegada por el Núcleo y sus normas que no ves el daño que nos ha causado. Mira a tus hijas, a tu mejor amiga. ¿No han sufrido bastante? Si no tuviéramos miedo a perder el amor que sentimos en esta vida, si todos conociéramos la verdad, el mundo sería libre.

Reconozco que es hábil empleando sus armas, aunque se ha tropezado con un hueso duro. No logrará convencerla. Mamá es fiel a sus convicciones.

—No hay tiempo para patrañas —le corta—. Déjalo ya. Tu

discurso no me hará cambiar. No les creo. No puedo creer nada de lo que sale de esas sucias bocas. Es hora de volver. Terminemos de una vez con esto.

—Pensé que, si salías de tu escondite, si nos reencontrábamos, podríamos ser de nuevo una familia —dice Jacobo. Ahora hay un deje de desesperación en su tono.

No sé si está interpretando el papel de su vida o si ese dolor es real. Me angustia… y lo odio por ello.

—¡Basta, Jacobo! —grita mamá—. No me manipularás con una actuación barata. Has podido hablar conmigo en otras existencias y no lo hiciste. Corrompiste a mis hijas hasta poner en riesgo su continuidad en el planeta. He estado a punto de perderlas para siempre. ¿Tienes idea de lo que me costó traerlas de vuelta?

Me quedo helada; no logro encajar tanta información. Siento como si me estuvieran sometiendo la cabeza a un centrifugado de mil revoluciones. ¿Mamá intercedió por nosotras?

Quizá no lo merecíamos.

—Todos hemos hecho sacrificios —continúa ella—. Yo no elijo seguir al Núcleo porque sí. Lo hago por la supervivencia de mi familia. Me has amargado cada vida que he tenido. Eso no es amor, Jacobo, ni mucho menos. No se le parece ni de lejos. Y dudo que seas capaz de sentir algo semejante alguna vez. Estás podrido.

¿No tiene elección? ¿Debe obedecer al Núcleo… por nosotras? La culpa me cala hondo. Demasiado hondo.

—¡Qué sencillo es ver las cosas desde tu prisma! —escupe—. Él te lo puso fácil, ¿verdad? Ya lo creo… Eres su favorita. ¿Crees que yo quise ser así?

—¿Fácil? No sabes lo que dices. Basta de charlas: esto acaba con ustedes vivos o dentro de una bolsa. Pueden ir eligiendo.

Mi madre deja atrás cualquier atisbo de diplomacia. La general toma el control. El aire se vuelve denso; nadie piensa retroceder. Decido intervenir:

—¿De verdad necesitamos más sacrificios para firmar una tregua o incluso la paz definitiva? Yo quiero acabar con esta situación y volver a la normalidad. ¿Soy la única? Miren a su alrededor: estamos perdiendo a demasiados por no escucharnos, por no hacer una

apuesta seria. Tiene que haber otra salida.

No llego a terminar.

Tomás me agarra con brusquedad y apoya la daga contra mi cuello. Su daga haladie de dos cuchillas curvas, esa con la que juraría que hasta duerme y con la que ha torturado y arrebatado múltiples vidas.

El filo me roza la piel. Me bloqueo. ¿Dónde están mi rabia, mi enojo por lo que a todas luces es una traición absoluta? Pero… ¡¿quién traiciona a quién!? Las pocas fuerzas me abandonan; el filo del metal es lo único cierto. Si quedaba alguna posibilidad de evitar el enfrentamiento, acaba de desaparecer.

—Bonito discurso, aunque tu madre ya ha tomado una decisión. Yo no pienso morir…, y si lo hago, tú vendrás conmigo.

—¡Suéltala! —exclama mamá—. Con esto solo demuestras que no hay salida sin lucha y que saldrás de aquí con los pies por delante.

—Deja los sermones para tus hijas. La soltaré cuando Jacobo y yo estemos a salvo. La navaja está impregnada del veneno y, aunque saliera de su cuerpo a tiempo, no sobreviviría. Hay algo que ignoras, querida. —Le cruza la cara un brillo de satisfacción; de pronto se ha convertido en un mago que fuera a revelar un truco falso—: Hemos perfeccionado la fórmula.

¿Está fanfarroneando? Óliver decía que me habían traído para eso. El gesto de mi madre cambia: lo sabe. No es un farol. ¡Mierda! Esto no acabará bien para mí.

—Si los dejo marchar, los encontraré, cueste lo que cueste, y pondré fin a esta guerra. No sacrificaré otra vida luchando.

—Si te acercas, la matará. ¿Permitirás que ocurra? —pregunta Jacobo.

—Si ese es su destino —responde ella—, lo aceptaré.

¿Mi madre acaba de decir que, si tengo que morir, que así sea? Una oleada de terror se apodera de mí.

—¿Qué te ha pasado, Berenice? —dice Jacobo—. No te reconozco. Creía que para ti la familia era lo primero. Mira que pensé que era un farol y, sin embargo, tus emociones me confirman que hablabas en serio.

Quien no tiene nada que perder es peligroso porque nada lo

detiene. ¿Se ha convertido mamá en alguien así? ¿Su nuevo ser la ha vuelto despiadada?

El silencio se espesa. Cada respiración se vuelve más difícil que la anterior. Estamos al borde del combate.

Óliver, que lleva un buen rato callado, interrumpe:

—¿Eres tan estúpida como para ayudar a estos ingratos a cambiar la fórmula?

Clava una mirada furiosa en Beatriz. Ella baja la cabeza y asiente. Si guardaba alguna esperanza de conquistar al amor de mi vida, acaba de perderla. Es una imbécil. ¿Cómo se le pudo ocurrir…? Óliver no perdonará jamás esta traición.

—No… no sabía que seguías vivo. El odio me cegó. Creí que habías muerto y buscaba venganza. Me equivoqué. Lo siento…

No puedo creer que haya cometido el mismo error que yo. Se arrepentirá todas las vidas, si el Núcleo la deja volver. A las dos nos ha movido una causa errónea. Confío en que no tenga que pagar tanto como yo por lo que ha hecho. Jacobo, maldito embaucador, siempre consigue que alguien le haga el trabajo sucio. Beatriz no levanta la cabeza; la vergüenza y el remordimiento son visibles en su rostro.

—No mientas —interviene Tomás, con su cinismo de libro—. Has disfrutado de nuestro triunfo. No permitas que te infravaloren.

El cuchillo presiona mi cuello. La piel cede y noto una especie de lágrima deslizarse hasta el hueco de mi garganta.

—Te creía más inteligente… Admito que, una vez más, me he equivocado —le dice a Beatriz con desprecio—. Y ahora, ¿qué pasa con el veneno?, ¿qué has modificado de la fórmula?, ¿qué te han prometido estos indeseables si puede saberse? —le pregunta Óliver.

—No contestes —le advierte Jacobo— o sufrirás las consecuencias.

Un gemido se me escapa cuando el filo se hunde un poco más.

—¡Suéltala! —gruñe Óliver.

—Vamos, no seas tan borde —replica Tomás—. Con todo lo que nos has ayudado, ahora quieres hacerte el bueno.

Mi desconcierto anima a mi examigo a continuar.

—Ha sido un cómplice estupendo. Tampoco se los ha revelado,

¿no es así? Sabía que acabaría formando parte de nuestro equipo, aunque se resistió… hasta que lo matamos y lo devolvimos a la vida. Quién lo diría, ¿no?

No puedo creerlo. Lo miro; todos lo miran. Él permanece impasible.

—No mentíamos con lo del veneno. Por eso estás tan tenso —añade—. Te preocupa que hagamos daño a tu princesita. ¿Qué nos ocultas, Óliver?

—¡Suéltala, maldito bastardo! —grita papá.

—Vaya… —Sonríe—. Parece que toda esa calma con la que llegaron se está desmoronando. Me encanta.

—¡Se acabó! —corta mi padre con un vozarrón que no sé de dónde saca. No parece suyo.

Ahogo un grito cuando Tomás hunde un poco más todavía la navaja.

Entonces sucede.

Un pitido ensordecedor irrumpe y es brutal. Para mi espanto, no viene de fuera: nace en nuestras entrañas y se proyecta desde ahí. Todo cae al suelo. Nos llevamos las manos a los oídos. Es inútil. El sonido atraviesa la carne y los huesos. Es… insoportable.

Nos doblamos hasta terminar postrados, hincados de rodillas y sin fuerzas para incorporarnos. Desde lo más profundo de nuestra mente, una voz familiar ordena:

—¡Basta!

La reconozco al instante. La he escuchado en mis sueños. ¡Es la voz de Aarón!

Pero ¿cómo? Es imposible. Las luces oscilan con un pulso irregular, como si la casa contuviera la respiración ante lo que está a punto de suceder. No puedo evitar una sensación metálica en la piel y veo que a Noa y a papá les pasa lo mismo. Me miran, los miro con ojos extraviados. Sabemos que tiene relación con lo que acabamos de oír. Poco a poco nos vuelven las fuerzas y nos vamos poniendo en pie. Solo una persona ha permanecido erguida todo este tiempo y no nos pierde de vista.

¡Es Óliver!

O eso parece.

Solo su rostro es el que reconozco. Sus ojos, en cambio, se han vuelto de un azul extraño. Profundo. Antiguo.

En realidad, no son sus ojos, son los ojos de Aarón y es la voz de Aarón y, sin embargo, quien tenemos delante es Óliver, con su cuerpo musculado, su postura recta y disciplinada, los hombros anchos y tensos.

No lo entiendo. No puede ser él… y, sin embargo, ahí está, delante de nosotros.

El silencio cae como una losa invisible que aplasta incluso el menor pensamiento. Ya sé, con una certeza aterradora, que nada volverá a ser como antes.

—Aarón…, ¿eres tú? —pregunta mamá, incrédula.

—¡Imposible! —exclama Jacobo.

—Hijo de puta… —sisea Tomás entre dientes.

Aarón analiza el entorno con calma, enfocándose en cada uno de nosotros, como si nos viera por primera vez. Cuando su mirada se posa en mí, se me corta la respiración. La cabeza me va a estallar.

¿Óliver y Aarón son la misma persona?

En contra de mi voluntad, la frecuencia e intensidad de mis respiraciones se acelera de un modo súbito. Hiperventilo. ¡Dios! Si no logro controlarme, me desmayaré. Resulta inútil confiarse a nada, ni a lo que vemos ni a lo que oímos. Alguien se empeña en darle la vuelta al tablero, reescribiendo las reglas cuando creemos haberlas comprendido. No sé qué clase de poder superior se esconde tras esto; desde luego, ni es magnánimo ni es lógico ni es justo. Noa percibe mi inquietud y, de un salto, se me acerca. En cuanto me toca, el aire vuelve a mis pulmones con su ritmo natural.

—¿No piensas darnos una explicación? —exige Jacobo.

—¿Qué quieres que te diga? —responde Aarón, con una media sonrisa—. Estoy disfrutando de ver a parte de mi familia de nuevo reunida.

¿Eso es todo? ¿No va a añadir nada más?

—¿De verdad eres tú? —insiste mi madre.

Se emociona. Las lágrimas brotan sin freno; desde que volvió, es la primera vez que la veo así: frágil, vulnerable, emocionada. Es inevitable: veo a la niña. Si no fuera por esta sinrazón, juro que la

tomaría entre mis brazos y la acunaría.

—Sí, mi dulce y fiel hermana. Yo también te he añorado.

Se acerca y la abraza.

—¿A qué has venido? —escupe Tomás—. ¿A repudiarnos otra vez?

—Dependerá de las decisiones que tomen.

Su voz es firme, amenazante incluso.

—Hemos seguido tu plan —interviene Jacobo, disfrutando al encajar la última pieza—, el que trazamos en tu anterior vida. No sé qué esperas ahora. Querías acabar con el Núcleo… Tú mismo nos animaste a crear el virus.

No puede ser. Otra más no. Las acusaciones flotan en el aire como cuchillas. Mamá lo mira, desconcertada, esperando una explicación que lo absuelva.

—Sí, querida —añade Jacobo—. Él y solo él, el magnífico líder de tu secta de Guardianes, el que te enseñó lo que sabes y por el que has cumplido con todas las exigencias de tu querido Núcleo, es el instigador de esta guerra.

—Te equivocas, hermano —responde Aarón con calma—. Yo no creé el virus para destruir el Núcleo. Necesitaba eliminar a las chispas que no obedecían, pero erré en la fórmula y, por desgracia, logré justo lo contrario. Gracias a mi amada Sara pude redimirme y desarrollar la cura.

—¡Mientes! —grita Jacobo—. ¡Solo intentas salvarte!

Está fuera de sí; en todo este tiempo, no lo había visto tan alterado. Óliver, en cambio —o Aarón—, mantiene una calma inusitada.

—Siempre has tenido una forma retorcida de ver la vida —replica el hombre que he amado—. Jamás dije tal cosa. Solo compartía contigo la idea de exterminar a una parte de la raza. Una purga para hacer de este planeta un mundo mejor.

—¿Querías matar a algunas chispas? —pregunta mamá, confundida—. No puedes decidir eso… Ni siquiera el Núcleo lo hace.

—Hermana mía, no le creas —dice Aarón con suavidad—. Sabes que le encanta tergiversar la verdad.

—¡¡Ni de coña!! —estalla Jacobo—. No vuelvas a cargarme con el muerto. Tú convenciste a Adolf de iniciar la guerra y someter a la

población. No creas que saldrás limpio de esto.

—Cálmate —dice Aarón—. He vuelto para terminar con la guerra y solucionar nuestras desavenencias. Asume tus errores y regresa conmigo.

—¡No! —sentencia Jacobo—. No pienso permitir que te salgas con la tuya. Estoy cansado de ser el villano de tu historia.

—No me has respondido, Aarón —dice mamá, con la voz quebrada—. ¿Es cierto lo que dice?

Duda. Y esa duda duele más que cualquier herida. ¿Siente mi madre que Jacobo no miente?

—No dejes que te hagan dudar de mis intenciones —replica Aarón muy serio—. Vida tras vida, has confiado en mis actos y, créeme, todo tiene una explicación razonable. Cada cosa que hice está justificada, por más que no pueda explicártelo ahora. Prometo hacerlo cuando el mundo esté preparado.

El ambiente se enrarece. Todo tipo de incógnitas flotan en el aire. Nadie se mueve; nadie sabe a quién creer.

—El Núcleo les dio una oportunidad magnífica —continúa diciendo Aarón, por lo visto, dispuesto a desnudar una verdad que nadie quiere desentrañar del todo. Debe ser de tal magnitud lo que se esconde que será imposible de asumir—. Fueron los primeros en recibir dones. Les ofreció amor, una familia perfecta. Es cierto que no contó con la fragilidad del cuerpo humano ni con las enfermedades que podían padecer; aun así, les dio una vida ideal. Solo mi pequeña hermana supo aprovecharla.

Se refiere a mamá. Él sigue con su discurso, que escuchamos sin replicar y conteniendo la respiración.

—Le enseñé los límites, los pros y los contras de esta existencia, y los ha respetado en cada vida, transmitiéndolos de generación en generación. Ha sido recompensada por su lealtad. Es la única merecedora de alcanzar el máximo potencial. A los demás se les ofreció una nueva oportunidad, una vida terrenal pese a las atrocidades cometidas… Y eligieron el lado oscuro. Y eso debe terminar.

—Nos has manipulado desde el principio —escupe Jacobo—. Eres peor que el Núcleo.

—Es agotador escucharte vida tras vida —responde Aarón—. El mismo discurso: ríndete o sufre las consecuencias.

Mi corazón late con violencia. La sangre reseca me tira de la piel. Apenas puedo encajar nada más.

Se miran sin decir palabra.

Y el caos estalla.

Tomás se lanza a atacarme. Aarón levanta la mano y lo arroja contra papá como si no pesara nada. Ambos bandos se enzarzan en una lucha sin tregua. Todo ocurre a cámara lenta, como si yo no formara parte de la escena.

Entonces lo veo.

Jacobo no pelea. Se mantiene atento, igual que yo. Baja la mirada, se agacha y recoge algo que brilla en el suelo. Es la navaja.

Corre hacia Aarón, que está de espaldas y avanza hacia mí.

Quiero gritar. Advertirle. ¡No… no puedo! El miedo me paraliza.

Grito cuando creo que el golpe lo alcanza.

Aarón se gira.

Y veo a mi madre.

Tiene el puñal clavado en el pecho. Se tambalea… y cae.

Papá corre y la estrecha entre sus brazos. Su cuerpo menudo queda inerte y sus ojos se han vuelto mates, sin vida. Mi padre gime, llora, se quiebra.

Noa y yo permanecemos inmóviles. Las lágrimas nos recorren el rostro sin control y la angustia nos oprime el pecho. ¡No! No puede ser. ¡¡No puede ser!! ¿Hemos vuelto a perderla antes de haberla tenido del todo con nosotras? ¿Y papá?, ¿también él vuelve a quedarse sin ella? Esto no… no. ¿Por qué esta insistencia en causarnos tanto sufrimiento?

Aarón alza la vista hacia su hermano. Jacobo retrocede, aterrorizado.

—¿¡Qué has hecho?! —le grita.

—En realidad, he fallado —responde—. La navaja iba dirigida a ti. Ella se interpuso. No quería hacerle daño. Pero, tranquilo…, seguro que vuelve. Es la favorita del Núcleo.

—¡Estúpido!, ¡malnacido! —ruge Aarón—. Lo has estropeado todo. Ella no podrá volver.

—Claro que sí. Siempre lo hace.

Se burla de su muerte. Quiero matarlo cuando una mirada gélida de Aarón frena mi impulso. Noa también se queda inmóvil. Es como si ese gesto nos hubiera clavado al suelo.

—No entiendes nada —continúa Aarón—. Estoy aquí y no puedo intervenir en el más allá. El veneno ha acabado con ella. ¡Maldito seas!

Se agacha y acaricia el rostro de mi madre. Por un instante, me parece estar viendo lágrimas en sus ojos.

Papá la abraza con más fuerza y la aparta de su hermano, como si aún pudiera protegerla. Como si todavía lo necesitara.

—N-no te entiendo —balbucea Jacobo—. ¿No puedes intervenir? ¿De qué hablas?

Sus preguntas son las mismas que nos hacemos todos en silencio. ¿Cómo podría ayudarla?

—No puedo salvarla mientras esté en este cuerpo —responde Aarón—. Has arruinado mi obra maestra. ¡Ella era mi sustituta!

Sus palabras nos atraviesan. En la sala, los rostros reflejan dudas y dolor por la pérdida de nuestra líder. De nuestra madre.

—Y tú te has vuelto loco creyendo que puedes salvarnos —escupe Jacobo—. Tu ego te ha consumido. Te crees un dios.

—Eres incapaz de ver más allá del odio —dice Aarón—. Estoy harto de ti y de tus estupideces. Se acabó. Este es tu final.

Jacobo ríe, histérico.

—Vete y haz que te lo miren, pirado —dice—. ¿Quién te crees que eres?

Aarón se yergue por completo. Lo observa con una calma aterradora.

—Soy el Núcleo.

Alza la mano.

El cuerpo de Jacobo se eleva en el aire. Un chasquido seco rompe su cuello y el silencio.

Cae y caen con él todas las certezas que alguna vez tuvimos.

AGRADECIMIENTOS

Escribir es mi refugio y mi escape, un lugar donde puedo soñar, vivir otras vidas y dejar que la imaginación transforme el mundo que me rodea. Pero ninguna historia podría cobrar vida sin quienes me sostienen detrás de la página.

Gracias, de corazón, a mis padres, mis hermanos y a toda mi familia, por apoyarme siempre, incluso cuando yo misma no comprendía cómo podía enfrentarme al reto no solo de escribir, sino de publicar un libro. Su confianza, su amor y su paciencia han sido un faro en cada momento de duda.

A mis amigos, por leer, escuchar y compartir la emoción de cada capítulo. Gracias por hacerme sentir que mis historias importan, que mis palabras encuentran eco en otras vidas y corazones.

A todos los lectores que se aventuraron en *Esencia Oculta,* la primera parte de la trilogía, que compartieron risas, lágrimas y suspensos conmigo: ustedes son el verdadero motor de esta tríada. Sin su entusiasmo y su cariño, estas historias no habrían visto la luz ni seguido adelante.

Agradezco a Marian, mi correctora, por su ojo minucioso y por aportar claridad y magia a cada palabra, y a Gabriela, maquetadora y diseñadora de la portada, por transformar el libro en un objeto que brilla y destaca por sí mismo. El talento de ambas ha ayudado a que estas historias lleguen a ustedes de la mejor manera posible.

Y, especialmente, gracias a mi marido y a mis hijas: son mi inspiración y mi fuerza. Gracias por acompañarme en mis días más difíciles, por comprender mis silencios, por alentarme cuando siento que flaqueo y por celebrar cada logro como si fuera suyo.

Cada palabra de este libro lleva un pedacito de todos ustedes. Cada historia que escribo nace de este amor y de esta compañía que me permite soñar y crear. Este libro es tan suyo como mío.

Nota Interna

Algunos archivos permanecen incompletos por motivos de seguridad.

La información contenida está sujeta a cambios conforme avanza el conflicto (que culminará en tercera entrega y última de la saga *Esencia*).

PERSONAJES

TOP SECRET

Personajes



Sara

Identificación: Sara
Edad: 22 años
Estado: Activa
Descripción física:
Morena, cabello castaño y ojos color miel. Alta, de complexión fuerte y en excelente forma física.
Vínculos conocidos:
- Noa (hermana)
- Emilio (padre)
- Vica (madre, fallecida)
- Óliver (vínculo emocional significativo)

Rol dentro del conflicto:
Elemento clave. Creadora del compuesto capaz de destruir las esencias y artífice de la única cura conocida.
Habilidad:
Sabiduría (limitada). Presenta lagunas relacionadas con el secreto de la vida.
Perfil psicológico:
Responsable, brillante, obstinada. Capacidad de venganza elevada. Extremadamente protectora con su hermana. La pérdida materna aceleró su madurez emocional.
Información restringida:
[redacted]
[redacted] relacionado con el origen de la vida [redacted]
Observaciones:
Existe un componente oscuro no completamente identificado. En caso de desestabilización emocional, su potencial resulta impredecible y altamente peligroso.

Óliver

Identificación: Óliver
Edad: 31 años
Estado: Inactivo.
Descripción física:
Moreno, ojos color chocolate. Alto y atlético.
Vínculos conocidos:
- Sara
- Noelia (amistad y colaboración profesional)
- Vica (amistad y colaboración profesional)
- Elena (amistad y colaboración profesional)

Rol dentro del conflicto:
Miembro activo de la Fracción. Empresario y propietario de los laboratorios.
Habilidad:
Memoria absoluta.
Perfil psicológico:
Protector, inteligente, rebelde. Experto en artes marciales. Respeta las normas solo cuando coinciden con su criterio moral.
Información restringida:
[redacted] esencia [redacted]
Observaciones:
Rechazó asumir el rol de Guardián para no apartarse de su objetivo principal: proteger a Sara. Fallecido durante una operación de rescate.

Noa

Identificación: Noa
Edad: 16 años
Estado: Activa
Descripción física:
Rubia, ojos pardos. Alta y delgada.
Vínculos conocidos:
- Sara (hermana)
- Leo (pareja)
- Emilio (padre)
- Vica (madre, fallecida)
- Óscar Cavalli (atracción)

Rol dentro del conflicto:
Elemento inestable con alto potencial evolutivo.
Habilidad:
Empatía (sin control consciente).
Perfil psicológico:
Impulsiva; tiende a desafiar la autoridad, temeraria. Humor mordaz y gran capacidad de adaptación.
Información restringida:
[redacted] posibilidad de amplificación [redacted] no confirmada.
Observaciones:
Su falta de control sobre la habilidad la convierte en un punto vulnerable… y estratégico. Su habilidad reacciona con especial intensidad ante emociones ajenas.

Natalia

Identificación: Natalia
Edad: 22 años
Estado: En coma
Descripción física:
Rubia, ojos verdes. Delgada. Destaca por su presencia física.
Vínculos conocidos:
- Sara (amistad)
- Noa (amistad)
- Fernando (pareja)
- Fran y Elena (padres)

Rol dentro del conflicto:
Sujeto latente.
Habilidad:
No registrada. No activa.
Perfil psicológico:
Personalidad marcada por la cautela y la disciplina.
Información restringida:
El estado comatoso no impide la actividad cerebral anómala.
[redacted] registros incompletos [redacted]
Observaciones:
Fue envenenada.

Emilio

Identificación: Emilio
Edad: 50 años
Estado: Activo
Descripción física:
Estatura media, cabello canoso, ojos marrones.
Vínculos conocidos:
- Sara y Noa (hijas)
- Vica (esposa)
- Fran y Elena (amistad)

Rol dentro del conflicto:
Combatiente veterano. Pilar familiar.
Habilidad:
Sabiduría (reprimida durante años).
Perfil psicológico:
Reservado, observador, protector. Combatiente experimentado.
Información restringida:
[redacted] de sacrificio. [redacted] sin confirmar.
Observaciones:
La recuperación de su habilidad se produce tras la intervención de Vica ante una amenaza inminente.

Noelia

Identificación: Noelia
Edad: 35 años
Estado: Activa
Descripción física:
Morena, cabello ondulado. Baja y de complexión ancha.
Vínculos conocidos:
- Óliver (amistad)
Rol dentro del conflicto:
Miembro operativo esencial de la Fracción.
Habilidad:
No desarrollada.
Perfil psicológico:
Metódica, discreta y resolutiva.
Información restringida:
[redacted] desconcertante. [redacted] capacidades.
Observaciones:
Aunque carece de habilidad manifiesta, su importancia estratégica es incuestionable.

Jacobo

Identificación: Jacobo
Edad aparente: 21 años.
Alias: Antonio
Estado: Activo
Descripción física:
Complexión imponente. Rasgos similares al arquetipo nórdico.
Vínculos conocidos:
– Tomás (hermano)
Rol dentro del conflicto:
Líder del Cuerpo Oscuro.
Habilidad:
Empatía instrumentalizada.
Perfil psicológico:
Manipulador, calculador. Inteligencia estratégica elevada.
Información restringida:
[redacted]
[redacted] origen real del conflicto [redacted]
[redacted]
Observaciones:
Antiguo vínculo emocional con Sara. Motivado por venganza directa contra el Núcleo y la Fracción. Mente dominante del dúo.

Tomás

Identificación: Tomás
Edad aparente: 16 años
Alias: [redacted]
Estado: Activo
Descripción física:
Moreno, ojos grises, complexión atlética.
Vínculos conocidos:
- Jacobo (hermano)
Rol dentro del conflicto:
Segundo líder del Cuerpo Oscuro.
Habilidad:
Memoria absoluta.
Perfil psicológico:
Cruel, impulsivo, amante de la tortura. Obediencia total a su hermano.
Información restringida:
[redacted]
[redacted] capacidad de sentir amor.
[redacted] peligroso. Amenaza inminente.
Observaciones:
Ejecutor. Alta peligrosidad en operaciones directas.

Beatriz

Identificación: Beatriz
Edad: 30 años
Estado: Activa
Descripción física:
Cabello cobrizo, ojos azules, figura atlética.
Vínculos conocidos:
- Óliver (vínculo no correspondido)
- Sara (conflicto)
- Noelia (colaboración profesional)

Rol dentro del conflicto:
Jefa de departamento.
Habilidad:
No registrada.
Perfil psicológico:
Inteligente, impulsiva, celosa e insegura.
Información restringida:
Motivación emocional predominante.
[redacted] resentimiento no [redacted]
Conducta impredecible.
Observaciones:
Culpa a Sara de la muerte de Óliver. Motivación emocional predominante.

Vica

Identificación: Vica
Edad al fallecer: 42 años
Alias: [redacted]
Estado: Reencarnada
Descripción física:
Apariencia infantil. Rubia, ojos verdes.
Vínculos conocidos:
- Emilio (esposo)
- Sara y Noa (hijas)
- Noelia (colaboración profesional)
- Fran y Elena (amistad)

Rol dentro del conflicto:
Líder suprema de la Fracción.
Habilidad:
Empatía funcional, estratégica y autorregulada.
Perfil psicológico:
Estrategia, inflexible, leal. Ha sacrificado la ternura en favor de la victoria.
Informacion restringida:
[redacted]
[redacted] límites reales de su habilidad [redacted]
[redacted]
Observaciones:
Dispuesta a ganar la guerra a cualquier precio.

Elena

Identificación: Elena
Edad al fallecer: 33 años
Estado: Reencarnada
Descripción física:
Apariencia adolescente. Morena, ojos marrones y muy expresivos.
Vínculos conocidos:
- Fran (esposo)
- Natalia (hija)
- Vica (amistad)

Rol dentro del conflicto:
Líder de la Fracción.
Habilidad:
Memoria absoluta.
Perfil psicológico:
Empática, conciliadora, firme.
Información restringida:
[redacted]
[redacted] Trauma no [redacted]
Observaciones:
Evita enfrentarse emocionalmente al estado de Natalia.

Óscar Cavalli

Identificación: Óscar Cavalli
Rango: Coronel
Edad: 24 años
Estado: Activo
Descripción física:
Moreno, ojos verdes, complexión atlética.
Vínculos conocidos:
– Marco (hermano)
Rol dentro del conflicto:
Mando militar de alto rango.
Habilidad:
Sabiduría.
Perfil psicológico:
Estricto, disciplinado, inflexible.
Información restringida:
[redacted] conflicto emocional en desarrollo [redacted]
Observaciones:
Lealtad incuestionable a la Fracción.

Marco

Identificación: Marco
Edad: 20 años
Estado: Activo
Descripción física:
Alto, desgarbado. Gafas, cabello moreno alborotado.
Vínculos conocidos:
- Óscar Cavalli (hermano)
Rol dentro del conflicto:
Jefe del departamento de informática.
Habilidad:
No registrada.
Perfil psicológico:
Reservado, leal, brillante. Inseguridad constante por comparación fraterna.
Información restringida:
Potencial no explotado. [redacted] por desvelar. ¿Alma nueva?
Observaciones:
Sustituye a Eric tras su desaparición durante el rescate de Sara.
Alta capacidad técnica.

Inseguridad personal recurrente.